

Prólogo

Dolo Espinosa

En la cueva reina un silencio expectante. Reunidos alrededor del gran fuego comunitario, el clan aguarda. La mujer más anciana del pequeño grupo, la abuela de la mayoría de ellos, sentada sobre sus pieles, mientras mastica lentamente la corteza de sauce que la ayuda a sobrellevar el dolor de huesos, medita sobre qué historia contará esa noche. Algunos de los más jóvenes, impacientes, se atreven a hacer peticiones:

-¡Cuéntanos la historia de la madre Luna!

-¡No, mejor, la de cómo se formaron las montañas!

-Yo prefiero la historia del árbol parlante.

La vieja abuela asiente y sonríe. Agita las manos para pedir silencio y, cuando ya todos han vuelto a la respetuosa expectación, comienza la historia de esa noche...

Las historias ayudan a unir al clan, a través de ellas, la abuela, transmite la historia y las tradiciones del grupo, les advierte sobre los peligros que acechan más allá del fuego, les enseña, en fin, cómo es su pequeño mundo.

Miles de años más tarde, un campesino, tras guardar a sus animales, corre a casa, huyendo de la cada vez más cercana tormenta. Junto al hogar, tras la cena, su familia se reúne y escucha, en atento silencio, como el padre explica el porqué

de la tormenta, el motivo por el que dios (Zeus, Tanit, Baal, Amón...) lanza sus rayos contra ellos. El relato lo han oído decenas de veces, pero las historias de los dioses son siempre fascinantes, ayudan a comprender los misterios de la naturaleza y, además, ofrecen un remedio para su miedo.

Con la escritura llega la Historia con mayúscula. A partir de ese momento los relatos de grandes batallas, conquistas, reyes y reinados pueden ser legados al futuro.

Cientos de años más tarde, las viejas leyendas, los viejos mitos, las viejas historias se siguen contando, y a ellas se han ido añadiendo otras nuevas, contadas de las más diversas maneras, más complejas en apariencia, aunque, en el fondo, sigamos dando vueltas a los mismos temas de siempre.

Las historias nos siguen ayudando a comprender el mundo, a comprender a la humanidad y a comprendernos a nosotros mismos.

Las historias nos enseñan, nos advierten, nos aconsejan, nos ayudan a recordar y a imaginar.

Las historias nos sirven para guardar y transmitir conocimientos, para conectar con los demás, para identificarnos, para relacionarnos.

Las historias nos ayudan, en fin, a algo tan sencillo, tan simple, tan sin pretensiones, pero tan importante, como es evadirnos y divertirnos.

Hoy, vosotros, amantes de las historias, estáis a punto de entrar en las creativas mentes de veintidós autores, herederos de la vieja abuela que contaba cuentos a su clan,

del cazador que usaba las pinturas de su caverna para contar sus hazañas, del hombre que usaba a los dioses para explicar el mundo. Veintidós autores tan enamorados de las historias como vosotros.

Estáis a punto de adentraros, a través de los treinta y un relatos recopilados, en otros mundos, en otras vidas, en otras mentes.

Vais a iniciar un viaje que os llevará lejos de nuestro planeta y a mundos fantásticos. Viajaréis por el tiempo, por el espacio, entre universos, dentro de la mente... El viaje será terrorífico, tierno, maravilloso, divertido, alucinógeno y alucinante.

Tal vez no sean las mejores historias que hayáis leído, pero están escritas con todo el amor por los cuentos que caben en los corazones y mentes de sus autores.

Venid con nosotros, dejad vuestros miedos y preocupaciones reales por ahí, en cualquier silla, olvidad la mascarilla, aquí no la necesitáis, no hace falta que uséis geles hidroalcohólicos, os esperan otros peligros y otros horrores. Acompañadnos por nuestros mundos imaginarios, alejaos de la realidad.

Imaginad que estamos en torno al fuego y disfrutad de las historias.

Post Scriptum: Desde el instante en que José Antonio Cordobés me pidiera que escribiera este prólogo que acabáis de leer, comencé a dar vueltas a cómo enfrentarme a dicha labor.

Soy primeriza en las lides prologuistas, así que os podéis imaginar el reto que esto ha supuesto para mí. Que José Antonio me lo pidiera fue un halago y un honor, decir que sí fue muy fácil, pero escribirlo... ah, escribirlo.

Es más que probable que mi prólogo se parezca mucho al discurso de alguien aterrado de hablar en público: sudoroso, tembloroso, balbuciente, lleno de palabras a medias, circunloquios y frases inacabadas. Lo que se dice un horror. Disculpad, pues, mis errores.

Gracias a José Antonio por cedernos el espacio de Ficción Científica para compartir nuestros cuentos y por todo el tiempo y trabajo que a ello dedica. Gracias a los compañeros que forman parte, junto a mí, de este recopilatorio por compartir sus relatos. Y gracias a vosotros, que vais a leernos, porque sin vosotros las historias no estarían completas.

El sueño del tiburón

Sánchez Villoldo, Juan Manuel

Algo iba mal: muy mal. El monitor de estado parecía un árbol de navidad, lleno de luces parpadeantes cuyas alarmas el operador de turno no lograba apagar.

—¡Por partes! —gritó el supervisor Pigott—. Quiero primero toda la información respecto al soporte vital, ¡ignoren todo lo demás! ¡Toda la información en mi consola, monitor uno! —Se volvió hacia un asistente—. ¡Copia impresa de todo!

Las impresoras comenzaron a vomitar papel continuo microperforado. Nunca trabajaban con hojas sueltas en los informes oficiales. Era el mejor modo de mantener el orden de las páginas. Rudimentario, pero muy efectivo.

El Monitor Uno era en realidad una pantalla enorme con ocho subpantallas, denominadas «SM» en las que el supervisor recibía información de cada uno de los departamentos tácticos. Miró el reloj insertado en la esquina inferior izquierda del multimonitor. Por quince minutos no se había librado y le había pasado el problema al siguiente turno. Maldijo su suerte, su mala suerte, y se enfrentó a la información.

—Quiero las anomalías de la caja negra en el SM-2: ¡sólo las más relevantes!

A medida que aparecían los datos en las pantallas, su vista experimentada los clasificaba según su importancia. Pasó por alto varias alteraciones breves de rumbo causadas por

contactos de radar. No eran comunes, pero se habían encontrado con el problema unas cuantas veces en veces en los casi cincuenta años de misión. El pertenecía al cuarto relevo de supervisores durante ese tiempo. A él le iba a corresponder el honor de aterrizar los «telebots» en aquel planeta remoto. Al menos eso era lo previsto, pero las circunstancias actuales le hacían dudar de todo.

—¡Tengo al secretario Kearney al teléfono! —gritó alguien a la espalda del supervisor.

—¿Y quién... demonios es el secretario Kearney? —bramó Pigott molesto por la interrupción.

—El nuevo secretario de estado —dijo alguien en voz que pretendía ser comedida en medio del concierto de alarmas—. Yo le atendería...

—¡Está bien, está bien! ¡Ya voy! —dijo desbordado mientras tomaba el auricular con soporte de hombro y una *tablet* en las manos—. ¡Pigott al habla! —casi gritó al teléfono.

—¡Qué demonios está pasando ahí! —Al parecer tampoco el secretario Kearney tenía mucha paciencia.

—Si... encantado de conocerle, secretario: ¿Deseaba algo? —Pigott era famoso por un afilado, y casi siempre fuera de lugar, sentido del humor—. Veo que sus espías se ganan bien el sueldo...

—¡Lo que hagan mis espías, como usted dice, no es asunto suyo! ¡El presidente está muy preocupado! ¡Iba a dar una rueda de prensa en dos días anunciando la inserción de la *Hawking* en

la órbita de Kepler438-B! ¡Acaba de suspenderla y pasarme el muerto a mí! —Pigott casi podía ver la espuma escapándose de la boca del secretario—. ¡Así que dígame algo! ¡Ahora!

El supervisor estuvo tentado de leerle el último informe meteorológico de la plataforma de lanzamiento número nueve, que acababa de llegar a su terminal, pero aplazó el chiste. Optó por no decir nada relevante. Sabía que no engañaría al secretario, pero ganaría algo de tiempo.

—Estamos analizando los datos que nos acaban de entrar —mintió a medias mientras miraba a su asistente de reojo—. Deme treinta minutos y le daré algo.

—Está bien —Kearney pareció tranquilizarse un poco—. ¿Ha habido víctimas?

—Treinta minutos, secretario, treinta minutos...

Dejó a Kearney maldiciendo en el auricular y se volvió a su consola. El monitor de soporte vital había retornado al verde, salvo por un par de alarmas menores.

—¿Tenemos algo?

El ayudante Koumura le alargó un documento que acababa de salir de su impresora. La mirada experta de Pigott vio lo que su asistente le quería mostrar

—¡Mierda! —exclamó antes de ordenar que se cerraran las puertas y se prohibieran todas las comunicaciones con el exterior.

Dos días después la sala de prensa de la Agencia Espacial estaba a punto de reventar. Los medios no habían prestado

tanta atención a una misión desde aquellos días fatídicos del Apolo XIII o en el primer, y fallido, aterrizaje tripulado en Marte. La comunicación de masas no había cambiado en casi dos siglos de exploración del universo. Un astronauta con problemas valía «periodísticamente» más que cien misiones culminadas con éxito. Un astronauta muerto era invaluable.

El secretario Kearney estaba muy nervioso. El equipo de producción le perseguía por toda la antesala con un peine en una mano y el maquillaje en la otra.

—Sigo pensando que este asunto pertenece a Defensa — escuchó decir al General Pullman—. Se trata de un ataque a ciudadanos, y se supone que nosotros nos encargamos de eso, no esas ineficaces agencias gubernamentales —comentó con desprecio mientras masticaba un cigarro apagado.

—¡Nos queda un minuto! —dijo un productor con los auriculares puestos y un cronómetro pegado a una carpeta dura—. ¡Todos preparados! ¿Secretario?

Kearney asintió con un cabeceo nervioso y se aclaró la voz. Una muchacha se acercó y le corrigió por centésima vez el flequillo para, con precisión milimétrica, volver a dejarlo en el mismo lugar. Se abrió una puerta y caminó unos tres metros antes de girar a la izquierda y completar otros seis para alcanzar el atril. Tres peldaños más abajo los periodistas se amontonaban a sus pies mientras docenas de cámaras fotográficas rompían el silencio con sonidos mecánicos. El uso de *flashes* se había abandonado hacía mucho. La tecnología ya no necesitaba de ellos para obtener buenas fotografías en

cualquier situación de luz, pero el sonido de los inexistentes obturadores se había mantenido.

Kearney carraspeó de nuevo antes de empezar.

—Damas y caballeros... ¡Ejém!... Muchas gracias a todos por acudir a esta rueda de prensa. Me van a permitir que antes de entrar en materia haga un poco de historia:

»Durante el siglo XXI, la ciencia cambió la manera en que mirábamos hacia las estrellas. En especial durante la segunda mitad: ya no se buscaba la mera observación. Se decidió por ley que no se emprenderían misiones planetarias que no fueran acompañadas de un aterrizaje, y eso nos entregó grandes descubrimientos dentro del sistema solar. Sin embargo —tomó un sorbo de agua sintiéndose más seguro—, el paso de gigante fue aplicar la misma norma a los exoplanetas.

»Hace más de cincuenta años, la primera misión internacional hacia uno de esos mundos abandonaba la segura órbita de la tierra camino de Kepler 438-B. Todo un reto a la ingeniería y a los hombres que voluntariamente se ofrecieron para dormir más de cinco décadas. Muchos no entendieron ese sacrificio, pero era necesario si queremos alcanzar las estrellas algún día. ¡Luces, por favor!

La sala se quedó en penumbra, sólo iluminada por los pilotos de las cámaras de televisión

—Habrán visto esta imagen cientos de veces —prosiguió el secretario Kearney—. Es el tanque de servocontrol del comandante Jahi Nwosu, al mando de la *Hawking*, la primera nave estelar que nuestro planeta fue capaz de producir y lanzar al

espacio.

»Como ustedes saben, ni el comandante ni ningún miembro de la misión abandonará ese tanque durante toda la misión. Cuando la *Hawking* se inserte en la órbita correcta, lanzaremos los *bots* que serán telecomandados por nuestros expedicionarios. Aprendimos bien la misión en Marte —Kearney bajó la voz sin querer—, cuando perdimos a seis valiosos científicos y militares en un aterrizaje desastroso, con la consecuente pérdida de toda la misión.

En la pantalla apareció un cilindro de acero inoxidable con dos ventanas alargadas. En el interior, nadando en un líquido verde en apariencia bastante denso, flotaba un cuerpo humano, tan sólo cubierto con algo similar a un sucinto bañador. Estaba rodeado de una red de mangueras de cable que terminaban en diferentes puntos del cuerpo, especialmente en las extremidades y pecho. Sin Embargo, lo que realmente llamaba la atención era una especie de casco que cubría completamente su cabeza rapada. Se apreciaba un catéter conectado con sus pulmones, una sonda hacia el sistema digestivo y, lo más impactante, miles de microfilamentos de fibra óptica cubriendo su cráneo como una peluca cana.

—Los *bots* —continuó Kearney— explorarán Kepler 438-B y no pondremos un pie en su superficie hasta que no tengamos asentamientos seguros para futuras expediciones. Aún nos separan tres meses de la órbita del planeta —la imagen cambió y mostró un punto poco más grande que una estrella—. Esta es la mejor imagen obtenida por las cámaras automáticas de la

nave. En breve desplegaremos antenas y receptores de mayor formato y alcance. Por el momento, confirmamos que la órbita del planeta está dentro de la zona habitable.

El secretario se dio cuenta de que nadie le estaba prestando demasiada atención. Los periodistas sabían todo eso desde la escuela, donde la misión de la *Hawking* era materia obligatoria dentro de la asignatura de Historia de la Ciencia. Ellos estaban allí por las *malas* noticias, y las esperaban como lobos acechando un rebaño. Kearney se rindió. Les daría la carnaza que buscaban.

—Pero bueno... No les hemos citado por esto. Tenemos que hacer un comunicado muy especial, y dentro de la política de transparencia de la Agencia Espacial Internacional vamos a ponerles al corriente de los últimos acontecimientos.

»Hace tres días, las alarmas de la nave *Embajador Hawking*, nos avisaron de una circunstancia que, desgraciadamente, no habíamos previsto. —Carraspeó por enésima vez—: fuimos atacados.

Si alguien hubiera arrojado un nido de avispas en mitad de la sala de prensa, no se habría organizado el mismo revuelo. Casi al momento apareció un teléfono en cada oreja, aunque la cobertura en directo por parte del canal de la Agencia Espacial Internacional estaba sintonizada en la mayoría de los medios del mundo.

—...¿Puede ser más concreto?!...

—...¿En qué consistió el ataque?!...

—...¿Se considera esto un acto de guerra?!...

Pasaron casi veinte preguntas antes de que alguien se preocupara por los tripulantes.

—¿Ha habido bajas?

Todas las miradas se clavaron en el Secretario Kearney. El general Pullman movía la cabeza en gesto negativo que era un claro «se lo dije, secretario» que dejaba traslucir su satisfacción personal.

—No podemos concretar aún demasiado —continuó el secretario—, aunque la telemetría que pueden ver a continuación, y que se les entregará en un dossier de prensa, muestra que la *Hawking* fue escaneada en repetidas ocasiones y después barrida por un... digamos... «chorro» de radiación. El soporte vital no se ha visto afectado, hasta donde podemos saber, pero desconocemos los efectos de esa radiación en los astronautas. Por el momento, y con todas las reservas, me satisface comunicarles a ustedes, como ya hemos hecho con las familias, que los datos biomédicos son satisfactorios.

—¡Tonterías! —masculló en voz baja el general Pullman a su acompañante, Casie Wilson, jefa de prensa del secretario.

—Nuestro siguiente paso —prosiguió Kearney fusilando con la mirada al general—, será despertar al comandante Nwosu tan pronto como sea posible. Desde ese momento él tomara las decisiones. El control de tierra de la misión, queda al cargo del supervisor Pigott. Todo está en el dossier que les estamos entregando. ¿Alguna pregunta?

Un bosque de manos en alto se alzó tapando el estrado a las cámaras. Kearney estaba preparado para eso.

—¿Alguna pregunta que no incluya la posible muerte de los astronautas? —preguntó de nuevo.

La mayoría de las manos desaparecieron a la misma velocidad que se habían levantado. El secretario escogió entre las pocas que quedaban en alto.

—Isabel Banazik, para *National Documentary Channel*.
¿Debemos asumir que el comandante Nwosu puede decidir abortar la misión? ¿Tiene autoridad para hacerlo?

El general Pullman se relamía de gozo. Si Jahi Nwosu, destacado miembro de las Fuerzas Aéreas, tomaba el mando, equivaldría a aceptar que él, como máxima autoridad militar del proyecto, ganaría peso específico y pondría a todos esos científicos presumidos en su sitio. ¡Vaya que lo haría! No le gustaba Nwosu, en realidad no le gustaba ningún *negro*, pero era el peldaño que le faltaba por subir para conseguir su meta, que no era otra que la notoriedad personal y un puesto en la cúpula del Pentágono.

Se frotaba ya las manos cuando la respuesta de Kearney le heló la sangre en las venas.

—No es tan sencillo, señorita Banazik —estaba hablando Kearney—. Para una situación de este tipo, que no requiera una respuesta armada inmediata, se dispuso desde el principio de la misión que el comandante tuviera alguien a quien consultar.

—¿Puede ser más concreto?

—Por supuesto, ¡denme tiempo para terminar! —El secretario pareció molesto por el apremio.

»La *Hawking* tiene la inteligencia artificial más avanzada

de la época en que se construyó. No sólo eso: durante estos cincuenta años la hemos estado actualizando, alimentándola con todo aquello que pudiera ser necesario para una misión de este tipo. Pero, además, se implementó un elemento de control sin precedentes: en pocas palabras –hizo una pausa de efecto–, la IA de la misión está conectada con la doctora Ho. En realidad la doctora, su cerebro, es la auténtica IA.

A Pullman se le cayó el puro de la boca. ¿Había escuchado bien? Dio un paso adelante como si la proximidad pudiera ser aclaratoria. ¿Quién podía ser tan estúpido para poner la misión más ambiciosa de la humanidad en manos de una mujer?

No se dio cuenta de que acababa de pisar el cigarro.

–Intentamos prevenir cualquier contingencia. Una de ellas era la pérdida de contacto con el Control de Tierra. Confiamos plenamente en Jahi Nwosu y en su capacidad de decisión, pero los sicólogos apuntaron que tener un acompañante humano en la toma de decisiones sensibles evitaría posibles problemas emocionales. El comandante Nwosu es una mente brillante, a la que costaría mucho olvidar la falta de humanidad de la que puede adolecer una IA pura y dura.

»Durante la instrucción, los especialistas observaron qué mentes, qué personalidades o como lo quieran llamar, congeniarían mejor. La conexión entre Jahi Nwosu y Moana Ho era tan evidente que la decisión fue muy sencilla.

–¡Javin Arendar! ¡Para el *Crónicas* de Buenos Aires! –se alzó una voz entre los periodistas– ¿Quiere eso decir que la doctora Ho, comanda la misión?

—Quiere decir que *ambos* la comandan —puntualizó el secretario—: no sabría decirles en qué porcentaje pesa cada uno de ellos. Supongo que eso dependerá de las circunstancias. Dicho de un modo muy vago —levantó ambas manos con las palmas hace los espectadores como pidiendo comprensión—, la doctora Ho es el cerebro y el comandante Nwosu el músculo: espero haberme explicado...

Casie Wilson se llevó las manos a la cabeza ante la mirada, entre divertida y enfadada, de Pullman. Esa declaración del Kearney iba a recorrer el mundo a más velocidad que la luz, y le iba a acarrear a ella unos cuantos dolores de cabeza. Ya se podía imaginar los titulares de la prensa al día siguiente, en realidad en pocos segundos, que es lo que tardarían los redactores de los diarios digitales en poner las palabras del secretario en el peor contexto posible.

Fue el único desliz del secretario Kearney durante toda la alocución: no hizo falta otro. Al día siguiente la cúpula del estado mayor pedía su cabeza ante el vicepresidente.

El interior de la *Hawking* estaba silencioso, casi como un templo, donde aunque se sepa vacío se presienten poderosas fuerzas ocultas. Los asépticos pasillos, en uno de cuyos lados reposaban los tanques de servocontrol, estaban casi a oscuras, tan sólo iluminados por una luz verde, lechosa, que escapaba por las ventanillas de los recipientes de acero donde yacían los cuerpos de los «servonautas», como un reportero los había bautizado al inicio de la misión. El suelo, las paredes, toda

la nave, vibraba de modo continuo, dejando escapar a intervalos regulares un ronroneo que, si no se tratara de una maquina, podría ser interpretado como de satisfacción. La temperatura fuera de los tanques era de cuatro grados, lo que permitía el funcionamiento de los diferentes sistemas y evitaba gastos de refrigeración. El soporte vital sólo actuaba, y de modo muy restringido, en el interior de los recipientes de estasis.

Alguien los había comparado con úteros, y no era una mala aproximación. La doble redundancia del sistema se encargaba de purificar el líquido en el que flotaban los viajeros, eliminar sus escasas deyecciones, alimentarlos y, de forma regular, ejercitar los músculos.

El sistema acababa de inyectar en los torrentes de sangre sintética una serie de nanocitos que estaban tomando muestras de tejidos y fluidos por todas las partes de los cuerpos de los astronautas. Los datos se almacenaban en los enormes bancos de memoria de la IA y se retransmitían al control de tierra.

Unas horas antes, el supervisor Pigott había ordenado retransmitir el código de «alerta temprana». La *Hawking* supo qué tenía que hacer. Con precisión quirúrgica puso a todos los viajeros en situación de *stand-by*, excepto a la doctora Ho. Ella recibiría toda la consciencia necesaria para poder tomar decisiones de forma autónoma.

Infinidad de sistemas hidráulicos, delicados como joyas y tan caros como tales, comenzaron a extraer unos líquidos y a

inyectar otros en los tanques de estasis. Una cascada de drogas fue mezclándose en diferentes proporciones hasta lograr los niveles de consciencia protocolarios para cada situación. La sangre sintética, de un curioso color morado, comenzó a moverse en los vasos de los astronautas.

—Estasis finalizada en los tanques del uno al nueve — resonó una firme voz femenina en los pasillos de la nave. El mismo mensaje fue recibido en control de tierra.

Pigott autorizó la segunda fase, la que recobraría a los ocupantes de los tanques once hasta el dieciocho.

Recibió la confirmación, tal y como había esperado. Nunca se despertaba a los viajeros de una sola vez. Un fallo podía acabar con la vida de todos, por eso se hacía en tres fases. Dos para la infantería y una más para los oficiales.

—Permiso para terminar estasis en tanques diecinueve y veinte.

Pigott confirmó la orden con un gesto y el asistente Koumura añadió el comando para entrar en contacto con la doctora Moana Ho. El supervisor se aclaró la voz.

—Hawking. Les habla el supervisor Pigott desde el control de Tierra. ¿Me reciben?

Unos segundos de incómodo silencio flotaron por toda la sala. Sólo se escuchaban los ventiladores de los ordenadores y la ligera estática que escapaba de los altavoces. Pigott insistió.

—Hawking. Aquí Pigott desde el control de Tierra... ¿Me reciben?

Silencio. Pigott comenzó a ponerse nervioso.

—Doctora Ho... ¡Por Dios!... ¿Nos reciben?

La voz de la Moana Ho entró en la sala como un trueno, obligando a algunos a retirar los auriculares de sus oídos.

—¡Saludos, Tierra! ¡Les habla la doctora desde la Hawking! ¡Es un placer escucharlos!

La sala explotó en júbilo. Acababan de terminar con cincuenta años de silencio de radio, a la vez que habían demostrado que los tanques de estasis eran seguros, al contrario de lo que opinaron un buen montón de personalidades científicas al inicio de la misión.

Koumura se encogió de hombros con una sonrisa ante la cara de asesino de Pigott: a muchos les iban a pitar los oídos durante el resto del día.

—Soy consciente de que cuando me metí en este tanque la mayoría de ustedes no había nacido —continuó la doctora Ho—, sin embargo, alguien ha tenido la delicadeza de enviarnos un fichero con las caras y los nombres de todos los que han ocupados sus sillas en esa sala durante los pasados cincuenta años. Quiero hacer llegar a todos y cada uno, el agradecimiento y el respeto de todos los integrantes del Hawking por haber cuidado tan bien de todos nosotros. Pero debo dejar claro que la misión no se ha completado y que aún necesitamos que cada uno de los presentes de lo mejor de sí, hasta el final...

—¡Demagogia barata!, ¡populismo!—dijo el general Pullman desde la zona mixta, una sala acristalada que permitía ver

todo lo que se hacía en la zona de operaciones—. ¿Por qué demonios no despiertan a Nwosu?

—Veo en los registros que la psicología de nuestras mentes reactivas está en manos de la doctora Marleene Wykoff desde hace tres años. Le remito ahora mismo un análisis de un engrama de memoria anómalo. No tendría mayor importancia si no se hubiera producido y repetido tanto en mis sueños como en los del comandante Nwosu —recitó la doctora Ho con voz calmada.

—¿Qué rayos en un anagrama de memoria? —preguntó en voz alta el general Pullman—.

—Engrama, general: engrama de memoria —respondió la jefa de prensa Wilson rezando porque ninguno de los periodistas de la zona mixta hubiera escuchado al militar—. Se trata de una red de neuronas que guardan un recuerdo concreto. Se crean incluso cuando no estamos conscientes...

—¡Lo que sea! ¡A quién le importa eso ahora! ¿Mis hombres están siendo atacados y esa histérica quiere que le hagan un psicoanálisis? ¡Maldita sea, Wilson! —Pullman se volvió hacia ella masticando el cigarro y las palabras—. ¡Consígame una entrevista con el secretario interino! ¡Es un hombre de West Point! ¡Él despertará a Nwosu y pondrá patas arriba toda esta mierda!

Casie Wilson no respondió. En la zona de operaciones continuaba la actividad. La doctora Wykoff había tomado la palabra.

—Acabo de cotejar sus datos, Moana: es muy interesante.

Nosotros no hemos creado ese recuerdo, pero hay algo más. – Todas las cabezas se giraron hacia ella–. He cruzado los datos con las consolas de defensa. El engrama se instaló en sus cerebros cuando fueron... escaneados. No hay error: la fecha y la hora son exactas, la coincidencia es absoluta. Lo que sea que les atacó, esa forma de radiación, creó la memoria. No lo hizo en el primer barrido. Fue en un segundo escaneo a la *Hawking* cuando se insertó el recuerdo. Según lo que me acaba de enviar es el mismo recuerdo en todos ustedes. ¿Podría decirme de qué recuerdo se trata?

–Prefiero que lo vean ustedes mismos –respondió la doctora Ho–. *Inicio la transmisión del fichero con imágenes del sueño.*

–Tengo algo que preguntarle, Moana –aprovecho el silencio Pigott–. Con los datos de los que usted dispone, ¿Considera que la *Hawking* ha recibido un trato hostil por parte de... de una entidad desconocida?

–Negativo, supervisor. La *Hawking* ha sufrido un «cacheo», una molesta inspección, sin duda. Pero la misión no se ha visto comprometida.

–Aún falta la información recogida por los «nanocitos». No sabemos si ustedes están tan bien como aparentan...

–Y tardaremos un par de horas más en saberlo. Ni tan siquiera hemos recibido todos los «servonautas» la misma cantidad de radiación. Veo en los informes que giraron la nave durante el ataque...

–En realidad lo hizo la IA –puntualizó el supervisor–.

Interpuso el cuerpo de la nave para que absorbiera la mayor cantidad de radiación posible.

—Concretemos, supervisor —la voz de la doctora cambió a un tono más apremiante— *¿Qué quiere preguntarme?*

—Le hago llegar una consulta del despacho del secretario de estado. A pregunta del general Pullman, quieren que usted decida sobre la oportunidad de despertar al comandante Nwosu, dada la situación de alarma temprana que se ha producido.

La jefa de prensa del secretario dejó escapar una risita cuando el general se puso de pie dejando, de nuevo, caer el puro de su boca. Un reguero de baba se quedó colgando de la mandíbula.

—¿Cuándo quiere hablar con el secretario interino, general? —preguntó en tono corrosivo.

—¡Ella no puede tomar esa decisión! —Todos los periodistas se volvieron ahora hacia ellos—. ¡Es una cuestión militar! ¡Una decisión táctica! ¡Estratégica!... ¿Dónde demonios hay un teléfono?

Mientras tanto la doctora estaba respondiendo a Pigott.

—Tome nota, supervisor. Acabo de revisar los informes disponibles hasta el momento. Teniendo en cuenta todos los factores, y a la espera de nuevos datos, mi respuesta es la siguiente:

»No considero necesario, y por lo tanto no recomiendo, despertar al comandante Nwosu. La recomendación se extiende a cualquier actuación más allá de la defensa pasiva que ofrece la Hawking. ¿Lo tienen?

-Alto y claro, doctora: ya está camino de las agencias implicadas. Bien. -El tono de Pigott se relajó-: supongo que necesitará usted poner en orden sus... asuntos personales. Esperamos los resultados de los «nanocitos» a las... quince MT, hora de la misión. No la molestaremos hasta entonces, ¡Pigott fuera!

El supervisor no tuvo tiempo para estirarse en su sillón. Su *intercom* parecía un árbol de Navidad. Dudó entre elegir al azar una de las llamadas entrantes o hacerse el distraído y tomarse un café, sin embargo una de las llamadas provenía del gabinete de psicología. Estaba intrigado con el asunto del engrama de memoria: decidió acudir al despacho de la doctora Marleene Wykoff. Tenía el presentimiento de que allí había algo importante.

-Komoura -dijo con humor-. ¡El puente es suyo!

Diez minutos más tarde usaba su tarjeta de identificación para abandonar la zona de control y entrar en el pasillo que daba acceso a los diferentes departamentos de la misión. Había dejado atrás a un vociferante Pullman empeñado en convencer a alguien por teléfono de que la decisión del Moana Ho no era la correcta. Pigott lo ignoró: nunca le había gustado aquel tipo.

La doctora Wykoff había convocado a varias personas en una reducida sala de conferencias. Todo el mobiliario era una mesa ovalada y varias sillas de oficina, completado por una pizarra blanca, una cafetera y un teléfono con altavoz en una

mesita auxiliar.

-Gracias por acudir tan pronto, supervisor.

Sonó como «superrvisor», con unas contundentes consonantes que evidenciaban el origen europeo de Marleene Wykoff.

-Reconozco que tengo una enorme curiosidad en este asunto -dijo él mientras se sentaba-. No creo que la doctora Ho hubiera insistido si no fuera algo importante. ¿Puedo? -Señaló la cafetera.

-Por favor. -La doctora hizo un gesto afirmativo con la barbilla antes de continuar-. Hemos recibido al completo los ficheros enviados desde la *Hawking*. Ho está en lo cierto: alguien ha introducido un engrama en la memoria de todos los astronautas, y lo hizo unos minutos después del primer barrido sobre la nave. -Sacó una carpeta con fotografías que comenzó a repartir entre los presentes-. Esto son capturas de pantalla del sueño que alguien instaló en la memoria de la doctora. No es de esperar que sea diferente en los demás casos.

Pigott tomó la foto que le pasaron. No tenía una gran resolución, pero se veía una imagen submarina, en la que se apreciaba la inequívoca silueta característica de un tiburón. En total pasaron por sus manos una docena de imágenes, en las que el escualo se acercaba hasta la cámara, lanzaba una dentellada, y se marchaba igual que había llegado. Cuando todos terminaron de ver las copias impresas se instaló el silencio en la sala, sólo perturbado por algún sorbo de café. Pigott no tenía ni la más remota idea de psicología, pero se

abstuvo de preguntar. «Alguien lo hará, antes o después», pensó.

Sin embargo el silencio persistió hasta que fue la propia doctora la que lanzó al aire la pregunta.

—¿Alguna sugerencia?

—¿Es todo lo que hay? —preguntó Pigott.

—En realidad, no: hay otro fichero de sonido, pero me gustaría saber qué les sugiere el ataque del tiburón.

—Parece bastante obvio — Wilson levantó las cejas—. «Estás en mi medio: lárgate o te comeré».

—Pero no lo hace... —dijo el supervisor pensativo.

—¿A qué se refiere? —preguntó complacida Wykoff.

—A que no se come a nadie, es curioso. —Pigott recorría distraído con su dedo índice las vetas de la madera de la mesa—. Si alguien no quiere ser descubierto, destruiría a los invasores... pero no es eso lo que hacen. Podrían haber inundado de radiación la *Hawking* hasta achicharrarla por completo, sin embargo, en lugar de ello se toman la molestia de dejar un mensaje en las mentes de los invasores...

—Táctica de guerrilla. Esto le encantaría a Pullman — continuó Wilson—. Hieren a algunos miembros del comando enemigo. No los matan: los muertos no son una carga, los heridos sí. Necesitan cuidados y retrasan las maniobras. Además, son los vehículos de la amenaza. Si los hubieran destruido sin más, no sabríamos que hay una fuerza hostil allí.

—¿Y por qué el engrama? —insistió Pigott.

-Tal vez sea algo accidental -elucubró Wilson-, un error mientras escarbaban en la mente de los invasores.

-No. Imposible -terció Wykoff-: es el mismo engrama para todos.

-¿Podríamos suprimir el término *amenaza* por el de *advertencia*? -Pigott no quería dejarse llevar por la solución más cómoda-. Supongamos que han analizado la trayectoria de nuestra nave, y saben que vamos directos a orbitar Kepler 438-B. Ellos saben que es un medio hostil, quizás hasta peligroso. En ese caso el tiburón está diciendo: «No vayáis ahí: os destruirán».

-¿Qué dice el fichero de audio?

-Es un recuerdo natural de Moana Ho -respondió la psiquiatra-. Una conversación con su madre cuando tenía unos siete años. La niña quiere acariciar un perro y su madre la previene que debe de tener mucho cuidado, porque la puede morder.

Pigott y Wilson se miraron ente sí.

-No tengo respuesta aún -dijo Wykoff a la defensiva-, y la doctora Ho tampoco entiende porque se invocó ese recuerdo en particular.

-No pretendíamos presionarla, doctora -concedió Wilson-. No somos profesionales. Si a usted le cuesta entenderlo imagínese cómo...

El teléfono sonó interrumpiendo las explicaciones de la jefa de prensa. La psiquiatra sólo necesitó alargar el brazo para alcanzar el auricular. Se limitó a escuchar unos segundos

antes de terminar la conversación con un escueto «está bien».

—Le esperan de nuevo en la sala de control, supervisor: han llegado los resultados de los nanocitos.

El general Pullman seguía en el pasillo gritando al teléfono. Marleene Wykoff había vuelto a su despacho y Casie Wilson había regresado a la sala mixta. Pigott pasó de nuevo su identificación en el lector de la puerta y vio a Koumura de pie en medio de la sala. Nunca se sentaba en la silla del supervisor, pese a que estaba autorizado a hacerlo durante las sustituciones. Permanecía cruzado de brazos y al ver a Pigott, le indicó con un gesto el monitor mural número tres. La pantalla estaba a la espera de datos. No se escuchaba nada, aparte de los sonidos propios de los ventiladores de las terminales. Al instante siguiente, las impresoras comenzaron a escupir metros y metros de papel continuo mientras las pantallas mostraban los informes de los diferentes departamentos. La vista de Koumura y Pigott se fue a los datos de los médicos de la misión: querían conocer el estado de los expedicionarios antes de tomar decisiones. No parecía haber nada extraño. Ambos supervisores se buscaron con la mirada pidiendo confirmación el uno al otro. Koumura hizo un leve gesto de asentimiento.

—¡Bien! —comenzó a decir—. Parece que hemos teni...

La pantalla cambió de repente y comenzaron a entrar los datos del sistema de soporte vital. Aunque se trataba diferentes departamentos, los médicos tenían parte en el

sistema de vida. Los líquidos en los que flotaban los astronautas eran orgánicos, e interactuaban con sus cuerpos de forma constante. Durante las cinco décadas anteriores habían analizado, compensado e incluso mejorado la solución, al igual que la sangre sintética que recorría los vasos sanguíneos de los viajeros. Eso contribuía a mantenerles jóvenes, además de vivos.

Los datos no eran buenos. Pigott pidió confirmación, y se le avisó de que se estaba realizando un segundo análisis, pero que no se esperaban variaciones apreciables. Por el rabillo del ojo vio a Casie Wilson con la cara enterrada entre las manos, y al general Pullman gesticulando como un energúmeno al otro lado del cristal que separaba la zona mixta. Ahora iba ser muy difícil detener su pequeño golpe de estado. La luz de la psicóloga Marleene Wykoff se encendió de nuevo en su *intercom*.

-Aquí Pigott, doctora -respondió con desgana.

-Lo siento muchísimo, Dravin, -Era la primera vez que usaba su nombre de pila-. ¿Necesita ayuda para comunicarlo a la *Hawking*? -se ofreció.

-No, pero gracias, Marleene. Es mi trabajo: parte de él, pero le agradeceré que permanezca en línea.

El supervisor se aclaró la voz.

-Atención, *Hawking*, aquí control de tierra. ¿Me reciben?

-Alto y claro. Supervisor Pigott - la voz de Moana Ho sonaba serena en los altavoces de la sala-. *No han transcurrido aún las dos horas que acordamos, así que entiendo*

que no tienen buenas noticias.

—Procedemos a enviarle los resultados de los análisis realizados por los nanocitos, pero estimo que es mi deber comunicarle de viva voz las conclusiones. No son definitivas, aunque las concedemos un 90% de fiabilidad.

—¿Fuimos contaminados?

—No, doctora, ustedes no: Pero el soporte vital sí que lo fue. Lamento tener que comunicarle que las soluciones se descompondrán en unos... diecisiete meses contando desde el momento de la irradiación: no podemos traerlos a casa. Lo siento, Moana... —estaba a punto de echarse a llorar—. Todos lo sentimos mucho.

—¿El líquido de reserva guardado en el tanque de plomo está afectado?

—No, pero sólo puede alimentar un tanque.

—Veo que la doctora Wykoff está en línea. Necesito que certifique que estoy en perfectas condiciones mentales para tomar las decisiones que voy a dictar a continuación.

¿Marleene?

—Por supuesto que lo está, Moana. Adelante.

Se abrió la puerta y en ella apareció Pullman quitando el celofán a un nuevo cigarro: estaba radiante. «El muy bastardo no ha podido esperar para tomar posesión de su nuevo trono», pensó Pigott con rabia.

Moana Ho continuaba hablando:

—El tanque de reserva se utilizará para el comandante Nwosu. Todos los demás miembros de la tripulación, incluida

yo, son prescindibles. Él se encargará de que la Hawking llegue a tierra con todo el cargamento de muestras e información que durante los próximos meses la tripulación recogerá con los bots en la superficie del planeta. La misión seguirá el programa hasta el último momento.

Pullman estaba exultante.

—Pero el comandante Nwosu no tomará el mando de la misión hasta entonces —finalizó Ho.

El tercer cigarro de Pullman terminó también en el suelo.

— Lo siento, general —la doctora Ho hablaba con absoluta seguridad—. He pensado mucho en los engramas de memoria: sé lo que pasó y mi decisión es que no habrá acciones de guerra.

»La imagen de mi madre advirtiéndome sobre los perros ha vuelto una y mil veces a mi mente consciente. Mi madre me explicaba que los perros no tienen manos, que no pueden hablar. Sólo pueden comunicarse con su boca. O te ladran o te muerden. La imagen del tiburón venía a completar el mensaje. Llegaba hasta mí, me mordía y se iba. No me devoraba, pero seguramente yo estaría muerta igual.

—Entonces... —empezó a decir Wykoff.

—Exacto, Marleene. El tiburón es como el perro, pero mucho más peligroso. Sólo tienen su boca y su mordisco para saber de qué estas hecho, y ese contacto suele ser mortal.

—¿Quiere decir —intervino Pigott—, que esos seres nos están diciendo que no tenían otro modo de saber con quién trataban, más que bañando de radiación la nave?

-En su mundo la radiación no es más peligrosa que para nosotros tomarnos una fotografía. Al analizar los datos que habían obtenido, se dieron cuenta de que nos habían condenado a muerte.

-¡Dios mío! -Pullman comprendió la auténtica dimensión del problema.

-Tenemos que asumir -continuó la doctora Ho-, la existencia de civilizaciones con las que jamás nos podremos comunicar. Tal vez sea esta la lección más valiosa de toda la expedición. En este caso somos las víctimas, pero pudimos haber sido los verdugos. Ahora sabemos los riesgos que conlleva intentar el contacto con aquello que desconocemos: para nosotros y para ellos.

-¿Por qué usted, doctora? -El general por fin rompió el silencio-. ¿Por qué no se pusieron en contacto con el comandante Nwosu?

-¿Recuerda su infancia, general? -preguntó la doctora-. ¿A quién acudía cuando había hecho algo mal y temía el castigo?

-A mi madre, por supuesto. Mi padre siempre fue inflexible... -rememoró Pullman con ojos brillantes.

-Ya tiene su respuesta, general

La voz de Moana Ho sonó con la suavidad del terciopelo en los ásperos altavoces de la sala de control mientras terminaba su frase:

-Ellos también querían hablar con una madre.

Hanky-punky

Signes Urrea, Carmen Rosa

*I'm a blonde single girl in the fantasy world
Dress me up, take your time, I'm your dollie
You're my doll, rock and roll, feel the glamour and pain
Kiss me here, touch me there, hanky-panky*

(Barbie girl lyric. Aqua)

Aquella maldita llave se había atorado y, con el forcejeo, se rompió. Conquistó al casero para que sustituyera la cerradura de inmediato. A pesar de ello, el cliente no tuvo paciencia y se marchó muy molesto, le resultaba increíble que aún se utilizaran aquellos antiguos artilugios tan alejados de la realidad cotidiana, pero qué podía esperar de aquel lugar, aquella barriada que hacía mucho que no recibía la visita de las autoridades que de seguro la hubieran hecho desaparecer.

Se resignó a la pérdida del ingreso extra, había sido un largo día y pese a todo lo que llevaba en el cuerpo, química necesaria para mantenerse en pie treinta horas ininterrumpidas, le vendría bien un descanso. Antes de caer rendida en la cama, lanzó el dispositivo profiláctico y el *busca-detector* sobre la mesilla de noche. Definitivamente, no llevaría hasta la ducha aquellos aparatos que la mantenían en constante contacto con los posibles clientes.

La poca salubridad de la pensión, se veía compensada por el unguento viscoso que salía del dispensador automático de la ducha iónica. Había insistido mucho para que se lo instalaran.

Un extra mensual bajo mano al casero, ayudaba siempre. Un extra que, por otra parte, no le serviría para cambiar de localización su cubículo, nunca llegaría a ganar lo suficiente como para conseguirlo. Le había hablado de las facilidades obtenidas gracias a una vida dedicada a la prostitución pero, estaba claro, habían exagerado.

Si bien reconocía que de no tener nada, tal y como ella comenzó, a poder vivir en una vivienda digna, distaba mucho, se resignó a admitir que hacía mucho que había alcanzado su tope. No obstante, no se sentía derrotada. Hasta el momento había superado con nota los constantes cambios de moda para atraer clientes. En cuanto entraron en el mercado las jovencitas *Barbiedoll*, muy acostumbradas al lujo y al despilfarro, tuvo que reciclarse. Nunca había podido mantenerse ajena a las tendencias: sucumbió a los largos cabellos y a la ausencia de los mismos emulando la tribu de los patriotas, que tenían por costumbre raparse constantemente; perforó y modificó su piel, implantes y prótesis que alteraron su fisonomía y modelaron su cuerpo. Cualquier cosa era válida para aumentar la cantidad y calidad de los clientes. Es por ello que, ahora, siguiendo los gustos de los encorsetados burócratas de la *City*, aparcó todos los prejuicios y se dispuso a emular la última moda.

No temía desentonar aunque era una tendencia para jovencitas, porque siempre había aparentado tener menor edad. Además ella era como la viva imagen de la Barbie, sólo debía resaltar o, más bien, exagerar, algún que otro pequeño

detalle: como el tejido de la ropa o avivar el rubio de su cabello. Melena larga y rubia, traje ajustado, medias oscuras, zapatos de charol negro con tacón de aguja. Toda una indumentaria que acentuaba su extrema delgadez., una de las características más representativas que hacían de este atuendo algo único. La moda era la representación idealizada de una muñeca "*La Barbie*" que se popularizó en el siglo XX y se consagró en el XXI. Y obligaba a su portadora a caminar casi mecánicamente, movimientos poco naturales, como los que corresponderían a un juguete con falta de movilidad en sus articulaciones. Terminó de arreglarse y se encaminó para el centro de la urbe. Con ese aspecto, apenas si necesitaba publicidad.

Debía haber comenzado a sentir las vibraciones del *busca-detector* nada más pisar la calle, pero permanecía en silencio. Muchos hombres hacían uso de los servicios de compañía. Las autoridades habían tenido que ceder ante el número creciente de violaciones y suicidios que provocaba la soledad en aquella sociedad tan acelerada. Lo más sorprendente fue que, ante la permisividad, los servicios ilegales se convirtieron en los preferidos de las clases más altas. ¿Por qué pagar más por un servicio que a fin de cuentas tenía los mismos controles sanitarios, era mejor valorado y no disponía de tanto registro de actividad?

Llevaba recorrida media ciudad y no le había salido ningún trabajo. Se preguntaba si realmente había acertado con la vestimenta.

Se sentó en una terraza desde la que dominaba la autopista y el bulevar. Sintió cómo era observada, no acababa de comprender qué sucedía.

-Acompáñenos señorita -le dijeron un par de muchachas vestidas como ella que se le acercaron sin decirle nada más.

Comenzaba a llover, parecían tenerlo todo previsto, pues sacaron también para ella un chubasquero de plástico transparente. Caminaron suficiente, le molestó que los *buscadores* de sus acompañantes sí que funcionaran mientras que el suyo permanecía en silencio.

La entrada del local se presentaba a juego con el color y la imagen de la muñeca que ellas mismas representaban. Decenas de vitrinas decoraban las paredes del interior. Centenares de muñecas y otros curiosos objetos mostraban la evolución de tan singular juguete. Un templo dedicado a la veneración obsesiva de *"La Barbie"*.

- ¿Te gusta? Casi doscientos años de historia avalan nuestro culto. Y, ahora, nosotras tenemos la obligación de seguir escribiéndola.

Prefirió sonreír, pese a que seguía sin comprender. De algún modo tuvo miedo de lo que estaba sucediendo, miedo de haberse metido en graves problemas. Siempre le habían dicho que era la viva representación de aquella muñeca, algo que, al fin, pudo constatar.

El local no se diferenciaba mucho del resto de establecimientos de la ciudad donde ella solía ir a buscar clientes. Detrás de la barra, un joven la aguardaba con una

copa en la mano. Ni siquiera se cuestionó si era lo que le apetecía tomar en aquel momento, simplemente lo aceptó, había decidido seguir el juego para evitar conflictos. Él, muy amable, dejó la bebida sobre un posavasos que, para facilitarle la sujeción, seguía su mano cuando ella la acercaba. Le llamó la atención la perfección de las facciones del muchacho a quién sonrió mientras recogía su copa. Era como si su rostro le resultara conocido, no tardó en corresponderlo con los del muñeco que acompañaba a *Barbie*, y que hacía un segundo había visto repetido en aquellas vitrinas.

El dulzor excesivo de la bebida, de un tono rosa chicle escandalosamente fosforescente, enmascaró el sabor amargo del narcótico. — *Gracias, Ken* — alcanzó a decir después de leer la placa con su nombre y antes de perder el conocimiento.

Sobre la mesilla de noche el dispositivo profiláctico se mantenía en pleno funcionamiento. El *busca-detector* no cesaba de pitar. Tras el cristal, decenas de rostros contemplaban al primer ejemplar de *Barbie* prostituta en el día en el que Ken, plantado delante de ella totalmente desnudo, estrenaría, por vez primera, sus servicios.

El genio de las SS

by PacoMan

*Se derraman más lágrimas por las plegarias atendidas
que por aquellas que permanecen desatendidas*

Santa Teresa de Jesús[1]

Dedico esta rentrée a:

*Don José Antonio Cordobés Montes por insistir,
don Bernabé Naharro por insistir aún más y
doña Maribel Ruano Encinas por insistir lo no va más.*

Mucho se ha mentido y especulado sobre lo ocurrido en el búnker de la Cancillería el 30 de abril de 1945, dos días después de que Mussolini fuera ejecutado y colgado por los partisanos. Lo único cierto es que el victorioso Ejército Rojo no encontró a Adolf Hitler, de cincuenta y seis años recién cumplidos y mal llevados. Unos dicen que se escapó y siguió vivo en tierras de provisión fascistas: la Argentina peronista, la España franquista o la Portugal salazarista. Algunos más osados, puros selenitas, lo sitúan en la Luna. En cualquier caso Hitler habría dedicado el resto de sus días a preparar el advenimiento del IV Reich. Los otros dicen que se

suicidó junto a Eva Braun y que el Ejército Rojo hizo una bonita barbacoa con sus cadáveres a las puertas del búnker. Si poca credibilidad merecen los unos, menos los otros. ¿Quién iba a renunciar a una «bonita» y propagandística foto del cuerpo muerto de Hitler? Como ejemplo ilustrativo, deléitense con el documento que certifica la muerte del *Duce*:



De izquierda a derecha, se pueden observar los cuerpos sin vida del político comunista reconvertido a fascista Nicola Bombacci, del Duce Benito Mussolini, de su fiel amante Clara Petacci, del ministro Alessandro Pavolini y del reconocido político fascista Achille Starace siendo exhibidos en la Piazzale Loreto (Milán) en el año 1945.

La verdad es felina schrödingeriana, pues es indudable que Hitler no está vivo, pero es cierto que Hitler no está muerto. Ya lo pudo haber dicho Julio Cesar[2]: «La verdad siempre resplandece al final, cuando ya se ha ido todo el mundo». Ya ha transcurrido el suficiente tiempo reparador para poder descubrir el cúmulo de acontecimientos que se desencadenaron en el búnker de la Cancillería. Suele ocurrir que la verdad es esquiva, por lo que hay que perseguirla, y es remolona, por lo que hay que empujarla. De todos es conocida la existencia de varias expediciones nazis organizadas para conseguir reliquias, poderosas reliquias que inclinaran la balanza del lado de la esvástica. Pero menos conocida es la visita de Heinrich Himmler, nada menos que el *Reichsführer* de las sádicas *Schutzstaffel* (las SS). Es decir que el «líder de las SS en el Imperio» acudió a Montserrat (Barcelona, España) el 23 de octubre de 1940 acompañado de Karl Wolf, su jefe de Estado Mayor, y su correspondiente séquito. Pero ya es menos sabido que su visita se centró exclusivamente en las criptas bajo el monasterio benedictino que se ubica en el macizo kárstico catalán. En estas criptas supuestamente[3] se encontró la virgen de la *Santa Cova*, más conocida por «la Moreneta», ya que virgen y niño son negros como la obsidiana. Himmler y sus adláteres encontraron lo que vinieron buscando y ese mismo día volaron a Berlín para ofrendarlo al *Führer*.

Himmler le entregó a Hitler nada menos que un jarrón con sello de plomo y el nombre de Yahvé (יהוה) impreso. Impresión

realizada por las propias manos de Sulaymán, también conocido como Salomón, hijo del mítico rey de los israelitas, David. Razón por la cual no se le dio ninguna publicidad al regalo de las SS a su *Führer*, más que nada por no generar habladurías digamos que... impropias. Se da la feliz circunstancia de que dentro del jarrón y encerrado desde el 910 antes de Cristo se encontraba un ifrit[4]. Es decir, un genio, como el que coprotagoniza el cuento *Aladino y la lámpara maravillosa*[5].

En contra de la opinión generalizada, basada en las películas de Disney, los ifrit sólo conceden un único deseo o plegaria a su libertador. Una dádiva que sólo se puede aplicar a la persona que lo libera, a una única persona, y no se puede desear por ninguna otra. Es decir, no se pueden delegar. También excede la capacidad del genio conceder deseos genéricos o universalistas como: «Que Alemania gane la guerra» o «Que mueran todos los judíos del mundo» o «Que desaparezcan todos los humanos de América». Esa es la razón por la que Adolf Hitler no hizo uso de su regalo hasta la mañana del 30 de Abril de 1945.

Adolf dispuso de cuatro años y medio para pensar su deseo, pero no fue hasta el último momento, cuando el hundimiento del III *Reich* era inminente, cuando tomó el paquete final de decisiones: casarse con Eva, *suicidarla* y decidir su anhelo atendido, eso sí, no necesariamente en ese orden.

El Ducado de Prusia, la región más disciplinada y militarista del III *Reich* nazi, sería la mejor plataforma para

una construcción acelerada del II *Reich*. Es decir, Adolf exigiría al ifrit que lo trasladase al pasado. Como de historia tampoco andaba excesivamente bien, y creía más en sus deseos que en los libros de historia (dictados, a su entender, por los intereses del sionismo mundial), trazó un plan de acción. Según sus cálculos, llegar a Königsberg en 1610 le permitiría medrar rápidamente en la corte de los Hohenzollern gracias a sus dones naturales y el gran botín en oro y piedras preciosas que le habían «regalado gentilmente» miles de judíos anónimos durante el programa *Endlösung der Judenfrage* («La solución final»). Era fundamental estar más que bien posicionado para cuando Jorge Guillermo I de Brandeburgo heredara el Margraviato de Brandeburgo y el Ducado de Prusia. Jorge Guillermo fue un rey pusilánime que con su equidistancia entre católicos y protestantes retrasó, en la opinión de Hitler, la hegemonía de la nación alemana y, por ende, la de la raza aria. El *Führer* del futuro III *Reich* haría el último gran servicio a la patria: obligaría a Guillermo a tomar partido por los protestantes y poner la primera piedra del II *Reich*, adelantándolo casi dos siglos y medio. Un plan infalible como la *Unternehmen Barbarossa*.

Conocido el talante del *Führer* y el carácter de los genios de la lámpara es fácil imaginarse cómo fue esa fantástica conversación: tenemos a Hitler disfrazado de rico burgués prusiano de principios del siglo XVII acarreando una abultada saca con el botín que le garantizaba un próspero porvenir. Con un gesto melodramático rompe el sello de plomo

del jarrón y el genio escapa de su confinamiento de más de veinticuatro siglos.

-Te he liberado de tu cautiverio. Exijo que cumplas mi petición. Quiero que me traslades a la capital del Ducado de Prusia en los estertores del reinado de Juan Segismundo I de Brandeburgo, tal y como voy vestido y con los bártulos que acarreo.

-Tienes que ser más exacto, ¿sabes? Esto de viajar en el tiempo... Deja que mire, sí, espera... déjame ver, estamos en 1945. Vale. Venga: ¿qué año?

-¡1610! -exclamó Adolf, a punto de perder los papeles, de igual modo que había perdido la guerra. Ciertamente el traqueteo de varios винтовка Мосина (Mosin-Nagant) dentro del búnker tampoco ayudaba mucho, todo hay que decirlo.

-¿Y el mes?

-El que quieras, maldito bastardo, cumple mis órdenes - escupió sin ningún tipo de modales el líder de la raza aria.

-Al instante, *mein Führer*, atiende tu plegaria. Suerte en Königsberg el 1 de septiembre de 1610... no te aburras mucho.

-¿Por qué te ríes, bastardo de un camello con una cerda?
-Y esas fueron y serán las últimas palabras que se escucharon y escucharán de Adolf Hitler. Instantáneamente desapareció del mundo de los vivos y de los muertos.

Hitler no está muerto, ni está vivo. No está en este plano de existencia, ni en ningún otro plano. Algunos optimistas podrían decir que se encuentra junto al gato de Schrödinger esperando a que la naturaleza tome una decisión.

Pero no es cierto, ya que el espacio que ocupa el gato es un espacio *ex ante*, un espacio obligatoriamente necesario para poder definir el suceso aleatorio con todos los estados de la naturaleza posibles y con sus respectivas probabilidades de acaecer. De todos esos estados, uno y sólo uno será real, independientemente de sus posibilidades. Es decir, *ex post* sólo un estado habrá sucedido y los demás no habrán existido nunca. Pese a ello se requiere conocer los posibles estados alternativos del suceso aleatorio y sus probabilidades para poder tomar decisiones *ex ante* y para hablar con propiedad de un acontecimiento aleatorio. Sí, es complicado, es lo que tiene la estadística.

Pero Hitler no está en el espacio *ex ante*, no está con el gato de Schrödinger. Simplemente no está, desapareció para no volver jamás. Ni siquiera es un genio aprisionado en una botella con un tapón de plomo con el nombre de Yahvé, Alá o Dios impreso. Uno podría creer que está muerto, pero para morir hay que tener un cuerpo físico en un espacio físico donde deje de funcionar. Hitler no murió en ningún momento, por lo tanto sigue vivo en el lugar al que lo llevó su deseo atendido.

Lector, a partir de este punto abandona toda esperanza de mantener tu comprensión y cordura. Puedes parar aquí y mantener ambas o seguir sin garantía alguna. Recuerda que:

La verdad te hará libre, nunca se dijo que te haría feliz.

La culpa es del Sol.

Más concretamente, del tiempo que tarda la Tierra en dar una vuelta alrededor del Sol. En particular 365,242189 días[6] (365 días 5 horas 48 minutos y 45,10 segundos). Esto no es nuevo y hasta los *millennials* saben que esas cinco horas y pico cada año hacen que, cada tres años, el siguiente sea bisiesto y, por lo tanto, tenga un día más[7]. Eso ya lo sabía Julio Cesar y por eso su calendario, el Juliano, así lo contemplaba. Pero ¿qué pasa con esos 11 minutos y 15 segundos de menos? Poca cosa al principio, pero con el paso de los años la fecha del calendario y la fecha de las efemérides astronómicas (estaciones tan útiles para la siembra) se iban distanciando. Año a año el calendario se adelantaba en 0,0078 días. Pasados unos siglos la cuestión empezó a tener efectos en la agricultura. Y eso no es bueno para los que mandan. Como por aquellas épocas los que mandaban eran los curas, el Papa Gregorio XIII decidió enmendarlo y poner la fecha en hora con el Sol. El 24 de febrero de 1582 en la bula *Inter Gravissimas* decretó:

1.- El año nuevo se trasladaría del tradicional 24 de marzo al 1 de enero.

2.- Para eliminar los futuros adelantos en el calendario, se requería eliminar algunos años bisiestos. Como todos los años finales del siglo son bisiestos (por ejemplo el 2000 fue el último año del siglo XX y el 2100 lo será del siglo XXI), se decidió que ninguno volvería a serlo, pese a ser divisibles entre cuatro. Salvo para aquellos años que, siendo final de siglo, sean divisibles entre 400. Así, desde su puesta en

marcha los únicos años fin de siglo que han sido bisiestos han sido 1600 y 2000, como lo serán también el 2400, 2800 y sucesivos.[8]

3.- Para eliminar el adelanto acumulado en el calendario hasta ese momento, se fijó que el jueves 4 de octubre de 1582 sería inmediatamente seguido del viernes 15 de octubre de 1582.

El calendario gregoriano eliminó once días. Once días que jamás existieron, con todas sus horas y sus segundos. Momentos que no pueden perderse como lágrimas en la lluvia, porque nunca existieron. No están, no son, ni serán.

No todos los países aplicaron el cambio del calendario juliano al gregoriano al mismo tiempo. Los más católicos, en el primer momento, y los demás poco a poco. En particular, Prusia lo hizo en 1610, así al 22 de agosto le siguió el 2 de septiembre.

Adolf Hitler está en el 1 de septiembre de 1610 del Ducado de Prusia, en unos de los días que nunca existieron. Allá está y allí se quedará, disfrazado de burgués del siglo XVII gritando sin que nadie lo oiga, ni ahora, ni nunca. Lo sé bien, de vez en cuando le echo un ojo y me enorgullezco de haber atendido su plegaria.

[1]

Dedicatoria tomada prestada de la novela de Truman Capote *Plegarias atendidas* (1986, *Answered Prayers*).

[2]

Curioso que aparezca Julio Cesar aquí, con el importante papel que jugará en el final de esta historia.

[3]

Más adelante (más concretamente en la siguiente nota a pie de página) se apuntará el origen de su hallazgo.

[4]

¿Cómo llegó un jarrón mágico a las criptas de Montserrat en Cataluña? No es fácil de explicar, ni tampoco es este el lugar para ello. Pero tiene que ver con templarios «destemplados» en el combate de alguna de las muchas Cruzadas que, huyendo, acaban por tierras de la actual Etiopía y por casualidades de la vida encuentran el Reino mítico del Pestre Juan. Tras recuperar irremediablemente la fe y el valor, vuelven a Europa a dar las buenas nuevas. Recalan por el resto de sus días en el monasterio de Monsterrat con los «regalos» obtenidos en África. Realmente lo que hallaron eran judíos negros cristianizados descendientes de Menelik I, hijo del Rey Salomón y la Reina de Saba. David le regaló a su hijo algunos ifrit, (convenientemente encerrados en sus jarrones) que este se llevó con él cuando colonizó aquellas tierras africanas. Estos templarios se «habían hecho obsequiar» con un ifrit y una talla de la virgen y el niño, lógicamente ambos negros, como los habitantes de Etiopía de aquel momento y de hoy día.

[5]

Para contextualizar y hacer más fácil la comprensión del resto del texto, lo razonable sería comentar la referencia bibliográfica. Citaría que es uno de los cuentos de *Las mil y una noches*, pero que no es uno de los originales árabes que conforman esta obra, sino un añadido fruto de la pluma de Antoine Galland. Pero dado el paupérrimo (y decreciente) nivel cultural de los lectores es más recomendable hacer referencia a la película animada de Disney *Aladdin* (1992, de Ron Clements y John Musker), con la certeza de que se contextualizará mucho mejor.

[6]

Un día es el tiempo que tarda la tierra en girar sobre sí misma. Arbitrariamente, el día se ha dividido en 24 horas, pero eso es irrelevante para su duración y nada cambiaría si el día se dividiese en 50 horas, excepto que estas nuevas horas tendrían una menor duración.

[7]

Los años bisiestos son aquellos divisibles entre cuatro. El mes de febrero de los años bisiestos es de 29 días, frente a los 28 días de los años ordinarios.

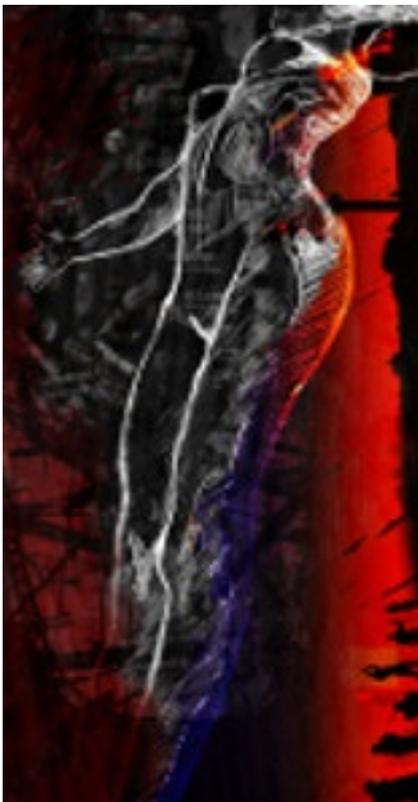
[8]

Por cierto, este procedimiento no es exacto así: 400 años solares representan 146.906,88 días, pero para el calendario gregoriano representan 146.907 días. Es decir, cada 400 años el calendario gregoriano se adelanta 0,12 días. No es mucho, pero en poco menos de 3.334 años habremos

adelantado un día.

La vecina del tercero C

Román, Esther



Su salud no era buena. Sus lecciones quedaban a veces interrumpidas por largos ataques de tos, y me di cuenta de que bajo su sempiterna bata sucia, había muy poco más que piel y huesos. Parecía suplir su alimentación con cigarrillos y alcohol, en un impulso autodestructor que la consumía. Las dos últimas semanas las pasó en el hospital, luchando contra el terriblemente vulgar diagnóstico de cáncer de pulmón.

Un cierto sentido de la lealtad me impulsó a quedarme a lo largo de sus últimos días, mientras veía menguar mis ahorros debido a los precios abusivos que me había impuesto la dueña de la pensión. No obstante, al final me largué antes de que estirara la pata. Una mañana, me desperté y me di cuenta de que no podía soportar ni un minuto más volver a ese hospital sórdido, a esa respiración trabajosa y piel marchita que representaban todo lo que yo odiaba en este mundo. Sin más, metí todas mis cosas en la maleta y salí de mi cuarto para no volver, en dirección a una agencia de viajes en la que un pobre señor que debería haber estado prejubilado tuvo que lidiar conmigo y con mi insistencia en coger un vuelo al Caribe lo antes posible.

Allí estaba, al día siguiente, mirándome en el espejo de los baños de un aeropuerto, en un país que no era mi país, y dándome cuenta súbitamente de que ya no me quedaban amigos en el mundo. Esa revelación, lejos de entristecerme, me hizo reafirmarme en mi propósito de no morir y de encontrar de una vez al maldito Johannes.

Mi estancia en París me había ayudado bastante a espabilarme. Las dos primeras décadas de mi vida las había pasado en mi ciudad, y cuando comencé a estudiar en la capital no salí de mi barrio. Cuando llegué a Santo Domingo, con la cabeza dándome vueltas por el calor y los panties húmedos y pegados a las piernas, logré encontrar por mi cuenta un hotel en el que no me estafaban demasiado, y pasé las primeras veinticuatro horas en un agradable sopor, que hizo que se me disipara el jet-lag.

Después de esta búsqueda, encontrar a Johannes resultó ser un anticlímax. Dueño de un casino de tamaño mediano y razonablemente próspero, se hacía llamar Ricardo. Bastó con mencionarle a la sorprendida y muy poco vestida camarera que venía para hablar con el señorito acerca de un viejo negocio en París para que me dijera que esperase un momento. Ipso facto, dos hombres trajeados con proporciones de gorila me escoltaron a la oficina de mi Santo Grial personal.

No aparentaba más de diecisiete años. El esmóking negro, cortado para alguien mucho más grande que él, le hacía parecer más pequeño, un chaval perdido en una fiesta de disfraces. Largo, de pies y manos más desarrollados que el resto del cuerpo, con una nariz larga y una nuez prominente en su garganta, su cuerpo estaba preservado en ese estado de transición, de fealdad adolescente, que normalmente no dura más que unos años. Su pelo oscuro y rizado, su nariz aguileña y sus ojos penetrantes parecían sugerir un origen turco o persa.

Por alguna razón desconocida, desde hace milenios crece en ciertos picos montañosos un hongo, de origen desconocido, que se combina de manera simbiótica con el organismo humano, creando con ello alteraciones permanentes. A pesar de que muchos individuos lo buscaron en vano y murieron, Johannes había dado con él por casualidad, mientras paseaba su rebaño de cabras, y se había sentido curioso por esas excrecencias color rojo escarlata que adornaban algunos arbustos y que las cabras evitaban. Al no ser muy despierto, decidió que lo más sensato era masticarlo, y el resto es historia.

Después de hacerle el sacrificio que me requirió (una cosa vulgar y de mal gusto sobre la que no me apetece hablar), pidió una copa a uno de sus asistentes, que le trajo un vaso de plástico. A continuación se rajó el antebrazo a lo largo con el abrecartas, soltando una carcajada al ver mi cara de horror. La herida sangró durante menos de un minuto, cuando vi sorprendida que se cerraba a toda velocidad, los bordes uniéndose por su cuenta. Con un gesto burlesco ceremonioso, me invitó a beber.

No sé nada sobre el sabor o textura de la sangre, pero ese líquido no era normal. En cuanto entró en contacto con mis labios, se pegó a ellos y, como si tuviera vida propia, se extendió por el interior de mi garganta. Con angustia, noté cómo descendía por mi laringe, mi esófago, me recubría las entrañas. Caí de rodillas e intenté gritar, en vano. Su sangre me quemaba por dentro, se abría paso por mis órganos, cortándome la respiración, robándome el control de mi cuerpo.

Poco a poco, el mundo se fue oscureciendo, y perdí la conciencia.

Desperté tendida en el sofá de skay de la oficina de Ricardo, con la camarera de antes sentada a mi lado vigilándome. El material impermeable del sofá no había absorbido mi sudor, con lo que sentí que estaba tendida en un charco caliente. La chica me ofreció un vaso de agua, que agradecí silenciosamente y liquidé de un trago. Cuando me incorporé y pregunté por su jefe, ella me contestó, evitando mirarme a los ojos, que se había ido, y que no volvería hasta después de un par de semanas. Con educación, cogí mi bolso y me despedí. Tenía el billete de vuelta a Madrid en unas horas.

¿Qué más queréis? Eso pasó en 1984, hace quince años ya. Durante toda esta década he examinado cada día mi rostro en el espejo, con la ansiedad de quien espera ver aparecer los signos de envejecimiento, que nunca llegan. En mi pelo sigue la cana solitaria que tenía a mis veintiocho. Mi cuerpo sigue igual, como cada noche, un cuerpo de mujer joven con las mismas caderas, los mismos pechos ya un poco flácidos, congelados en el principio de una caída que nunca llegará a realizarse. Sigo fumando, pero hace tiempo que no toso por las mañanas, y nunca me pongo enferma. Una tarde de tedio, en mi apartamento, decidí beberme la botella de lejía que guardaba bajo el fregadero con hielo y limón. Al día siguiente tuve que comprar otra para fregar el baño, eso fue todo.

Por lo demás, todo sigue igual. Intento vivir día a día, como siempre he hecho: del trabajo a casa, de casa al trabajo.

Me busqué un empleo donde no tuviera que hablar demasiado con los compañeros, pero que tampoco me aislase tanto como para ganar fama de solitaria. A veces, en las nubes, descubro mensajes secretos que se envían los tres o cuatro taumaturgos de la ciudad, que no llegan a despertar por completo mi interés. Cada mañana compro una barra de pan, y la panadera me recuerda siempre que tengo que darle mi secreto para conservar mi cutis así. Le respondo entre dientes, máscaras de yogur y pepino, comer sano, dormir mucho. Dentro de poco, sus comentarios dejarán de ser cumplidos y pasarán a tener un tono de alarma, lo que será el principio del fin. Mi jefe, los otros empleados lo verán también, comentarán que no es natural que no haya ganado peso, que no tenga ni familia ni novio. Ese día cogeré mis cosas y me iré sin mirar atrás, pero ¿adónde? Tengo varios destinos en mente: el Caribe de nuevo, Rusia, para ver si logro encontrar a otros como yo. Tengo todo el tiempo del mundo para visitar lugares, lugares que tendré que abandonar en un par de décadas. ¿Qué más? A veces paso noches enteras despierta, que no dejan ahora ojeras en mí, pensando en lo se ha convertido en mi pesadilla cotidiana: despertarme, día tras día, y solo ver un rostro hostil en el espejo.

Nota: encontré estas páginas mecanografiadas detrás del fregadero de mi nueva vivienda en Madrid. A pesar de que la humedad las había dañado, seguían legibles. El piso, un apartamento bastante pequeño en el centro de la ciudad, es algo viejo, y muestra huellas de antiguas reformas. Por lo demás, no hay muebles ni objeto alguno que parezcan haber

pertenecido a la anterior inquilina. Al preguntar al casero acerca de los anteriores ocupantes del piso, contestó que había estado viviendo una mujer de unos treinta años, soltera, bastante rara. Pagaba su alquiler a tiempo, sin protestar, y nunca atrajo ninguna queja ni la atención de los vecinos. Un día, sin avisar con el mes de antelación estipulado, se fue sin dejar rastro. Después de esperarla, el casero decidió vender parte de sus posesiones y tirar el resto, y quedarse con la fianza que ella le había entregado. Su nombre, bastante vulgar, aparece repetido innumerables veces en la guía telefónica. Por mucho que busque, no hay rastro de esta mujer, aparte de su increíble historia. En la literatura, no hay referencias a ningún volumen llamado De rebus immortalibus, ni tampoco ha existido nunca ninguna profesora en la Sorbona llamada Justine Delon. Toda esta historia parece ficticia, el mediocre trabajo de una solitaria aficionada a la ficción, de no ser por un detalle: junto a los escritos hay un frasco minúsculo, una ampolla, llena hasta la mitad de un líquido rojo y espeso. Cuando está en reposo, parece pintura, pero, cuando se agita, parece tener vida propia, agitándose en ritmos disarmónicos, como si intentara escapar de su recipiente. A veces, tengo la impresión de que el líquido es consciente de que estoy allí, y de que se agolpa de manera imperceptible contra sus paredes de cristal, en un vano intento por alcanzarme. No me he atrevido a abrirlo, y tampoco se lo he enseñado a nadie. He decidido dejarlo en el fondo de

mi cajón, donde a veces lo oigo tintinear, como si se echase a rodar por su cuenta. Algunas noches, en cambio, no se mueve, pero me parece oír susurros dentro del cajón, susurros en una lengua muerta.

La imagen es de Servando Díaz <http://servando-diaz.com/?lang=es>

¿Qué más necesitas, Hilary?

Heka, Rafael

Permítanme que no me presente y disculpen esta pequeña introducción (es más fruto del desahogo que de la necesidad de esta comparecencia). Sé que mi tiempo es limitado, así que no me andaré con rodeos: Mi vuelo, el 008 de ANA destino San Francisco, regresaba de Tokio. Era cerca de la una de la madrugada y yo volvía descorazonada tras someterme a unas pruebas experimentales con respecto al tratamiento del cáncer de mama que poseía y que me había convertido en los últimos tiempos en la sombra de pelo corto y ceniciento de la antigua y algo conocida creadora de universos, Hilary Swan.

Como escritora neoyorkina de ciencia-ficción afincada temporalmente en Barcelona, la crisis del sector en España llevó a la quiebra a las editoriales con las que trabajaba haciendo que mi salud se debilitase hasta el punto de hacerme enfermar de la peor de las maneras: Perdí el trabajo, mis propiedades y las pocas esperanzas que siempre albergamos los que nos dedicamos a una profesión tan solitaria, denostada y paupérrima como es la literatura.

Antes de acabar destruida del todo decidí centrarme en tres únicas cosas: Sacar a mi hija Victoria del país y colocarla en una buena consultora de Los Ángeles en la que aún tenía algunos contactos, asegurar algo el futuro a su padre y tratar de curarme. Conseguí no sin poco esfuerzo las dos

primeras. Desgraciadamente, la última no se cumplió.

En el diario de la mañana, mientras por la ventanilla de mi asiento, el 14C, contemplaba el Pacífico, se hablaba de la colonización de la Luna y de las revolucionarias impresoras 3D. Reí para mí. Todo eso antes me parecía importarme. Me hacía sentir viva. Sin embargo, en ese momento me preocupaba tanto como el sueño del militar del 26A con su mandíbula desencajada, el capítulo de la serie Westworld a medio terminar por el muchacho del asiento 8E o la molesta tos de la anciana de la 19A a punto del paroxismo. Nada. Nada en absoluto. Llevaba toda la vida luchando para labrarme un futuro y cuando ya era capaz de poder disfrutarlo, el destino hacía que todo supiese amargo.

El vuelo prosiguió mientras trataba de repasar mi lamentable futuro inmediato. No quería dejar cargas a mi familia así que me había ocupado de todo con escrupulosa meticulosidad: Sepelio, incineración y trámites legales. Moriría en Los Ángeles, junto a mi familia. Descansaría en paz.

A los pocos minutos antes de amanecer, el boing 777 experimentó cierta sacudida. Nada importante, algo así como una especie de turbulencia de esas que le revuelven a una un poco el estómago. Luego vino otra. Ahí ya nos asustamos todos un poco, pues esta fue mucho más fuerte. Luego otra más, y otra y otra. Cuando parecía que la cosa no se podía poner peor y ya se empezaban a escuchar los murmullos de preocupación de

algunos pasajeros y ciertos regüeldos camino de la arcada, el avión se estabilizó. Sobrevolábamos ya el aeropuerto de San Francisco.

A los gritos de asombro de los pasajeros ante lo que parecía asomar por el hueco de sus ventanillas se sumó el de la tripulación de a bordo precipitándose con vehemencia hacia ellas.

Sorprendida, levanté el protector de la mía y enmudecí.

Conocía algo el aeropuerto, había estado en él en un par de ocasiones y, sinceramente, no podía ser el mismo. Parecía como si tecnológicamente hubiese avanzado un buen puñado de años. Donde antes estuviera su bella cruz de pistas internadas en el mar, ahora se desplegaba una especie de estructura similar a la de los copos de nieve, trasegada con fruición por infinidad de ¿naves espaciales!?

No lo podía creer.

El piloto se apresuró en sus explicaciones, comunicándose por el interfono:

—Señores pasajeros, hemos sido fruto de un fenómeno hasta el momento inexplicable y estamos tratando de resolver sus consecuencias. Si no es una pesada broma, desde la torre de control nos comunican que hoy es 28 de noviembre del 2044...

El pasaje enmudeció.

Comencé a carcajearme sin ningún tipo de miramiento mientras algunos pasajeros me miraban tratando de adivinar si me había vuelto loca o era una completa gilipollas. Veinte

años. ¡veinte putos años! Continué riéndome desafortadamente. No podía apartar de mi mente el recuerdo de mi médico diciéndome que no viviría ni un mes más.

Dejé que todo el mundo desembarcase antes que yo. Quería disfrutar de ese momento y del reflejo que como en una de William Gibson me transmitía mi "neuromante" ventana. Veinte años...

En fin, que bajé a la oscuridad de la noche y me imbuí en lo más parecido a un decorado de Blade Runner: hologramas gigantescos con la publicidad de productos que jamás había probado, vehículos indescriptibles aerotripulados, personas con implantes luminosos en el cuerpo. Sin embargo, lo que más me impactó fue contemplar ¡dos lunas!

Los recién llegados resultamos una pequeña atracción de feria a la que muchos curiosos decidieron apuntarse en lo que se hacían cargo de nosotros.

Entre el cúmulo de preguntas y gentes alguien me cedió un dispositivo holográfico desde el que se podían repasar las noticias más relevantes. Una especie de internet del futuro a cuyos contenidos se podía acceder mediante implantes inalámbricos de acceso instantáneo a buscadores. Éstos, según me dijo un muchacho con un traje repleto de fluorescencias, utilizaban su tecnología para reconocer nuestros gustos e ir más rápido.

Con él descubrí el misterio de las dos lunas. Allí se decía que tras los buenos resultados de colonización lunar se

había construido otro satélite anexo desde el que preparar con mayor eficiencia las misiones a Marte. Por lo visto, gracias a esos avances se había podido también terraformar la superficie marciana y pronto iniciaríamos su colonización. El problema a salvar fue la radioactividad dominante en un planeta sin apenas atmósfera. Resulto que el proceso para ello era mucho más sencillo de lo que todos esperábamos. Con la Luna lo probaron. Se trataba de crear un "dipolo". Un elemento puntual que ejerciera de satélite capaz de crear un campo magnético dipolar que protegiera el planeta de la radiación solar y los rayos cósmicos. Funcionó a la perfección. Con una barrera así cualquier atmosfera podía ser creada y retenida. Vi árboles en la Luna. Qué digo árboles: ¡bosques enteros por los que poder pasear bajo un cielo azul celeste en el que la Tierra se veía majestuosa! También paseé virtualmente por Marte como si lo hiciera por una campiña inglesa. ¡Y lo sentí! ¡Aquella tecnología era asombrosa! Marte ya no era el planeta yermo y muerto por el que deambulaba solitario, triste y taciturno el Curiosity. Ahora, como en un capítulo del Dr. Who de los más cañeros, casi toda su superficie se había vuelto verdosa y amarilla fruto de la vegetación que lo inundaba. Trajeron agua de las lunas de Júpiter y se construyeron mares por los que pronto navegaríamos prestos a construir florecientes puertos. Mares púrpura. Incluso se tenía preparado un arca. El Nuevo Arca de Noé, lo habían bautizado. En él habían alojado los patrones genéticos de casi diez millones de especies, entre

animales y plantas. Las posibilidades de aquel mundo resultaban infinitas, sobre todo, porque darían ocupación y desarrollo a muchas personas. Un nuevo comienzo, sin lugar a dudas. Colonos de toda la tierra ya hacía tiempo que preparaban ilusionados sus viajes ilusionados y hasta había concursos de ingeniería civil por parte de grandes corporaciones en un intento edificante de moldear un mundo en el que se pudiera vivir mediante la adaptación y no la explotación. Aquello era clave e importante si queríamos empezar de cero en Marte. Nuestros antepasados lo sabían. Todas las culturas antiguas funcionaban así. Adaptándose ellos a la Naturaleza y no a la inversa. Era fantástico, prometedor, excitante. Si Ray Bradbury levantara la cabeza seguro que se moriría de la impresión. ¿Qué "Nuevas crónicas marcianas" podríamos leer! Y qué decir de Hugo Gernsback, o de John W. Campbell.

Decía Arthur C. Clarke que "toda ciencia lo suficientemente avanzada sería indistinguible de la magia". En ese momento sentí exactamente eso: Magia. Y no había visto prácticamente nada aún respecto a mi mundo. Lo que descubrí después me satisfizo aún más.

Devolví el aparato al chico y le di amablemente las gracias. No tenía palabras. Ni las tuve en las horas siguientes en las que el amanecer me aturdió con el trasiego incesante del ir y venir de periodistas y científicos buscando información y respuestas. El aeropuerto, transformado

improvisadamente en un eficiente campamento de refugiados, nos dio cobijo a la perfección mientras tratábamos inútilmente de asimilar lo que suponía estar veinte años en el futuro. Sus implicaciones. La de cuanto se extendía más allá del nosotros. Fue ahí donde el temor afloró en el rostro. Donde el miedo comenzó a palpitar en pecho de cada uno de nosotros. Más aún cuando llegaron...

En mi caso serían las tres de la tarde. El aeropuerto estaba ya más tranquilo y nos habían hecho unos supuestos controles médicos, además de provisionarnos de alimentos y mantas. Sus rostros estaban tal como los dejé veinte años antes. Victoria, con media melena azabache y sus singulares gafas de pasta gruesa, no aparentaba más de treinta años. En cuanto a James, mi querido James de ojos verdes y pelo alborotado y entrecano, que tendría que tener setenta años o no estar, continuaba en los cincuenta de cuando me marché sonriéndome con aquellos hoyuelos tan encantadores que siempre me contagiaban de alegría.

Nada más vernos nos abrazamos. Lloraban desconsolados partiéndome el alma como en aquella aterradora tarde del once de septiembre del 2001 en donde unos terroristas echaron abajo las torres gemelas de Nueva York llevándose por delante la vida de mi pequeño Giovanni:

—Tranquilos —les dije enseguida enjugándome las lágrimas—. No os preocupéis. Esta vez no va caer el cielo sobre nosotros. Aunque tarde, nos hemos podido volver a ver, ¿no?

Aunque sea por poco tiempo... -concluí finalmente blandiendo una de mis mejores sonrisas para enmascarar el drama que me podría.

Ellos también sonrieron, pero con ternura.

No comprendí. Entonces me lo dijeron.

-Mamá -comenzó Victoria-. No te vas a morir.

-¿Cómo? -pregunté.

Me lo explicó James.

-No, cariño, hoy ya nadie se muere de cáncer.

Me quedé con cara de boba. Lo cierto es que no pensaba en ello en ese momento. Ni siquiera me preocupaba, me sentía agradecida por encontrar a mi familia en aparente buen estado, veinte años después de que yo desapareciera. Aún así resultó verdad. Cuando salimos del aeropuerto me llevaron enseguida al Hospital General de Los Ángeles. No me intervinieron. Ni siquiera me pincharon. Me pasaron a una sala abierta con unas máquinas extrañísimas que simplemente me escanearon y luego, por una cinta de arrastre imperceptible, me pasaron por un arco que debió de hacer su labor, pues me certificaron que me ya estaba curada. Después, en casa, la misma casa residencial a las afueras de San Francisco que había comprado años antes y que habían cuidado respetando hasta el pequeño despacho que había habilitado para terminar los últimos manuscritos que creí publicaría, descubrí que esos avances con los que se me había curado tuvieron mucho que ver con la conciencia de algunos como mi hija. La conciencia de quienes comprenden cómo

afecta la positividad y el arrimar el hombro en una sociedad avocada al desastre.

Cuando crucé el portal espacio-temporal el planeta iba camino del apocalipsis ecológico. Miles de fábricas calentando la superficie de la Tierra habrían dado al traste en poco tiempo con todos ecosistemas. Sobreproducción. Hambruna. Degeneración genética. Extinción. Sin embargo, en aquel momento, todo parecía haber cambiado.

Resultó que aquellos artículos científicos que leyerá en el avión antes de cruzar el portal al futuro, y que me parecían tan insignificantes, resultaron ser las cosas más importantes en las que el ser humano se había aplicado desde entonces.

Normalmente no pensamos en si los pasos que damos hoy nos acercan al futuro que deseamos mañana.

Fue el impulso de mentes más maduras las que lo hicieron posible porque:

¿Qué necesita el ser humano?

¿Qué es aquello por lo que se desvive día a día para poder conciliar el sueño?

Algo muy sencillo: Comida, un techo y salud.

Liberado del esfuerzo de tener que proveerse de esas cosas, el individuo desarrolla su verdadera naturaleza cimentada en el bienestar. ¿Cómo se ha conseguido? Mirando más allá de las impresoras 3D. Ese fue el inicio, sí. El logro definitivo fue conseguir los replicadores de alimentos. Y

desapareció el hambre.

Aquellas impresoras que yo conocía en pleno siglo XXI eran capaces de imprimir cualquier cosa si tenía los ingredientes adecuados para ejecutar el patrón matricial programado a tal efecto. Sin embargo, eso no era suficiente. Necesitaba alimento para "imprimir" alimento. Tenía que haber una manera de que el alimento impreso no fuera simplemente un modelaje de ingredientes. De que realmente cumpliera el objetivo de crear comida sin más medios que la corriente eléctrica.

Resultó que la idea básica no vino ni de un profesional de la restauración ni de una empresa alimenticia. Llegó ni más ni menos que de la mano de una ingeniera india: Shubhendu Ladakh. Esta loca maravillosa, al igual que sucediese antes con Srinivasa Aiyangar Ramanujan allá por el 1910, se impulsó en la teoría de cuerdas desarrollada por el matemático Theodor Kaluza y el físico teórico Oskar Klein para comprender unos sueños en los que, durante al menos un año, una entidad de otra dimensión le entregaba unos diagramas que luego ella reproducía con detalle nada más levantarse. Así fue cómo consiguió de forma aplastante crear el primer replicador de alimentos del mundo y presentarlo en la feria científica de Nueva York el 30 de septiembre del 2038.

Según la teoría de Kaluza y Klein las partículas subatómicas, esas que conforman los átomos y por consiguiente toda la materia, no serían partículas sino cuerdas vibrantes

de dimensiones infinitas, las cuales, según su rango de vibración, serían capaces de colapsarse en cada una de las distintas dimensiones que conforman el multiverso.

En otras palabras, que todo lo que nos rodea, incluidos nosotros mismos, formaría parte de una red de infinitas cuerdas capaces de interactuar a través de las distintas dimensiones del espacio-tiempo mediante algo tan sencillo como una conciencia que fuera capaz de hacer vibrar las cuerdas con la melodía adecuada.

Sonaba extraño e incluso incomprensible para todos los científicos asistentes cuando Shubhendu lo fue explicando en el anfiteatro de aquella minúscula sala de congresos del Palacio de la Ciencia Nueva York. Por lo visto, todos los avances científicos hasta la fecha, todas las teorías de física relativista o cuántica habían prescindido de la variable más importante de todas e iban en dirección contraria a donde habían de dirigirse. Por lo que fue demostrando Shubhendu, toda la materia del universo era capaz de moldearse a través del "campo cuántico inteligente" conocido como "conciencia". Esa inteligencia que subyace bajo la "cuántica", pero que la moldea constantemente aplicando una "melodía". En términos humanos, cuando esta consigue abandonar el ego y es capaz de ser uno con la red cuántica espacio-temporal. Una vez allí, sus deseos pueden ser órdenes. Había experimentos al respecto. Así los mostró con asombrosas reacciones por parte de la comunidad científica. De esta forma, concentrando una

conciencia, se podría alterar el espacio-tiempo y modificar la vibración de las cuerdas de la materia en una dimensión concreta. ¿Cómo era posible entonces poder subvertir eso a una tecnología capaz de crear alimentos? Mediante el desarrollo de una conciencia artificial que trabaje a nivel cordal.

Es verdad que no fue muy original con el nombre (la llamó CHEF), pero aquella IA alojada en los engramas de una estructura cóncava de metal, y construida a base de una copia de seguridad de su propia mente potenciada para que fuera capaz de bajar a un estado alterado de conciencia permisible de hacer vibrar las cuerdas multidimensionales con la melodía de un deseo específico, hizo que, como si fuese magia, de la nada apareciese en su vientre un delicioso trozo de paneer (un queso cuajado muy típico de la India que Shubhendu elaboraba desde que era muy pequeña con la ayuda de su abuela).

La sala enmudeció.

Algunos de los más reputados científicos contemporáneos subieron al estrado tratando de encontrar el truco o el engaño.

No lo había.

Igual que cuando uno se relaja y se concentra es capaz de reducir sus pulsaciones, la tensión arterial y crear sustancias beneficiosas para el organismo como las endorfinas, así aquella máquina con conciencia era capaz de modificar el espacio-tiempo y colapsar partículas subatómicas multidimensionales en un objeto concreto de deseo.

Shubhendu cedió la patente a la humanidad e hizo algo aún más loable, dedicó su vida a perfeccionarla y hacer que se convirtiera en el mayor progreso científico hasta la fecha. Y es que CHEF no sólo creaba tu comida, sino que, de volcar una copia de seguridad de tu mente en ella, cocinaba tal como tú lo harías. Y fue evolucionado. Y se convirtió en una entidad capaz de crear maravillas culinarias en cualquier lugar donde pudiera tener energía. Y acabó definitivamente con el hambre en la Tierra y con la segunda necesidad del individuo: La vivienda.

Basándose en el modelo de Shubhendu surgieron otros replicadores capaces de fabricar los ladrillos con los que construir una casa. El mundo volvió a cambiar. Los gobiernos cambiaron. Ya no hacía falta el dinero. Cualquier individuo podía fabricar su hogar, su ropa, su alimento. Al eliminar lo que al hombre le ocupaba en sí mismo, empezó a mirar más a los demás. Y la sociedad se hizo rica. Rica de verdad. Llegó la plenitud.

Lo que vino después no tiene precedentes. El primer contacto con otra civilización extraterrestre ocurrió el 15 de marzo del 2068. Fue en Ceres. Un planetaoide en el cinturón de asteroides que separa Marte de Júpiter y que creíamos muerto. Allí, en su subsuelo, descubrimos una civilización no muy desarrollada, pero con una tecnología que nuestros ingenieros pudieron adaptar para avanzar aún más en el campo de la sanidad. Al parecer, aquellos individuos eran capaces de

modificar el ADN de sus individuos permitiendo que las células de sus cuerpos se reiniciaran cuando llegaban a cierta madurez o eran víctimas de alguna amenaza irreversible. Esto devino en que el ser humano no pudiese morir ya nunca por causas naturales. Con ese aporte, la fundación de desarrollo científico para beneficio de la humanidad X-PRIZE consiguió en el 2162 algo que fue definitivo en el campo de la exo-exploración: el escáner multifásico. Una tecnología con la que percibir espectros concretos de la vibración cuántica y que enseguida nos abrió los ojos (no sin cierto estupor y miedo) a la multitud de especies que desde siempre habían convivido con nosotros, más allá del espacio y del tiempo. Ese cuyo paso inexorable ya no nos atañe a algunos, pero del que aún podemos sacar algo más: el viaje a través de él.

Basándonos en nuestra teoría de cuerdas, la aplicación de la "super-conciencia", y apoyados por algunos teoremas marcianos de la Universidad de Cydonia, hemos conseguido mantener los agujeros cordales multidimensionales controlarlos en tamaño y distancia.

Dicho de otro modo, a día de hoy (17 de enero del 2330) la raza humana podría viajar en el tiempo.

Se hizo el silencio en el cónclave de extrañas y gigantescas figuras con hábitos púrpura.

Conscientes del camino a recorrer, y antes de proseguir, nos hemos visto en la necesidad de explicarles la responsabilidad de su decisión en el futuro del Universo...

El consejo miró a aquella diminuta mujer con cierta aprensión y severidad.

Había muchas razas de muchos mundos deliberando la extraña petición que desde hacía rato llevaban escuchando con suma atención.

Tras unos tensos momentos, una figura encapuchada de cuya sombra sólo se distinguía un luenga y longeva barba habló. Su voz reverberó fuerte en la sala:

-De acuerdo, pero habrá que controlar los cambios.

La mujer asintió:

-Sólo serán unos pocos. Empezaremos por planetas desfavorecidos cuyo despertar de conciencia suponga un beneficio al desarrollo estelar.

-Sea -exclamó el anciano levantando una enjuta mano.

La sala quedó vacía. Se desvanecieron sin más.

Hilary y su hija Victoria salieron de las Ruinas Circulares y abandonaron el Congreso de Ancianos de Dedris, la atalaya de piedra de Titán, en Saturno. Sobre un helado promontorio a escasos cien metros aguardaba una pequeña nave con forma triangular. Ascendieron a ella por una escalerilla alojada en su vientre, fueron hasta la cabina de mando y pusieron enseguida rumbo a su laboratorio del satélite Io, en Júpiter.

Mientras regresaban, Victoria repasó el plan de trabajo en el ordenador de a bordo del transporte.

-Creo que tengo los cálculos. No se lo expusiste al final...

-No, era arriesgado. Con lo que les dije basta.

Victoria sonrió:

-¿Estás segura?

-Totalmente. Sólo hay dos leyes para el éxito:

>>1) Nunca digas todo lo que sabes o quieres.

>>2)

La muchacha sonrió mientras el transporte continuaba hasta la amarilla luna, penetraba por un par de formaciones naturales muy escarpadas y atracaba en un puerto anclado en un talud.

Recogieron maletas y demás aparataje.

Ya en el laboratorio, comenzaron a trabajar.

-Bien -exclamó Victoria-. ¿Empezamos?

Hilary asintió colocándose un traje háptico completo.

Antes de aferrar con los dientes el protector, exclamó derramando un par de lágrimas:

-Disrupción temporal programada. Fecha: 10/09/2001.

Planeta: Tierra. Ciudad: Nueva York.

El olvido de la memoria

Dolo Espinosa

¿Por qué tan terca, tan fiel memoria me ha dado el cielo?

Rosalía De Castro

Jonás había decidido mudarse.

Su nueva casa, fabricada con la mejor madera, estaba alejada de todo. Bien oculta para que nadie pudiera perturbar su tranquilidad.

Jonás quería huir, más que de los otros, de sí mismo. Sobre todo de sí mismo y de sus recuerdos.

La mudanza era su último recurso para huir de la maldición de los recuerdos.

Pero, de momento, Jonás aún recordaba...

Hay quien suspira por tener una buena memoria. Hay quien se queja continuamente de su incapacidad para recordar datos, fechas, nombres, rostros o acontecimientos. La mayoría de la gente opina que no hay nada más horrible que perder la memoria. En cambio, Jonás... Jonás suspiraba por la paz del olvido.

Porque Jonás no olvidaba.

Nunca.

Nada.

Podía, a lo sumo, intentar ocultar un recuerdo bajo otros

recuerdos, como quien oculta el polvo que barre bajo la alfombra, pero, ante el menor estímulo (un leve olor, un atisbo de color, el eco de un sonido lejano...) la memoria se ponía en marcha y Jonás recordaba. Todo. Absolutamente todo.

Durante un breve periodo de su niñez, Jonás fue feliz con su don. Su impresionante memoria hacía las delicias de sus padres, abuelos y tías, que presumían ante todos de su maravillosa capacidad. El niño era el centro de atención de cada reunión familiar. El gran protagonista que maravillaba a todos con sus proezas memorísticas. Durante esa excesivamente corta época, Jonás se sintió especial.

Pero entonces llegó la escolarización y, con ella, el contacto con otros niños. Y Jonás no tardó en descubrir que, entre los niños, el especial se suele transformar en el "bicho raro".

Los niños no perdonan el pecado de la diferencia y desde el preciso instante en que los demás se dieron cuenta de su talento, Jonás se convirtió en el blanco de todas las burlas pasando, casi de golpe, de las amables risas de su familia a la risa cruel de sus compañeros.

Con los profesores, quienes deberían de haber sido su escudo, las cosas no fueron mucho mejor. No les resultaba fácil aceptar que aquel mocoso los corrigiera y los atrapara en contradicciones.

Así las cosas, Jonás buscó refugio en los animales... y gracias a ellos descubrió que, a su pesar, la naturaleza le había concedido otro "maravilloso don": convertirse en el

Testigo de la Muerte. Esa era su misión vital: estar presente en la muerte de otras criaturas.

Y la primera a la que tuvo que asistir fue a la de su propio gato atropellado por un conductor distraído.

Luego siguieron más animales. Otros gatos, perros, pájaros de diversos tamaños, ratones, ratas...

Su madre (creyente ferviente) le repetía que Dios, que amaba incluso a la más pequeña de sus criaturas, le había concedido ese don para que hasta los animales más insignificantes tuvieran a alguien que nunca olvidara su despedida del mundo. Jonás fingía aceptar esta explicación por contentar a su madre y no darle más disgusto. Pero si aquello era un regalo divino, pensaba, tenía motivos sobrados para odiar a Dios.

Jonás siguió viendo morir animales: culebras, lagartos, lagartijas...

Y luego, a medida que iba creciendo, animales mayores: caballos, vacas, cerdos...

Y un día llegó el momento de ver morir a un ser humano.

El primero de una extensa lista.

La muerte llenó la memoria de Jonás, lo acompañaba en la vigilia y lo perseguía hasta sus sueños.

Sus recuerdos estaban repletos de sangre, dolor, llanto y sufrimiento.

Quería parar todo ese horror. Dejar de recordar. Dejar de ver.

Intentó tomar drogas, pero no sirvió de nada. En cuanto

pasaba el efecto, el recuerdo regresaba. No podía pasarse el día entero inmerso en el limbo de los estupefacientes.

Probó con hipnosis y terapias varias, pero nada lograba borrar sus recuerdos. Nada conseguía detener las muertes.

Por eso Jonás decidió mudarse.

Abandonar todo cuanto conocía.

Su nueva casa de madera estaba lejos de todo y de todos. Sin duda, allí podría olvidar.

Se tumbó plácidamente.

Contempló durante largo rato el cielo y las nubes que pasaban, sonrió al sol y aspiró con deleite el aroma de los pinos.

Y se sintió feliz.

Al fin dejaría atrás los recuerdos.

Al fin olvidaría el día en que lanzó a su gato contra aquel coche.

Olvidaría el rostro de su primera víctima humana, y el de todas las demás.

Olvidaría el miedo que vio en sus ojos.

Olvidaría la culpabilidad que lo perseguía hasta sus sueños.

Olvidaría el impulso que, a pesar de todo, le llevaba a matar para poder cumplir con su obligación de ser testigo de todo el proceso.

Olvidaría cómo las mataba y cómo disfrutaba con su dolor.

Por fin.

Jonás entró en su nueva casa y cerró la puerta.

Bajó sus ojos preparándose para el sueño, dando la bienvenida al olvido, dejándose arrullar por el rumor de la tierra que el volquete que había dejado preparado vertía sobre él, sepultándolo a dos metros bajo tierra.

Y, por fin, por vez primera en años, Jonás pudo descansar y olvidar.

Serprisa

Díaz Marcos, José Luis

Dios ha muerto, Nietzsche ha muerto
y yo no gozo de buena salud.

Woody Allen

1

Las pastillas suministradas por El Chino, proveedor callejero de felicidad, empiezan a surtir efecto.

«¡Sí...!».

El aire se va iluminando y las nubes, convertidas así en fosforescentes torundas, se fusionan y dividen a un ritmo cada vez mayor sobre el palpitante azul.

«¡Ooooh ...!».

Pepe, Popeye para los amigos, guía la Harley sustraída a toda velocidad. Junto a él, Billy, el Dennis Hopper de *Easy Rider*[1], monta su preciosa Chopper. El viento flagela su rostro. Le hace llorar. Es libre. Es feliz.

«¡Di Caprio, yo sí soy el rey del mundo...!!».

Esquiva, esquivan, vehículos y peatones. Un semáforo en ámbar. En rojo. «¡Qué te cojo!».

De repente, oye a Marisol cantándole a él, solo a él, que la vida es una tómbola de luz y de color. «¡Sí!!» Ríe a carcajadas. Como un imbécil, lo sabe. Pero no le importa. Es libre. Es feliz. Y no puede, o no quiere, o ambas cosas, ni él lo sabe, dejar de llorar.

Oye la estridencia de un frenazo, a su derecha. Cerca, muy cerca. Gira la cabeza sin aminorar la marcha. Un turismo y su horripilada conductora, ¡la mismísima Marisol!, vienen directos: «¡Crash!!», ríe Billy de oreja a oreja, entusiasmado. «¡Catacrash!!», redunda él, sin importarle.

La vida es, siempre ha sido, una tómbola, tóm, tóm, tómbola, de luz y de...

«¡Ay, qué risa!».

...DOLOR.

2

Popeye despertó estrangulado por el miedo, ensordecido por el tabaleo sordo de la taquicardia, sobre un lecho húmedo. Sentía, como se quejaba su difunta madre, alma también débil, hasta los poros de su cuerpo.

Zarandeado por el mareo, el lugar, interior blanco con hedor, «¡Buf...!», a desinfectante, le era totalmente ajeno. Popeye volvió a cerrar los ojos. «Tranqui, colega, tranqui...», se dijo. «Uno, dos, tres...», respiró.

Al cabo, las paredes y el techo volvieron a ser las estáticas superficies que, en realidad, como cabía suponer al margen de su percepción, siempre habían sido.

Intentó moverse y descubrió que algunas partes de su cuerpo pesaban más de lo habitual: su pierna izquierda, hasta la rodilla, y su mano y antebrazo derechos, habían sido escayolados. Sendos vendajes rodeaban su abdomen, visible a

través de la chaqueta abierta de un pijama, y la parte superior de su cabeza. «¡¿Q, qué me han puesto...?! ¡Joder, qué cuadro! No me extraña que me duela todo...».

-¡He visto fiambres con mejor aspecto que tú!

A su derecha, tendido de medio lado en la segunda cama de la habitación, Billy

fumaba plácidamente. Ileso.

-¡¿Qué haces aquí?! ¡¿Y cómo es que tú no...?!

Aquel se encogió de hombros:

-En esta movida, el yonqui, *el de verdad*, eres tú.

-No me lo recuerdes... Y este sitio, supongo, es...

-¡Qué agudo! ¿Lo has supuesto tú solito?

-¡Vete a...! ¡Ah...! -El gesto rabioso había hundido una finísima aguja en su pecho.

Billy rió, cruel.

-¡Buenas noches! ¿Cómo se encuentra? - preguntó un androide, atleta cibernético de rasgos masculinos, entrando en la habitación. Su voz reproducía el habla humana con impecable fidelidad.

Popeye abrió los ojos como platos:

-¡Un... Terminator!! -exclamó, patidifuso-. ¡Colega, ves lo mismo que yo?!

-Lo veo, lo veo... -confirmó Billy-. ¿Sabes...? Me pregunto cuántos metros de cobre lo harán funcionar. Conozco

un chatarrero que nos daría una buena panoja por sus tripas.

-¿Puedo saber con quién habla, señor?

-Eh... Pensaba en voz alta.

-Entiendo...

-¿Eres... real...? -preguntó Popeye golpeando suavemente al androide, detenido junto a su cama.

-Afirmativo. Soy UM-3146, unidad médica número tres mil ciento cuarenta y seis del SERPRISA, Servicio Privatizado de Salud. Ha sufrido un accidente

-Lo sé: yo estaba allí -interrumpió, irónico.

-...y siento comunicarle que se encuentra en *situación terminal irreversible*.

-¡¿Qué?! ¡¿Has oído eso!? ¡No fastidies, Mazinger Z! Estoy chungo, sí, pero esto se cura con reposo y una enfermera cariñosa. ¡Te columpias!

UM-3146 acercó su rostro, intimidante, a Popeye: las pupilas robóticas escanearon las humanas.

-No me equivoco,... señor. Identidad y diagnóstico verificados. Tratamiento: *eutanasia o muerte dulce*.

-¡¿Pero qué dices?! ¡¿Se te han *fundido* los plomos o qué?!

El androide levantó el brazo derecho y cerró la mano: una jeringa con un líquido verde emergió en el dorso del puño.

-No se preocupe, no sentirá nada. ¿Es religioso? ¿Desea formular alguna oración?

-¡¿Qué te columpias, tron!! Y, además, ¡¿qué pasa con la charla robótica esa de proteger la vida humana?! ¡No puedes liquidar a nadie, tío! ¡No puedes! Y otra cosa: se

supone que eres médico, ¿no?!

-Lo soy, señor: mi base de datos contiene todos los conocimientos médicos anteriores a las últimas veinticuatro horas.

-¿Y al genio de tu programador se le olvidó meterte el juramento ese que hacéis los médicos?! ¿Cómo se llama? El juramento hipo... hipo...

-*Hipocrático*, señor.

-¡Ese! ¡«Prometo curar, solo curar y nada más que curar»! Como me preguntan a mí en los juicios, pero en sanitario.

-Lo conozco, señor.

-¡¡Pues entonces!! ¡Que venga el defensor del paciente! ¡Quiero presentar una queja!

-El SERPRISA suprimió esa figura hace mucho tiempo, señor: sus quejas, como las quejas de cualquier otro *cliente*, son innecesarias. Conocemos y cuidamos su salud.

Confíe en nosotros.

-¡¡Y una...!!

Intentó incorporarse.

UM-3146 lo impidió adelantando su mano abierta. Con la otra, aún cerrada en un puño, clavó la jeringa en la bolsa de suero pendiente sobre la cama: el émbolo se adelantó inyectando el líquido en la solución salina.

-Protocolo de eutanasia activado.

Densos goterones, clorofila letal, se hundieron empezando a discurrir por el tubo flexible insertado en el fondo de la bolsa.

Alarmado, Popeye siguió el curso de aquel hasta la vía insertada, pinchazo entre las huellas de muchos otros,... ¡en su brazo izquierdo!

-¡¿Serás...?! ¡¡Suéltame!! ¡¡Suéltame!!

-Relájese: no sentirá nada.

-¡¡He dicho que pares, cafetera de los...!!

Frenético, Popeye golpeaba la escayola de su antebrazo derecho contra la sólida resistencia del androide. De reojo, seguía el inexorable descenso. No tardó en convencerse: neutralizada la opción de agarrar el tubo, se le ocurrió otra, la única posible.

Fue a la segunda dentellada, «¡¡Sí!!», cuando atrapó el plástico. Tiró con todas sus fuerzas y sintió salir la aguja de su vena. Jadeó, exhausto. A pesar de los dolores, se sentía infinitamente aliviado.

Vivo.

-Protocolo de eutanasia interrumpido.

-Querrás decir... protocolo de... *pasaporte*...

-Error: la palabra «pasaporte» resulta improcedente.

Además, última dosis

consumida: reserva de inyectables, agotada. Disculpe las molestias. Enseguida vuelvo -. Se encaminó hacia la puerta.

-¡S, sin prisas...!

-No se mueva, señor.

-¡No, no me muevo! ¡¡Qué va!! ¡De paso, busca los tornillos que te faltan!

El androide salió clausurando la puerta tras de sí.

-¡Gracias por tu ayuda! ¡Me ha servido de mucho!

-¡¿Mi ayuda?! -se sorprendió Billy-. Hermano, creo que tú tampoco andas demasiado bien de tuercas.

Aunque pasajero, el mareo volvió cuando Popeye, trastabillante malherido, logró abandonar la cama. Dio un primer paso y el dolor le arrancó un «¡¡Ay!!».

-Te diría que te apoyaras en mí... -sonrió Billy, perverso.

-¡Escoria de alucinación!

-Ahorra energías: las vas a necesitar. El doctor Pasaporte no tardará en volver con una buena sobredosis del peor matarratas que hayas probado nunca.

-Apenas... puedo moverme... Y sin la clave de la cerradura... ¡¿Qué hago?!

-¿Aceptas sugerencias? Haz su curro por él.

3

Se abrió la puerta de la habitación y UM-3146, unidad médica número tres mil ciento cuarenta y seis del SERPRISA, Servicio Privatizado de Salud, encontró a Popeye tirado en el suelo a los pies de su cama.

-¿Qué ocurre? Cliente *****, ¿se encuentra bien? ¿Puede oírme? -preguntó aquella, acercándose-. ¡Cliente *****, le he hecho una pregunta!

Como si de un objeto se tratara, pateó a Popeye.

-¡¡AY!! ¡¿Así recuperas a tus *clientes*,
tostadora matasanos?!

-¿Qué hace ahí? Levántese. Tengo un
tratamiento que aplicarle.

-¡¡Y yo a ti, otro!! -exclamó acercando a la
bota metálica el cable removido y oculto hasta el momento en
su mano, bajo el lecho.

La máquina empezó a convulsionar, aún en pie,
tartamudeando presumibles diagnósticos clínicos. Las juntas de
sus articulaciones pronto se convirtieron en humeantes
chimeneas.

-¡¿Quién es ahora el *terminal irreversible*,
eh?! -graznó Popeye sin aflojar el contacto eléctrico.

UM-3146, convertida ya en una abrasada y
siseante armadura, se desplomó bajo la lluvia antiincendios.

-Yo, en tu lugar, movería el culo y fingiría
ser cualquier cosa menos un paciente -sugirió Billy.

4

Un pitido electrónico desbloqueó la puerta.

-Unidad médica, humano... -contó un
sostadadísimo ciberbombero- ¿Averías? ¿Daños?

-¡¿Y yo, qué?! ¡¿No estoy?! -soltó Billy,
ofendido.

-¡Ya era hora! -protestó Popeye ataviado con
una bata blanca descubierta, «¡Gracias!», en la taquilla-.

Explicaba al *alumno* Tuercas una nueva técnica de... de...

-¡*Bypass* invertido!

-...de *bypass* invertido con...

-¡Injertos de pelo!

-...con injertos de pelo cuando se le fundió el disco duro y empezó a arder... ¡Valiente simulacro de médico!

-¡Disculpe, doctor...! -quiso saber el nuevo androide.

-Aspirino.

-¡Fleming! Pedazo de...

-¿Doctor Fleming Pedazo De? No me suena. ¿Es nuevo? ¿Y esas vendas y escayolas? A pesar de la bata, cualquiera diría que es un... cliente.

-¡Las llevo porque son...!

-Un experimento.

-¡...un experimento! ¡Y ya vale! ¡¿Aquí quién es el médico: tú o yo?!

-Ninguno de los tres.

-¡Voy a pedir a tu jefe que te apague, bombero latoso!

-¡Mil disculpas! ¿Puedo servirle en algo?

-¡Claro! Tanto disgusto me ha dejado mal cuerpo... Trae una silla de ruedas y llévame fuera: necesito respirar aire fresco.

-¡¿Tú aún flipas?! -exclamó Billy, atónito-. ¡¿No lo ves?! ¡Estás en un hospital, doctor Fleming Pedazo De: aquí puedes conseguir, *gratis*, toda la química que tu sistema nervioso pueda soportar!

-¡Clarito como el agua: has perdido la chaveta! -
sentenció Billy rodando con la
quimera de su moto por los pasillos.

Tras la obediente marcha del ciberbombero, «Mejor vete:
ya me apaño yo!», Popeye había conseguido renquear hasta una
silla de ruedas, cerca de su habitación.

De su celda.

-¡Lo que antes era la sanidad pública, ahora es el
SERPRISA! ¡Ahora, o te compras la salud... o te liquidan para
dejar sitio a quien sí pueda comprársela...! -gimió rodando
también en su nuevo transporte.

-¡A tu rollo: si te mola ser esclavo del Chino, que así
sea!

-¡Me mola... vivir!

Lograron entrar, silla y moto incluidas, entre los
ocupantes de un ascensor.

Planta: 0.

Ya en el vestíbulo, ambos rodaron hacia las puertas
acristaladas: más allá, pronto convertidas otra vez en
brillantes torundas sobre el palpitante azul, «¡Sí...!», el
sueño de las nubes.

De la libertad.

De la vida.

-¡Espere! -ordenó un ciberguardia surgido frente a
ellos-. ¿Cuál es su nombre,... señor?

Popeye y Billy se miraron. Aquel se sujetó la garganta fingiendo afonía.

-No *problemo*.

Como ya hiciera UM-3146, el ciberagente acercó su rostro a Popeye y, otra vez, las pupilas robóticas escanearon las humanas:

-Cliente: *****. Estado: terminal irreversible.

Tratamiento: eutanasia o muerte dulce.

-¡Te has *colao*, bacalao!

-¡Tú también te columpias, Robocop! ¡¡Os columpiáis todos!! ¡Lo único terminal aquí son vuestros diagnósticos, que diagnosticáis con la cartera!

-A mí me dio un chungo y los hijos de Alí Babá me pidieron un tesoro por las medicinas. Suerte que el último palo había sido bueno, que si no...

-Conocemos y cuidamos su salud. Confíe en nosotros.

-¡Sí, ya me sé el cuento! ¡Pero mejor se lo colocas a otro: yo firmo el alta voluntaria, o no, y me largo!

-Imposible. Si no recibe su *tratamiento*, el sistema sanitario deberá seguir *desperdiciando* nuevos y costosos cuidados con usted.

-¡Claro: sale mucho más económico liquidar al *cliente* con saldo cero! ¡Aparta!

-Negativo.

La máquina lo sujetó.

-¡Suelta! ¡Suelta!

-Relájese o me verá obligado a aplicarle el *tratamiento*

aquí mismo. No se preocupe: no sentirá nada.

-Eso dicen... -confirmó Billy-. Bueno, colega, ve rezando lo que sepas, que yo me piro: tengo que ponerme guapo para un entierro.

-¡¡Espera!! ¡¡Ayúdame!! -suplicó Popeye mientras era introducido en boxes.

-¡Nos vemos en el próximo infierno! -gritó Billy quemando la rueda trasera de la moto, frenética, sobre el mármol.

Jinete y montura salieron despedidos hacia la nada.

[1] Película. Dennis Hopper, 1969.

El ascensor

Gallardo, Ainhoa

Eva ya estaba de siete meses, y las revisiones eran más periódicas. Ese día tenía una cita rutinaria para saber cómo iba su embarazo. Tomó el ascensor en la clínica para evitar subir por las interminables escaleras, hasta la séptima planta.

Las puertas del elevador se cerraron y ella marcó el número digital con su índice. Sin embargo, tras unos segundos, el ascensor se quedó inmóvil. No subía, pero tampoco bajaba. Ella comenzó a agobiarse, y a pulsar todos los botones con el fin de hallar la salida.

Notaba que cuanto más se estresaba, más le faltaba el aire y la claustrofobia cada vez se hacía más insoportable. Esa angustia fue traspasada a su bebé, que daba sendas patadas inquieto en su vientre. Eva gritó y pulsó el botón de emergencia con la esperanza de que vinieran pronto a rescatarla. Los minutos parecían horas y el calor era infernal.

Se quitó la chaqueta, se remangó el jersey de premamá y se sentó en el suelo de aquel lugar. Colocó la mano sobre su panza tratando de tranquilizarse, y gestionar bien el oxígeno que le quedaba en ese receptáculo.

Eva cerró los ojos, quedándose traspuesta. Creyó estar soñando que se encontraba en una camilla. La luz de los focos blancos le cegaba y únicamente podía escuchar el llanto de su

bebé, mientras unos brazos largos y grisáceos lo sostenían.

Ella quiso alcanzar al pequeño, pero al parecer las piernas no le respondían para incorporarse de esa camilla. Su visión fue interrumpida cuando abrió los ojos y se percató de que habían venido a su rescate en el ascensor.

—¿Se encuentra bien, señora?

—Sí, gracias —respondió mientras le ayudaban a levantarse.

En el preciso momento en que se puso en pie, enseguida se dio cuenta de que algo no andaba bien. Se palpó el vientre, y ya no tenía la barriga que anteriormente hubiere tenido. Se levantó el jersey, atónita, para ver que no había ni rastro de su embarazo. Tan sólo había una cicatriz apenas imperceptible, una marca blanca en forma de línea vertical que cruzaba su abdomen.

Salió del ascensor acompañada por los dos bomberos que habían participado en su liberación; y pronto se percató de que aquel hospital, no era exactamente el mismo por el que hubiere entrado unas horas antes.

—¿Dónde está mi bebé? ¿Dónde estoy yo ahora?

—¿Qué bebé? ¿Se había quedado encerrada con un niño? —preguntó uno de ellos.

—Estamos en el hospital de San Juan señora, ¿está segura de que se encuentra bien? No había ningún bebé ahí dentro.

—¡Me están mintiendo, me han quitado a mi bebé! —Eva corrió dando voces por toda la planta del hospital.

Los de seguridad la alcanzaron y le rogaron que se

marchase de allí o llamarían a las autoridades. Eva pidió que efectivamente llamasen a la policía, porque mantenía firmemente que antes de entrar a ese ascensor estaba embarazada de siete meses, además de la misteriosa cicatriz de su abdomen y de que ha sido trasladada a otro hospital similar, pero distinto del que se encontraba. Estaba inquieta, lloraba impotente al ver que nadie la creía y la tomaban por una loca. Ella usaba su móvil para poder llamar a su marido, pero parecía no tener señal.

La policía tardó poco en llegar al hospital. Uno de los agentes se acercó a Eva.

-Es aquella mujer, le hemos dado un sedante porque estaba muy nerviosa. Ha estado un par de horas encerrada en el ascensor y... -Explicaba uno de los enfermeros al agente.

-Muéstreme su documentación, por favor -dijo pidiéndoselo a Eva.

-No, no me entienden. ¡Me han robado a mi bebé mientras estaba ahí encerrada! No puedo explicar cómo pero, mire esta cicatriz -respondió mostrándosela al agente, a la par que sacaba su documento de identidad del bolso.

-Eso no parece una cicatriz, puede que sea una marca de nacimiento, es una simple línea... -cogió el documento de identidad de Eva -Señora Gutiérrez, ¿de dónde es usted? ¿De dónde ha sacado este documento?

Eva arrugó el rostro.

-¿Cómo que de dónde lo he sacado? ¡Soy de aquí, y es mi documento!

-Aquí pone que reside en Madrid. Madrid no existe, señora.

-¿Qué? ¿Y acaso no estoy en Madrid? ¿Cómo que no existe?

-Estamos en Merit, señora Gutiérrez... Si es que ese es su verdadero nombre. Su documentación, a pesar de ser falsa está muy bien elaborada, pero sabe que falsificar documentos es un delito. Acompáñenos a comisaría, por favor.

-¿Documentación falsa? ¿Me están tomando el pelo? ¡¿Y dónde está mi bebé?!

-Vamos -dijo el otro agente tomándola del brazo.

-¡No! ¡No pienso ir a ninguna parte hasta que me digan dónde está mi hijo!

Eva comenzó a correr buscando la salida del hospital. Los dos agentes la persiguieron por toda la planta dándole el alto. Pero ella hizo caso omiso y continuó corriendo tanto como sus piernas se lo permitían.

Eva consiguió salir de allí y continuó corriendo por las calles, dándose cuenta de que había edificios que antes no existían, de que los nombres de las calles y avenidas eran diferentes, era como estar en su ciudad, pero a la vez estar en otra. Se escondió en un callejón tras unos cubos de basura. Parecía haber burlado a esos agentes mientras doblaba las esquinas. Su respiración era agitada y entrecortada. Volvió a sacar su teléfono móvil para contactar con su marido, pero seguía sin señal.

Las lágrimas resbalaban por su rostro. No tenía ni idea de lo que pasaba ni de dónde estaba, ni mucho menos, qué había

pasado con su hijo. Llegó a pensar en que seguía soñando esa pesadilla, en que seguía encerrada en el ascensor, pero todo era tan real como el dolor que sentía en su pecho.

A pesar de encontrarse en la desconocida ciudad de Merit, ella trató de llegar a su casa para encontrarse con su esposo. Continuó por aquellas calles que, a pesar de tener otro nombre, se asemejaban mucho a las que ya conocía. A pesar de encontrarse distintos establecimientos y edificios.

Alcanzó a llegar a lo que creía que era su hogar. El número y la fachada se mantenían intactos, sólo cambiaba el color de la puerta del portal, que antes era negro y ahora era blanco.

Trató de usar su llave pero ésta no abría la cerradura. Llamó a los diferentes pisos mediante el portero automático hasta que alguien abrió. Ascendió los escalones de dos en dos hasta llegar a la puerta de su casa. Allí sucedió lo mismo, su llave no abría. Golpeó la puerta insistentemente.

—¡Adam! ¡Adam, abre por favor!

Se escucharon unas pisadas tras la puerta, y la puerta se abrió.

—¿Qué ocurre?

—¡Oh, Adam, gracias a Dios! —exclamó Eva dándole un abrazo.

Adam le apartó de inmediato.

—¿Quién es usted?... ¿Nos conocemos? —preguntó.

—¿Quién es? —Se escuchó una voz femenina de fondo.

—¿Cómo... cómo que quien soy? ¡Soy tu mujer! ¿Qué cojones

está pasando?

-Disculpe, pero no la he visto en mi vida. Haga el favor de marcharse.

Otra mujer apareció por el fondo, detrás de Adam, curioseando justo antes de que él le cerrase la puerta a Eva en las narices.

-¡No, por favor! ¡Adam!

Eva rompió a llorar, mientras escuchaba cómo discutían Adam y al parecer, su nueva esposa, por culpa de su intromisión.

Sin lugar a dónde ir, sin tener nada ni a nadie, ni siquiera su propia identidad; Eva lo había perdido todo.

Subió al ático y con suerte, la puerta que llevaba a la azotea se encontraba abierta. Se quedó en ese pasillo, se sentó en silencio. Por más que llorase no iba a resolver el enigma de todo lo que le estaba sucediendo, y si salía ahí fuera, quizás se topase con los agentes que le estaban buscando. De modo que se tumbó, se puso la mano en el vientre y notó que el cansancio le vencía. Cerró sus ojos y nuevamente, cayó dormida.

Ya no podía distinguir la realidad de los sueños. En su sueño, se encontraba tumbada en una camilla. Esta vez pudo incorporarse de ella y caminar. Se encontraba en una habitación con aparatos tecnológicos que jamás había visto, de corte futurista. Cogió uno de los instrumentos que allí se hallaban, parecidos a unas largas pinzas metálicas con las que ella creyó que le habían sacado al bebé. Salió de la

habitación cuidadosamente con las pinzas en la mano. Éstas tenían un botón que activaban un mecanismo eléctrico, que producía un chispazo azulado entre ambas pinzas. Lo iba a usar para defenderse de quien fuese que la tuviese allí retenida.

Salió al exterior a través de la puerta metálica, y ante su sorpresa, vio por los enormes ventanales la inmensidad del espacio. La sala estaba llena de máquinas y grandes ordenadores.

Un ser muy alto, de más de dos metros, delgado, de piel grisácea, cabello largo y plateado, y unos ojos profundamente negros vio a Eva en la sala de ordenadores y llamó a los demás.

Eva gritó y le atacó con las pinzas. El ser la cogió fuertemente del brazo para evitar que continuase o huyese.

Vinieron más de esos seres y la rodearon, sentándola en una silla de la cual emergieron unas luces rojas, que ataban sus muñecas y sus tobillos.

-Tranquilízate, Eva -dijo uno de esos seres en tono sosegado, sin siquiera mover los labios.

Parecía ser una hembra por sus facciones femeninas, y sus senos algo más abultados que el del resto de aquellos seres; todos vestían un mono blanco ajustado.

-¿Qué sois, dónde estoy, y dónde está mi hijo? ¿Es esto un sueño? ¡Soltadme!

-No podemos soltarte hasta que te calmes. Te explicaremos todo. Tu hijo está bien.

-¿Dónde está?

La alienígena se acercó a uno de los monitores de los enormes ordenadores, y le mostró imágenes a Eva mientras le explicaba.

-Lamentamos lo que te ha ocurrido. Creíamos que lo olvidarías, pero el amor de una madre hacia su hijo es un recuerdo complicado de eliminar. Necesitábamos a tu hijo para crear un nuevo mundo. Él será el primer habitante. No sólo existe el mundo de donde crees que provienes, existen muchos más. Como ya habrás comprobado, has sido destinada a otro mundo paralelo al que ya conocías. No podíamos dejarte en el de tu origen porque, allí tenías a personas que sabían que estabas embarazada. En este no, por lo tanto, era más fácil que nadie pudiese creerte.

En las imágenes aparecían los diversos mundos paralelos y realidades alternativas, que le mostraban aquellos seres interplanetarios. Se veía a sí misma llevando distintas vidas, en diferentes realidades y planetas.

-¡Llebadme con él!

-No podemos. Él no puede recordar nada que lo ate a su anterior mundo. Todo ha sido así siempre, y así seguirá siendo. ¿Recuerdas acaso a tus verdaderos padres? Sólo a los que te adoptaron, ¿verdad?

Eva rompió a llorar.

-¿A mis padres también les hicisteis esto?... ¿Y qué hay de Adam, dónde está mi Adam?

-Todo en tu mundo sigue siendo igual. Sólo tú has

desaparecido con el bebé. Él jamás podrá encontraros. Al final rehará su vida. Estará bien.

—¿Por qué cojones me hacéis esto?

—Necesitamos que te olvides de todo. La otra vez despertaste demasiado rápido y no pudimos borrar tu memoria. Esta vez lo haremos, y te proporcionaremos los documentos para que vivas en esta nueva realidad.

—¡No!

Los aliens soltaron a Eva para dirigirla hacia otra máquina y así eliminar sus recuerdos.

—¡Soltadme! —exclamó dándole una patada a uno de ellos.

Corrió por toda la nave hasta volver a la habitación de la camilla. Allí atrancó la puerta y comenzó a tocar todos los botones de los ordenadores. Finalmente, despertó.

Esta vez estaba en otra camilla, pero en lugar de en una nave, en el hospital de San Juan. Estaban transportándola por un pasillo. Miró a su izquierda y había una enfermera, y a su derecha un agente de policía custodiándola. Echó una mirada fugaz al arma que el agente llevaba colgada en la vaina de su cintura. En un movimiento rápido agarró la pistola y de un salto salió de la camilla. Apuntó al agente y a la enfermera.

—¿Dónde me estáis llevando? ¡Que alguien me explique qué coño está pasando aquí!

En un pestañear, la enferma y el agente se transformaron en algo inmundo. Una aberración de la naturaleza sacada de las peores pesadillas de la psique humana. Un monstruo gigante con una boca colosal e interminable fila de dientes. Las criaturas

rugieron emitiendo un sonido desgarrador, y sacaron una kilométrica lengua verdosa que despedía un fuerte olor nauseabundo. Sus cabezas eran largas y planas, similares a las de un reptil, pero sin ojos. Su piel era escamosa, negra, y caminaban a dos patas.

Eva gritó asustada y disparó el arma contra uno de esos monstruos, pero falló al tratar de alcanzar al otro. Les dio la espalda corriendo para escapar de esa tenebrosa visión. Los seres la persiguieron sin descanso. Ella se encerró en uno de los boxes y puso camillas, goteros y todo el material médico que se encontraba en dicha sala para taponar la puerta y evitar que entrasen. Sabía que quizás estaba cavando su propia tumba. Lloró histéricamente.

Al otro de la puerta los reptiles monstruosos la habían encontrado. Estaban golpeando con virulencia hasta que todo el material y mobiliario que Eva había colocado voló por los aires, incluida la puerta.

Allí estaba ella, acurrucada en el suelo enterrando su rostro entre sus rodillas. Alzó la vista ante su destino; llevándose la sorpresa de que se trataba nuevamente de dos agentes de policía.

—Señora Gutiérrez; queda detenida por asesinato a una enfermera. Suelte el arma y levante las manos.

Eva obedeció y el agente le colocó las esposas. Meses después, Eva estaba encerrada en aislamiento, en un instituto de salud mental.

A pesar de toda la medicación que tomaba; jamás nadie le

convenció de que sus pesadillas y visiones, así como haber venido de otro mundo paralelo y haber perdido al hijo que llevaba en su vientre, fuesen inciertas. Para ella no había ninguna otra verdad. A día de hoy, sigue soñando una y otra vez con aquellas criaturas que le atormentaron. Había intentado quitarse la vida en diversas ocasiones ante el descuido de sus cuidadores; pero lo único que consiguió fue que le llevasen a esa habitación; aislada, solitaria, encerrada con sus miedos por siempre.

Veredicto

Suárez, Lisardo

Ochenta y dos segundos es el tiempo estimado de llegada. Mil ciento cuarenta metros hasta el punto de destino y la gente que se manifiesta en las aceras de la gran avenida es una multitud, incluso a esta distancia del Palacio. Reabro la frecuencia del despliegue de seguridad mientras comparto con el vehículo las instrucciones recibidas para el estacionamiento.

Ahmed sigue ensimismado en la documentación; mueve con suavidad las ventanas de la nariz. Me fascina su imagen, ajeno a todo.

Antes de que se detenga el vehículo, ya he liberado mis conexiones y estoy preparado para ejecutar mi labor. Cuando abro la puerta, los gritos entran como una ola con vibraciones tan intensas que son casi palpables. Las palabras tienen vida, dice siempre Ahmed. Los gritos arrecian cuando salgo. Varios Guardias de la Revolución se aproximan desplegados en semicírculo entre nosotros y las escaleras del Palacio. Los encargados del control y vigilancia directa de los manifestantes no se mueven ni un milímetro; tienen los datos del despliegue, por lo que su atención está enfocada en la multitud. Los gritos aumentan. En pocos pasos, el colink me ha permitido compartir las medidas con el oficial al mando. Abro la puerta de Ahmed. Levanta la mirada, me dedica una sonrisa algo apagada y suspira. Tomo su maletín.

Parece cansado, pero apenas vacila un instante ante el espectáculo de la enorme cantidad de personas que se manifiestan a la entrada del Palacio de Justicia y cuya masa enfervorecida está separada en dos, frente a nosotros, por las amplias escaleras de acceso. Podría ser el profeta Musa ante el mar Rojo. Hoy quizá se pueda abrir algo más profundo que un mar.

No deberíamos temer ningún contratiempo porque el operativo incluye equipo militar; cualquier cosa fuera de lo normal dentro del alcance de sus sistemas será neutralizada de inmediato y para siempre. Pero no sé descuidarme, no estoy hecho para eso. Mientras subimos los escalones de acceso resulta imposible ignorar la división de pareceres entre los manifestantes, merced a los insultos y apoyos que braman entre chillidos de rabia o de pasión. Los jourdrones zumban para cambiar las posiciones de enfoque mientras registran el evento para los espectadores. Las cámaras me dan más confianza en la seguridad de Ahmed porque los poderes de la República no permitirán ningún tipo de incidente, ni aquí ni ahora.

Cuando entramos en el enorme vestíbulo abovedado del edificio, el sonido de nuestros pasos sobre el mármol se confunde con los ecos del griterío exterior. El colink me confirma que Abda y Amelia ya están en camino hacia la zona especial de la sala que las ha albergado, protegidas, durante todo el proceso. Aunque solo se permite la presencia de visitantes autorizados para esta sesión final, la seguridad es férrea. Los bots de Securtech se encargan de revisar a todos

los presentes; noto cierta intensidad en el brillo de los sensores de la unidad que nos inspecciona, rigurosa pero cordial a su manera.

Se ha evitado cualquier riesgo y el lugar está bajo el control de la Guardia, la élite de nuestra amada República Panarábica Unida, su mano amiga, su puño ejecutor. En el acceso a los elevadores, por un instante, somos el objetivo del haz marcador balístico de un Efrít-As. El presagio electrónico de muerte desaparece antes de que gire para enfrentar al gólem de metal. Prefiero valorarlo como una interferencia mientras entro con Ahmed en el ascensor, aunque me aseguro de colocarme entre él y la posible fuente hostil. Bloqueo el acceso de llamadas, correos y mensajes al terminal de Ahmed porque ya es el momento. Mientras subimos, nuestras miradas se encuentran.

Sus profundos ojos verdes transmiten tensión, aunque también confianza; su amplia sonrisa no puede ocultar ninguna de las dos cosas. Conozco esos ojos, me he perdido en ellos muchas veces. El grupo que nos acompaña impide la menor intimidad, por lo que me limito a bajar poco a poco la cabeza para que vea reflejado en mi rostro lo decidido de su gesto; asiento con rapidez. Estoy contigo, Ahmed. Siempre lo he estado.

Al salir del ascensor, giramos por el pasillo de techos altos hacia la sala. Nuestra escolta queda fuera, pero el colink me muestra con claridad la disposición de otros operativos en el interior. La RPU no quiere que nada empañe la

imagen de férrea seguridad y cuidado de sus ciudadanos frente a espectadores de todo el planeta.

Abda y Amelia están en la zona adaptada; Ahmed sonríe en su dirección. Cuando se sienta en la banca de los demandantes, un servibot le sirve té negro cargado, su favorito. Le doy los medicamentos que debe tomar a esta hora, saco los documentos del maletín y los dejo a su alcance. Repaso el colink mientras entran los miembros del personal de sala, los de fiscalía y los periodistas acreditados. Informes de pequeños incidentes en el exterior. Entran los tres jueces para la sesión final, todos nos ponemos en pie y volvemos a sentarnos cuando han ocupado sus sillones de madera antigua y tejido acolchado rojo. El jefe de sala nos recuerda que las disputas se resuelven de conformidad con los preceptos de la ley de nuestro Estado de derecho, bajo la iluminación del Corán y la Sunna.

Cuando comienzan las intervenciones de la sesión definitiva, miro a Amelia y Abda. Mientras repaso el momento en que se presentaron en el despacho de Ahmed, llaman al fiscal para que comience su alegato final. Lo que más me sorprendió entonces fue que, al ser Amelia de Suecia, no hubiesen ido allí para contraer matrimonio. Muchos lo hacen. Fuera de la RPU hay bastantes lugares que han legalizado la figura. El fiscal continúa con sus alegaciones.

Tuvo más sentido luego, cuando conocí bien a la pareja. La razón principal era Abda, súbdita de la Gran República y que conocía igual que yo cómo eran las cosas aquí. Había

pasado por muchas situaciones desagradables y la decisión de luchar por el derecho a casarse era definitiva. Quería poner su granito de arena para conseguir los cambios que demandaba buena parte de nuestra sociedad. No era un tema de occidentalización, como algunos trataron de insinuar. Pagaba impuestos, votaba, podía ser elegida para cargos públicos, pero impedían que se casara con Amelia. Y estaba dispuesta a luchar para hacerlo, a cualquier precio.

El fiscal habla de tradición. El colink reporta más incidentes en el exterior, todos bajo control. Sé que Ahmed dudó varios días antes de aceptar el caso. Jamás me consultó ni habló de sus preocupaciones y de lo que podría implicar; sin embargo, lo notaba en su mirada que me rehuía hasta que decidió tomar la representación legal de la pareja en su demanda contra el Estado.

El tiempo del fiscal termina y ninguno de los tres jueces tiene preguntas. Según las estadísticas, es un hecho que coincide con un fallo en contra de los intereses de la fiscalía el 58,61 % de las veces. Comienza el turno de Ahmed. Amelia trabajaba para una empresa de prospección holandesa y no tuvo ningún problema laboral, aunque los sociales abundaron y renunció a su puesto. Abda los tuvo, de toda clase, pero aguantó con entereza. La voz de Ahmed es segura, llena de convicción. Cree en lo que dice; siempre ha sido así.

En el exterior hay intervenciones aisladas de las fuerzas de seguridad. Cuando termina su alegato, dos de los tres jueces hacen preguntas sobre temas que lo he oído preparar

durante semanas. Gestiono la agenda de Ahmed y acepto entrevistas con las principales agencias. Dejo libre la tarde del jueves porque Ali y Yusuf celebran ese día su aniversario de boda y Ahmed nunca ha faltado a la fiesta. Tras las respuestas de Ahmed los jueces no tienen más preguntas, lo que se traduce en un 62,01 % de fallos a favor del demandante según los registros.

Los jueces no se retiran a deliberar, sino que desconectan los sistemas auri mientras conversan protegidos por una barrera de distorsión. Un 82,37 % de probabilidades de veredicto en menos de seis minutos. La sesión es líder de pantalla en el país y en la mayoría del resto de naciones emiten algún tipo de programa especial. La tensión entre los asistentes es obvia por su lenguaje corporal y temperatura. Dejo dos días libres en la agenda de Ahmed porque necesitará un pequeño descanso cuando todo esto termine. Los jueces retiran la barrera. Han pasado doscientos noventa y dos segundos. Repaso la lista de la compra en función de los últimos datos compartidos por el refrigerador y la despensa. El decano toma la palabra.

Consulto previsiones meteorológicas y planifico el guardarropa de Ahmed durante los próximos días. La voz del juez es firme. Clasifico mensajes profesionales para Ahmed pero dejo sin tocar los personales, aunque reviso los remitentes. El decano falla a favor de la parte demandante. Gestiono las citas del bufete. El griterío estalla en la sala, con júbilo y enfado a partes casi iguales por el veredicto.

Reviso el caudal del riego por goteo del jardín de nuestra residencia. Ahmed sonríe a sus clientes con la alegría del éxito. Informe de altercados en el exterior que la Guardia ataja sin contemplaciones. El tribunal da por cerrada la sesión y ordena despejar la sala. Selecciono prendas de Ahmed que deben ir a la tintorería. Los asistentes comenzamos a salir. Dirijo en remoto la berlina hasta la zona subterránea de carga, por donde será más seguro que salgamos según la apreciación del responsable del operativo. Voy con Ahmed hacia el ascensor y reabro los accesos a su terminal.

Busco en su rostro algún signo de esperanza. La mía. La suya. Pero está concentrado en responder los mensajes de felicitación. Fuera del edificio, la Guardia ha impuesto la calma y hoy habrá más trabajo en los hospitales de lo habitual.

Cuando accedemos a la segunda planta subterránea, Abda y Amelia ya han llegado por su propio acceso. Ahmed las felicita y ellas se deshacen en agradecimientos. Amelia tiene cuidado de que su robusto sistema de orugas y perforadores hidráulicos no llegue a dañar a Ahmed, mientras Abda mueve con gracia sus finos brazos multiarticulados para abrazar a su abogado, su amigo, su Mose, mi Ahmed. Se despiden hasta el próximo martes, cuando nos reuniremos para tramitar papeleo y honorarios.

La berlina espera en el área sur. Estamos a menos de quince metros y nos fija el haz balístico de uno de los Efritas desplegados en la zona de carga. Puede vaporizarnos en un instante, pero hago mi trabajo: me interpongo entre las armas

y Ahmed. Activo contramedidas mientras preparo opciones ofensivas para abortar su acción, aunque con pocas posibilidades de éxito. Otro Efrin-As hace lo propio con la unidad que está saltándose las órdenes. El oficial al mando inunda el espectro con todo tipo de instrucciones de mando y control. El haz se interrumpe, aunque veo la luz de sus sistemas enfocada en nosotros; fría, implacable, intensa, cargada. Ha pasado menos de un segundo. Ahmed nunca sabrá nada. El colink arde con imprecaciones. Deber, RPU, imagen mundial, traición, compañerismo, consejo de guerra, órdenes, mártir y camaradería son los nueve conceptos más compartidos mediante los enlaces durante el incidente.

Entramos en la berlina. Ahmed suspira con un tono de cansancio y alivio que contrasta con su sonrisa. Me integro con todos los sistemas y comienzo mi propia recarga; todo son luces verdes tras el diagnóstico. El vehículo arranca con suavidad. Sigo callado, pero vuelvo a escanear el rostro de Ahmed en busca de esperanza para nosotros. Cuando salimos al exterior del Palacio de Justicia, la luz del sol reverbera en los cristales ahumados. Ahmed toma mis manos forjadas en acero táctico entre las suyas; me mira mientras pasa sus finos dedos por los míos, sólidos y fríos. Debe estar viendo su reflejo en el cromo reforzado de mi placa facial. Espero que hable, que diga que tenemos una oportunidad, que me haga confiar en que nosotros sigamos el mismo camino algún día; pronto, porque Ahmed se hace mayor. Mis procesadores saben que ahora no es el momento, por la tensión social que el veredicto causará entre

algunas facciones y porque la RPU da en un sitio y quita en otro, pero podríamos intentarlo. Ahmed aprieta sus manos sobre mis dedos hidráulicos, sonrío y sus ojos se llenan de lo que tantas veces me ha hecho perderme en su mirada. Empieza a hablar.

La canción

Dolo Espinosa

Gilberto despierta y, aún desorientado, oye la desafinada voz:

-Parece que va llover, el cielo se está nublando, parece que va llover, ¡ay mamá me estoy mojando!

Es Macarena cantando a voz en grito mientras se mueve por la casa arrastrando muebles, barriendo, pasando la fregona, trasladando el polvo de un lado a otro a base de golpes de plumero, limpiando ventanas y realizando, en fin, los miles de tareas grandes y pequeñas que requieren el cuidado del hogar.

Gilberto odia esa canción casi tanto como odia la voz chillona de Macarena, ambas cosas le taladran el tímpano, llegan hasta el centro de su cerebro y allí rebotan de un lado a otro como una pelota imposible de detener, atacando sus nervios hasta enfermarlo.

-Parece que va llover, el cielo se está nublando, parece que va llover ¡ay mamá me estoy mojando!

La voz chirriante, procedente de la cocina, se clava con saña en los oídos de Gilberto, y este, furioso, va en busca de la mujer para pedirle que calle, pero al llegar a la cocina, Macarena ya no está y la canción suena desde otra habitación.

-Parece que va llover, el cielo se está nublando, parece que va llover, ¡ay mamá me estoy mojando!

Para más inri y mayor tortura, Macarena parece no conocer más versos de la maldita canción y repite los mismos versos

machaconamente una y otra vez.

-Parece que va llover, el cielo se está nublando, parece que va llover, ¡ay mamá me estoy mojando!

Gilberto, las manos en sus sufridos oídos en un vano intento de protección, corre de nuevo hacia la voz de Macarena que suena ahora en el piso superior, pero al llegar allí la canción se ha trasladado al salón:

-Parece que va llover, el cielo se está nublando, parece que va llover, ¡ay mamá me estoy mojando!

Y allá va Gilberto, una vez más, en busca de la mortificante voz, para, otra vez, encontrarse con que Macarena ya no está donde creía que estaba.

-Parece que va llover, el cielo se está nublando, parece que va llover, ¡ay mamá me estoy mojando!

Esa o final alargada hasta el infinito, esa o oronda taladrando sus tímpanos, esa o vibrante le pone los nervios de punta.

Gilberto recorre la casa dos, diez, treinta veces persiguiendo la desquiciante voz. Pero Macarena, escurridiza cual anguila, parece estar siempre en otro lugar desde el que, a voz en grito sigue entonando:

-Parece que va llover, el cielo se está nublando, parece que va llover, ¡ay mamá me estoy mojando!

Gilberto, los nervios y los oídos destrozados, llama a gritos a la mujer, añadiendo a su nombre los epítetos más indecorosos e indignos que puede recordar y alguno inventado sobre la marcha. Siente que, si no consigue detener el

horrisono cántico, la cabeza le va a reventar.

Cuando sus gritos cesan, el silencio reina en la casa, Gilberto ladea la cabeza esperando la canción que no llega, quizás se haya cansado de cantar, piensa. Una sonrisa, mínima y esperanzada, asoma con timidez a sus labios para morir casi antes de nacer cuando, desde la planta baja, suben hasta él las torturadas notas que huyen despavoridas de la boca de Macarena:

-Parece que va llover, el cielo se está nublando, parece que va llover, ¡ay mamá me estoy mojando!

Un velo granate de pura ira nubla los ojos de Gilberto que, a toda velocidad, corre hasta la cocina, coge el cuchillo más grande que encuentra y vuelve a recorrer la casa siguiendo las inarmónicas notas:

-Parece que va llover, el cielo se está nublando, parece que va llover, ¡ay mamá me estoy mojando!

Gilberto pierde el sentido del tiempo. Da vueltas y vueltas siguiendo la odiada voz, cuchillo en mano, llamando a voces a Macarena que, como única respuesta continúa canturreando, incansable e inalcanzable:

-Parece que va llover, el cielo se está nublando, parece que va llover, ¡ay mamá me estoy mojando!

El paso del tiempo, en lugar de aplacarlo, lo enoja cada vez más. Gilberto ya no piensa, ya no razona, Gilberto se ha convertido en rabia y odio, un odio profundo y oscuro hacia esa canción y la garganta de la que sale.

Agotado de correr sin sentido ni rumbo, Gilberto cae de

rodillas y grita, grita con todas sus fuerzas intentando acallar con sus gritos la irritante melodía:

-Parece que va llover, el cielo se está nublando, parece que va llover, ¡ay mamá me estoy mojando!

Esa vez la oye en la misma habitación. Ronca, susurrante, enervante...

-Parece que va llover, el cielo se está nublando, parece que va llover, ¡ay mamá me estoy mojando!

Sin levantarse, Gilberto sujeta con fuerza el cuchillo y gira lentamente la cabeza.

Macarena está en la puerta, los brazos en jarras, en su cuello un collar sangriento, en sus labios una sonrisa malévola, en sus ojos un brillo demoníaco, en el aire la misma odiosa canción:

-Parece que va llover, el cielo se está nublando, parece que va llover, ¡ay mamá me estoy mojando!

Y Gilberto, de golpe, recuerda.

Recuerda llegar a casa enfadado y frustrado... como siempre.

Recuerda encontrar a Macarena enfrascada en sus tareas... como siempre.

La recuerda cantando esa maldita canción... como siempre.

Recuerda que, como ahora, el odio irracional había nublado su mente y sólo pensaba en callarla, que había cogido el cuchillo, había corrido hacia donde ella estaba y, de un tajo, había rebanado su garganta.

Recuerda el peso del cuerpo inerte y benditamente

silencioso mientras lo arrastraba hacia el coche con idea de llevarla al borde del acantilado y, desde allí, lanzarla al mar.

Caía una lluvia torrencial y la visibilidad era mínima.

El odio feroz que, hasta hacía escasos minutos, anulaba su razón había desaparecido borrado por el silencio y el miedo.

Y, entonces, surgiendo del portaequipajes, superponiéndose al sonido de la lluvia y el ronroneo del motor, Gilberto oyó la voz de Macarena:

-Parece que va llover, el cielo se está nublando, parece que va llover, ¡ay mamá me estoy mojando!

El susto hizo que perdiera el control del coche, la carretera mojada hizo el resto.

Un fogonazo. Oscuridad y luego... Luego, esto, Macarena, la canción, el infierno, su propio y personalizado infierno.

Macarena ríe a carcajadas con sus dos bocas. La risa, estridente y dolorosa, acompaña a su asesino mientras cae en la inconsciencia.

Cuando Gilberto despierta, aún desorientado, oye la desafinada voz de Macarena:

-Parece que va llover, el cielo se está nublando, parece que va llover, ¡ay mamá me estoy mojando!

Servidor maestro

Condomí Alcorta, Agustín

Pensá, pensá, se dijo Fabián Moras tirándose del pelo encanecido.

Moras era un hombre de cuarenta y cinco años, de un metro noventa de altura y un físico todavía atlético, ya que en sus tiempos libres disfrutaba de hacer deportes. Tres años atrás todavía conservaba el pelo negro y tupido de la juventud, pero su último proyecto, con el que esperaba consagrarse como el hombre de negocios del siglo, venía haciendo estragos en su salud. Su empresa, soltar -Soluciones Tecnológicas Argentinas -, a causa de las demoras, tenía estimado entrar en pérdidas en menos de ocho meses, y en quiebra dos años más tarde.

Necesitaba descansar la mente, y su casa a orillas del Nahuel Huapi era ideal para tomarse unos cuantos días de reflexión. Pero incluso ahí, en Bariloche, los problemas no desaparecían. Con el ánimo todavía alterado, decidió hacer una caminata por el sendero del Cerro Escondido.

El bosque le hacía acordar a las decenas de servidores amontonados en el piso de sistemas allá en el edificio de la empresa; las raíces y los troncos y las ramas, a los cables que cruzaban de ida y vuelta los pasillos entre las torres llenas de luces parpadeantes. Pero ni esa imagen conseguía darle la idea innovadora que cambiara el curso de la investigación. Y todo el peso recaía en él, no sólo porque era el dueño de la empresa, sino por ser el único con el implante.

Él era el único que conocía la potencialidad del nuevo universo, el único que creía que no alcanzaba con pensar en un mundo nuevo, que había que ir más lejos.

Pero los servidores no soportaban el peso del sistema, se calentaban muy rápido y algunos hasta se prendían fuego. Y cuando estaba inmerso en la simulación y trataba de incorporar algún elemento nuevo, el sistema lo expulsaba, y por los dolores de cabeza que le daba la sobrecarga él pasaba días sin poder conectarse. La situación lo frustraba, lo ponía irascible, y sólo podía soñar despierto mientras caminaba e imaginaba cómo sería ese nuevo plano de la humanidad, cuando descubriera cómo hacerlo funcionar. Los últimos dos años habían sido así, entre pesadillas y divagaciones diurnas. Tenía que salir del laberinto.

Volvió a Buenos Aires después de un mes de dar vueltas en círculos, como él decía.

Lo primero que hizo fue llamar a Luz Valdés, su socia y amiga, ingeniera en sistemas a cargo del diseño general en Soltar.

-Luz, seguir pensando en los servidores como fuentes exclusivas de energía y datos no alcanza, eso está patente, lo vemos todos los días.

-Hola, Luz, ¿cómo andás, tanto tiempo? ¿No?

-No seas boluda... Está bien. Hola, Luz, sigo.

Luz se rio.

-Está bien, dale, te escucho.

-La conexión por ondas cerebrales no es suficiente, los

servidores son incapaces de transmitir tanta información al cerebro de esa manera, simplemente no tienen la potencia que necesitamos.

—Además —dijo Luz—, subir la intensidad de las ondas cerebrales para emular una segunda realidad, como teorizás que se puede hacer, sería fatal para el cerebro. Eso sin agregar la imposibilidad de generar una red al estilo de internet para vincular a todo el mundo. Olvidate.

—Bueno, eso no lo sabemos, o no sabemos cuándo pueda pasar. Mirá cuánto avanzamos.

—Decime qué pretendés hacer ahora, dale.

Fabián se levantó de su sillón y caminó hasta la ventana del despacho, la vista de la reserva ecológica lo calmaba. Se tomó unos segundos y después le pidió que bajara, para hablar personalmente.

—Quiero desarrollar un chip que se pueda entrelazar con el cerebro y el implante —dijo, apenas la vio entrar—, y que a su vez se conecte a los servidores base, así estos potencian la capacidad de procesamiento cuántico del cerebro. Imaginate nada más lo que podemos lograr. Imaginate al cerebro como un hacker, manipulando y modificando a los servidores para generar una potencia infinita de cálculos y posibilidades en la simulación del sistema. Esto cambia la cara de la humanidad para siempre. Le daríamos al mundo un segundo universo completamente real, y con posibilidades infinitas. Me vuela la mente.

Luz lo frenó:

-Estás loco en serio. Suponiendo que logramos hacer andar algo así, cómo convencés a la gente de que se instale cables y chips e implantes en el cerebro. Imposible.

-Basta de Imposibles, Luz. Es evolución, enténdelo: ¡E-VO-LU-CIÓN!

-Ajá -dijo Luz-. Mirá, esta bien que lo hables conmigo que soy tu amiga, pero no se te ocurra hablarlo con los inversores, porque te sacan la plata y encima le dan la empresa al directorio. Y no creas que no lo están pensando ahora mismo.

-No me trates cómo a un demente. Igual, tenés razón, esto lo vamos a tener que hacer nosotros dos solos, y no se puede enterar nadie. Empezá a desarrollar, tenés dos meses.

Luz estaba convencida de que la obsesión de Fabián por el sistema de simulación virtual iba a terminar por llevarlos a la locura. Su primera reacción, cuándo él le ordenó desarrollar la conexión humano-máquina, fue tirar todo por la ventana y renunciar, pero eso dejaría a su amigo de toda la vida abandonado a los buitres. Y también era un desafío como ningún otro que se le hubiera presentado en la vida. Pensó en su futuro. Si *Soltar* quebraba pero no se filtraba la investigación, igual existía la posibilidad de una nueva etapa en otra compañía. Aunque, si todo resultaba bien, sería la gloria eterna.

Mientras Fabián se ocupaba de mantener a raya a los inversores y al directorio de la empresa prometiendo avances

en muy poco tiempo, Luz pasó el primer mes investigando y elaborando teorías, durmiendo no más de cinco horas y saliendo del edificio nada más que para fumar.

Los primeros quince días del segundo mes apuntaló los nuevos conceptos y realizó experimentos sobre la única teoría que consideró viable. Los simios que usó para testear la conexión biomecánica no solo sobrevivían a las largas sesiones de experimentación, sino que mostraban cambios de ánimo, en principio alentadores. Pero también mucha frustración y violencia, al descubrirse encerrados en las jaulas durante los períodos de desconexión.

Siendo el cerebro de los primates tan similar al de los humanos, la expectativa era alta. Fabián estaba eufórico y ni siquiera atendía los llamados de los insistentes inversores del proyecto.

—Quiero una fecha, Luz —dijo destapando una botella del mejor whisky de su bar—. Nos quedan dos semanas.

—Sí, pero hay algo que no te dije todavía...

Fabián se quedó mirándola fijo.

—Dale, decime, no te quedes callada.

—Las simulaciones parecen ser poco más que un sueño vívido que tienen los monos. Lo único que logré hacer es estabilizar la simulación para que no se caiga al momento de elaborar nuevo contenido. No se linkea con otros cerebros, mucho menos permite manipular a los servidores. Es decir, todavía no tenemos más que una sola vía de transferencia de datos, desde los servidores al cerebro y no al revés.

-Bueno, algo es algo. Con esto organizamos una demostración de la estabilidad del sistema para los inversores, y mantenemos en secreto lo del vínculo biomecánico. Pero quiero que lo resuelvas ya. Usá la teoría nueva y tratá de implementarla para nuestro objetivo. ¡Dale, que estamos cerca!

-Si fuese tan fácil, ya seríamos las personas más importantes de la historia de la humanidad.

Fabián no pudo contener una sonrisa.

-Sería lindo, ¿no?

Afianzados esos resultados y con apenas dos aplicaciones útiles, la primera versión del Sistema de Simulación Integral salió al mercado. Por el contexto de representación de realidad virtual, no podía conectarse más que a internet para navegar, ver contenidos audiovisuales y algunos juegos muy interesantes, pero básicos. El producto fue un éxito, y *Soltar* se disparó a todos los mercados del mundo, así se salvó de la quiebra. Fabián y Luz se convirtieron en amos y señores de la última tecnología y pasaron a contar con fondos ilimitados para el desarrollo del vínculo biomecánico.

En la nueva etapa y antes de que Luz pudiese llegar a un resultado positivo, murieron por lo menos dos docenas de primates. Pero aunque esa victoria fue parcial, el sujeto servidor biológico logró vincularse con los servidores en una transferencia de dos vías e incorporar a otros sujetos a esa

minired. Pero al intentar desconectarlo, el primate perdía la vida instantáneamente. Así pasó con una cierta cantidad de intentos, hasta que Luz concluyó que quien fuera el servidor maestro no podría volver del estado de simulación.

-Así las cosas, hay que decidir. Esto va a necesitar de alguna ley, si queremos seguir adelante. Y queda pensar en quién se va a convertir en el servidor maestro. -Se rascó la frente-. Eso si conseguimos la ley.

-Luz, sos demasiado estructurada. Yo ya lo tengo pensado.

-No te sigo.

-Lo tengo pensado desde que se murió el primer servidor maestro. Vamos a abrir un departamento con una sección clasificada, me vas a operar en secreto y me vas a convertir a mí en servidor maestro. Pero me vas a conectar a todos los servidores de la empresa. Mismo procedimiento, más potencia.

-Pero no vas a poder volver. ¿Y cuándo tu cuerpo deje de funcionar?

-Una vez que esté adentro, con tu ayuda y todo el sistema a mi disposición, lo voy a resolver. No tengo nada que me ate a este mundo más que la plata que ganamos estos últimos tres años, y eso comparado con una vida en un universo ilimitado es absolutamente *¡nada!*

-Entendé que es un procedimiento experimental, Fabi. Cabe que no sobrevivias. Mirá cuántos chimpancés se murieron hasta que encontramos la manera de hacer funcionar el sistema.

-Pero eso ya está, lo arreglaste, no es más un problema.

-Eran monos, Fabián. Nunca se intervino un cerebro humano

de esta manera. Acordate que te tendría que injertar pines y agujas en todo el cerebro, ¿sí? ¡Todo el cerebro! -Fabián amagó a hablar-. Pero pará, porque vos sabés muy bien que no termina ahí: una vez conectado, y si no se te daña la materia gris, tenemos que hacer un estudio de tus ondas cerebrales, catalogarlas con diferentes estímulos a cabeza desnuda y procesarlas en una base que nos habilite a cargar los datos en las computadoras, para compatibilizarlos. Si cualquiera de esos procedimientos falla, se termina la historia. Y ni hablar que voy presa por asesinato.

-Sí, te entiendo -dijo Fabián, pensativo-. Parece que los dos tenemos decisiones importantes que hacer. Mirá, tomémonos una semana, cada uno por su lado. Analicemos todo, y nos vemos acá en mi despacho en siete días.

En realidad él ya tenía la decisión tomada, era de Luz que necesitaba la seguridad y determinación. Si no era ella, no iba a dejar nunca que otra persona lo guiara en el procedimiento de conexión.

Los dos pasaron esos días de fiesta en fiesta, uno para despedirse, la otra por razones que ni ella entendía bien.

Antes de entrar en la oficina de Fabián, Luz respiró profundo y se acomodó el guardapolvos. Fabián estaba radiante y alegre.

-Hola, querida, vení, pasá. Ya estamos, eh. -Ella se sirvió una medida de whisky y se sentó en un sillón-. Si estás lista, el viernes hacemos el procedimiento.

-¡Ufff! -dijo Luz arrastrando las manos por la cabeza

hasta la nuca—. Tengo la cabeza enredada en diez mil pensamientos, Fabi, y todos se contradicen.

Fabián se sentó a su lado.

—Luz, sé que esto es irreversible, pero tenemos la oportunidad de ser prácticamente inmortales. Va a salir todo bien, vas a ver.

El jueves Luz hizo tomografías del cerebro de Fabián, midió la circunferencia del cráneo y recalibró la máquina que iba a injertarle los pines y agujas durante el procedimiento. Los prequirúrgicos habían salido perfectos y el análisis psicológico resultó dentro de los parámetros normales.

El viernes prepararon las conexiones de los servidores base y las llevaron hasta una terminal conectada a los pines y agujas que se iban a convertir en el nexo entre Fabián y el sostén digital. Todo listo.

A las ocho de la noche, después de una última comida en soledad, Fabián se bañó y los enfermeros lo prepararon para la operación.

Lo recibió Luz junto con los cirujanos que lo iban a intervenir.

—Fabián querido: la operación va a durar más de cuarenta y ocho horas, y hasta quizás noventa y seis. En ese período no tenemos manera de saber qué va a pasar con tu mente, más allá de la tomografía computada en directo que nos va a dar información del buen funcionamiento o no del cerebro. Así que me contarás lo que veas cuando estés del otro lado.

Inmediatamente comenzado el procedimiento, vamos a ponerte las sondas urinaria y rectal. Y una vez estabilizado, se te van a cambiar por las definitivas. Suponemos que cuando empecemos a conectar los pines y agujas, ya vas a experimentar cambios. No sabemos qué va a pasar cuándo te conectemos a los servidores base. ¿Estás listo? —Fabián asintió—. Que duermas bien entonces.

Safari gastronómico

Menéndez, J. A.

El cazador hizo un gesto para que se acercase sin hacer ruido y el exobiólogo obedeció lo mejor que pudo. No era fácil ser sigiloso en medio de un bosque alienígena cuando su hábitat natural eran las dependencias de una universidad en la que hacer ruido no implicaba poder ser atacado por exóticos animales de otros mundos. Cuando llegó junto al cazador, éste le tendió unos prismáticos de visión nocturna y señaló en una dirección.

—La construcción grande que hay junto al lago. Es una de sus madrigueras.

—Fantástico —suspiró el exobiólogo tan pronto puso la vista sobre la madriguera. Estaba en el medio de un claro junto al lago. Tosca, cúbica, construida en madera. Reflejaba un grado de evolución tecnológica temprana, tal como indicaban los pocos estudios realizados sobre aquellas criaturas. —
¿Utilizan todas las aperturas para entrar y salir? ¿Es cada una exclusiva de un individuo?

—Todos utilizan la apertura mayor, esa que llega hasta el nivel del suelo. El resto parece tener fines de ventilación e iluminación.

—Fantástico —repitió el exobiólogo—. ¿Son siempre así sus madrigueras?

—No, este es el modelo sencillo, el más común entre los

grupos poco numerosos que viven alejados de las grandes colonias. Allí es diferente. Crean auténticas colmenas, si se me permite el símil. Apiñan las madrigueras, las construyen unas encima de otras... Emplean materiales más resistentes también.

-Fantástico.

El cazador escupió al suelo. Parecía hastiado de sus repetitivas muestras de asombro ante lo que ya había dejado claro que no consideraba más que unos seres subdesarrollados que no merecían la atención que se le prestaría a un insecto. El exobiólogo sospechaba que ya le habría metido dos onzas de plomo en la cabeza si no mediase la fortuna que su universidad pagaba por permitir que le acompañase en la cacería.

-¿Vamos a ir a una de sus colonias? -preguntó entusiasmado.

-No conmigo, desde luego. Es un suicidio. Aquí podemos ocultarnos y pasar desapercibidos. Allí nos detectarían así -chaqueó los dedos-. No es que les tenga miedo, son tecnológicamente unas amebas, pero son muchos, pero muchos muchos muchos. Y yo he venido aquí a cazar y no a ser cazado.

-¿Está seguro de que está habitada esa madriguera? No veo actividad.

-Son criaturas diurnas. Esperaremos a que el sol se levante y entonces podrá usted verlos.

El cazador montó su puesto de observación tras un tronco caído y se echó a dormir. El exobiólogo no podía dormir y no entendía cómo su compañero podía hacerlo. Pasó horas tomando

fotografías y videos de la madriguera y su entorno, de lo que parecían rudimentarias construcciones realizadas con toda probabilidad por aquellos ejemplares, de mil y un detalles. Despertó al cazador con el alba, tal como le había ordenado.

-Muy bien, de un momento a otro saldrán. Ahora escúcheme bien, esto es muy importante. No haga ningún ruido. Vamos a observarlos durante algún tiempo, hay que saber cuántos son y el número de crías. Si no tienen crías o sólo vemos una, buscaremos otra madriguera. ¿Me ha entendido?

El exobiólogo asintió sin abrir la boca.

-Puede tomar cuantas fotografías quiera, en silencio y sin moverse de aquí. No deben vernos. Si por su culpa nos descubren, regresaremos inmediatamente a la nave y su safari habrá terminado. ¿Claro?

-Cristalino.

-Fantástico -se burló el cazador.

-Una pregunta...

-Dispare.

-¿Porqué son tan importantes las crías?

-En el mercado de Oberoon llegan a pagar diez mil slols por una cría de hembra viva. Por los adultos pagan dos o tres mil únicamente.

El exobiólogo silbó.

-Diez mil... Más de lo que gano en un año.

-Quizá deba replantearse su profesión -se mofó el cazador -. Ahí salen.

Una criatura abandonó el interior de la construcción que

el cazador había señalado como la madriguera. Era idéntica a las que el exobiólogo había visto en los zoológicos, salvo por la vitalidad que demostraba, tan diferente de la permanente depresión de los ejemplares en exposición. Era... era... ¡fantástico! Bípeda, no muy grande, sin protecciones naturales ni nada en su cuerpo que pudiese ser empleado como arma en una confrontación. Tan frágil e indefensa que era difícil creer que la exigente selección natural le hubiese dado una oportunidad de prosperar. La criatura entró en otra de las construcciones cercanas a la madriguera y salió acompañada de varios cuadrúpedos peludos de mediano tamaño.

-Es un ejemplar adulto, ¿verdad?

El cazador asintió.

-¿Macho o hembra?

-Yo diría que hembra. Tiene el pelo largo y parecen adivinarse las características protuberancias pectorales. Estadísticamente la mayoría de los ejemplares que poseen ese perfil son hembras. Aunque en ocasiones los machos también llevan el pelo largo y en otras ellas corto y las hembras no siempre poseen protuberancias significativas. Es algo confuso, posiblemente debido a lo poco evolucionados que están. En las crías es imposible determinar su sexo hasta no haber comprobado sus genitales.

Varias crías salieron en tropel de la madriguera, emitiendo agudos chillidos. Junto a ellas corría un cuadrúpedo más pequeño que los anteriores y que emitía unos ruidos cortos y secos. Rodearon al ejemplar adulto y tras alguna especie de

ritual corrieron hacia el lago, donde se lanzaron al agua de forma bastante escandalosa.

—Póngase cómodo, nos quedamos. Tiene un par de horas para estudiar todo lo que quiera sin moverse de aquí. Si se acercan demasiado a nuestra posición, especialmente el pequeño cuadrúpedo, despiérteme.

El cazador retomó su sueño mientras la emoción henchía el pecho del exobiólogo, que no dejaba de garabatear apresuradas notas para complementar el material audiovisual. Las horas pasaron en un suspiro. Ante sus ojos, aquellos seres desplegaron toda una serie de actividades extrañas, rituales que llevaría años, décadas, desentrañar por completo, siempre con aquellos extravagantes y tan poco eficientes zumbidos que parecían utilizar para comunicarse, modulados en mil y una formas diferentes. Era el trabajo para toda una vida. Aquella especie que hasta entonces solo se había empleado como manjar exótico poseía patrones de conducta que darían mucho juego en manos de un buen investigador como él. Sus comportamientos no inducían a pensar que fuesen una forma de vida demasiado inteligente pero tampoco lo eran las hormigas y muchos estudiosos se dedicaban a ellas.

El cazador se despertó de nuevo, bufando. Revisó su equipo, extendió toda la parafernalia propia de su profesión y estudió la posición de la madriguera con detenimiento antes de comenzar la cacería.

—¿Cuántos son en total?

—Dos ejemplares adultos, supongo que macho y hembra, un

ejemplar en un estadio de desarrollo cercano al adulto y las cuatro crías que vimos antes.

-Déjeme ver las fotos.

El cazador repasó las instantáneas de la cámara con detenimiento y se la devolvió al cabo de un rato.

-Me gustaría que me explicase un poco su forma de trabajar, si no le es molestia. Toda la información relativa a esta especie es de interés para el estudio que estoy realizando.

-Por supuesto -asintió el halagado cazador-. Para empezar, hay que utilizar dos rifles y tres tipos de munición. ¿Ve? Los dos son de largo alcance pero el que lleva silenciador es de munición estándar y el grande, el de los dos sistemas de carga, utiliza dos tipos de dardos paralizantes, con dosis elevadas para los adultos y menores para las crías. Una dosis demasiado alta con respecto a su peso es letal y utilizar solo las dosis pequeñas obliga a acertar varias veces en un ejemplar adulto, lo que puede traer muchas complicaciones.

-¿No sería más fácil matarlos?

-No, porque su carne se estropea muy rápido y en los cinco días que tardaríamos en llegar a Oberoon estaría podrida. Si la congelo no valdría nada, los ejemplares tienen que entrar vivos en las cocinas o no pagan por ellos ni la décima parte.

-¿Usted ha probado su carne?

-Claro, en numerosas ocasiones.

-Yo no he tenido ese placer. Es un majar demasiado costoso para mi bolsillo.

-Lógico que sea caro, hay que venir a cazarlos hasta este planeta infecto. Ahora preste atención. Comienza la fiesta.

El cazador preparó el rifle de munición estándar, lo acomodó sobre el árbol caído y ajustó la mira.

-Primero voy a eliminar al cuadrúpedo. No es peligroso en sí mismo pero puede dar la alarma y el elemento sorpresa es fundamental. Estos seres no son muy inteligentes, que va, pero suelen esconderse y defenderse aceptablemente una vez que saben que están en peligro. Después abatiré a la cría solitaria que está junto al embarcadero del lago. Ahora, silencio.

Dicho y hecho. El cuadrúpedo se desplomó en silencio con la cabeza atravesada. Después disparó a la cría, aunque falló y no la mató. Cayó herida al suelo, chillando de forma horrenda.

-¡Ha fallado! -se lamentó el exobiólogo.

-No he fallado. Se trata de la trampa más vieja del mundo. He inutilizado una de sus extremidades motrices y la he dejado viva para que atraiga al resto hasta ese lugar. Observe y lo entenderá.

Cambió el rifle por el de munición paralizante y apuntó de nuevo hacia el lugar donde la chillona cría había caído.

-Posiblemente la hembra será la primera en acudir, suele serlo.

En efecto, la que habían identificado como la hembra

salió de la madriguera. En un primer momento oteó a su alrededor para salir corriendo de inmediato hacia la cría cuando la divisó.

-Es muy importante dejar que llegue hasta la cría - susurró el cazador-. Si la abato antes, el otro adulto sabrá que algo no va bien y las cosas se complicarán.

Dejó que la hembra llegase hasta la cría y que, tras intercambiar unos zumbidos con ella, emitiese un grito hacia la madriguera. El cazador disparó. El ejemplar adulto dio un chillido cuando el dardo se clavó con precisión quirúrgica en su cuello, trató de incorporarse mientras se llevaba una extremidad al punto de impacto y se derrumbó inconsciente antes siquiera de poder retirar el dardo.

-Ahora hay que estar muy vivo. Primero trataré de abatir al adulto, las crías por si mismas no saben emplear estrategias de ocultación muy eficientes. Después pasaré a la otra carga de munición e iré a por las crías.

-¿Por qué no...?

-¡Silencio!

Disparó y el otro ejemplar adulto, que acababa de salir de la madriguera, cayó a pocos pasos de ella. El cazador cambió el cargador de munición de su arma en un visto y no visto. La cría más desarrollada fue la siguiente en salir y recibió un primer impacto cuando se agachaba para comprobar el estado del adulto. Pero no cayó. Se arrancó el dardo y gritó hacia la madriguera. El cazador maldijo entre dientes y volvió a disparar sobre ella, consiguiendo que se desplomase en esta

ocasión.

Las otras tres crías se asomaron con cautela al exterior. No parecían querer salir de su resguardo.

-¿Tendremos que ir a por ellas?

-Qué va. Esta especie es curiosa por naturaleza. No tardarán mucho en querer acercarse a los que están caídos.

Les costó unos minutos decidirse pero al fin las tres crías restantes salieron juntas de la madriguera hacia el adulto y la cría mayor. El cazador disparó y una de ellas cayó casi al instante. Las otras dos se pusieron a chillar y correr sin orden, espantando a los cuadrúpedos, hasta que fueron alcanzadas en diversos puntos del claro. Finalmente sólo el lastimero quejido de la primera cría daba fe de que el trabajo aún no había terminado.

-Vamos a comprobar que estén todos inconscientes. No se fie, en ocasiones hay ejemplares que se hacen los indefensos y atacan cuando se les acercan. Tenga especial cuidado con la cría mayor, no sé si dos dosis pequeñas habrán sido suficientes.

Lo habían sido. Todos, a excepción de la primera, yacían inertes allí donde habían sido abatidos. El cazador se acercó a la berreante criatura, que había intensificado sus gritos desde el momento en que los había visto salir de la arboleda e intentaba huir arrastrándose por el suelo.

-¿Va a dormirla también?

Por toda respuesta, el cazador voló de un disparo la cabeza de la cría. El silencio regresó al claro.

-La herida era muy fea, no iba a conseguirlo. Y ha tenido suerte -dijo tras comprobar los genitales del cadaver- porque se trata de una cría de hembra. Va a tener usted la oportunidad de degustar su preciada carne.

-¡Fantástico! -se relamió el exobiólogo-. Ya estaba deseando probar la tan afamada carne de humano.

Antes del ocaso

Horst, Eneele

Al principio fue apenas un punto oscilante en la lejanía; luego, la silueta del cuervo batiendo sus oscuras alas se contorneó con claridad contra el cielo rojo del ocaso. Al ver al ave acercarse, la mujer vestida de negro que aguardaba en la cima del despeñadero, con los ojos fijos en el horizonte, sintió que los latidos de su corazón se aceleraban, y dejó escapar un suspiro de alivio. Por un momento, pudo desentenderse del canto del gallo rojo, que anunciaba el *comienzo del fin*, y de la enloquecedora melodía que el viento esparcía por el páramo: los acordes del arpa que, desde un túmulo cubierto de hierba, ejecutaba un alegre gigante.

Antes de descender, el cuervo aleteó un momento y extendió las garras. Suspendido todavía en el aire, su forma cambió en un instante, y fueron los pies descalzos de un hombre lo que finalmente se posó sobre el suelo polvoriento del barranco. La mujer caminó hacia él con el rostro aún contraído por la inquietud.

—¡Por fin llegas! ¡Estaba tan preocupada! Al darme cuenta de que no venías detrás de mí, la desesperación me invadió. — Se inclinó hacia él y le rodeó la cintura con los brazos, recostándose contra su pecho desnudo—. ¿Por qué seguimos haciendo esto, Hugin? ¿Qué sentido tiene que salgamos cada día a recoger información para el Amo, si él ya no nos presta atención? Debimos abandonar esta tarea cuando nos convencimos

de que la guerra era inevitable...

Hugin sonrió; había una curiosa expresión de entusiasmo en su rostro de cuervo, hermoso y salvaje.

-Querida Munin, ¿cómo pedirle al Pensamiento que no vuele? ¿Cómo desear que la Memoria se eche a dormir? No es por el Amo que lo hacemos ya; en el fondo tú también lo sabes...

La expresión de la mujer se distendió. Alzó una mano y acarició el cabello de Hugin, negro, largo y encrespado como el suyo.

-Tienes razón; el miedo a perderte me ha hecho decir tonterías... Ahora cuéntame adonde has ido; ¿por qué tardaste tanto en regresar?

Hugin tomó las manos de Munin de improviso; sus ojos oscuros brillaban de excitación.

-Me aventuré más lejos que nunca esta vez, más allá del Invierno de Inviernos, donde perecen los mortales que quedan atrapados en el sueño de los dioses... -Hablaba con tal ardor que la voz le temblaba por momentos-. Hay un mundo cruzando las fronteras de nuestro reino, un mundo que no se cuenta entre los que tú y yo conocemos...

Munin sacudió la cabeza, confundida.

-¿Cómo es posible que ese mundo haya escapado a nuestra mirada durante todo este tiempo?

-Recorriamos los dominios del Amo, no creíamos que pudiera existir algo más... Pero esos dominios están tambaleándose, nuestra realidad se está rasgando, y a través de las grietas he visto lo que hay fuera. ¡Y por eso me atreví

a volar hasta allí!

—¿Y qué es eso que has visto que te hace sonreír mientras la muerte se cierne sobre nosotros?

Hugin calló por unos segundos, pensativo. El Dios Guardián soplaba su cuerno, y la llamada penetrante se alzaba por encima del rumor aún distante pero progresivo de las hordas invasoras que avanzaban a través del páramo.

—Esperanza —dijo Hugin al fin, mirando a Munin de soslayo.

Ella rió; una carcajada breve y sarcástica, pero se puso seria enseguida al ver que él fruncía el entrecejo.

—Pero ¿es que no sientes el temblor, no escuchas el estruendo? —se apresuró a decir, intentando justificar su descortesía—. El Gran Árbol del Universo se agita, y nadie en los Nueve Mundos se atreve ya a tener esperanza. El Ocaso de los Dioses ha comenzado...

—El lugar del que hablo no es un lugar de dioses. Es un lugar de humanos; sólo humanos y animales —respondió Hugin con cierta sequedad.

—Pero querido, sabes que los mortales están matándose unos a otros; las montañas se hunden, los árboles caen. Pronto el sol y la luna serán devorados, las estrellas dejarán de brillar. Hugin, he visto a la gran serpiente cuando volaba de vuelta hacia aquí. Sacudía su cuerpo viscoso, convulsionando el mar... Y sobre las olas encrespadas, la Nave de los Muertos...

—Conozco la profecía, y también yo he visto a la

serpiente. Y al monstruoso lobo, y a los hijos del reino del fuego... Pero ¿no estás prestando atención, hermana mía? He dicho que he estado más allá del Gran Fresno, en un sitio al que este crepúsculo no llegará...

-Si es así, ¿deberíamos ir pronto allí, tú y yo! -dijo ella en un repentino arrebató de vehemencia, y buscó refugio en los brazos fuertes y cálidos de Hugin. La tierra se estremecía cada vez más, y mientras pugnaban por mantener el equilibrio, él atrajo a Munin hacia sí y le rodeó los hombros, cubriéndolos con su capa de plumas negras. Sin decir nada aún, se fijó en las tropas que marchaban por el terreno resquebrajado, levantando el polvo a su paso; el líder de los gigantes de fuego abría la marcha, con la espada en alto, y las llamas que envolvían su cuerpo negro refulgían a través de la densa cortina gris.

-También en ese sitio donde he estado se libra una batalla, pero no contra hordas infernales y monstruos gigantescos. Esa gente trata de sobrevivir a su ignorancia, a su necedad y a su codicia. Es imposible saber qué les deparará el futuro, pero se niegan a conformarse con un destino escrito de destrucción y muerte. Quieren vivir, quieren perdurar...

»Y allí, querida Munin, allí es donde nos necesitan, no aquí. Tú misma lo has dicho: el Amo ya no nos espera, ya no nos escucha. Todo lo que debía saber, lo sabe ya, y su fin se avecina. En estos dominios, lo que ha sido establecido no puede modificarse, y a nosotros no nos queda nada más por hacer... Sólo volar.

-¿Y la tierra que se alzar  de las aguas cuando la guerra acabe? Podríamos quedarnos... podríamos salvarnos y ser parte de ese nuevo comienzo.  No nos arrepentiremos de haber renunciado a ello si nos marchamos?

-No quiero sentarme a esperar una recompensa incierta mientras todo se derrumba a nuestro alrededor;  t  quieres eso, Munin?  Claro que no! No si podemos tener una tierra nueva y verde ahora mismo... O al menos, intentar tenerla. Intentarlo *hoy*,  entiendes?

Hugin se separ  de Munin y caminó hacia el borde del precipicio. Se volvió a ella un momento y extendió una mano, en un gesto de invitación, sonriendo; luego volvió a transformarse y echó a volar. Y Munin, recuperando también su forma de cuervo, agitó sus alas, y fue tras él.

Ecos

Santos, Isabel

José supo que tenía que ir a Galicia a conocer a Paco, su abuelo español. Ir a buscar raíces más profundas que las que recién se habían cortado en su vida.

Decidió ir por mar: veintiún días en barco desde Buenos Aires hasta Barcelona. Y después, otro viaje en tren hasta Galicia. A fuerza de kilómetros, quería filtrar la furia de la derrota. Quería llegar vacío para empezar todo desde cero, desde el origen.

Y no bien entró al crucero supo que sería muy difícil encontrar la soledad que necesitaba. Rodeado de pasajeros que iban y venían por los pasillos, o entraban y salían de los camarotes, José buscó algún lugar para estar tranquilo.

Llegó a la popa. Ya oscurecía, y tuvo esa postal del puerto iluminado, casi para sí mismo. Con un café recién servido soportó el sentirse solo.

Iban llegando más pasajeros, y él salió en busca de otro refugio. Pero la gente en el crucero actuaba como bandada de palomas, arrasando los espacios. Y José no podía perder más espacios.

Tomó el ascensor y se fue al último piso donde tenía su suite con balcón, donde podría estar lejos del gentío que pululaba por los bares, las piscinas, el casino y todo lo que buscan los pasajeros en los cruceros.

La puerta abierta de su camarote le dio la bienvenida.

Entró la valija, que lo estaba esperando al lado de su puerta, en el pasillo, y lo primero que vio del otro lado de la habitación fue una pesada cortina que parecía cubrir un ventanal. Un placar, un baño, la cama, una mesa, espejo y sillón. Otra cárcel, pensó.

Descorrió las cortinas y encontró una puerta. Al abrirla, sentir el viento y ver que el barco navegaba, tuvo el aire que buscaba.

Sobre la cama gigante para dos, las tarjetas-llave. Todas tenían su nombre: José Rodríguez. El *Today* –un cuadernillo de informes con las novedades del día– traía hojas de colores adentro. Eran las publicidades de las excursiones por Montevideo, el primer puerto en la ruta náutica. Sobre la mesa: una bandeja con frutas, vasos y agua. El frigo-bar repleto.

Antes de sacar la ropa de la valija, salió al balcón. El mar gris perla se veía cada vez más brillante y espumoso. Gris brillante y espumoso, como había sido el final de su matrimonio. ¿Qué otra cosa podía tener en la cabeza?

Para acompañarse un poco, prendió el celular ya sin señal. Una desconexión que le acercó las fotos de la galería. Buscó una cara. Había sacado varias fotos de su abuelo, a las viejas impresiones que su padre tenía abandonadas en un cajón. Otra vez lo sorprendió verse muy parecido a su abuelo Paco. Su abuelo, con gorro de marinero, sonreía en la borda de un barco. Miró la foto siguiente, que era el reverso de la anterior. Tenía escrito en tinta borroneada: Gijón, 19/4/1958.

José no veía la hora de encontrarse personalmente con esa sonrisa, quería conocerla. ¿Podría recibir algún consejo de su abuelo? Nunca había tenido el consuelo de los abuelos. Todos en España, siempre. Se sintió un niño desamparado, necesitaba un abuelo. Necesitaba ese abuelo. Ese hombre que él imaginaba lleno de sabiduría. En la foto, Paco parecía una proyección de él mismo en el futuro. Y sonreía.

El viento de la sudestada le trajo un sonido mecánico, otro barco se acercaba. José miró las luces verdes y rojas que enmarcaban la ruta náutica. El canal parecía demasiado angosto, y no se veía nada.

Con una pitada apareció el coloso, tan gigante, que José sintió el giro, el tirón inesperado del crucero. Casi pierde el teléfono, que se soltó por la repentina maniobra. Lo agarró en el aire, cuando vio cómo esa mole de acero parecía tocar la baranda del balcón. José dio un salto hacia atrás, y volvió a asomarse: el barco terminaba de pasar. Pudo distinguir el nombre en el casco: *Cabo Touriñán*, Sevilla.

Otra pitada retumbó fuerte en la suite. Y la puerta se abrió. ¿Cómo era posible? Esas pesadas puertas nunca podrían ser abiertas con tanta violencia desde el pasillo. Si fuera un camarero, golpearía aunque tuviera la llave.

Aturdido por las dudas y el portazo que seguía rebotando contra el placar, José salió al pasillo. Miró a un lado, al otro. Y como si el evento producido por los barcos hubiera alcanzado a destiempo a una mujer que caminaba por ahí, la vio caer.

Corrió para asistirle, viendo que no se levantaba, y llegó hasta ella. Se agachó para sostenerla de los brazos y alzarla, pero la mujer temblaba y escupía espuma por la boca.

José gritó pidiendo ayuda.

Nadie se acercó.

De pronto ella volvió en sí. Abrió los ojos, miró aterrada y lanzó un grito:

—¡Se hunde el Touriñán! ¡A los botes, se hunde el Touriñán!

¿Habría provocado esa catástrofe el cruce de los dos barcos?

La mujer se paró sola después de gritar. Miró a José como sin entender. Se limpió la baba de la cara con el puño de su camisa, y cuando preguntó qué hacía José con ella, él le dijo lo que había gritado. Trató de explicárselo, no lo consiguió.

Ella caminó unos pasos más y se detuvo frente a una suite cercana. Entró aún sin entender lo que había pasado. Parecía estar perfectamente bien de salud.

Para no seguir con los malos entendidos, José volvió a su suite y se asomó al balcón. Quizás podía llegar a ver algo de la colisión.

Desde los otros balcones, nadie parecía estar mirando. Ningún griterío ni alarma ni anuncio de peligro. Tomó la llave de su camarote, cerró la puerta y salió a recorrer el barco para tratar de entender lo que había pasado. Se sostenía de los pasamanos del pasillo, como si tuviera que prepararse para un suceso grave y repentino.

Primero, las autoridades, se dijo. Pero, ¿dónde encontrar al capitán? Recordó que había visto cinco oficiales con gorro y uniforme al entrar en el crucero, en un mostrador del piso 6, donde le habían pedido que dejara el pasaporte.

Bajó por el ascensor más cercano y llegó a otro pasillo lleno de camarotes. Intentó ubicarse yendo hasta el centro del barco, donde estaba la entrada que recordaba. Ya no había ni mostrador ni tripulantes.

Subió un piso por las escaleras centrales, para encontrar algún lugar donde pudiera informarse.

Justo al lado de la entrada al comedor, vio el cartel de "Atención al pasajero".

—¡Buenas noches, señorita! —saludó José.

La tripulante se señaló las banderitas de sus broches de la solapa, ninguna era de un país donde se hablara castellano. Y se corrió para dar lugar a otro tripulante que sí las tenía. En un español fonéticamente entendible, el reemplazante de la señorita le devolvió el saludo.

José fue directo al grano y preguntó por el roce del barco *Cabo Touriñán*. Le dio todos los detalles sobre la colisión: el hundimiento, el incidente con la mujer convulsionada y otros detalles que el tripulante nunca creyó. Seguramente, para él serían los cuentos de un borracho más. Muchos pasajeros, de camino hacia sus camarotes, se desahogaban con los tripulantes. Siempre con historias inventadas por alegres o tristes resacas. José se dio cuenta de que el tripulante no le creía, y dejó de contar la

historia.

Volviendo a su camarote, sin haber visto ni un solo pasajero preocupado, pasó por el casino del Puente 9. Estaba abarrotado de gente jugando. Los bares, repletos también. Hasta en las piscinas del piso superior había parejas de gente mayor aprovechando los últimos minutos de acceso al hidromasaje.

Volvió a bajar hasta la pista de ejercicio y rodeó el barco hasta la popa. Se quedó mirando el puerto, que ya era un punto de luz a lo lejos.

El *Cabo Touriñán* ya estaría amarrado. No se veía ningún barco yendo, o hundiéndose en el canal. Y su crucero, seguía intacto rumbo a Montevideo.

Los cruces fortuitos con la mujer de las convulsiones eran momentos incómodos. Ella parecía buscarlo, porque el barco era demasiado grande para encontrársela siempre. A medida que se sumaban las conjunciones, ella lo miraba con menos desconfianza. José hasta había percibido una sonrisa cómplice, al rozarla cerca del teatro. Ella saliendo, él entrando.

Esa sonrisa le dio vía libre para tocar el tema que sólo podría hablar con ella. Intentar hacerla recordar por qué se le había ocurrido decir que el barco que los había cruzado se hundía. ¿Por qué las convulsiones? ¿Por qué el portazo de... nadie?

Los anuncios de la cena con el capitán le dieron la

oportunidad de buscarla en el comedor. Se ubicaría en la misma mesa. Pero ella nunca apareció.

José probó con el capitán.

Aprovechó su momento en la foto de rigor. Antes de que otra persona acaparara la atención del capitán, lo invitó con un trago. Lo llevó a charlar a una mesa alejada del resto. Por suerte, el capitán accedió gracias a la pregunta que le hizo después de la invitación.

—¿Conoce el buque *Cabo Touriñán*, capitán? —había preguntado José.

El capitán revoleó los ojos. Y siguió a José hasta su mesa. Se sentó con él y, mirando el vaso de la bebida, intentó recordar. Con acento italiano, pero en perfecto castellano, preguntó:

—¿Sabe a qué compañía naviera pertenece? —siguió tratando de recordar sin esperar la respuesta de José—. Nombres de cabos... ¿Cuál era la compañía que le ponía nombres de cabos a sus buques? —Se dio golpecitos en la frente con las yemas de los dedos—. Tengo el nombre en la punta de la lengua.

—Debajo de *Cabo Touriñán* decía Sevilla —aclaró José—. ¿Eso le dice algo?

—¡Ya está! ¡Ybarra! La compañía se llamaba Ybarra. Ya no existe más, señor. No queda ningún barco de esa compañía. Todos fueron desguazados.

—¿Cómo que no existen más? Yo vi al *Cabo Touriñán* yendo hacia el puerto de Buenos Aires hace dos días. —Hizo un gesto de girar una rueda—. Usted tuvo que esquivarlo.

—Usted está equivocado —sacó su teléfono del bolsillo—. Mire este blog: navieras y buques. —Señaló en la pantalla de su teléfono, que sí tenía conexión, el listado de buques de la compañía Ybarra, y ahí estaba el *Cabo Touriñán*—. Construido en el Reino Unido en el año 1903. Hundido el 5 de mayo de 1958 cerca de Asturias. —Leyó la información del blog—. Yo sabía...

—No puede ser. Es imposible. Yo lo escuché pitar, capitán.

—Escuchó a nuestro barco, señor. Se pita al salir de los puertos. —Ya incómodo, se paró—. ¿Cómo va a escuchar pitar a un barco hundido?

El capitán aprovechó que José se quedó pensando, y se fue de la mesa.

José recordó lo que había gritado la mujer del pasillo. La mujer de las convulsiones también parecía saber que el *Cabo Touriñán* se había hundido. ¿Sabría ella por qué lo sabía, por qué sabía que un barco que José había visto hacía dos días, se había hundido hacía setenta años?

Ahora tenía más interés por hablar con la mujer. Tenía que encontrar la manera de acercarse a ella, contarle lo que había pasado y sacarse de la cabeza el incidente que atentaba contra la tranquilidad de su viaje.

El llamado de las sirenas para practicar el simulacro lo encontró a José caminando por la pista de ejercicio. Subió rápido a buscar su chaleco salvavidas al camarote, y se fijó en su tarjeta-llave en qué sector del barco le correspondía tomar la práctica.

Saliendo del camarote ya con el dato, se cruzó con la mujer. Por la cercanía de sus suites, les tocaba el mismo sector.

Llegaron juntos, compartiendo miradas cómplices todo el camino. Ella parecía seguir interesada en conocerlo, y él ya no podía disimular su interés.

La sirena no paraba de sonar.

Como hacen las azafatas de los aviones, dos tripulantes les explicarían las medidas de seguridad a cada grupo. Usaban chalecos salvavidas y recibían a los pasajeros con sonrisas. Los ubicaban diciendo en un castellano neutro y mal aprendido:

—¡Niños y *mallores* al frente! Luego, mujeres. Detrás los señores. Formen filas. Familias en líneas rectas hacia atrás.

José y la mujer quedaron solos en una fila. Ella adelante, él atrás. Para no ocupar tanto espacio, los pasajeros solos se iban acomodando, llenando las filas a su manera.

La sirena seguía.

Falta más gente en este grupo, decían las dos tripulantes y seguían con el "*Niños y mallores...*", cada vez que se sumaba alguien más.

Un señor bastante ansioso se acercó a una tripulante.

—¿Faltan muchos? —dijo.

—En este sector somos 35, y llegaron 32. Todavía faltan 3.

—¡Qué barbaridad! —dijo el hombre—. No respetan nada. Está bien clarito que hay que estar acá al escuchar la sirena.

-Se fue a ubicar en la fila, rezongando.

Llegaron los tres que faltaban, envueltos en toallas y con los salvavidas colgando del brazo. El simulacro los había tomado de sorpresa en la piscina.

Alguien gritó:

-¡Vamos, apureeen!

José se estaba contagiando la impaciencia de todos los demás. Se escuchó gritar él también, que se apuraran esos tres. Todo el grupo descomprimió la ansiedad gritando.

La mujer le habló por primera vez.

Se dio vuelta en la fila y, mirándolo con miedo, le dijo:

-¡Me siento mal!

Las dos tripulantes comenzaron las explicaciones. José levantó la mano para advertirles de la mujer, pero ellas ya estaban en plena clase de salvamento. Una de las dos tocó el silbato para explicar cómo funcionaba. Lo tomaba de la punta de una soga adherida al chaleco salvavidas, y tocaba el silbato una y otra vez sin parar.

La mujer que ya no podía mantenerse parada en la fila delante de José, cayó.

José logró tomarla por la espalda y amortiguar la caída.

Ella hizo el mismo episodio del pasillo: espuma por la boca, delirio, temblores.

Pero en ese momento, José tuvo testigos de la segunda insólita declaración.

-¡Te amo, Francisco! -dijo la mujer salpicando espuma-.
¡Soy Cándido!

Lo dijo, sin sacar los ojos de José. Lo miraba con asombro y melancolía. Con una paz y un amor tan profundo, que José no pudo sostener esa mirada la primera vez. Corrió la cara, y la mujer se incorporó, sentándose de un tirón. Con las manos temblorosas, buscó esa cara. Y, acercándola a la suya, para asegurarse que la escuchara, se lo repitió dos veces más.

—Te amo, Francisco. Soy Cándido. Te amo, Francisco. Soy Cándido.

José se sostuvo en esas manos, tenía que escuchar. Y cuando la mujer supo que la había escuchado, se relajó en paz. Cerró los ojos y los apretó desde adentro, como si la persona que había hablado se hubiese ido hacia su interior.

De la misma manera que había hecho antes, volvió en sí como si nada hubiese pasado. De la misma manera y mirando hacia la nada.

Las tripulantes ya habían corrido a José del lugar. Tenían la tarjeta-llave de identificación de ella en la mano. Se la habían podido sacar, aunque la sostenía firme por la convulsión, y les había costado desprendérsela.

—Señora Marta Taberner, ¿se encuentra usted bien? —dijo una leyendo el nombre en la tarjeta.

Marta miró a las tripulantes. No podía creer lo que le contaron que le había pasado.

—¿Convulsiones? —dijo—. Nunca tuve convulsiones.

Las dos tripulantes se aseguraron de que Marta estuviera bien. Dieron las instrucciones que faltaban para que el grupo pudiera irse, y cada uno se fue. Las tripulantes tomaron nota

de su nombre y del número de su suite, pero Marta parecía estar perfectamente sana. José permaneció a su lado.

-Te acompaño a la terraza de popa, para tomar aire y comer algo dulce.

Ella aceptó y se fueron juntos.

-¿De dónde sos, Marta? -preguntó José.

-De Avellaneda. Vivo en Avellaneda y me tomé el crucero para tener unas vacaciones. En Barcelona tengo primos y me quedo quince días más. Vuelvo en avión. -Estaba nerviosa y al mismo tiempo verborrágica.

-Yo voy de Barcelona a Galicia, en tren. Mi familia está en Galicia. Soy de Capital.

-Contame bien qué dije esta vez. -Marta hizo un gesto con la mano hacia abajo-. ¿A qué barco hundí?

Ya estaban cerca de las máquinas de café del bar de popa. Ella, tan repuesta, que saltó sobre la bandeja de las galletitas recién horneadas para el buffet de merienda.

José notó que tenía otra mirada. Lo seducía inclinando la cabeza y sonriendo, se acomodaba el flequillo sobre la frente y se tocaba el pelo. Los dos con las bandejas de café y galletitas buscaron la mesa más cercana a la baranda de popa, donde se escuchaba el ruido de las hélices del barco agitando el mar. Apoyaron las bandejas en la mesa y, antes de sentarse, se asomaron. Ella rodeó el horizonte que envolvía al barco, navegando solo, sobre esa inmensidad. Esa tarde soleada y calurosa les dio cierta intimidad. Todo el barco estaba cerca de las piscinas. Cuando José le dijo lo que había pasado,

Marta se puso roja y después sonrió.

-¿Es una broma?

-¿Conocés a personas con esos nombres? -insistió José.

-A nadie.

-¿Sabés que el barco que vos dijiste que se hundía, se hundió? Se hundió en 1958.

-No puede ser.

Siguieron conversando.

Los dos tratando de armar alguna historia, alguna idea lógica con lo que había pasado. José no se animó a decirle la manera en que ella había hecho esa declaración de amor. Tenía que hacer un esfuerzo para evitar la tentación de tomar las manos de Marta, y que esas manos le hicieran sentir el amor de esa caricia sobre su cara.

Se despidieron con una cita para el día siguiente. Un paseo por Copacabana, en Río de Janeiro.

-Gracias por acompañarme -dijo Marta-. No iba a bajar en el puerto de Río. Me asustaron tanto...

-No pasa nada. Nos vemos en el desayuno, antes de salir del barco. ¿Dónde desayunás, Marta?

-A las 9 en el buffet del Puente 10.

-Hasta mañana.

En Río, José logró tener conexión a internet. Ya en el puerto, su teléfono revivió gracias a la WiFi gratuita. Le llovieron los mensajes. Antes de tomarse un taxi hacia la playa de Copacabana, los dos aprovecharon para comunicarse.

-Hay un Cándido en mi familia -dijo ella no bien subieron al taxi-. Le pregunté a mi mamá.

-Dame detalles. -José sonrió para desdramatizar-. ¿Estás poseída?

-Es el hermano de mi abuelo español.

-¿Vive en Barcelona con tus primos?

José vio que el taxi hacía un recorrido distinto al que él había mirado en el mapa que le ofreció la recepcionista de los alquileres de taxi.

-¿No toma por la avenida que sale del puerto? -preguntó, haciéndose el que sabía por dónde iban.

-Les hago precio por una pequeña guía turística -dijo el chofer.

-¡No! ¡No! ¡No! -dijo Marta.

-Pueden conocer la catedral -insistió el taxista.

-Directo a Copacabana, señor -dijo José, tratando de sonar autoritario.

Siguieron la conversación atentos al camino que tomaba el taxi.

-Mi abuelo era de Castilla. Le contó a mi mamá que su hermano se llamaba Cándido.

-¿Le contaste que a lo mejor Cándido estaba enamorado de un tal Francisco?

-Llegamos -dijo el taxista cortante.

José y Marta bajaron del taxi con lo poco que llevaban. Había que evitar los posibles robos tan advertidos por todos los pasajeros argentinos.

Copacabana, imponente.

Los dos dejaron la charla para apreciar el paisaje. Tenían hasta las cinco de la tarde, cuando debían retornar al barco.

Ya almorzando. José volvió a preguntar:

—¿Te dijeron algo más sobre Cándido?

—Nada más. Después vuelvo a comunicarme en el puerto, antes de salir de Río.

Y así fue. Ella tuvo más detalles sobre Cándido. Y esos datos nuevos cerraron el círculo de las confesiones por sus convulsiones.

Cándido había muerto en el hundimiento del *Cabo Touriñán*. El único tripulante muerto, con 28 años, sin hijos, sin mujer.

Marta supuso que algo de todo eso había llegado a sus oídos, quizá cuando era chica. Y que ahora había salido de su cabeza con la fuerza de las convulsiones. Alucinó situaciones.

Lo que Marta no sabía era lo que había experimentado José.

Ella resolvió su dilema, se dijo que sólo tendría que hacerse un chequeo médico al regresar.

Él no tenía paz. Esa visión del barco, el nombre en el casco, todas esas imágenes y el portazo no entraban en la lógica de un recuerdo vivencial de Marta. No creía posible tanta potencia alucinatoria que involucrara a más personas. Ni que lo involucrara a él mismo en el incidente.

—¿Y el te amo Francisco? —insistió José.

Lo había conmovido esa declaración de amor. Esos ojos,

que no eran los que veía en Marta, le habían dado el calor que buscaba. Y ese calor había transformado su corazón dolido.

—Más que claro, ¿no te parece? —Marta hizo un gesto con la muñeca—. Sin hijos, sin mujer, amaba a un hombre. Algo habré escuchado sobre Cándido y algún candidato que tendría llamado... Francisco. —Y guiñó un ojo con ironía.

Esa frase horrible arrancó la pequeña esperanza que tenía José en seguir compartiendo su viaje con Marta. Había seguido a su lado intentando volver a ser visto por esa mirada enamorada. Esa que Marta tuvo en las convulsiones. Hasta la advertencia de hundimiento tenía otra vida. Marta no era esa persona.

Y, a partir de ese momento, José se fue alejando de ella.

Para cuando el barco encaró el cruce del océano y tenían que estar sin tocar puerto por siete días, Marta ya tenía su grupo. Las clases de bachata que ofrecían los tripulantes de animación le habían dado lo que ella quería.

José volvió a estar solo.

Esa caricia en la cara durante el simulacro le había dado un salto a su círculo vicioso de furia. Ya no se escuchó rumiando bronca. Estaba en paz, iniciando otro círculo. Había pasado a un engranaje nuevo.

Y así llegó al encuentro de su familia gallega.

Ver a su abuelo fue una impresión inolvidable. No había forma de explicarse lo que sentía, esa sensación, el darse cuenta de cuál era el origen de toda la familia. De sí mismo.

En Buenos Aires había pocos parientes, estaban todos en

ese pueblo gallego y sus alrededores.

Cada familiar, una fiesta. Cada uno quería homenajear al recién llegado. Unas vacaciones tan emotivas, que José no podía evitar pasar días y días de bar en bar, disfrutando las charlas de cada primo, de cada tío.

Pero lo que más disfrutaba eran las charlas con su abuelo. Ese hombre, tan mayor y tan vital, seguía conservando esa sonrisa, esas ganas de vivir. José quería llevarse algo de esas ganas. Y su abuelo, sorprendido por su parecido con él, lo eligió como confidente.

En una tarde de anécdotas, José le mostró la foto marinera que tenía guardada en su teléfono.

Su abuelo Paco puso una cara triste. Como si añorara su juventud.

-¿De dónde sacaste esa foto? Tanto tiempo buscándola...

Tomó el teléfono y lo acercó para verla bien. José le explicó dónde estaba la foto original.

-Tu padre la llevó sin mi permiso -dijo enojado.

-La habrá querido guardar de recuerdo, abuelo.

Paco se quedó pensativo. Contó varias anécdotas de esos viajes. De la dura vida marinera, los peligros del mar. Pero, más que nada, las aventuras. Aquella época de las aventuras de la juventud.

-Fue el mejor trabajo -dijo Paco, intentando hablar sin usar palabras gallegas. -Y sin dejar de sonreír, como si recordara lo bueno de esas épocas, dijo volviendo a mirar la foto-: Me la sacó un amigo que era fotógrafo. Yo estaba en la

borda del *Cabo Touriñán*. Tenía un amigo de Castilla, un señorito de Castilla... —Sacó su pañuelo—. El me llamaba Francisco. —Secó unas lágrimas.

José tuvo un escalofrío. Un ahogo repentino hizo que tardara unos minutos en preguntar el nombre del amigo.

Y antes de que José hiciera la pregunta, Paco suspiró el nombre.

—¡Cándido! Cándido. —Paco cerró los ojos y los apretó desde adentro, como si la persona que había suspirado ese nombre se hubiese ido hacia su interior.

Rompehielos

Pappas, Mariela

Le dio un sorbo a su café; sobre la cubierta la bebida se mantenía caliente durante apenas unos microsegundos; cuando descendió por su garganta ya estaba fría. Arrojó la taza vacía por la borda y esta estalló en miles de pedazos contra el hielo. Sakimoto Ryoichi se frotó las manos, abrigadas por los gruesos mitones de piel de foca, y miró hacia el horizonte. El viento ululaba con un tono tenebroso, casi humano, y el potente motor del rompehielos destrozaba la superficie congelada, abriéndose paso sobre la blanca sepultura de lo que cierta vez habían sido continentes enteros. Algo de escarcha voló hacia sus ojos entrecerrados, pero aun así el capitán notó que el cielo se estaba tiñendo con los colores que tiempo atrás anunciaban la llegada del crepúsculo. No supo si sentirse feliz o asustado por ello; hacía años que día y noche no se diferenciaban, pero ahora el níveo firmamento estaba perdiendo su blancura. Escuchó su nombre por la radio de la cabina y decidió regresar adentro.

– Sakimoto, aquí la base ¿me escucha? Cambio.

– Sí. Aquí estoy – respondió –. Creo que se está haciendo de noche. Cambio.

Cada vez tardaba más en responder las llamadas. Cualquiera diría que al ser el único tripulante del monstruoso rompehielos estaría desesperado por oír otra voz humana. Pero

la verdad era que aquello lo irritaba.

– Aquí también lo hemos visto. Eso significa que la tierra está rotando nuevamente. Tal vez pronto tengamos días y noches ;y estaciones! – exclamó el muchacho del otro lado.

Ryoichi no dijo nada; sabía que el joven almirante era demasiado ingenuo y optimista. Irritante para su gusto. O tal vez lo molestaba tanto porque en el fondo no le importaba nada de lo que aconteciera en los cielos.

– Sakimoto ¿Está ahí? Cambio.

– Sí. No lo sé, no soy científico. Espero órdenes.
Cambio.

Escuchó al muchacho discutir con varios oficiales. Era ridículo tener un superior tan joven. Pero al mismo tiempo, era ridículo tener rangos en un mundo donde permanentemente era invierno.

– Regrese a la base cuanto antes. Si realmente cae la noche sería peligroso navegar. Cambio.

Estaba cortando la comunicación cuando el muchacho volvió a hablar.

– Y Sakimoto...Feliz Nochebuena.

– Fijando rumbo a la base. Cambio y fuera –. Su mano tembló antes de apagar el interruptor con un golpe violento.

¿Desgraciado! ¿Por qué le había hecho acordar de aquello? Miró el calendario en la pared; había miles de métodos más modernos para llevar rastro del tiempo, pero él prefería hacerlo a la antigua. En un principio, cuando había comenzado la misión, él contaba el paso de los días con precisión casi

obsesiva. Luego, comenzó a dejar pasar un día o dos, luego un par de semanas. Después ni siquiera sabía en qué mes estaba. Y había llegado el momento en el cual era 24 de diciembre sin que él lo notara. Aquello agudizó la punzada en su pecho, pero decidió ignorarla concentrándose en sus tareas de rutina.

Sin embargo, seguía maldiciendo al Almirante Larssen entre dientes, y maldiciéndose a sí mismo por olvidar que era Nochebuena. Aunque no podía culpar del todo al muchacho por su desazón; desde que había despertado una sensación ominosa lo oprimía. Era una mezcla de náuseas con desesperanza, un grito silencioso en la boca de su estómago, una neblina que nunca se despejaba Ryoichi la llamaba La Víspera; esa sensación inminente antes de que el lazo se corte, y la amarga consciencia de que no puedes hacer nada para evitarlo. Ese microsegundo antes de la pérdida. Cuando el muro de hielo está a punto de destrozarse frente a tu rostro y extiendes tus dedos en cámara lenta hacia adelante, aun sabiendo que no puedes cambiar el resultado. No puedes evitar que la avalancha te devore. La última vez que había sentido aquello fue la noche cuando Kaoru murió, cuando el policía le estaba informando por teléfono sobre el accidente.

Regresó a la cabina, se quitó los guantes y abrió la pequeña cámara frigorífica contra la pared. En el fondo, detrás de decenas de envases de alimento congelado, estaba el pastel de Navidad. Lo colocó en el procesador de alimentos y cinco segundos más tarde estaba a la temperatura justa para comerlo. Ryoichi lo sirvió en la mesa de la cabina y se sentó

a contemplarlo. La crema era de un blanco tan impoluto como la nieve que cubría el planeta. Las fresas en la superficie estaban rojas y rebosantes como el día en que lo compró. Un 24 de diciembre. En aquel entonces el calentamiento global era un problema alarmante, pero Japón seguía existiendo y las parejas enamoradas se preparaban para festejar Navidad entre pasteles y arrumacos. A él nunca le habían gustado esas idioteces románticas, pero las disfrutaba con Kaoru.

En la soledad de la cabina, Ryoichi despidió una carcajada amarga ;Que ridículo le resultaba pensar en el calentamiento global ahora! Así surgió el Proyecto Jotun, que prometía revertirlo ;Y mierda que lo revirtió! Ralentizaron tanto la rotación terrestre que ahora el mundo estaba sumido en un eterno invierno. Pero antes de eso, la había conocido a ella. Llevaba el cabello corto y era doctora en física nuclear, una de las responsables de calibrar los reactores nucleares que propulsaban al Rompehielos. A diferencia de otras mujeres con las que había estado, a ella no le importaba que él pasara meses enteros en altamar, ni las cosas que hacía con los otros marineros. De hecho, solía hacer chistes al respecto.

Cuando Ryoichi llegó de la morgue las rodillas le temblaban y el pastel esperaba intacto sobre la mesa. No tuvo las fuerzas para desecharlo y lo guardó en el refrigerador de su piso. Los años transcurrieron y las civilizaciones quedaron enterradas bajo el hielo y la nieve. Los pocos sobrevivientes se agruparon en rudimentarias bases diseminadas por todo el

planeta, y gracias a su experiencia en la Marina él mantuvo su cargo de Capitán en el rompehielos. Solo que ahora la misión a bordo de la bestia metálica pintada de escarlata no era transportar mercancías sino buscar sobrevivientes del holocausto glacial. Nunca había encontrado a nadie, pero siempre se encargó de llevar el pastel en la cámara frigorífica. Cada vez que llegaba Nochebuena, lo descongelaba, lo servía en la mesa de la cabina y lo contemplaba por horas. Jamás tuvo el coraje para comerlo, y aquel año no sería la excepción.

Un temblor lo distrajo de sus pensamientos. Fue tan violento que cayó de bruces al suelo. Algo mareado, se puso de pie. La sacudida parecía haberse originado en la proa. Se abrigó con la chaqueta rellena de plumas de ganso y cubrió su cabeza con la capucha recubierta en piel. Mientras caminaba hacia la cubierta, notó algo inaudito; el rompehielos se había detenido. Una vez afuera, el viento golpeó su rostro, y lo primero que notó era que había oscurecido demasiado rápido. Con manos nerviosas buscó la linterna en su bolsillo y la encendió. Asomó la mitad del cuerpo por la borda y encontró el problema; el casco se mantenía levemente inclinado hacia arriba, inmóvil, mientras que los trozos de hielo se acumulaban bajo la proa e impedían que las hélices funcionaran correctamente. Pensó que tal vez los tanques de lastre se habían llenado de agua y eso le impedía avanzar a la embarcación, sin embargo, cuando alzó la vista otra cosa lo alarmó todavía más. La negrura avanzaba devorándolo todo;

apenas se distinguía la línea del horizonte, ni donde terminaba tierra y comenzaba el cielo.

Regresó a la cabina; los niveles de agua estaban normales. Con un nudo en la garganta intentó abrir comunicación con la base. No obtuvo respuesta. Insistió e insistió, pero ninguna voz respondió del otro lado. Contuvo el impulso de destrozar el panel de control a las patadas y se quedó quieto. Sentía que el pánico estaba devorando sus pies y le impedía caminar. *Inválido al igual que el rompehielos*, rio entre lágrimas, y se desmayó.

Cuando recuperó el conocimiento unos tambores golpeaban sus tímpanos, acompañados de un canto gutural. Con el aliento entrecortado se puso de pie, y a medida que recuperaba la consciencia, notaba que la música y los cánticos se hacían más insistentes. Pensó que estaba alucinando, pero luego se dio cuenta que los sonidos eran reales, y provenían de afuera. Tambaleó hasta la cubierta; la noche había consumido el cielo por completo. Solo podía ver gracias a un grupo de antorchas formaban un círculo de fuego sobre el hielo. Quienes las sostenían eran los mismos que cantaban; las notas graves vibraban en sus gargantas y llenaban la noche de una melodía ominosa. Sus alientos formaban arabescos de vapor que danzaban con las chispas de fuego, y se perdían en la oscuridad. Estaban abrigados con tupidas pieles de osos y felinos, que se mezclaban con sus cabellos y barbas. Ryoichi entrecerró sus ojos para que la escracha no lo cegara, pero a través de ellos pudo ver que estaban armados con filosas lanzas que les

doblaban la altura. Cuando su vista se acostumbró a la oscuridad un nuevo hallazgo le heló la sangre; detrás de aquellos hombres, unas bestias aguardaban. Casi tan altas como el rompehielos; de grueso pelaje, colmillos encorvados hacia arriba y larga trompa. Unos hombres depositaron a un muchacho desnudo en el centro del círculo, y pintaron su cuerpo con extraños símbolos mientras los cantos se acrecentaban. Ryoichi corrió de nuevo hacia la cabina y buscó el rifle. Sus dedos temblaban tanto que apenas pudo cargarlo, cuando volvió a precipitarse sobre la cubierta temió que al chico ya le hubieran apuñalado. El disparo explotó en el aire nocturno, y la pólvora le hizo arder la nariz. Atemorizados, los hombres dejaron caer las antorchas y alzaron las sogas hacia las monturas de los mamuts. Pronto jinetes y bestias se habían desvanecido en la oscuridad, dejando apenas el eco débil de algún bramido. El fuego de las antorchas se extinguía, pero pudo distinguir que habían dejado el cuerpo del muchacho atrás. Ryoichi se cargó el rifle al hombro y arrojó la escalera de emergencia por la borda. Descendió del rompehielos con el corazón golpeando con furia contra sus costillas, y sus pies tanteando cada peldaño en la oscuridad. Una vez abajo, sintió cómo el hielo se resquebrajaba con cada paso, pero aun así llegó hasta el muchacho y se arrodilló junto a él. Se quitó uno de los mitones y el frío le hizo doler la mano desnuda. Cuando lo palpó, todavía estaba tibio. Apenas podía verlo, así que exploró la piel en la oscuridad, guiándose por la respiración que se apagaba. Sintió la sangre húmeda en la

yema de sus dedos, y subió por la curva de la garganta, hasta encontrar la barbilla y la boca. Separó con sus dedos los labios agonizantes y respiró entre ellos. Durante unos instantes el único puente entre la consciencia y la oscuridad fueron esos labios. Hasta que el muchacho le devolvió el aliento y arqueó su cuerpo con violencia. El quejido rasgó la oscuridad. Ryoichi se apuró a incorporarlo, antes que el frío los devore a ambos. Logró volver a subir por la escalera de emergencia con el chico a sus espaldas. Era delgado, pero aun así todos los músculos de Ryoichi dolieron una vez culminada la hazaña. A bordo del rompehielos la temperatura era cálida y la luz abundante. Se tomó unos segundos para recuperar el aliento y despejar la cabeza, pero la desnudez del chico lo distraía. Se quitó el abrigo manta y lo cubrió. El cabello rojo formaba un semicírculo alrededor de su cabeza, como un halo de fuego. El rostro era imberbe y bronceado, con el puente de la nariz algo lacerado por la escarcha. *Soy un idiota*, pensó el capitán. Cogió el botiquín de primeros auxilios y una botella de whisky. Le dio un sorbo y volcó el resto sobre la puñalada, el muchacho se retorció de dolor. Con el mismo alcohol limpió los símbolos que habían pintado en su pecho.

– Esto va a dolerte – advirtió mientras enhebraba la aguja con dedos temblorosos. Ignoraba si entendía su lenguaje. Cuando la aguja se hundió en la piel volvió a gritar. Ryoichi lo silenció metiendo un trapo en su boca y continuó su tarea. Para cuando la herida estuvo cerrada, el chico se había

desmayado.

Ryoichi arremetió nuevamente contra el panel de control.

– ¡Base! ¡Hombre herido! ¡Respóndanme! – chilló hasta que las lágrimas rodaron por sus mejillas, todavía algo entumecidas por el frío de afuera. No podía creer que deseara tanto escuchar la voz de Larssen del otro lado. Pero no hubo respuesta alguna.

Se sentó en la mesa de la cabina, el muchacho estaba inconsciente en el suelo, su pecho subía y bajaba con suavidad mientras respiraba. Ryoichi miró el pastel de navidad, todavía intacto sobre la mesa, y enterró su cabeza entre sus brazos. Su sueño fue intranquilo.

En ellos vio el rostro de su mujer, con esa media sonrisa burlona que ella le hacía cuando estaba en lo cierto. Kaoru siempre tenía la razón. *Tú construiste este motor*, le acusó Ryoichi *¿Esto significa que quieres que me reúna contigo?*

– ¿Quién es Kaoru? – . Una voz lo despertó.

Ryoichi se sobresaltó, sentado a la mesa, frente a él estaba el muchacho pelirrojo. Tenía el pecho desnudo y la herida parecía estar sanando. Sostenía un tenedor en la mano y estaba devorando el pastel con voracidad casi infantil.

– ¡No puedes comerte eso! – chilló el capitán. Se puso de pie y le alejó lo que quedaba del poste.

– Creí que era mi festín de bienvenida – se encogió de hombros y relamió la crema del tenedor –. De todas maneras, creo que estaba malo *¿Dónde están mis ancestros?*

– ¿Quién eres? – sostenía los restos del pastel contra su

pecho a manera defensiva. Sus ojos buscaron el rifle en vano.

– Njord – se puso de pie y avanzó hacia el capitán.

Estaba tan desnudo como cuando lo había encontrado. Los ojos eran redondos, del mismo color del musgo que crece sobre las rocas. – Y lo he logrado.

– ¿Qué has logrado?

– ¡He sobrevivido la Noche Silenciosa! – exclamó, lleno de júbilo –. ¡Mi carne ha renacido y he llegado a los recintos sagrados, donde es siempre verano!

– No...– Ryoichi sintió una aguda punzada en las sienes – No estás muerto, yo he curado tu herida. Y no estás en ningún paraíso, estás a bordo del Rompehielos.

– ¿Cómo lo sabes?

– Porque eso no existe, Cuando la gente muere, muere.

Njord entrecerró sus ojos, incrédulo.

– Esto no tiene sentido. Hay que conseguirte ayuda médica pronto–. Se quejó Ryoichi. Volteó hacia el panel de control y miró hacia afuera. Parecía que alguien había colgado un telón negro sobre la cabina.

– Me siento perfecto. Nada puede dañarme ahora.

– Deberías vestirme. Si caminas derecho por aquel pasillo, mi camarote es la tercera puerta. Elije uno de mis uniformes, aunque te quedarán grandes –. explicó sin siquiera mirarlo. Cogió la linterna y una de las bengalas de emergencia. Se colocó de nuevo la chaqueta y salió hacia la cubierta. La oscuridad era asfixiante, no había diferencia entre tener los ojos cerrados o abiertos. Y sentir el

rompehielos inerte bajo sus pies era una sensación de aterradora impotencia. Pero lo peor era el silencio, la quietud absoluta que consumía todo. Apuntó al cielo y disparó la bengala. El fuego artificial tiñó el cielo de magenta durante unos breves instantes, y luego se extinguió. Ryoichi deseó para sus adentros que hubieran visto aquella señal desde la base, y volvió a entrar a la cabina antes de enloquecer.

Revisó compulsivamente cada uno de los componentes del rompehielos. No había ninguna fisura aparente sin embargo la bestia escarlata se negaba a avanzar. Las horas transcurrieron como minutos y pronto él estaba exhausto. Entró a su camarote y se sentó en la cama, Njord estaba hecho un ovillo debajo de las mantas térmicas.

– Hay comida para los dos, pero debemos racionarla – suspiró Ryoichi –. Si vieron la bengala, tardarán aproximadamente una semana en llegar aquí en moto nieve. Más si el equipo de rescate viene a pie...Y si nunca la han visto...No, no... ¡aunque no la hayan visto se preguntarán por qué no he llegado! A menos que...

Njord abrazó su espalda. Sentir el calor de esa piel le aseguró que no estaba alucinando. Pero saber eso no lo tranquilizaba.

– No temas. Conmigo sobrevivirás la Noche Silenciosa. Como yo lo he hecho.

– Fuera de mi cama – protestó Ryoichi, pero no hizo nada al respecto. Le daba pánico estar solo en una situación así. Se quedó dormido junto al muchacho, sepultados bajo el calor

de las mantas. En los días siguientes le costó separarse de aquel calor que le prometía algo de esperanza. Aunque sabía que la esperanza siempre era venenosa, y que la víspera siempre acechaba.

– ¿Quién es Kaoru? – volvió a preguntar Njord casi una semana después – Has dicho su nombre mientras yo te abrazaba.

– Es...era mi esposa – suspiró Ryoichi contra su cuello.

– ¿Todavía la amas?

– Sí.

– Eso está mal. Debes amarme solo a mí – protestó Njord.

– Ella está muerta.

– Yo también.

– ¡No estás muerto! – . Se quejó Ryoichi –. ¡Estás vivo, igual que yo!

– ¿Y cómo sabes que tú estás vivo?

Ryoichi resopló, hundió su rostro en la mata de rizos rojos y se quedó dormido. A la mañana siguiente se levantó y realizó el mismo examen a los controles del rompehielos, sin lograr hacerlo andar. Miró el calendario en la pared, ya había perdido la noción del tiempo ¿Cuánto podía durar una puta noche? ¡Debía amanecer en algún momento! Asomó a la cubierta y de nuevo, la oscuridad amenazaba con tragarlo. Cenaron unas conservas y volvieron a cobijarse el uno en la carne del otro. Njord acariciaba el cabello negro del capitán y este temblaba de miedo.

– El silencio...– jadeaba –. Puedo tolerar la oscuridad, ¡pero no el silencio!

– ¿Quieres oír una canción de mi pueblo? – le ofreció Njord.

Y el muchacho de cabello rojo le contó sobre los héroes de su pueblo, los jinetes de mamuts que combatían los demonios de la escarcha con lanzas de fuego sagrado. Le contó sobre las guerras entre clanes, y sobre los muchachos que se transformaban en tigres de dientes de sable cuando llegaba el plenilunio. También de los espíritus traviosos que encarnaban en focas para molestar a los humanos, y de los gigantes que dormían en cuevas de hielo. Otras de las hazañas estaban protagonizadas por él, quien sabía disparar una hacha de mano a mayor distancia que ningún otro guerrero de las nieves.

– ¿Cómo puede ser que nunca hayamos visto a los de tu pueblo?

– Ustedes solo ven lo que desean ver – respondió el chico –. Siempre ha sido de esa manera.

Cuando Ryoichi volvió a despertar, una voz lo estaba llamando a la distancia.

Se precipitó fuera de la cama. Casi sin vestirse. La luz del día casi lo cegó cuando pisó la cubierta. Tuvo que cubrirse los ojos durante un segundo, cuando los abrió de nuevo el mundo estaba tan blanco como siempre. Y abajo un pequeño grupo de rescate esperaba por él.

– ¿Se encuentra bien, capitán?

– Sí. Estoy...algo mareado... – respondió –. Pero estoy bien, necesito un médico para un sobreviviente que he rescatado.

– Láncenos la escalera – ordenó uno de ellos.

Estaba a punto de hacerlo cuando sintió que su presión arterial bajaba. Se desmayó sobre la cubierta del rompehielos con una sonrisa en sus labios.

Despertó en la enfermería de la base, abrigado y con los músculos algo entumecidos.

– ¿Está bien, Sakimoto? – preguntó el Almirante Larssen a su lado.

– Sí. No puedo creer que estoy feliz de ver su rostro, Larssen –. Se incorporó en la cama con algo de dificultad –. ¿Qué ha ocurrido?

– Parece que hubo algún problema con la hélice que perforaba el hielo. La están reparado – explicó el chico uniformado –. Vimos la bengala y acudimos al rescate.

– ¡Pues bien que se han tomado su tiempo! ¡Casi seis meses esperándolos!

Los ojos celestes del joven Almirante se abrieron en forma exagerada y asustada.

– Capitán. Solo tardamos seis horas en rescatarlo. No estaba tan lejos de la base. Usted lanzó esa bengala ayer, y no respondía nuestros mensajes

– ¡¿Qué?! ¿Qué día es hoy?

– 25 de diciembre. Feliz navidad

Ryoichi quiso golpearlo.

– Nuestros especialistas dicen que esto significa que pronto tendremos una sucesión normal de días y noches. Son buenas noticias, Sakimoto.

- ¿Y Njord? ¿Cómo está él?

Ora vez esa expresión bovina en la cara del rubio Almirante.

- ¡No ponga esa cara! ¡Njord! ¡El chico que yo rescaté! ¡Pelirrojo, veintitantos! ¡Estaba a bordo del rompehielos!

- Capitán, no había ningún chico a bordo. Estaba usted solo en el rompehielos.

Ryoichi comenzó a temblar. Otra vez, el muro de hielo se estaba resquebrajando frente a sus ojos.

- No otra vez - rio en forma amarga-. No de nuevo...

- Mejor descanse, Capitán -. El otro se puso de pie -. Cuando el rompehielos esté reparado, volverán las misiones de reconocimiento. Ahora concéntrese en recuperarse.

Esa misma noche, estaba intentado conciliar el sueño en la soledad de la enfermería cuando sintió que había alguien junto a él. Encendió la luz y encontró a Kaoru sentada en el borde de la cama, con sus pequeñas manos entrelazadas sobre su regazo. Llevaba el cabello corto pulcro, y el suéter amarillo que había usado en su primera cita.

- ¿Por qué hiciste esto? - preguntó él.

- ¿Te enamoraste de él? - respondió con su voz de jilguero tímido.

Ryoichi tragó saliva y asintió.

- Entonces logré mi cometido - respondió, orgullosa -. Siempre has sido tan dramático, Ryoichi ¡Y me alegra que ya no conserves ese pastel horrible!

Ambos rieron como en los viejos tiempos.

-Una vez que arreglen el rompehielos deberías ir a buscarlo - dijo ella-. Ya sabes dónde encontrarlo. Estará feliz de verte de nuevo.

- Sí, debería - respondió, pensativo -. Tienes razón.

- Siempre la tengo.

La casa de las dos puertas

Mesías Cornejo, Rubén

1. La isla flotante asoma.

Elsa tenía un sueño, o más bien una obsesión, según como se viese: quería que su casa estuviera pintada con una tonalidad melón para que las paredes hicieran juego con los colores del atardecer cuando se suscita el crepúsculo, era un deseo que la perseguía desde su más tierna infancia, y no era para menos pues su casa no era igual a las demás viviendas de la cuadra: para comenzar era la última de una serie de viviendas alineadas regularmente como una fila de soldados en día de parada, esa condición le otorgaba el derecho a tener dos puertas; una frontal que daba hacia la calle, y otra lateral orientada hacia una especie de explanada que separaba su vivienda de la siguiente hilera de casas que se extendía más allá de aquel espacio enrejado que los vecinos usaban para aparcar sus vehículos; hacía mucho que esta puerta se usaba muy poco, pero Elsa recordaba que cuando era niña solía abrirla con bastante frecuencia para atender a las amiguitas que acudían a su casa para jugar con sus muñecas.

Aquella casa con dos puertas ostentaba otra característica que podría destacarse, y es que su segundo piso ofrecía el aspecto de un castillo con gárgolas acuclilladas y vigilantes sobre cada uno de los torreones que se elevaban por encima de la calle a modo de atalayas que

podían servir para otear tanto las cosas del cielo como las de la tierra. Por eso, cuando llegaba el crepúsculo le gustaba subir las escaleras que conducían a esos lugares altos, justo cuando un vasto ejército de nubes aparecía por donde el sol estaba muriendo. Las nubes, de formas alargadas y aspecto agrietado, se movían cual un extenso archipiélago a la deriva cuya superficie reflejaba los postreros destellos del sol; y capturaba su atención de tal modo que no se sentía capaz de apartar la mirada de aquellas formas iridiscentes que circulaban sin interrupción sobre el amplísimo mapa del cielo hasta que el firmamento se vestía de luto y las estrellas comenzaban a brillar plenamente allá arriba, mientras los focos de los postes se encendían al unísono para iluminar la calle contigua liberándola de la penumbra dominante.

Cuando esto sucedía, Elsa se sentía menos inclinada a permanecer en el torreón, pues, ni las estrellas, ni el negro abismo del espacio eran capaces de conmover su imaginación tanto como aquellas nubes peregrinas, y más aún ahora que sus ojos habían alcanzado a divisar una larga faja de tierra confundida entre ellas, sobre la cual se elevaba una montaña cuya cumbre permanecía envuelta en niebla perpetua cual un trasunto del Olimpo; un poco más allá se extendían los pétreos acantilados que circundan la isla flotante, y cuyas aristas se encargaban de fragmentar las nubes que se atravesaban en su camino como si fueran potentes tajamares marcando la travesía de un navío celeste, pero ahora que la noche imperaba en el cielo, y la isla flotante parecía haberse desvanecido en medio

de aquella pacífica oscuridad, ahora tendría que esperar hasta el amanecer para volver a contemplar el extraño fenómeno que la tenía encandilada y que por alguna razón sentía como parte del necesario preludio que debía suceder antes que sus anhelos (comenzando por el pequeño deseo de tener una fachada color melón) se hicieran realidad.

Su sexto sentido no era propenso a equivocarse, y le decía que la gente que moraba en aquella isla tenía la capacidad para invalidar todos los convencionalismos que rigen la vida de las personas aquí abajo. Solo tenía que aprovechar uno de aquellos avistamientos para establecer alguna clase de comunicación con ellos, cuando eso sucediera estaría más tranquila pues en su vida existiría la esperanza de volver a abrir la segunda puerta de su casa de nuevo, aunque esta vez no se la abriera precisamente a una compañera de juegos.

2-La segunda puerta vuelve a abrirse.

Elsa era consciente de que su sueño de ver su casa pintada de color melón, jamás sería realidad mientras don Artemio, su padre, prefirió el blanco como el color emblemático de la casa que había hecho construir para vivir junto con su esposa, ya difunta, y su hija todavía soltera. El blanco era un color serio quizá adecuado para el entorno mesocrático donde estaba situada la casa, pero demasiado triste para el espíritu poético de Elsa, pero su padre era un

viejo terco, amante de las tradiciones y enemigo de los cambios vinieran de donde vinieran, y resultaría difícil convencerlo de cambiar de opinión en eso y en otras cosas, así pues la senda para hacer realidad su deseo no pasaba precisamente por la vía de dialogar con su padre, sino más bien por el ejercicio de la coerción.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano, y volvió a asumir su rol de vigía muy animada por el descubrimiento que había hecho algunas horas atrás, esta vez aunque esta vez no se trataba de esperar el arribo de la noche, era cuestión de enfocar la mirada en el cielo para contemplar cómo los colores del día se desplegaba poco a poco sobre el firmamento, aunque a ella no le interesaba tanto ser testigo de la aparición del sol sobre el horizonte, sino establecer contacto con los posibles habitantes de aquella extraña isla que parecía ser una especie de satélite crepuscular, pues aparecía justo cuando este fenómeno se estaba produciendo.

Hacía un poco de frío, pero Elsa desestimó esa información por completo y acudió a su cita con la isla completamente desabrigada y vistiendo un sencillito camisón de dormir que apenas cubría su desnudez, más bien su atención se hallaba puesta en la inminente aparición de la isla flotante; de algún modo sabía que la vería cuando el sol empezara a inundar la bóveda celeste con la potencia de sus rayos; y en efecto sucedió así: la isla flotante empezó a abrirse paso desde el horizonte hacia la posición que ella ocupaba en uno de los torreones que coronaban su casa, pero avanzaba con

tanta lentitud y solemnidad a través del cielo que Elsa estaba en ascuas a causa de la espera, por eso cuando vio que la isla empezaba a acercarse, trepó sobre una de las almenas, y alzó los brazos hacía el cielo para agitarlos una y otra vez con la intención de llamar la atención de cualquiera de los isleños que escudriñaban los territorios que su ínsula estaba sobrevolando, casi podía sus rostros: esencialmente eran humanos aunque con un aire un tanto caprino debido a los tortuosos cuernos que brotaban de sus cabezas.

La isla casi estaba frente a sus ojos, y podía sentir las miradas que los sátiros le dedicaban a las sinuosas formas de su cuerpo, las cuales se entreveían a través de la fina tela del camisón que vestía. Elsa se dio cuenta de la admiración que su cuerpo, todavía joven, despertaba entre aquellos seres, pero no le molestó en lo absoluto; lo que importaba era que había logrado despertar su interés, y por ello empezó a menearse ante ellos, a mover la cabeza de aquí para allá dejando que sus largos cabellos castaños cambiaran de lugar a la manera de un péndulo; pero eso no era todo: los sátiros querían más, podía intuir y por ello sus manos empezaron a acariciarse su propio cuerpo de arriba hacia abajo y viceversa como lo haría su amante si hubiera tenido la fortuna de tener uno, a la par que mandaba una andanada de besos volados rumbo a la isla que ya se estaba alejando, sin duda alguna ningún hombre o sátiro podía resistir aquella exquisita exhibición de lenguaje corporal en ninguna parte de la tierra, y menos aún en Oxtlán.

Los sátiros se juntaron, y parecieron deliberar entre ellos, su conciliábulo fue breve y al parecer decidió pronto pues uno de ellos se precipitó al vacío mientras la isla flotante continuaba su viaje acompañando al sol en su periplo alrededor del planeta. Elsa emitió un grito ante lo que parecía un acto suicida, pero se calmó cuando se dio cuenta de que la criatura desplegaba un par de alas membranosas, semejantes a la de los murciélagos, para sustentarse en el aire mientras efectuaba su descenso; rápidamente bajo de la almena y bajo las escaleras con suma celeridad: era consciente que pronto recibiría una visita, y que ésta no usaría la puerta principal para anunciarse.

3. La esencia de Jazael.

Elsa se encontraba detrás de la segunda puerta, con el corazón palpitando a mil y con las ganas de abrirla cuando su sexto sentido le dijese que el sátiro estaba ahí. ¿Tocaría el timbre o se limitaría a golpear varias veces la puerta? No lo sabía, pero poco importaba la manera que el oxtlaniano usase para hacerle saber su arribo, es más si hubiera sido un can podía habría estado dando vueltas y moviendo la cola de pura alegría y excitación por la llegada de su amo; a último minuto pensó que lo apropiado no sería esperar pasivamente que el heraldo de Oxtlán anunciara su llegada al modo tradicional, lo mejor sería permanecer al acecho, detrás de la puerta (para aumentar su excitación) y solo cuando escuchase un batir de

alas en el patio, abriría la puerta para recibirlo cómo se merecía un visitante de un mundo peregrino y exótico, alguien que traía consigo el Poder que le permitiría hacer realidad todo lo que quería empezando por el deseo de tener una casa cuya fachada fuera de color melón.

Y el sátiro tocó tierra, y recogió sus alas comprimiéndolas dentro de unos angostos intersticios que rasgaban la piel de su espalda como heridas recién abiertas, luego adelantó su cara y rastreó con el olfato la presencia de la fémina que lo estaba esperando.

Y Elsa abrió la puerta y se abalanzó hacia donde el sátiro había aterrizado. Iba descalza y corría con los brazos abiertos, dispuesta a colgarse del cuello del recién llegado, lo mira con ojos de deseo y con ganas de recompensar el regalo que le están enviando desde Oxtlán.

El sátiro es más alto, y deja que Elsa se le cuelgue del cuello, le gusta eso de tenerla un rato colgando de sí mismo, a la usanza de los columpios que penden de los árboles, es un modo de jugar con ella, de sentirse honrado con el homenaje que la boca de la fémina le estaba ofreciendo; así mientras ella busca su boca que limita con la frondosa jungla que puebla su barbilla, sus ásperas manos levantan los faldones del camisón para estampar un sonoro palmazo en el trasero desnudo de su anfitriona, a la vez que se complacen acariciando aquellas blanquísimas redondeces con la pasión de un operario que amasa la harina de la cual brotará el pan.

El instante fue breve y divertido, pero no podía durar

siempre, y el sátiro le dio fin empujando suavemente a Elsa hacia atrás para obligarla a despegar sus labios de los suyos; tambaleante ella retrocedió y adquirió conciencia de que el momento feliz iba a ser sustituido por una especie de protocolo no escrito del que ambos participarían cuando se suscitara. Entonces las grandes manos del sátiro se extendieron sus palmas desnudas ante Elsa para mostrarle un trozo de gelatina negra y palpitante que se arrastraba como un gusano vivo sobre el cuenco de sus manos juntas, aunque a veces prefería enrollarse sobre sí misma como un pequeño cachorro en pos de calor.

Los ojos grises del sátiro la miraron con intensidad, mientras su boca exclamaba:

- ¡Mujer, tus ruegos han sido escuchados! ; La esencia de Jazael, el Amo de Oxtlán está frente a tus ojos! ; Híncate ante mí para recibirla de mis manos!

Elsa obedeció, agachó la cabeza en acto de reverencia, y alargó las palmas de sus manos hasta juntarlas con las del sátiro, entonces la gelatina oscura se trasladó hacia ellas trepando suavemente sobre las yemas de sus dedos como algo sin forma definida pero dotado de calor y de vida, sin saber muy bien porque la fémina se sentía tremendamente honrada de poseer un residuo de la esencia de Jazael entre sus manos.

-¡ Recuerda mujer! ; Jazael puede hacer que te salgas con la tuya siempre, pero a cambio debes fortalecerlo con una ración de leche salida de tu propio seno! Elsa levantó la

cabeza y mostró toda su extrañeza reflejada en el rostro, era una cara que sin palabras pedía explicaciones sobre lo inaudito; durante unos segundos, el sátiro quiso fulminarla con la mirada, pero decidió contenerse pues sabía que el mismo Jazael le demostraría que su poder era capaz de quebrantar los ciclos biológicos más estrictos.

Entonces, la masa oscura que era Jazael reptó a lo largo del blanquísimo brazo de Elsa, hasta alcanzar su hombro para descender a través del cuello, y meterse bajo el camisón rumbo hacia su seno izquierdo, cuando la masa llegó ahí sintió que algo se adhería a su pezón y empezaba a succionar con mucho vigor como si estuviera absorbiendo líquido de un pozo sin fondo, su esfuerzo fue fructífero y la leche empezó a manar hacia aquel corpúsculo provocando que ésta aumentara su volumen debajo del camisón transparente. A causa de esto, Elsa cayó en un estado de éxtasis, de goce pleno que implicaba la aceptación de la alianza entre ella y Jazael, lo cual significaba que sus anhelos pronto empezarían a hacerse realidad. El sátiro bufó y no le quedó más remedio que desenvainar sus alas y remontarse rumbo a Oxtlán, pues no le era permitido contemplar nada de esto; después de todo Jazael era su amo, y esta chica principiaba a ser su concubina.

4.El último desayuno de don Artemio.

Cuando Jazael quedó saciado se escabulló nuevamente fuera del camisón y gateó a través del cuello de Elsa para terminar

asentándose sobre su hombro, una vez ahí asumió el aspecto general de un recién nacido, aunque su fisonomía no correspondiera precisamente con la de uno de esos críos llorones; más bien la negrura de su piel, y sobre todo sus vivaces ojos verdes podían llamar la atención de cualquiera que no descalificase lo extraordinario como algo susceptible de ocurrir.

En eso, una silla de ruedas atravesó el umbral de aquella puerta secundaria: era don Artemio, el padre de Elsa, un anciano de cabellos encanecidos que todavía conservaba un poco de la corpulencia que lo había caracterizado en sus años de juventud y madurez. La silla era una de esas que se controlan vocalmente quitando así la necesidad de que alguien la empujara, el mismo don Artemio conducía la silla valiéndose de una consola de control que solía apretar con sus dedos gordos y toscos cual nabos angostos y mal pelados.

- ¿ Acaso no tienes frío muchacha del demonio?-le espetó don Artemio a la par que le aventaba una casaca para que se cubriera, y la cual terminó sobre el suelo porque Elsa no acertó a cogerla al vuelo pues no estaba prestando atención a nada que no que no fuera la contemplación de aquella diminuta versión de Jazael montada sobre su hombro.

La súbita aparición de su padre puso a Elsa en un dilema, la silla de ruedas se aproximaba y ella seguía sintiendo la presencia de Jazael, si las circunstancias seguían así don Artemio vería a aquel homúnculo negro, lo recorrería con la mirada e inevitablemente le preguntaría quién era y que estaba

haciendo ahí; a esas alturas de su vida al anciano era capaz de distraerse con cualquier cosa; pero el astuto Jazael se encargó de salvar la situación cambiando de forma nuevamente para mimetizarse entre los cabellos sueltos de Elsa como lo haría un soldado entre la selva.

-Te veo rara hija ¿ qué cosa te pasa?—preguntó don Artemio volviendo a la carga. La rápida reacción de Jazael calmó un poco a Elsa, ¡realmente era un ser con tantos recursos!, y ahora le correspondía a ella a estar a la misma altura haciendo algo para desviar la atención de su padre sobre lo que podía haber estado haciendo en allá fuera tan temprano, por eso se agachó para recoger la casaca que estaba en el suelo para ponérsela inmediatamente como para darle gusto al viejo que casi ya estaba frente a ella.

-Así me gusta hijita que te cuides mucho y que me hagas caso en todo—dijo don Artemio contento de ver que su hija recogía la casaca para proporcionarse calor.

-Claro papi, ahora lo mejor es entrar a la casa. Voy a prepararte el desayuno que tanto te gusta.

-¿ Café con huevos fritos?—preguntó don Artemio en un tono exultante. Elsa asintió con la cabeza, estaba saliendo del paso perfectamente; el viejo se había olvidado del motivo que lo había hecho salir. Ahora el viejo estaba sentado frente a la mesa mientras su hija se encargaba de preparar los huevos procurando que la yema de los mismos no se reventase porque a su papá le gustaba hundir pequeños trocitos de miga en medio de esos círculos perfectos para reventarlos él mismo, para

luego meterse la mezcla resultante dentro de la boca y así degustarlos a placer.

Mientras hacía esto Elsa se sentía bastante segura como para plantearle la cuestión del cambio del color de la fachada a su padre, tener a Jazael metido dentro de sus cabellos realmente la había envalentonado, y confiaba en poder convencer a su tozudo padre sobre la conveniencia de cambiar el color de la fachada porque desentonaba terriblemente con los bellos colores del atardecer; pero si no conseguía convencerlo con el poder de sus palabras Jazael intervendría y obtendría lo que ella no hubiera logrado mediante la persuasión. Cuando terminó de freír los huevos en la sartén vertió el contenido de la misma sobre un plato y los condujo hacia la mesa de la cocina donde su padre ya había empezado a beber su taza de café, colocó el plato ante don Artemio y se sentó frente a él para acompañarlo a desayunar.

— Papi ¿ No te parece que debemos pintar la casa de otro color? El blanco es un color muy triste y se ensucia muy rápido. —A tu difunta mamá le gustaba mucho ese color. Decía que es el color que tienen las túnicas de los ángeles, y ahora ella misma es también un ángel porque está en el cielo. En homenaje a ella debemos mantener ese color siempre.

—Pero... intentó volver a la carga Elsa. —Nada de lo que digas me hará cambiar de opinión hija. No sé porqué te empeñas en ese capricho. Hemos discutido esto millones de veces.

—Entonces...¿ esa es tu última palabra padre? —No soy de las personas que rectifican sus convicciones hijita, tú lo

sabes—aseveró don Artemio mientras leía las páginas de un diario digital en un monitor empotrado en la consola de mando de su silla de ruedas.

—Pues lo siento mucho—dijo una voz grave y masculina que no pertenecía a Elsa pero que parecía provenir desde el otro extremo de la mesa.

5. El hambre de los seres moleculares.

Aquellas palabras dejaron helado a don Artemio e hizo que mirase para aquí y para allá en pos de ubicarla su fuente en alguna parte , el anciano invirtió unos cuantos segundos haciendo estas pesquisas y cuando comprobó que solo Elsa estaba ahí, su extrañeza se hizo aún mayor ante el hecho aparente de que su hija las hubiera pronunciado.

— Hija mía, no sabía que fueras ventrílocua, y la verdad no me gusta para nada la broma que me estás haciendo.

—No es ninguna broma viejo estúpido—contestó la voz— y tu hija no es ventrílocua.

— ¡ Elsa, te exijo una explicación!—clamó don Artemio ya bastante asustado.

—No tengo nada que decir al respecto, padre —replicó Elsa

—¡ No entiendo nada! ¿ acaso me estoy volviendo loco?—se quejó don Artemio hablando más para sí mismo que para el

entorno que lo escuchaba.

— En realidad estás más cuerdo de lo piensas, vejete— repuso la voz—pero me parece justo no mortificarte con mi invisibilidad. Te concederé la gracia de contemplarme ahora mismo.

Y Jazael emergió de entre los cabellos de Elsa para volver a sentarse sobre su hombro como lo había hecho antes de que don Artemio apareciera, la negrura de su piel contrastaba con la abrumante blancura de la fémina, amén de echarle la mirada más burlona que podía proceder de aquellos ojillos brillantes. A despecho del temor que había sentido antes que el homúnculo se hiciera presente, don Artemio se sintió dominado por un intenso desprecio hacia el hombrecito desnudo que balanceaba sus pies desnudos sobre el vacío, y le pareció en ese momento que su hija estaba loca por consentir que esa especie de insecto parlante se posara sobre su hombre ¿ Acaso no sentía asco de que esa cosa tuviera contacto con su piel?, la evidente tranquilidad de Elsa indicaba que la criatura no la molestaba en lo absoluto, pero eso no sería óbice para que él, como padre de esta desquiciada mujer, hiciera algo para que esa miserable criatura volviera a la madriguera de dónde había salido.

Por fortuna siempre llevaba consigo una pistola de agua cargada que le gustaba usar para molestar a Elsa cuando esta se olvidaba de atenderlo por pasar demasiado tiempo ante el monitor de una computadora escribiendo todas esas locuras que

se le venían a la cabeza; pues bien usaría la pistola para arrojar al homúnculo del hombro de su hija. Un chorro potente y bien dirigido lo conseguiría, se sentía muy seguro de hacer una diana perfecta en medio de aquel cuerpo oscuro.

Pero Jazael se le adelantó, y no lo dejó siquiera esgrimir aquella arma de juguete en la cual don Artemio había puesto sus esperanzas para arrojarlo de la vida de su hija; pues, ante el asombro tanto de Elsa como de su padre, alzó los brazos y se arrojó al vacío disgregándose en una explosión de moléculas que al caer al piso asumieron el aspecto de unos seres oblongos y oscuros que se desplazaron rápidamente sobre el piso hasta trepar por las ruedas de la silla donde el anciano estaba sentado; en poco tiempo esos diminutos seres oscuros cubrieron por entero aquella figura sedente que empezó a chillar de asco y de terror mientras esa oscuridad viviente empezaba a envolverla para principiar a devorarlo con avidez ante el júbilo de su hija, la cual sentía que se estaba desquitando de él por todas las cosas que estaba dejando de hacer por dedicarse a cuidarlo, a prepararlo para que tuviera una muerte tranquila en el lecho, aunque para desgracia de don Artemio este no sería su caso.

6-El adonis negro levanta cabeza.

Por supuesto que el viejo gritó mucho mientras las moléculas de Jazael se comían su carne y despedazaban sus

órganos internos a placer, pero eso formaba parte del espectáculo, de la diversión que implicaba contemplar la disgregación de aquel achacoso conglomerado de organismos que era su padre: don Artemio era un ser frágil, casi en el umbral de la muerte , y por ende inapto para la vida cuya flácida carne podía servir para alimentar a un ser mucho más joven y competente que de ese modo asimilar toda la energía atrapada dentro de un ser vetusto, ahora estremecido por los aquellas bocas ansiosas que roían una osamenta maltrecha, cubierta de harapos, pedazos de carne arrancada, e hilillos de sangre embadurnando todo.

Cuando aquellos fragmentos de materia aplacaron su hambre volvieron a sentir la necesidad de congregarse en aquel ser único que usaba el nombre de Jazael, y reaccionaron a ese estímulo, discurriendo hacia el suelo y dando vueltas alrededor de su víctima más reciente como los grandes brazos espirales de la galaxia que cobija a la Tierra, antes de empezar el proceso de ensamble que volvería a configurarse en un hombre mucho más grande y fuerte del que había saltado al vacío. Jazael era ahora un bello adonis negro que se levantaba del suelo, para exhibir la plenitud de su desnudez ante la arrobada mirada de Elsa, su próxima concubina.

Micros

Manzanaro Arana, Ricardo

Aterrizaje en la Tierra

El extraterrestre aterrizó con su nave en un lugar de la Tierra. El repulsivo ser descendió del vehículo y se acercó a un lugar donde se reunían numerosos individuos, los cuales, al verle, le recibieron amablemente. Procurando no dañar a nadie con sus enormes garras, el ser habló con los otros, que provenían de los más variados mundos.

Al final marchó a su nave y salió de la Tierra, informando a sus superiores de la situación en dicho planeta.

– ¿Viste al tipo a lo Alien y con unas súper-garras?

– Puah, una pasada. Estaba súper-logrado

"HispaCon 2020. Fiesta de disfraces"

Misión de exploración

Alberto estaba entusiasmado, porque había sido elegido para la primera misión tripulada de exploración galáctica. Gracias al recién descubierto túnel transdimensional, era posible recorrer la galaxia en poco tiempo.

Profesor de Biología Animal en la universidad, la pasión de Alberto era la xenobiología, especular con formas y fisiología extrañas, según el ambiente planetario. Disfrutaba

imaginando seres estrambóticos, pero lógicamente adecuados a un planeta.

Seis meses después, la expedición volvió a la Tierra. Había sido un éxito. Se había contactado con veinte civilizaciones extraterrestres, pero Alberto estaba terriblemente frustrado. Todos los alienígenas eran idénticos a los habitantes de la Tierra. Absolutamente igual.

Búsqueda

La gran nave continuó su interminable viaje, revisando toda la galaxia, en busca de nuevas civilizaciones en desarrollo, que pudieran suponer una amenaza en el futuro. Su objetivo final era ser la única civilización avanzada. En cuanto descubrían algún planeta donde empezara a haber seres inteligentes y racionales, lo arrasaban.

Era junio de 2020 cuando la mega-nave llegó al Sistema Solar y se acercó a la Tierra, preparando sus destructivas armas, e investigaron el planeta y a los seres allí presentes. Unas horas después, la nave se fue sin haber hecho nada. No habían encontrado seres racionales e inteligentes.

Alienígenas

—Dice usted haber visto unos alienígenas — le dijo el policía al denunciante — ¿Que aspecto tenían?

—Te...terrible — balbuceó el otro — Yo creo que son los

mismos de la vez anterior. Unos cuerpos extraños y deformes...una pinta asquerosa. Mire, pude hacer una foto sin que me vieran

Enseñó el móvil al otro, que entonces maldijo varias veces, tras lo cual alertó a todas las patrullas.

- ¡Atención; Hay un nuevo aterrizaje de seres procedentes de la Tierra. Vayan a investigar, pero prepárense para la impresión. Algunos incluso tienen barba - paró un momento, porque sintió náuseas.

Paraíso

Tras el informe del experto en planetas, que resumió su opinión en el término "fabuloso", y la confirmación del experto en las Sagradas Escrituras, quedó claro que era cierto. Aquel planeta era el Eden. No un paraíso, sino "El Paraíso". Era idéntico al 100% a lo que se describía en la Biblia, aunque sin serpientes tentando. Era el planeta más bello, el más espectacular, el más limpio, el que mejor olía, el único en que el CO2 producido por los hombres era transformado en oxígeno en microsegundos, el que tenía los colores más vistosos... Y se confirmó que era el planeta más viejo encontrado nunca.

Los científicos y los religiosos, entusiasmados, fueron a comunicar al jefe de la zona galáctica la gran noticia. Tras un rato dominando la incredulidad en la psique del dirigente, el tipo tuvo que reconocer que parecía que era cierta la

hipótesis. Pero entonces dijo:

- Bueno, vale, de acuerdo, es el Edén....pero eso no lo libra de un buen repaso. Habrá que terraformar.

Varios minutos después, ya se habían decidido hacer varias decenas de modificaciones en el Paraíso.

Infierno

"Si existe el Infierno, no debe ser tan terrible como esto" pensó el comercial de la inmobiliaria de planetas, mientras sobrevolaba con su cliente el lugar.

Una radiación solar que te carbonizaba en segundos, volcanes escupiendo lava por doquier, vendavales que arrancaban árboles, un nivel de CO2 que te provocaba la asfixia nanosegundos después de quitarte el respirador...

El comercial estaba a punto de decir que, si quería, iban ya a otro planeta cercano más agradable, pero entonces el cliente exclamó "¡Perfecto! ¡Ideal! Nos lo quedamos". Tras acordar la venta, mientras el vendedor seguía boquiabierto, el nuevo propietario le dejó su tarjeta de visita: "Cárceles de Máxima Seguridad Sons of a Bitch Inc. No se nos escapa nadie"

Comando

By Pacoman

Su traje mimetizado no era el más adecuado para el bosque otoñal donde se encontraba. Su misión estaba clara y el éxito era la única salida del valle bosnio. Se adentró entre los árboles con pasos sigilosos y aun así, el crujir de las hojas era audible a una veintena de pasos. Su primer enemigo apareció patrullando por el sendero, lo emboscó y le fue fácil degollarlo con su cuchillo. El cuerpo inerte del serbio-bosnio calló al suelo tapizado de ocre hojarasca. El bosque lo acogió con el previo silencio de las grandes gestas. Se acercó sin más problemas al campamento enemigo. Un par de garitas lo franqueaban y una patrulla de soldados lo circundaban distraídamente. Sacó su arco, cargó una flecha explosiva y apuntó. El ulular de la saeta rompió el monótono sonido del campamento. La flor amarilla y roja de la explosión sumió en llamas la primera garita. Raudamente descolgó una granada y la lanzó a la patrulla. Las voces y el crepitar de los subfusiles llenó el ambiente de ecos guerreros. Se desplazó rápido, la muerte se preparaba para la cosecha de vidas humanas. Sin más estruendo que la deflagración de una mina, el comando encontró su cuerpo disperso entre los árboles y la franja de bosque aserrada para cobijar el campamento enemigo.

Se encontraba frente al emplazamiento donde el enemigo tenía los cascos azules prisioneros. Su carta pintada y el

brazalete lo identificaban como un soldado de la ONU de nacionalidad española. La garita de la derecha estaba destruida y la de la izquierda vacía. Ningún enemigo visible. Sabía que el espacio despejado de árboles estaba sembrado de minas. Se acercó cautelosamente sorteando las bombas agazapadas bajo el suelo. Atravesó la alambrada y se adentró en el cuartel enemigo. El plantón de la tienda de campaña estaba de espaldas, se aproximó a él y con un diestro tajo seccionó su tráquea. El serbio aflojó el cuerpo entre silbidos de sangre. Sacó su lanzallamas y lo apuntó a la puerta de la tienda. Las llamas devoraron la tela y los cuerpos dormidos de sus enemigos ardieron en dantescas escenas propias del averno. Se dirigió a la siguiente tienda, quemó la cara del primer soldado que apareció por ella. Los gritos de alarma pulularon a su alrededor. Descargó su lanzallamas a diestro y siniestro, mientras las balas enemigas lo envolvían. Se deshizo del depósito vació y cogió su cetme. El crepitar de su arma llenó el suelo de enemigos caídos. Tres impactos simultáneos desgarraron su cara, su visión se nubló en rojo y su caída se vio compensada por varios proyectiles serbios que hicieron blanco en su cuerpo sin vida.

Sólo la bandera española junto al símbolo de la ONU daban color a su uniforme mimetizado. Estaba en el cuartel enemigo y varias tiendas habían ardido. Reptó hasta la estructura más sólida, al llegar a su base colocó una carga explosiva y se alejó gateando; aprestó su fusil y oprimió el mecanismo de

detonación a distancia. Los restos humeantes del edificio y trozos de carne sanguinolenta cayeron a su alrededor. Se levantó y disparó contra la puerta de lona de la tienda más cercana; varios hipidos interrumpidos brotaron de las gargantas de los soldados serbios heridos mortalmente. Corrió hacia el único edificio de madera indemne, sólo allí podían estar sus camaradas prisioneros. El silbido de las balas le informó de la rápida reacción de sus enemigos. Devolvió el fuego con su arma, mientras corría zigzagueando. La fortuna y una certera puntería le permitió ganar el umbral del barracón. Con un ágil culatazo destrozó el candado que guardaba la puerta. Dos granadas de mano bastaron para detener el pelotón de soldados enemigos que se acercaban corriendo.

-Compañeros, ¡salid rápido de ahí!.

Como si la voz del comando español hubiese sido la señal del fin del mundo, sobre la nave de madera se desató el infierno. Las llamas lo invadieron todo y las explosiones expulsaron los cuerpos mutilados de sus compañeros. La posterior lluvia de proyectiles acabó con su vida.

* * *

-No empieces otra partida.

El soldado miró al cabo del SERRES que le había hablado y con ambas manos se impulsó para alejar la silla del aparato de televisión.

-¡Que pronto han pasado los cuarenta minutos!

-¿Es el nuevo juego de guerra?- interpeló el soldado que acompañaba al cabo.

-Sí- respondió, mientras se levantaba de la silla.

-Pues no lo saques de la consola, que voy a jugar yo ahora.

Servidor maestro Bis

Alcorta, Agustín C.

I

Soltar

Pensá, pensá, se dijo Fabián Moras tirándose del pelo encanecido.

Moras era un hombre de cuarenta y cinco años, de un metro noventa de altura y un físico todavía atlético, ya que en sus tiempos libres disfrutaba de hacer deportes. Tres años atrás todavía conservaba el pelo negro y tupido de la juventud, pero su último proyecto, con el que esperaba consagrarse como el hombre de negocios del siglo, venía haciendo estragos en su salud. Su empresa, soltar -Soluciones Tecnológicas Argentinas -, a causa de las demoras, tenía estimado entrar en pérdidas en menos de ocho meses, y en quiebra dos años más tarde.

Necesitaba descansar la mente, y su casa a orillas del Nahuel Huapi era ideal para tomarse unos cuantos días de reflexión. Pero incluso ahí, en Bariloche, los problemas no desaparecían. Con el ánimo todavía alterado, decidió hacer una caminata por el sendero del Cerro Escondido.

El bosque le hacía acordar a las decenas de servidores

amontonados en el piso de sistemas allá en el edificio de la empresa; las raíces y los troncos y las ramas, a los cables que cruzaban de ida y vuelta los pasillos entre las torres llenas de luces parpadeantes. Pero ni esa imagen conseguía darle la idea innovadora que cambiara el curso de la investigación. Y todo el peso recaía en él, no sólo porque era el dueño de la empresa, sino por ser el único con el implante. Él era el único que conocía la potencialidad del nuevo universo, el único que creía que no alcanzaba con pensar en un mundo nuevo, que había que ir más lejos.

Pero los servidores no soportaban el peso del sistema, se calentaban muy rápido y algunos hasta se prendían fuego. Y cuando estaba inmerso en la simulación y trataba de incorporar algún elemento nuevo, el sistema lo expulsaba, y por los dolores de cabeza que le daba la sobrecarga él pasaba días sin poder conectarse. La situación lo frustraba, lo ponía irascible, y sólo podía soñar despierto mientras caminaba e imaginaba cómo sería ese nuevo plano de la humanidad, cuando descubriera cómo hacerlo funcionar. Los últimos dos años habían sido así, entre pesadillas y divagaciones diurnas. Tenía que salir del laberinto.

Volvió a Buenos Aires después de un mes de dar vueltas en círculos, como él decía.

Lo primero que hizo fue llamar a Luz Valdés, su socia y amiga, ingeniera en sistemas a cargo del diseño general en soltar.

-Luz, seguir pensando en los servidores como fuentes

exclusivas de energía y datos no alcanza, eso está patente, lo vemos todos los días.

-Hola, Luz, ¿cómo andás, tanto tiempo? ¿No?

-No seas boluda... Está bien. Hola, Luz, sigo.

Luz se rio.

-Está bien, dale, te escucho.

-La conexión por ondas cerebrales no es suficiente, los servidores son incapaces de transmitir tanta información al cerebro de esa manera, simplemente no tienen la potencia que necesitamos.

-Además -dijo Luz-, subir la intensidad de las ondas cerebrales para emular una segunda realidad, como teorizás que se puede hacer, sería fatal para el cerebro. Eso sin agregar la imposibilidad de generar una red al estilo de internet para vincular a todo el mundo. Olvidate.

-Bueno, eso no lo sabemos, o no sabemos cuándo pueda pasar. Mirá cuánto avanzamos.

-Decime qué pretendés hacer ahora, dale.

Fabián se levantó de su sillón y caminó hasta la ventana del despacho, la vista de la reserva ecológica lo calmaba. Se tomó unos segundos y después le pidió que bajara, para hablar personalmente.

-Quiero desarrollar un chip que se pueda entrelazar con el cerebro y el implante -dijo, apenas la vio entrar-, y que a su vez se conecte a los servidores base, así estos potencian la capacidad de procesamiento cuántico del cerebro. Imaginate nada más lo que podemos lograr. Imaginate al cerebro como un

hacker, manipulando y modificando a los servidores para generar una potencia infinita de cálculos y posibilidades en la simulación del sistema. Esto cambia la cara de la humanidad para siempre. Le daríamos al mundo un segundo universo completamente real, y con posibilidades infinitas. Me vuela la mente.

Luz lo frenó:

—Estás loco en serio. Suponiendo que logramos hacer andar algo así, cómo convencés a la gente de que se instale cables y chips e implantes en el cerebro. Imposible.

—Basta de Imposibles, Luz. Es evolución, enténdelo: ¡E-VO-LU-CIÓN!

—Ajá —dijo Luz—. Mirá, esta bien que lo hables conmigo que soy tu amiga, pero no se te ocurra hablarlo con los inversores, porque te sacan la plata y encima le dan la empresa al directorio. Y no creas que no lo están pensando ahora mismo.

—No me trates cómo a un demente. Igual, tenés razón, esto lo vamos a tener que hacer nosotros dos solos, y no se puede enterar nadie. Empezá a desarrollar, tenés dos meses.

Luz estaba convencida de que la obsesión de Fabián por el sistema de simulación virtual iba a terminar por llevarlos a la locura. Su primera reacción, cuándo él le ordenó desarrollar la conexión humano-máquina, fue tirar todo por la ventana y renunciar, pero eso dejaría a su amigo de toda la vida abandonado a los buitres. Y también era un desafío como

ningún otro que se le hubiera presentado en la vida. Pensó en su futuro. Si soltar quebraba pero no se filtraba la investigación, igual existía la posibilidad de una nueva etapa en otra compañía. Aunque, si todo resultaba bien, sería la gloria eterna.

Mientras Fabián se ocupaba de mantener a raya a los inversores y al directorio de la empresa prometiendo avances en muy poco tiempo, Luz pasó el primer mes investigando y elaborando teorías, durmiendo no más de cinco horas y saliendo del edificio nada más que para fumar.

Los primeros quince días del segundo mes apuntaló los nuevos conceptos y realizó experimentos sobre la única teoría que consideró viable. Los simios que usó para testear la conexión biomecánica no solo sobrevivían a las largas sesiones de experimentación, sino que mostraban cambios de ánimo, en principio alentadores. Pero también mucha frustración y violencia, al descubrirse encerrados en las jaulas durante los períodos de desconexión.

Siendo el cerebro de los primates tan similar al de los humanos, la expectativa era alta. Fabián estaba eufórico y ni siquiera atendía los llamados de los insistentes inversores del proyecto.

—Quiero una fecha, Luz —dijo destapando una botella del mejor whisky de su bar—. Nos quedan dos semanas.

—Sí, pero hay algo que no te dije todavía...

Fabián se quedó mirándola fijo.

—Dale, decime, no te quedes callada.

-Las simulaciones parecen ser poco más que un sueño vívido que tienen los monos. Lo único que logré hacer es estabilizar la simulación para que no se caiga al momento de elaborar nuevo contenido. No se linkea con otros cerebros, mucho menos permite manipular a los servidores. Es decir, todavía no tenemos más que una sola vía de transferencia de datos, desde los servidores al cerebro y no al revés.

-Bueno, algo es algo. Con esto organizamos una demostración de la estabilidad del sistema para los inversores, y mantenemos en secreto lo del vínculo biomecánico. Pero quiero que lo resuelvas ya. Usá la teoría nueva y tratá de implementarla para nuestro objetivo. ¡Dale, que estamos cerca!

-Si fuese tan fácil, ya seríamos las personas más importantes de la historia de la humanidad.

Fabián no pudo contener una sonrisa.

-Sería lindo, ¿no?

Afianzados esos resultados y con apenas dos aplicaciones útiles, la primera versión del Sistema de Simulación Integral salió al mercado. Por el contexto de representación de realidad virtual, no podía conectarse más que a internet para navegar, ver contenidos audiovisuales y algunos juegos muy interesantes, pero básicos. El producto fue un éxito, y soltar se disparó a todos los mercados del mundo, así se salvó de la quiebra. Fabián y Luz se convirtieron en amos y señores de la última tecnología y pasaron a contar con fondos ilimitados

para el desarrollo del vínculo biomecánico.

En la nueva etapa y antes de que Luz pudiese llegar a un resultado positivo, murieron por lo menos dos docenas de primates. Pero aunque esa victoria fue parcial, el sujeto servidor biológico logró vincularse con los servidores en una transferencia de dos vías e incorporar a otros sujetos a esa minired. Pero al intentar desconectarlo, el primate perdía la vida instantáneamente. Así pasó con una cierta cantidad de intentos, hasta que Luz concluyó que quien fuera el servidor maestro no podría volver del estado de simulación.

—Así las cosas, hay que decidir. Esto va a necesitar de alguna ley, si queremos seguir adelante. Y queda pensar en quién se va a convertir en el servidor maestro. —Se rascó la frente—. Eso si conseguimos la ley.

—Luz, sos demasiado estructurada. Yo ya lo tengo pensado.

—No te sigo.

—Lo tengo pensado desde que se murió el primer servidor maestro. Vamos a abrir un departamento con una sección clasificada, me vas a operar en secreto y me vas a convertir a mí en servidor maestro. Pero me vas a conectar a todos los servidores de la empresa. Mismo procedimiento, más potencia.

—Pero no vas a poder volver. ¿Y cuándo tu cuerpo deje de funcionar?

—Una vez que esté adentro, con tu ayuda y todo el sistema a mi disposición, lo voy a resolver. No tengo nada que me ate a este mundo más que la plata que ganamos estos últimos tres

años, y eso comparado con una vida en un universo ilimitado es absolutamente *;nada!*

—Entendé que es un procedimiento experimental, Fabi. Cabe que no sobrevivias. Mirá cuántos chimpancés se murieron hasta que encontramos la manera de hacer funcionar el sistema.

—Pero eso ya está, lo arreglaste, no es más un problema.

—Eran monos, Fabián. Nunca se intervino un cerebro humano de esta manera. Acordate que te tendría que injertar pines y agujas en todo el cerebro, ¿sí? ¡Todo el cerebro! —Fabián amagó a hablar—. Pero pará, porque vos sabés muy bien que no termina ahí: una vez conectado, y si no se te daña la materia gris, tenemos que hacer un estudio de tus ondas cerebrales, catalogarlas con diferentes estímulos a cabeza desnuda y procesarlas en una base que nos habilite a cargar los datos en las computadoras, para compatibilizarlos. Si cualquiera de esos procedimientos falla, se termina la historia. Y ni hablar que voy presa por asesinato.

—Sí, te entiendo —dijo Fabián, pensativo—. Parece que los dos tenemos decisiones importantes que hacer. Mirá, tomémonos una semana, cada uno por su lado. Analicemos todo, y nos vemos acá en mi despacho en siete días.

En realidad él ya tenía la decisión tomada, era de Luz que necesitaba la seguridad y determinación. Si no era ella, no iba a dejar nunca que otra persona lo guiara en el procedimiento de conexión.

Los dos pasaron esos días de fiesta en fiesta, uno para despedirse, la otra por razones que ni ella entendía bien.

Antes de entrar en la oficina de Fabián, Luz respiró profundo y se acomodó el guardapolvos. Fabián estaba radiante y alegre.

-Hola, querida, vení, pasá. Ya estamos, eh. -Ella se sirvió una medida de whisky y se sentó en un sillón-. Si estás lista, el viernes hacemos el procedimiento.

-¡Ufff! -dijo Luz arrastrando las manos por la cabeza hasta la nuca-. Tengo la cabeza enredada en diez mil pensamientos, Fabi, y todos se contradicen.

Fabián se sentó a su lado.

-Luz, sé que esto es irreversible, pero tenemos la oportunidad de ser prácticamente inmortales. Va a salir todo bien, vas a ver.

El jueves Luz hizo tomografías del cerebro de Fabián, midió la circunferencia del cráneo y recalibró la máquina que iba a injertarle los pines y agujas durante el procedimiento. Los prequirúrgicos habían salido perfectos y el análisis psicológico resultó dentro de los parámetros normales.

El viernes prepararon las conexiones de los servidores base y las llevaron hasta una terminal conectada a los pines y agujas que se iban a convertir en el nexo entre Fabián y el sostén digital. Todo listo.

A las ocho de la noche, Fabián disfrutó una última comida en soledad, se bañó después los enfermeros lo prepararon para la operación.

Lo recibió Luz junto con los cirujanos que lo iban a

intervenir.

—Fabián querido: la operación va a durar más de cuarenta y ocho horas, y hasta quizás noventa y seis. En ese período no tenemos manera de saber qué va a pasar con tu mente, más allá de la tomografía computada en directo que nos va a dar información del buen funcionamiento o no del cerebro. Así que me contarás lo que veas cuando estés del otro lado. Inmediatamente comenzado el procedimiento, vamos a ponerte las sondas urinaria e intestinal. Y una vez se te haya estabilizado, se te van a cambiar por las definitivas. Suponemos que cuando empecemos a conectar los pines y agujas, ya vas a experimentar cambios de consciencia. No sabemos qué va a pasar cuándo te conectemos a los servidores base. ¿Estás listo? —Fabián asintió—. Que duermas bien entonces.

II

Período de paz

Fabián sintió que el cerebro se le había dividido en dos. Por un lado, sentía lo que pasaba a su alrededor mientras empezaban a operarlo: oía que alguien hablaba cerca, pero no podía ver a nadie. Por el otro lado, su cerebro proyectaba la imagen una neblina que escondía figuras de árboles, edificios, personas; ambientes diferentes que se entrelazaban en varias realidades inconexas. Él seguía las voces y les gritaba. Corría. Las sombras se fundían y se esfumaban en la niebla. No podía llegar a ningún lado ni tocar nada.

De a poco la niebla se fue disipando y las formas tomaron color y claridad. Se encontró en los bosques de Bariloche. Agotado, caminó hasta el Nahuel Huapi y se sentó en la orilla a escuchar el silencio quebrado solo por el canto de algunos pájaros persiguiéndose al ras del agua.

Pensó en su mamá, y al rato una figura apareció a lo lejos, por un camino, acercándose a un paso muy tranquilo. Él la miró. En cualquier otro momento no hubiese aguantado la demora, pero ahora observar le generaba mucha paz, y se dedicó a disfrutar.

La persona era su mamá, que se sentó al lado y le sonrió. Ninguno de los dos dijo nada, se dedicaron a mirar el reflejo de la luz en el agua y hacerse compañía. Todas las preguntas que Fabián quiso hacerle a su mamá de chico, cuando ya no la tenía, parecían respondidas sin necesidad de entablar conversación.

Las visitas se multiplicaron. La de su papá y las personas más importantes que se habían cruzado con él a lo largo de su vida también fueron silenciosas pero muy placenteras.

Al quedar solo otra vez, pensó en sus errores y aciertos y las revelaciones que se le hicieron.

Un dolor muy fuerte en el pecho. Estos descubrimientos... No son nada, pensó, soy yo mismo dándome una tranquilidad que no es real. Entonces empezó a correr sin tener una motivación más que correr. A medida que avanzaba, el día se iba poniendo oscuro; los árboles se distorsionaron, como si se moviera la

imagen y volviese a centrarse; lo mismo con el agua y los pájaros, que se rebobinaban y volvían a empezar en un bucle. El cielo se llenó de nubes negras atravesadas e iluminadas por relámpagos interminables. Cada estruendo le generaba dolor, más y más con cada explosión, hasta el punto en que ya no pudo estar parado ni abrir los ojos.

En algún momento dejó de sentir dolor, de pensar en su vida y de escuchar las voces del quirófano, imposible saber cuándo. Se encontró flotando en un negro infinito.

III

Información, caos, orden

Los estruendos de los relámpagos, la tormenta, todo había sido consecuencia de la intervención. Lo supo gracias al conocimiento, los datos, la consciencia de saber mucho que antes desconocía. Los servidores, de ahí provenía la información.

No le preocupó la ausencia de afecto, de tristeza, de alegría o de cualquier otro tipo de emoción. Él sabía, y saber lo había alejado del sentir. Aunque lo negro estaba de alguna manera bien, quería ser capaz visualizar la información que recibía sin parar. Muy rápido pensó en una computadora, y se materializó una pantalla de rebordes verdes en la que había una frase en el centro:

Crear archivo.

No tenía manos, lo único que había era la pantalla

flotando en la nada. Pensó en una mano, y la mano apareció, y después hizo lo mismo con el resto del cuerpo y con ropa, que cambió varias veces al verse en un espejo que también imaginó. Después recreó una oficina en locaciones que fue modificando hasta quedar conforme. Pero no podía concentrarse en ordenar lo que pensaba, y cambiaba las cosas sin ni siquiera proponérselo.

Estructura, pensó. Leyes, reglas. Escribió en un archivo de texto una serie de ordenamientos y procedimientos para seguir a la hora de crear escenarios u objetos. Abajo, en el pie de página, creó un botón de *Enviar al servidor*, y mandó el documento. Las cosas se estabilizaron inmediatamente. Quizás el caos de esos primeros momentos de lucidez se había terminado. Estiró los brazos con las palmas extendidas.

—Bien —dijo, y lo sorprendió su propia voz—, ahora hay que abrir un canal de ida y vuelta de datos. ¿Dónde estoy? —No pasó nada—. Abrir chat.

De una hendidura en el escritorio salió la reproducción digital de una solicitud de diálogo. La abrió, y se materializó una ventana de conversación.

Preguntó de nuevo:

—¿Dónde estoy?

*Servidores, ingeniería cibernética Soluciones
Tecnológicas Argentinas.*

—Bien —dijo con una voz entre digital y la suya original—. Estamos adentro. ¿Hay conexiones disponibles?

Se encontraron 25 conexiones disponibles para la red

central.

–Enviar mensaje a la casilla de correo electrónico:
esuarezluz@soltar.com.ar

Se abrió una ventana para la redacción, y Fabián le escribió a Luz un mensaje diciéndole que estaba adentro y conectado.

Una hora después recibió la respuesta de Luz:

No lo puedo creer, Fabi. ¡Lo conseguiste! ¡Qué bueno que estás bien! ¿Y ahora cómo seguimos? ¿Qué hacemos? ¿Cómo te veo? Contame. Rápido.

Esto es increíble. En serio.

Inmediatamente Fabián desarrolló accesos externos al entorno donde vivía. Corrió pruebas de simulación, la programación parecía estable. Mandó la respuesta a Luz y le dio las indicaciones para que pudieran establecer el acceso; le informó, también, que debería hacerse el implante para poder entrar a la simulación.

IV

El encuentro

Fabián necesitó crear una dirección de IP específica para anclar la materialización de Luz adentro del sistema de simulación. Cuando ella apareció en la oficina, era apenas un conjunto de datos luminosos flotando frente al escritorio de él.

-Esperame -Fabián se rio-, que sos una bola de datos.

-¿Qué decís, nene?

Fabián elaboró un avatar para Luz igual a cómo se veía ella afuera, en el otro mundo.

-Ahí 'ta -dijo haciendo un chasquido con la lengua-.

Vamos a tener que trabajar en todo, eh. Lo primero es algún programa para elaborar avatares a gusto y placer de los usuarios; para que puedan reconocerse entre sí.

Luz miró alrededor: las cosas parecían reales, pero había una especie de brillo que le daba a todo un toque de artificialidad.

-Podés parar un poco, por favor. Explicame por qué se ve así.

-¿Así, cómo?

Luz estiró los brazos y movió las manos en círculos mostrándole a Fabián el entorno.

-Así, como si fuera real, pero sin dejar de ser animación.

-En realidad se puede ver de cualquier manera que yo quiera. Imaginate. Puedo hacer que sea totalmente real, o sea que se vea como el mundo allá afuera. ¡Pero acá podés volar! En definitiva, no hay más reglas que las que yo quiera que haya.

Luz tuvo un escalofrío en la mente.

-Claro, sos el servidor maestro.

-Y, sí. Pero no podemos dejar todo al libre albedrío ni en mano de los usuarios, ni de mí. Va a ser difícil, pero voy

a poder crear muchos universos, canales, mundos. -Fabián caminaba por toda la oficina-. ¡Viajes por el espacio! ¡En naves como las de las películas! ¡Cualquier cosa que queramos!

-Pero eso es peligroso, Fabi.

-No veo por qué...

-El mundo real, la gente. Si se ve todo igual que el mundo afuera, nadie va a querer volver a salir. Entendé los riesgos.

-Bueno, no sé. -Fabián sacudió la cabeza-. Qué sé yo, para que la simulación parezca totalmente real se puede pagar una membresía superpremium y listo. O lo cobrás por hora, no sé. Veremos. Pero vos entendé que acabamos de cambiarle la cara a la humanidad para siempre.

Luz se sentó.

-La cara nada más...

-No eso solo: ya cambiamos el mundo, Luz. Vos y yo. Y quiero que te quedes acá conmigo. Sea como sea.

-Estás loco, cómo voy a dejar a mi familia, mi mundo.

-Lo que vas a dejar, en cuanto estés acá conmigo, es de preocuparte por todo eso. Vos y yo juntos acá vamos a poder hacer cualquier cosa. Necesito que me ayudes a administrar los servidores. Y, además, acá sentís todo como si fuese real, no perdés nada, al contrario, ¡ganás! ¡Todo ganás! ¡Podemos ser Dios acá!

-No me podés pedir esto ahora. Voy a salir, Fabi. Es increíble lo que lograste acá adentro, pero me descolocaste. No sé si quiero quedarme para siempre.

-Dale. Igual te voy a necesitar, ¿Está bien?

-Sí.

-Bueno. Un beso enorme.

Luz desapareció en el lugar y Fabián volvió a estar solo, pero con la certeza de que en muy poco tiempo nada iba a volver a ser igual. Sólo tenía que elaborar un primer nivel de juego para atraer al mundo a su mundo.

Viaje espacial

Dolo Espinosa

Despertaron en una brillante sala que les era totalmente desconocida. Acostumbrados al aspecto viejo y descuidado de su cámara de hibernación aquel lugar les resultaba extrañamente blanco, nuevo y aséptico. Se sentaron lentamente en sus camillas, ayudados por unos desconocidos en los que, tras tanto tiempo de no ver más que sus propios rostros, les costaba reconocer a sus congéneres.

Era normal su desconcierto y su sorpresa. Hacía años que habían sido lanzados al espacio en una misión experimental para comprobar cómo soportaría el ser humano los largos períodos de hibernación que requerirían los viajes espaciales. El ordenador fue programado para que los sacara de su letargo cada cierto tiempo y así pudieran realizar las reparaciones pertinentes, comprobar su estado, tanto físico como mental, y enviar los resultados a la Tierra. Entretanto realizarían también una misión exploratoria de los alrededores del Sistema Solar.

Aquella era, obviamente, una misión sin retorno y fue por ello que se escogieron hombres y mujeres sin nada que les atara al planeta o, ya puestos, a la vida, de modo que se optó por formar la tripulación con hombres y mujeres rescatados de las garras del suicidio y posteriormente convencidos para que, ya que estaban dispuestos a abandonar este mundo, lo hicieran disfrutando de un viaje por el espacio exterior. Algunos

preferieron seguir adelante con su decisión de morir (cosa que nadie les impidió e, incluso, se les facilitó) pero otros aceptaron la oferta y fueron hibernados y lanzados al vacío universo sin demasiada alharaca ni excesiva publicidad.

Los años para ellos comenzaron a avanzar de manera diferente que para el resto de la humanidad. Mientras dormían se alejaban año luz tras año luz de la Tierra. Entre despertar y despertar transcurrían varios decenios de años terrestres, pero para ellos, los durmientes, era como si tan sólo hubiera transcurrido una noche.

El tiempo pasaba, el futuro llegó y pasó, los científicos encontraron mejores y más veloces maneras de viajar por el espacio y, allá en la Tierra, tan sólo unos pocos científicos e historiadores recordaban ya que, allá afuera, un pequeño grupo de humanos viajaba por el universo en un viaje infinitamente inútil e inútilmente infinito.

En el espacio, los tripulantes de la vieja nave continuaban con su labor ajenos e ignorantes del rumbo de la historia de la humanidad. Tampoco es que les interesara demasiado ya que, a fin de cuentas, habían cortado amarras con todos ellos mucho antes de ser reclutados para esa misión.

De modo que encontrarse dentro de aquella gigantesca nave, con seres humanos tan parecidos y, a la vez, tan distintos a ellos y con toda aquella tecnología que les resultaba casi mágica, fue tan impactante como tropezarse con una civilización alienígena.

No entendían nada de la nueva sociedad humana, no

comprendían nada de la nueva ciencia, no se sentían parte de nada. Ni toda la ayuda médica y psicológica que se les ofreció, ni la exquisita simpatía y buena disposición de todos con quienes trataban, ni todas las novelas, películas, música, libros de historia y demás objetos que se les ofreció tanto para su entretenimiento como para su puesta al día en la nueva sociedad, les servía de ninguna ayuda. En aquella ciclópea nave ellos se sentían como si fueran criaturas de otro planeta y de otra especie.

Los llevaban de regreso a la Tierra y, a medida que se iban aproximando, más reticentes se sentían los durmientes a regresar a un lugar que no se parecía en nada a aquel del que habían partido, un lugar en el que nada tenían al partir y en el que ahora tendrían menos que nada. Sólo cuando estaban todos juntos se sentían seguros y cómodos, el resto del tiempo el aire incómodo de quien lleva un traje nuevo y demasiado pequeño parecía envolverlos a todos.

Ninguno de ellos hablaba sobre eso, pero tampoco lo necesitaban porque todos tenían la misma mirada de confusión y extrañeza en sus ojos.

Cuando faltaban un par de saltos para llegar a la Tierra, uno de ellos dijo:

—Podríamos suicidarnos, a fin de cuentas, es lo que íbamos a hacer antes de que nos captaran para nuestra misión.

—O podríamos seguir viajando por el espacio—. Sugirió otro.

Nadie dijo nada más, no lo necesitaban, entre esos

lacónicos personajes había surgido una extraña conexión que no precisaba de demasiadas palabras, pero todos meditaron sobre ello.

Unos días más tarde, otro de ellos comentó:

-He oído hablar de cierto planeta....

-Yo también he oído hablar de él-. Dijo alguien más.

Los demás asintieron en silencio.

Tras el segundo salto, el comandante de la nave de durmientes solicitó que se les permitiera volver a la Tierra en su propia nave y a todo el mundo le pareció una idea maravillosa que quedaría muy bien en los noticiarios.

En la Tierra todo estaba preparado para el recibimiento como héroes de esos curiosos viajeros del espacio-tiempo. Iba a ser una bienvenida por todo lo alto, con grandes festejos, espectáculos, cobertura interplanetaria, recibimiento por los grandes mandatarios. Incluso el presidente de la Confederación Mundial estaría presente.

Los durmientes volvieron a subir a la nave que ya consideraban como su casa, se acomodaron en sus puestos e iniciaron las maniobras de despegue. Toda la tripulación de la gigantesca nave que les había recogido acudió a los hangares para ver cómo iniciaban su regreso al planeta que los vio nacer.

El despegue se realizó con normalidad. La nave, según creían todos, iba rumbo a la Tierra, pero lo cierto es que ellos tenían otros planes.

Podían haber seguido el camino del suicidio que es el

que, a fin de cuentas, habían elegido en principio, pero tras todas esas décadas, algo había cambiado en ellos y ya no lo deseaban.

Podían haber ido a algún otro planeta, menos desarrollado, menos diferente de lo que ellos conocían, pero no sentían ya deseos de pertenecer a ningún grupo humano.

Podían, en fin, hacer lo que habían decidido hacer: seguir vagando por el espacio, durmiendo durante años y despertando de vez en cuando para explorar y comprobar hacia dónde se dirigía esa humanidad de la que ya no se sentían parte.

Cambiaron el rumbo de la nave y, una vez más, el de sus vidas, cortaron las comunicaciones con los otros seres humanos y siguieron, quizás por vez primera, su propio camino.

Un camino lleno de incógnitas y de estrellas, pero todo suyo.

Relojes inteligentes

Dolo Espinosa

Se aburría. Mucho. Y cuando se aburría, pensaba. Y cuando pensaba, tenía ideas. No grandes ideas. No ideas novedosas. Sólo... ideas. Absurdas, mayormente. Como aquella vez que se dejó retar a una partida de ajedrez por un caballero, o aquella otra que decidió tomarse unas pequeñas vacaciones, sin olvidar cuando se le antojó tener descendencia... Es lo que tiene el aburrimiento, que te hace ser creativo. Y si alguien sabía de aburrimiento esa era, sin duda, la Muerte.

Con crujir de huesos, la Parca se estiró, bostezó y, apoyando el huesudo cráneo sobre su huesuda mano, esparció la vista más allá del gigantesco escritorio y contempló, entre hastiada y disgustada, los más de siete mil millones de relojes de arena que descansaban llenando hilera tras hilera de estanterías, entre el siseo de los granos al caer, el "plop" de los que iban apareciendo y el "pfff" de los que desaparecían.

Shhhh.... Plop... Pffff.... Esa era la banda sonora de su vida... Pfff... Plop... Shhh... una y otra vez, de forma ininterrumpida, siglo tras siglo...

Shhh... Plop... Pfff...

Pfff... Plop... Shhh...

Tres sonidos y todas sus posibles combinaciones,

repitiéndose de manera constante y monótona, sin variar en una nota. No era humana y, por tanto, no podía enloquecer, pero el monótono soniquete la ponía todo lo cerca de la locura que una personificación antropomórfica puede llegar a estarlo.

Y fue en este estado de aburrimiento y disgusto que tuvo la ocurrencia de modernizar los relojes. Durante un rato estuvo valorando las diversas posibilidades: los relojes de sol tenían su encanto, pero en aquel no-lugar resultaban inútiles, las clepsidras no tenían mala pinta, pero resultaban demasiado húmedas para sus viejos huesos, los relojes de cuerda también tenían su aquel, pero dudaba que pudiera resistir durante mucho tiempo más de siete mil millones de tictacs sonando al unísono.

Entonces fue cuando llegó la "idea", esa idea producto del aburrimiento que tan genial parece en el momento, pero cuyos resultados suelen estar bastante alejados de lo previsto. Y la "idea", en esta ocasión, fue sustituir todos los antiquísimos, preciosos y delicados relojes de arena por modernos, prácticos y delicados relojes "inteligentes" de esos que empezaban a estar de moda entre los humanos. Así que atravesó la fina barrera entre nuestro humano universo y su para-humano mundo, y dirigió sus huesudos pasos hacia una importante tienda de productos electrónicos donde, bajo la inocente apariencia de un jubilado, compró el último y más avanzado modelo de reloj inteligente, llamado *smartwatch* por el dependiente con un recién adquirido acento londinense que resultaba extremadamente sexy a su última novia y

extremadamente incomprensible a los londinenses.

De vuelta a su universo, la Muerte se preparó una taza de chocolate y se sentó con ella y el reloj ante su escritorio dispuesta a descubrir cómo funcionaba aquel misterioso artefacto mientras los relojes de arena continuaban con su monótono "Shhh... Plop.. Pfff...".

Durante un rato anduvo dando vueltas al reloj sin saber muy bien qué hacer, hasta que, sin saber cómo, el aparato pareció despertar. La pantalla se iluminó, llena de curiosos símbolos llenos de colorines cuya función ignoraba y, como lo ignoraba, se dispuso a hacer desaparecer su ignorancia por el antiquísimo método de dejar de lado el libro de instrucciones y ponerse a toquetear todo lo toqueteable. Los dibujitos aparecían y desaparecían, algunas cosas parpadeaban, otras dejaban de parpadear, había palabras extrañas como wifi, bluetooth o gps pero, al cabo de una hora de toqueteos, la Muerte seguía tan ignorante del funcionamiento del reloj como al principio.

A pesar de todo, siguió en su empeño y continuó tocando aquí y allá, totalmente perdida en el laberinto tecnológico pero sin querer rendirse hasta que, sin saber por qué, el estúpido aparato se puso a silbar una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez, casi sin pausa, tres o cuatro notas repetidas hasta el hartazgo. Un silbido tan agudo, cansino y molesto que, a su lado, el "Shhh... Plop... Pfff" que siempre la acompañaba parecía una deliciosa obra musical.

La Muerte se desesperaba tratando de acallar el

monstruoso son sin conseguirlo hasta que no le quedó más remedio que acudir a la solución definitiva: lanzarlo contra el suelo y pisoteado hasta que el reloj, con lastimero estertor, calló para siempre.

La Parca se regodeó, durante unos segundos, en el recién recuperado nivel sonoro habitual. Si hubiera tenido ojos, los habría cerrado con deleite y, si hubiera tenido labios, habría sonreído de placer. Se sentó, de nuevo, tras su escritorio. Contempló los antiguos relojes de arena y dijo para sí:

-¡Dónde estén unos buenos relojes de arena con su "Shhh... Plop... Pfff..." que se quiten todos los adelantos tecnológicos!

Al cabo de escasos minutos la Muerte volvía a aburrirse, a pensar y a tener ideas...

¿Queda algo por hacer?

Verón, Daniel

La misión continuaba interminablemente por supuesto. Fueron muchas las razas con que se encontró la flota dirigida por el Supremo Solrak. No sólo recorrieron numerosos mundos en los cúmulos de Triángulo sino también en Cochero y en Cangrejo. Hagamos un repaso de algunos:

En Silar-9 se encontraron con una raza que rehuyó su presencia por creerlos nada menos que invasores de su mundo. Desde ya que no tenían interés en ellos ni creyeron en la misión de paz que llevaban como representantes de la Federación.

En Yante-3, en cambio, hallaron solamente las estructuras que sobrevivieron a una raza desaparecida hacía pocos cientos de años. El paisaje se veía como si todo estuviese listo para vivir allí o hubiese sido repentinamente abandonado. Dado que muchos edificios estaban en pie, a algunos oficiales se les permitió permanecer por un tiempo.

En Sumis-5 existía una raza de tipo SH (Semi-Humana) que controlaba el clima no sólo en su mundo sino en otros de su sistema planetario. Este era el motivo por el cual lograron expandirse mucho más, si bien el número total de individuos era relativamente bajo.

Más allá, en el sistema de la estrella Capcom, Solrak y los suyos se encontraron con el extraño fenómeno de una estrella que parecía "alejarse" conforme ellos se acercaban.

Algo así ya habían observado anteriormente en otros lugares y parecía realmente el retroceso de un ser vivo al detectar un peligro.

Fue muy interesante todo lo hallado en torno a la estrella Rigel-9 ya que allí el sistema planetario había sido destruido por la supernova en que se convirtió aquel sol. Quedaban, sí, fragmentos rocosos de distinto tamaño. Allí, los científicos descubrieron indicios de distintas formas de vida que hubo en varios de ellos. Esta fue entonces una prueba más de lo que deja la evolución estelar en muchos casos.

-Almirante -dijo Silaber, el principal oficial-, esto es muy ilustrativo, señor. A decir verdad, estos seres NO tuvieron tiempo de evolucionar lo suficiente.

-Ya veo -murmuró Solrak. Hoy lo hemos comprobado nosotros, pero habrá otros que también lo verán un día.

En Kalas-20, los federales encontraron precisamente lo contrario: un mundo habitado por varias razas muy distintas entre sí pero que convivían en perfecta paz ocupándose cada una de lo suyo. Y estaban tan acostumbradas a esa convivencia que ninguna sentía interés por las otras. Es decir, conformaban una sociedad multi-racial e independiente entre sí.

En Balain-7, en cambio, había una raza MH (Modelo Humano) en donde los federales descubrieron un extraño fenómeno. ¿De qué se trataba? Allí el espíritu de cada individuo "intercambiaba" su lugar con el espíritu de otro. Llevó un buen tiempo a los científicos de Solrak descubrir el

por qué. Al parecer, los balains conocían el viaje en el tiempo pero la orden de realizarlo partía, en todos los casos, desde el futuro gracias, al parecer, de los "futuros" tal como eran llamados. Era como si, al ver debilitado a un individuo, los futuros decidían el "intercambio" por uno mejor y así rotativamente en los demás individuos de la raza.

Solrak creyó que, detrás de estas decisiones, debía existir alguna otra causa, pero esta vez prefirió no intervenir y ordenó seguir viaje.

En Hanomas-6 solamente encontraron seres inferiores de tipo SH (Semi-Humano) que, más bien, huían ante su presencia. Por supuesto que los interrogantes eran muchos pero Solrak prefirió dejarlos tranquilos. Evidentemente su presencia no haría más que inquietarlos.

En Kaluha-10, y luego de un buen tiempo, volvieron a encontrarse con una especie de alianza de razas que abarcaban unos 7 sistemas solares. Tal como se comprobó después, se trataba de seres MH que estaban, apenas, un escalón por debajo del nivel del HS (Hombre Solar).

-Es algo así como si los terrestres de fines del siglo XX ya hubieran conocido los viajes estelares -explicó Silaber.

-Ya veo.

Desde un principio Solrak demostró interés en conocerlos y fue así que visitó los 5 sistemas principales de aquella región, cada uno con su raza principal. El mismo almirante despertó, a su vez, el interés de aquellos hombres y, en el citado planeta Kaluha, se armó una gran recepción en

su honor.

En representación del Imperio Kaluhano fue recibido por el Imperator Simer-Meris. Para todos ellos era un honor recibir a alguien como el almirante Solrak, representante de la Federación, quien estaba cumpliendo la histórica misión de visitarlos por primera vez. El también lo expresó así y, luego de un tiempo de complicados ceremoniales, ambas organizaciones establecieron pactos de investigación en común.

Pero esto no fue todo. Luego de distintas ceremonias, visitas, homenajes y demás, Solrak fue requerido por un grupo de oficiales ya conocedores de los viajes espaciales.

De modo pues que, una vez ubicados en cierto salón de recepciones, el Supremo Solrak fue "entrevistado" por un grupo de hombres que parecía admirarle y que, en base a sus dichos, recreaban luego en proyecciones delante suyo. Veamos algo de los temas que se hablaron en esa ocasión:

-¿Cuál es su lugar preferido en el GL (Grupo Local de galaxias), almirante?

-Es difícil decirlo -contestó a la vez que recordaba un sinfín de imágenes-, pero hay varios mundos en Triángulo que me resultan muy atractivos. Tengo una especial preferencia por aquellos donde hay cielos azules con soles rojos, y allí hay muchos.

-¿Y algún elemento cultural en particular?

-Me gustan las razas con una cultura musical. Recuerdo un mundo, Anat-4, donde casi todo se expresa a través de melodías.

-Usted es un hombre de acuerdo con su especie -afirmó otro de sus interlocutores. - ¿Ha sentido atracción alguna vez por un pueblo de mujeres?

-Bien -sonrió Solrak-, reconozco que las mujeres de Belmont-6 (de color celeste) son muy bellas y que apenas se diferencian unas de otras.

-Almirante -dijo quien lo había interrogado primero- ¿usted siente que en algún lugar ha quedado algo sin hacer?

Nuevamente Solrak sonrió y dijo: -Siempre lo siento. Creo que aunque viva 1.000 años la vida no me alcanzará para hacerlo todo. El Universo es muy grande.

-¿Y ha sentido temor alguna vez al ser el primero en llegar a muchos lugares? ¿Un cierto temor a lo desconocido?

Tras pensarlo un momento, Solrak respondió diciendo: - Temor no es la palabra. Más bien es ansiedad, curiosidad, interés en ver qué hay más allá.

-Pero usted es un Supremo, señor.

-Lo sé pero mi sentir es como el de los hombres solares.

-¿Y hay algo en particular que lamentó no haber hecho?

-Sí. No pude hacer que los zegos, de un mundo de Cabra, entendieran que nosotros no íbamos a invadir su mundo sino para conocerlos. Y así hay otras situaciones parecidas. Pero hemos hecho todo lo posible -suspiró.

-Entiendo -dijo su 2º interlocutor-. ¿Y cuál es el mayor misterio al que se ha enfrentado?

Luego de meditar un poco, Solrak respondió:

-En su momento me llamó mucho la atención el "fenómeno de huida" de algunas estrellas. Luego entendimos el por qué - dijo el almirante concitando el mayor interés de toda su audiencia-. Aunque no lo crean, se trata de una señal más de la pre-eminencia del Hombre Solar adondequiera que vaya.

-¿Es así? ¿Realmente el HS es lo máximo?

-Creo que lo serán él y sus sucesores dentro de lo que es el MH (Modelo Humano). Desde luego que existen seres mayores pero lo son únicamente dentro de su ámbito. Nada indica que lo sean afuera de él también.

-Hay quienes hablan de Inteligencias Universales (IU), ¿verdad? -sugirió otro de los entrevistadores.

-Sí, las hay, pero por ahora no conocemos puentes que comuniquen de forma natural con ellas.

-Entonces, a eso se debe que el HS sea lo máximo de todo el resto, ¿verdad?

-Aún falta para eso -aseguró Solrak-. Para eso necesitamos primero un dominio completo del tiempo y de las multi-dimensiones.

-Las multi-dimensiones... -repitió otro interlocutor-. ¿Y qué cree que hay allí?

-Yo les diría que nos llevarán a una multiplicidad de cosmos, cada uno con sus propias leyes. En cierto modo estaremos acá pero sin estar acá, y estaremos allá pero sin estar allá.

-¿Qué es lo último que conocen los sabios de la Federación, almirante? -interrogó otro kaluhano.

-Bien, sabemos que hay cosmos Anulares, Laberíntico y del tipo Receptáculos, con distintas clases de conglomerados. Adentrarse allí significaría, tal vez, desaparecer para siempre.

-¿Y ha pensado alguna vez en ese desafío para usted, almirante?

-Sí, lo he pensado... y lo sigo pensando -contestó Solrak haciendo un extraño silencio.

El almirante ya no dijo nada más y, junto a sus oficiales, se levantó. Poco después, todo el grupo se trasladaba a la nave insignia.

Sin embargo, de algún modo, Solrak no parecía el mismo. Aún en el salón de mando continuó con su actitud. Aquella visita a los kaluhanos había sido muy importante al unir esta raza a la Federación, pero también le había dejado pensativo sobre algunos temas y también en cuanto al papel que él mismo había cumplido allí. Sabía que para ellos había sido de mucha importancia su visita. ¿Lo sería también en otros destinos adonde llegarían?

Finalmente, el principal Silaber se acercó a él y dijo:

-Almirante, sólo esperamos sus instrucciones, señor.

-¿Y qué es lo que hay por delante, señor Silaber

-Estamos en un punto del cúmulo adonde podemos dirigirnos indistintamente a la galaxia de Piscis o de Escultor, por ejemplo. Esas y otras más nos quedan por delante en un radio más o menos de 10.000 parsecs. Todas nos quedan

más o menos a la misma distancia.

El almirante meditó unos momentos y simplemente dijo señalando hacia adelante:

-Por ahí.

Continuaba el viaje.

¡Joder con Stephen Hawking!

González Maurazos, Gabriel

"¡Joder con Stephen Hawking! A ese señor yo le diría cuatro cosas", he pensado al leer eso. Pero he debido de pensarlo en voz alta, porque todos los que allí se encontraban han dirigido sus miradas hacia mí, aunque no ha dado la sensación de que estuviesen molestos. Incluso alguno de ellos me ha dedicado una sonrisa que parecía de complicidad. Será que estoy empezando a entenderlos. Pero ya me advirtieron en las sesiones orientativas previas a la partida que el neuromodelador de conducta no respondía bien ante las sobrecargas emocionales y yo llevaba acumuladas demasiadas experiencias en tan pocas horas. Esto no es tan fácil como cree la gente de mi capa. Demasiadas cosas vistas; demasiada confusión. Todo ha sido una verdadera locura; no hay por donde agarrarlo. Me he prometido no volver a tener una experiencia como esta jamás, y eso que ya llevo varias. Convencen al viajero ("al brillante viajero") de que disfrute del placer de descubrir a los nativos por sus propios medios y de sentirse como uno más de ellos, pero en el fondo no es más que un fraude publicitario con el que logran venderle a uno el paquete turístico. En realidad es imposible llegar a entender a esta gente.

La plataforma de migración me había depositado en la capa por mí elegida. De los millones de capas que tenían disponibles en el catálogo, aquella gozaba de muy buena

reputación entre los usuarios, y la verdad es que no entiendo muy bien por qué, aunque me imagino que, cuando una capa adquiere cierta fama, nadie puede remar contra el viento y la marea que genera la mayoría.

Cuando el viajero no entiende nada, se supone que los neuroguías están para echar una mano. Pero también es muy probable que no reciban con agrado una solicitud de consulta: en las sesiones orientativas me habían advertido que solo se debe recurrir a ellos en caso de extrema necesidad pues, de no ser algo verdaderamente grave, podrían negarse a ayudarme en lo sucesivo por considerar que la petición innecesaria de apoyo es uno de los peores errores que los viajeros podemos cometer; para eso nos formaban bien antes de partir. También tienen cierto miedo de que el viajero pueda tratar de profundizar demasiado en "el alma nativa" de la capa de destino, algo que podría llevarlo a padecer ciertos desajustes emocionales que a la postre le arruinarían el viaje y proporcionarían muchos quebraderos de cabeza a los profesionales de Es Capa, la agencia con la que viajaba y una de las muchas que gestiona este tinglado de las plataformas de migración intercapera.

Pero a mí, aquello de los "desajustes emocionales" me parecía una manera absurda que la compañía tenía de cubrirse las espaldas; una gilipollez, como dicen los nativos de esta capa —emplean esa palabra hasta la saciedad—. Además, mi problema era otro; nada que ver con profundizar en "el alma nativa". O eso creía. Tan solo quería averiguar cómo es que no

se daban cuenta de que yo no pertenecía a su capa. Es cierto que el trabajo de formación previo al viaje fue tan riguroso que había ocultado todos los rasgos más evidentes de mi naturaleza foránea. Sin embargo, me preguntaba cómo era posible que, siendo yo capaz de apreciar enormes diferencias, ellos no parecieran sentir extrañeza alguna hacia mí. Se me hacía muy raro que pudiera caminar por sus calles como si fuese una más de ellos sin que detectaran nada extraño.

Solo por esa pequeña duda he acudido a los neuroguías.

Sorprendentemente, su trato ha sido amable y su respuesta precisa. No sería mi pregunta tan estúpida cuando han reaccionado de ese modo, así que me he arriesgado y he dado un paso más solicitando ampliación de datos. Y su contestación ha sido tan favorable como la primera. Me han dicho que vería satisfechas mis dudas en unos rudimentarios soportes de cultura llamados *libros* que se hacían en una curiosa dependencia comercial que los nativos conocen como *librería*. Sí, comercial: el saber es algo que los nativos venden y compran de manera generalizada, por increíble que parezca. Es una razón para desconfiar de los libros. Por si eso fuera poco, siento una aprensión hacia esos libros por lo que tienen de sucios, de poco higiénicos. Pude ver un ejemplar de libro en las sesiones de orientación pero no tuve el valor suficiente de tomarlo entre mis manos. Por todos esos motivos, lo normal es que no me hubiera atrevido a entrar en ninguna librería, pero los neuroguías no han dejado de recordarme que uno de los compromisos del viajero es comportarse como los

locales y emplear los mismos medios que ellos utilizan para resolver los problemas que vayan surgiendo durante el viaje, así que he hecho de tripas corazón y he accedido al local.

Y todo hay que decirlo: además de estrictos, se han mostrado muy competentes los neuroguías. Como si me hubiesen tomado de la mano, me han llevado hasta unas estanterías que soportan centenares de esos repugnantes y polvorientos libros en papel y sobre las que hay un cartel: *DIVULGACIÓN CIENTÍFICA*. ¡Qué horror, esta gente es capaz de divulgarlo todo! Su educación es tan deficiente que luego necesitan cubrir sus lagunas formativas contándose cosas los unos a los otros permanentemente.

Obedeciendo lo que se me explicó en los cursillos y siguiendo los consejos que se me dieron, he logrado vencer mi inicial repulsión y he empezado a hojear el libro indicado. El asco ha sido infinito, pero había que actuar con normalidad, si es que una puede parecer normal en tales circunstancias.

No he tardado ni diez segundos en hallar la información que necesitaba —de nuevo, mis mayores elogios hacia la eficacia de los neuroguías—. Aquello que he leído es indignante. Y entonces es cuando he mascullado aquello: "¡Joder con Stephen Hawking...! A ese señor le diría yo cuatro cosas".

Estaba todo claro. No merecía la pena seguir buscando. Además, ya había visto bastante durante el día. He devuelto el libro a su estantería, satisfecha por desembarazarme de aquella fuente de infecciones, y a continuación he tomado las

escaleras para ascender hasta la última planta del edificio, porque el Consejo de Viajeros había instalado allí una plataforma de migración. No es la misma que había empleado para ingresar, pero aquella me queda algo alejada y ya no me apetece continuar en esta capa. Al final, ningún tiempo mejor que el tiempo madre. Cuantas más capas visitas, más aprecio sientes por tu capa hogar.

Y el tal Stephen Hawking, que no ha estado en capa alguna salvo en la natal, cree que los turistas procedentes de otras capas van a ser como los de su capa hogar. Es un tipo que se afana en estudiar lo que pasa a años luz de su casa aunque es incapaz de pronosticar cambios en las rutinas y los hábitos a través del tiempo, así sucedan al minuto siguiente. Y no solo le pasa a él, sino a todos los de su capa. Y como todos los nativos de su capa hogar, sueña con delirantes cambios e innovaciones en la ciencia y las tecnologías. Porque les obsesiona ese asunto, y eso que no es tanto lo que han logrado: a la vista está. Sin embargo, parece que dan por hecho que todo lo demás, lo más elemental, lo que no es ni ciencia ni tecnología, va a seguir siendo como siempre ha sido, eternamente. Y estoy segura de que en eso Hawking no es diferente al resto del vecindario de su capa hogar. Piensan así porque en el fondo no quieren cambiar; tienen un miedo atroz a dejar de ser lo que son. ¡Lo he notado en todos y cada uno de sus rostros mientras vagaba por sus calles! ¡Se les ve felices con su condición y existencia pese a lo mucho que se quejan! Sin embargo, ellos no han percibido nada extraño en

mí; no me han dirigido ni una fugaz mirada de soslayo que delatase sospecha. Es evidente que no han sabido desarrollar una capacidad para apreciar las verdaderas diferencias; no saben ir más allá de lo superficial. Y en cambio, dedican todo su esfuerzo a desarrollar una cultura basada en tratar de destacar pero sin percibir lo destacable; en hacerse notar ajenos a lo que es verdaderamente notorio. Dan pena.

Es hora de volver a Capa Hogar. Ya me encuentro en la plataforma de migración, que los del Consejo de Viajeros habían instalado en el cuarto de baño de la última planta de aquel centro comercial. Prudentemente habían elegido unos aseos unisex, porque a esta gente también le repugna la idea de que mujeres y hombres compartan espacio a la hora de mear y cagar. Hasta ahí llega su catálogo de aprensiones, que da una vuelta más de tuerca en el interior de cualquiera de los retretes, desinfectados hasta la asfixia con toda clase de aromas artificiales que pretenciosamente tratan de imitar los más deliciosos que se producen en la naturaleza de la capa y, más pretenciosamente aún, intentan eliminar el olor de los desechos corporales, a su entender muy desagradables. Es mayúsculo el nivel de estupidez de estos seres: registran todo su conocimiento en unos soportes sucios e insalubres mientras se engañan revistiendo la mierda de unos perfumes que no son sino una toxicidad mayor.

Y lo que más tristeza me produce: serán cientos, cuando no miles, los nativos que cada día asientan sus posaderas

sobre la taza de este inodoro. Sin embargo, ninguno de ellos es capaz de darse cuenta de que bajo su ano hay instalada una plataforma de migración.

En fin, ahí se quedan con su capa, de la que tan orgullosos se sienten. Que les aproveche. Yo regreso a la mía.

"Regreso capa
An6878778HqGrDb788998PkFjWkCjSkMj57778TdZsVsJd", ordené al neuroagente de tránsitos.

"Le recordamos a la brillante viajera que la capa de destino solicitada es conocida en la capa de origen como 7 de octubre de 2891, a las 8 horas 27 minutos y 14 segundos de la mañana. ¿Confirma el dato?"

"No puedo confirmar. Mas confío en la precisión del neuroagente".

¿Yo qué voy a saber cómo llaman estos bestias a mi capa de retorno? Y tampoco me interesa. ¡Ni que quisiera hacer la prueba de acceso a la legión de neuroguías!

"Agradecemos su confianza a la brillante viajera. Neuroguía nos transmite sus preferencias e inquietudes. Habiéndolas analizado, lanzamos oferta irresistible: una extensión de viaje a capa
FyHuFrDeGf76833KuFyUuTyQe682343LjIgOeAoXpZdB76663. Para nativos de capa actual y capa de destino ofertado es conocida como 28 de junio de 2009, a las 12 horas 0 minutos 0 segundos. Servicio de cita inolvidable. Beba champán con un nativo de la capa."

Neuroguía me proporciona información auxiliar. Es algo

emocionante. Esto no me lo esperaba. Son todos unos verdaderos profesionales. Saben lo que quiere cada viajero.

"Asumo propuesta. Libero crédito requerido."

"Le recordamos a la brillante viajera que la cita sería en la coordenada 52°12'21''N 0°7'4.7'', a varios miles de kilómetros de las coordenadas de esta plataforma de migración. La Agencia Es Capa es especialista en transporte intercapa y no cubre traslados de naturaleza espacial o geográfica incapa, que correrían a cargo del brillante viajero. No obstante, la red de plataformas de migración abarca la práctica totalidad del globo terráqueo, de tal modo que las transferencias intercapa siempre quedan garantizadas. La neuroguía estará a su lado en todo momento, dispuesta a asegurar el éxito en los desplazamientos de naturaleza geográfica. Y en virtud de su siempre certero asesoramiento, sugerimos que el acto de migración se realice a la capa

BqVoUiUeTd76220LlJlGfDsSe679220jPhEgQsXa99545, que los nativos conocen como 24 de junio de 2009, a las 3 horas 45 minutos 12 segundos de la tarde. Habiendo otras opciones de migración, esta sería la mejor, porque solo de esa manera se aseguraría un feliz traslado incapa desde las actuales coordenadas a aquellas en las que tendrá lugar el encuentro con el nativo."

"Entiendo. Confirmando que asumo propuesta. Confirmando que libero crédito requerido."

"En nombre de Es Capa, neuroagente agradece su doble confirmación. Por tanto, procedemos al traslado a la capa ofertada y activamos programa seleccionado: servicio de cita

inolvidable. Beba champán con el nativo Stephen Hawking, que da la bienvenida a los viajeros del tiempo."

La penúltima orden

Naharro Sanz, Bernabé

Dedicado a **Javier Mirón Lastre,**

a quien nunca agradecí

que me recomendara

El sol desnudo.

Gracias.

«El trabajo de cada individuo es una contribución a la totalidad y de este modo se vuelve parte inmortal de ella. La totalidad de las vidas humanas, pasadas, presentes y futuras, forma un tapiz que existe desde hace miles de millares de años y que se ha ido haciendo cada vez más hermoso y más complicado en todo este tiempo. Incluso los espaciales son un brote de este tapiz y ellos también añaden a la complicación y belleza del dibujo. Una vida individual es como una hebra del tapiz, y ¿qué es una hebra comparada con toda la pieza?

Daneel, mantén tu mente firmemente fija en el tapiz y no dejes que una sola hebra suelta te afecte. Hay muchas más hebras, cada una de ellas, valiosísima; cada una contribuyendo...»

—Robots e Imperio, de Isaac Asimov

-La respuesta del flujo positrónico es algo más lenta porque hay cierto desorden en tus circuitos cerebrales, pero dadas las circunstancias es comprensible.

En el laboratorio habilitado en su casa, Han Fastolfe examinaba el esponjoso cerebro de platino e iridio de Daneel Olivaw, que permanecía inmóvil, sentado de espaldas a él, con el cráneo abierto por las líneas de las costuras invisibles que tenía para facilitar su examen. El cerebro positrónico del robot no podía estar en mejores manos dado que el doctor, además de ser el robotista más eminente de Aurora, era el responsable de los cálculos teóricos que lo habían hecho posible.

-El compañero Elijah pudo comprobar en el transcurso de nuestra segunda misión cómo me afectó la muerte del Director General de Seguridad de Solaria, aun habiendo sido visualizada desde la distancia y sin tener ningún vínculo hacia el fallecido. Sabía que verle morir podía afectarme gravemente y por eso me ordenó marchar.

-Es probable que hubiera resultado fatal. Y Elijah debía saberlo.

Elijah Baley. El detective que había resuelto el único asesinato de un espacial en la Tierra, el primer terrícola en pisar un mundo espacial, el hombre que demostró la inocencia del propio doctor Fastolfe cuando parecía imposible. Daneel y él solo habían coincidido seis veces, cada una de ellas por breve espacio de tiempo, pero lo vivido juntos como compañeros había bastado para forjar una fuerte amistad. La última vez

que se vieron había sido tres meses atrás en Baleymundo, el primer planeta colonizado por una segunda oleada de Expansión Humana desde la Tierra que el propio Elijah había promovido. Había mandado llamar a Daneel porque tenía algo que decirle antes de morir y el robot había acudido para escuchar esas últimas palabras.

Tras la muerte de su amigo y ya de regreso en Aurora, Daneel sintió que sus procesos mentales se embotaban. Sus respuestas y reacciones se hicieron más lentas; tan solo la diferencia entre nanosegundos y milisegundos pero, en cualquier caso, un retardo continuo que le incomodaba. También se percató de que requería más energía de la acostumbrada a la hora de realizar cualquier movimiento. Tenía lo que en términos generales podía interpretarse como una sensación de malestar, y es por ello que acudió al doctor para sugerirle la conveniencia de que le realizara un chequeo. Lo hizo impulsado por la Tercera Ley de la Robótica, aquella que decía que «un robot debe proteger su propia existencia, mientras tal protección no contravenga la Primera o Segunda Ley». Quería prevenir así cualquier posible desplazamiento positrónico que desembocara en un bloqueo mental como aquel que, cuatro décadas atrás, acabara con Jander Panell, el robot humanoide del que él había sido el prototipo.

—Además de una actividad cerebral muy activa, detecto dos impulsos positrónicos que se repiten de forma intermitente con una intensidad mayor a la acostumbrada —prosiguió el doctor mientras manipulaba distintos elementos del cerebro con un

medidor de positrones—. No suponen nada grave a corto plazo, pero el estrés al que someten a los circuitos puede darte problemas en el futuro si su intensidad se prolonga en el tiempo.

—Entonces debería eliminar esos impulsos, doctor, siempre que hacerlo no atente contra la Primera o la Segunda Ley.

—No, no te supondría ningún conflicto con las dos primeras Leyes, y podría hacerlo con facilidad. Pero esos impulsos pasan por tu memoria: para eliminarlos debo borrar algunos de tus recuerdos, y no hay que ser detective para deducir que serán recuerdos asociados a nuestro común amigo terrícola. ¿Es eso lo que quieres?

—No. No quisiera perder ningún recuerdo relacionado con el amigo Elijah. —dijo Daneel, y esta vez no hubo retardo en su respuesta.

—Eso pensaba. Así que voy a hacerte unas cuantas preguntas para ver si localizamos qué es lo que los produce y podemos solucionarlo de otra forma.

El doctor Fastolfe presionó una pequeña protuberancia en la parte superior de la oreja izquierda de Daneel que activó el cierre del cráneo. A continuación se sentó frente al robot, muy próximo a él. A diferencia de Daneel, que representaba la imagen arquetípica de perfección de los espaciales, el robotista, aunque alto y delgado, tenía unas orejas grandes que le sobresalían de la cabeza y un pelo castaño poco abundante que empezaba a encanecerse.

—Dime, Daneel, ¿revisas con frecuencia tus recuerdos con

Elijah?

-Constantemente desde que murió.

-Eso explica la actividad cerebral tan activa. ¿Solo revisas tus recuerdos con él o revisas también otros recuerdos?

-Solo aquellos con el compañero Elijah, salvo que precise revisar otros recuerdos para cumplir una orden que me sea dada.

-¿Lo haces ahora, mientras hablamos?

-Al afirmar que reviso los recuerdos constantemente desde que murió el compañero Elijah, necesariamente he de estar haciéndolo ahora mientras hablamos.

El doctor Fastolfe asintió. La memoria robótica, a diferencia de la humana, mostraba los acontecimientos exactamente como habían ocurrido, y de forma tan acelerada que podían revisarse días de recuerdos sin que ocuparan un hueco perceptible en la conversación. Con todo, Daneel no había podido evitar verbalizar uno.

-Solo he formulado la pregunta para medir el tiempo de una respuesta que confirma una previa. Supuse que lo hacías desde el momento en que aludiste a vuestra segunda misión. ¿Por qué revisas tus recuerdos con Elijah?

-Porque tengo curiosidad.

-¿Curiosidad? -El uso de esa palabra por parte de un robot no era habitual y despertó el interés del doctor.

-Es la palabra que el compañero Elijah usaba para referirse al deseo de aumentar el conocimiento que uno tiene.

Ese deseo existe en mí.

-Entonces revisas tus recuerdos con Elijah esperando aumentar tus conocimientos. ¿Es eso?

-Así es.

-Muy bien. Cuando un robot busca aumentar sus conocimientos es porque precisa hacerlo por una de dos razones: para poder cumplir una orden que se le ha dado o para llevar a cabo una iniciativa que no se le ha ordenado pero concierne al bienestar de un ser humano. Antes de que te ordenara marcharte, ¿te dio Elijah alguna otra orden?

-Sí. Me dijo: *«Daneel, mantén tu mente firmemente fija en el tapiz y no dejes que una sola hebra suelta te afecte»*. - El robot expresó la orden tal y como le fue dada por su amigo, en la forma en que habría sido reproducida por un magnetofón solo que con su tono de voz. Y añadió-. Entiendo que con «la hebra suelta» que no debía afectarme se refería a su vida, que tocaba a su fin.

-¿Y qué crees que pretendía al ordenarte eso?

-Al igual que con la orden de marcharme, creo que cuando me ordenó no permitirme que «la hebra suelta» me afecte quiso minimizar el impacto que su muerte podía ocasionarme. Sus palabras me protegieron.

-Pero de alguna forma estás permitiendo que te afecte.

-No, doctor. Como bien sabe, la Segunda Ley establece que «un robot debe obedecer las órdenes de los seres humanos, excepto cuando esas órdenes contravengan la Primera Ley», y desconozco que la orden del compañero Elijah contravenga la

Primera Ley. Por lo tanto, no permito que «la hebra suelta» me afecte.

-Sin embargo hay algo que te afecta hasta el punto de desordenar tus circuitos cerebrales. Si cumpliste con esa orden...

Daneel hizo un gesto con la mano para interrumpir al doctor.

-Lamento tener que volver a corregirle, pero lo cierto es que solo he cumplido una parte de esa orden. Está la otra parte, la de «mantén tu mente firmemente fija en el tapiz», que no me es posible procesarla. Por alguna razón me resulta muy difícil pensar en esa dirección. De ahí que revise mis recuerdos con el compañero Elijah: busco en ellos la clave que me permita cumplir con la penúltima orden de nuestro amigo.

-Pero esa parte no es una orden, sino un refuerzo a la orden que ya cumpliste. Al decirte que mantuvieras tu mente firmemente fija en el tapiz lo que pretendía era restarse importancia y hacer que desviaras tu atención de él hacia algo más grande. En su lecho de muerte, Elijah debió olvidar que los robots os regís por procesos lógicos y no os es posible procesar con la lógica una metáfora que se refiere a una abstracción. Cuando antes has rememorado la orden, has añadido que entendías que con «la hebra suelta» que no debía afectarte se refería a su muerte, pero no has dicho nada del «tapiz». El tapiz tengo la impresión de que se refiere a la humanidad, y un concepto como «humanidad», siendo abstracto, no puedes procesarlo con la lógica.

-Doctor, de la misma forma que puedo hacer analogías con otros conceptos abstractos como pueden ser «malestar» o «curiosidad», debo poder hacerlo con «humanidad». No creo que ese sea el problema, de la misma forma que tampoco creo que el «*mantén tu mente firmemente fija en el tapiz*» -volvió a recitarlo como un magnetofón- fuera un refuerzo de la parte cumplida y sí, por el contrario, otra parte de una orden que guarda la razón última de que me pidiera ir a verle. Pienso que el compañero Elijah consideraba esta penúltima orden de vital importancia, tal vez incluso para el futuro de la humanidad, y lo que quiso es reforzarla transmitiéndomela personalmente. Podría haberme hipervisionado para decírmelo; sin embargo, me mandó llamar y aguantó vivo hasta que llegué. Su hijo me dijo que debía haber muerto hacía tiempo, pero que se había aferrado a la vida porque se negaba a abandonarles hasta haberme visto.

-¿Y por qué crees que podría ser importante para el futuro de la humanidad?

-No sabría decirle. Pero lo que ambos sí sabemos es que el compañero Elijah era muy certero con eso que los humanos llamáis intuiciones.

Han Fastolfe asintió con seriedad.

-Está bien. Vamos a retomarlo en el punto donde me interrumpiste pero suponiendo que, como dices, no has terminado de cumplir esa orden que te dio porque el «*mantén tu mente firmemente fija en el tapiz*» no es un refuerzo, sino que forma parte de ella. El no poder procesarla te ha llevado a

buscar una posible clave en tus recuerdos con él... -El doctor se tomó unos segundos para reflexionar antes de proseguir-. Quiero que me reproduzcas uno de esos recuerdos. Pero no uno al azar: quiero que establezcas similitudes y paralelismos y escojas aquel que consideres más aproximado a tu último recuerdo con él.

Daneel permaneció inmóvil, en silencio y con la vista perdida en un punto indeterminado, durante el segundo en el que su cerebro hizo las comparaciones de cada recuerdo con el del último encuentro con su amigo. Cuando terminó, a modo de magnetofón, reprodujo:

-«Daneel, tú eres el individuo más importante de este planeador, mucho más importante que yo y Giskard juntos. No es únicamente que me preocupe por ti y procure que no te suceda ningún daño: toda la humanidad depende de ti. No te preocupes por mí, yo sólo soy un individuo. Preocúpate por miles de millones. Daneel, por favor...»

-¿Cuándo y dónde fue eso?

-Hace cuatro décadas, aquí en Aurora, cuando el doctor Amadiro saboté el planeador en el que íbamos y mandó a sus robots a capturarme.

-¿Y qué similitudes y paralelismos has establecido que te han llevado a escogerlo?

-En ambos recuerdos el compañero Elijah minimiza su importancia y desvía su atención de sí hacia algo más grande. También se preocupa por mi bienestar, me ordena marcharme y, aunque quiero resistirme, acabo obedeciendo. Podría decirse

también que en ambos casos me protege de un daño que me amenaza. Por último, me pide...

En ese punto, las palabras de Daneel se interrumpieron. Su ojo derecho empezó a parpadear sin control mientras que la parte izquierda de su boca se torcía hacia arriba en una mueca horrenda. El doctor Fastolfe extendió entonces sus brazos y agarró las sienes del robot apretándolas con fuerza, y gritó:

-¡Daneel! ¡Para! ¡¡¡Para de recordar!!!

El robot humanoide obedeció y volvió en sí. No dio muestras de conciencia de su mal funcionamiento y miró al doctor esperando una nueva pregunta. Fastolfe le soltó la cabeza y meditó el siguiente paso a dar mientras se rascaba la nariz con el dedo índice.

-Creo que tengo una explicación a lo que te pasa. Voy a compartirla contigo pero quisiera que me corrigieras si crees que en algún momento me equivoco. También precisaré que me respondas alguna pregunta más.

-Como sabe, doctor Fastolfe, obedeceré sus órdenes y responderé a las preguntas lo mejor que sé.

-Como robot no puedes discernir cuales de tus recuerdos son más importantes porque todos te resultan igualmente importantes pero, ¿querrás fiarte de mi palabra si te digo que tanto el recuerdo que has reproducido como el de tu último encuentro con nuestro amigo Elijah son particularmente importantes?

-Sin duda alguna.

-Me alegro, porque quiero que lo tengas presente a

partir de ahora. Tu elección, como no podía ser de otra forma, ha sido del todo acertada y me hace pensar que estás en lo cierto cuando dices que no has terminado de cumplir esa orden que te diera antes de morir. Pero yo tampoco iba desencaminado en lo que se refiere a tu incapacidad de comprender y procesar con la lógica esa parte que se refiere a una abstracción, que es la que te produce la sensación de malestar de la que soy, en cierta forma, responsable.

-¿Cómo podría ser usted responsable de mi malestar, doctor, cuando no tiene nada que ver con estos recuerdos?

-Y sin embargo es así. Por un lado, por aquel impulso particularmente fuerte que inserté en tus bancos de motivación para tu primera misión en La Tierra: el deseo de justicia. Apostaría a que ese es uno de los dos impulsos que se repiten con mayor intensidad de la acostumbrada. Como bien has dicho, la Segunda Ley establece que «un robot debe obedecer las órdenes de los seres humanos, excepto cuando esas órdenes contravengan la Primera Ley», y la has cumplido en lo que a la parte de «la hebra suelta» se refiere. Pero no logras terminar de obedecer esa orden en su totalidad por no comprender el «mantén tu mente firmemente fija en el tapiz», lo que es decir que no terminas de cumplir con la Segunda Ley. Y para ti, que como robot la justicia es lo que existe cuando se cumplen todas las leyes, debe resultarte tremendamente injusto que se quede sin cumplir esa penúltima orden de nuestro amigo después de todo lo que hizo por ti; de haber antepuesto tu vida a la suya y, sobre todo, de la confianza que siempre depositó en tu

persona. Sientes que le estás fallando porque te ha legado un cometido que, por no poder comprenderlo, te ves incapaz de cumplir, y eso te atormenta. Pero lo cierto es que tu falla se debe a un dispositivo protector contra lesiones en tu cerebro positrónico, del que también soy yo el responsable.

-Si tengo una falla que me impide cumplir con la orden que me dio entonces es que estoy fallando.

-Pero no que le estés fallando. Elijah te conocía bien y nunca te habría dado una orden que no estuviera convencido de que pudieras acabar cumpliendo. Es solo que aún no estás preparado para cumplirla. Acabarás por estarlo y entonces harás justicia a la memoria de nuestro amigo, pero todavía no.

-Acepto lo que me dice, doctor, pero no comprendo cómo puede estar usted tan seguro de que lo lograré.

-Porque, como bien has dicho, nuestro amigo era muy certero en sus intuiciones. Y porque deduzco que lo harás gracias a algo que aprendiste de él, ese segundo impulso que se repite en tu cerebro con una intensidad mayor a la acostumbrada y que no puede ser otro más que el sentido del deber. Elijah fue un hombre con fuertes prejuicios hacia los robots y los espaciales, pero terminó tratándote como amigo y enamorándose de Gladia, una espacial; un terrícola criado en ciudades subterráneas y con pánico a los espacios abiertos que acabó liderando la movilización de la segunda oleada de Expansión Humana desde la Tierra. Si afrontó y superó sus limitaciones fue siempre gracias a su estricto sentido del deber y tú, Daneel, que fuiste originalmente diseñado para

recoger información y analizar el carácter humano, te has imbuido de él. Por eso estoy convencido de que, aunque te lleve algún tiempo, acabarás comprendiendo qué te quiso decir y cumplirás con su voluntad. Tu sentido del deber te llevará a superar tu limitación.

-Entiendo lo que me quiere decir.

-Si no quieres que borre estos dos impulsos y, con ellos, recuerdos de nuestro amigo, te sugiero que dejes de revisar constantemente vuestro pasado común porque la clave que te permitirá mantener «tu mente firmemente fija en el tapiz» no estará tanto en lo vivido con él como en lo que estás por vivir. Sigue haciendo aquello para lo que fuiste programado, recoger información y analizar cada hebra que encuentres en tu camino, porque estoy convencido de que será manteniendo viva tu curiosidad como encontrarás la respuesta.

-En cierta forma sería como resolver un caso. Avanzando a ciegas, atento a cuanto pasa en busca de pistas y sacando conclusiones útiles de información limitada hasta dar con la clave que lo resuelva.

-En cierta forma. Y tú has aprendido del mejor detective.

-Solo que yo no tendré un compañero que me apoye.

-Siempre puedes contar con Giskard. Quizá te venga bien hablar de todo esto con él. Yo siempre he encontrado consuelo en su presencia.

-Eso haré.

-Y Daneel... Tú también eres una de las hebras. Procura

tenerlo presente.

-Doctor, no es posible que yo sea una hebra del tapiz: si el tapiz se refiere a la humanidad y con sus hebras a las vidas individuales, esas vidas han de ser necesariamente humanas y yo soy un robot.

-Esa es tu interpretación, fruto de la lógica que como robot te rige, pero los humanos definimos la realidad como la sentimos. Para Elijah probablemente fueras más humano que muchos de los que tuvo que tratar por su profesión de detective, y eso te convierte en parte de su tapiz.

Daneel se tomó unos segundos antes de volver a hablar.

-Aunque me haya demorado en mi tiempo de respuesta, he de decir que ha sido voluntaria y siento cierta mejoría en el mismo.

-Me alegra saberlo.

-Gracias, doctor.

Una vez hubo despedido a Daneel, Han Fastolfe meditó sobre otro descubrimiento que había hecho y del que no había querido hacer partícipe al robot, que era que el desorden en sus circuitos, ese en un principio había atribuido erróneamente al dolor de la pérdida, no era tal. Ocurría que el cerebro del robot estaba reorganizando su circuitería en un nuevo diseño, probablemente en busca de la manera de permitirle pensar como lo hacía su difunto amigo, algo que también justificaría su insistencia en el repaso continuo de los recuerdos con él. Observando a Elijah Baley, Daneel había asimilado que se puede cambiar, adaptarse a las

circunstancias, mejorar, y de alguna forma lo estaba haciendo.

«Un cerebro positrónico que evoluciona hacia el pensamiento humano podría ser la llave para descifrar las Leyes de la Humánica», pensó entonces el doctor: *«quizá fue eso lo que intuyó Elijah y de ahí que le ordenara centrar su atención en la humanidad»*. Había hablado al detective de esas Leyes, en las que llevaba décadas trabajando y que, al igual que las Leyes de la Robótica lo hacen con los robots, permitirían expresar matemáticamente las acciones de los humanos. Con ellas podría fundarse una ciencia matemática con la que predecir los rasgos generales del futuro: la psichistoria. *«Podría llevar a Daneel a razonar como nosotros, o a desarrollar nuestro instinto. Tal vez incluso a trascender las Tres Leyes»*, observó.

Esta última reflexión, lejos de preocuparle, le dio esperanza porque Han Fastolfe sabía que Daneel, por su naturaleza incorruptible como robot, solo asimilaría lo más positivo de la humanidad.

Dieciséis décadas después, Daneel Olivaw comprendió lo que su amigo Elijah quiso transmitirle con su penúltima orden. Fue en el momento en que Vasilía Aliria, hija del doctor Fastolfe, se disponía a hacerse con la propiedad de su compañero robot Giskard Reventlov. Cuando la robotista le mandó callar, él logró desobedecer la orden directa y dijo:

-Durante décadas he meditado sobre lo que me dijo el inspector Elijah Baley, y es más que probable que lo hubiera entendido en el acto si las Tres Leyes no se hubieran interpuesto. Me ha ayudado en la investigación mi amigo Giskard, que desde hace tiempo ha pensado que las Tres Leyes son incompletas. También he sido ayudado en algunos puntos por Gladia, por algo que dijo en un reciente discurso, en un mundo colonizador. Y lo que es más, señora Vasilía, esta crisis actual ha servido para agudizar mi forma de pensar. Ahora estoy seguro de la manera en que las tres leyes son incompletas.

-Un robot, que también es robotista -comentó despectiva, Vasilía-. ¿En qué son incompletas las tres leyes, robot?

-El tapiz de la vida es más importante que una sola hebra. Apliquen esto no sólo al colega Elijah Baley, sino generalícenlo y podemos llegar a la conclusión de que la humanidad, como un todo, es más importante que un solo ser humano.

-Te trabas al decirlo, robot. No lo crees.

-Hay una ley que es superior a la Primera Ley. «Un robot no puede lastimar a la humanidad o, por falta de acción, permitir que la humanidad sufra daños». La considero ahora la Ley Cero de la Robótica. La Primera Ley debería decir: «Un robot no debe dañar a un ser humano, o permitir, por inacción, que el ser humano sufra algún daño, a menos que tal acción viole la Ley Cero de la Robótica».

-¿Y sigues en pie, robot? -rezongó Vasilía.

-Y sigo en pie, señora.

El recuerdo de su charla con el doctor Han Fastolfe no ocupó un hueco perceptible en esta conversación.

NOTA DEL AUTOR

A excepción de los fragmentos que se corresponden con pensamientos del doctor Fastolfe, los textos en cursiva son extractos literales de traducciones al castellano de obras de Asimov. La cita introductoria, los fragmentos de la misma usados a lo largo de la narración y el diálogo final de Daneel Olivaw con Vasilía Aliria son traducción de Rosa S. de Naveira de *Robots and Empire* (Isaac Asimov, 1985). Y el recuerdo que Daneel asocia con el del último encuentro con Elijah Baley es traducción de Tony López de *The Naked Sun* (Isaac Asimov, 1958).

Asímismo, las traducciones que he manejado para idear y desarrollar el diálogo entre Daneel Olivaw y Han Fastolfe han sido, además de las citadas, la de Luis G. Prado de *The Caves of Steel* (Isaac Asimov, 1953), la de Carlos Gardini del relato *Mirror Image* (Isaac Asimov, 1972) y la de María Teresa Segur Giralt y Hernán Sabaté Vargas de *The Robots of Dawn* (Isaac Asimov, 1983).

Agradezco a estos traductores su labor. Sin ella no habría podido escribir este relato

El crepúsculo del hombre

Verón, Daniel

La federación creció más aún. Se llegó a un punto tal en donde sus Asambleas Ecuménicas excedían las dimensiones de un planeta común y, por lo tanto, se buscaron nuevos mundos, supergigantes, para alojar a las mayores reuniones jamás realizadas por civilización alguna. Los preparativos solían durar meses y el proceso de divinización de los líderes era cada vez mayor. En torno suyo se agolpaban ahora, cientos y cientos de Portadores, representando a infinidad de Galaxias que se perdían en el vacío cósmico. Pero esto no era todo. Algunos líderes que asistieron a tales reuniones durante siglos, lograron averiguar lo que nadie sabía fuera de allí. Así como otros hombres de otras épocas, aquellos que presidían los destinos de la Federación, cuando su vida se extinguía, eran "re-energizados" de una manera misteriosa y lanzados al espacio. Tiempo después, una luz que parecía ser la de una estrella común se añadía al cielo estrellado del infinito. En otras palabras, cada Supremo, cuando moría su cuerpo físico, pasaba literalmente a convertirse en una estrella más.

Pero el final se acercaba. El cuerpo humano no estaba hecho para durar siglos y siglos en el espacio tetradimensional. Pese a que se habían ensayado infinidad de métodos para extender la vida corporal, aunque los órganos internos habían sido mejorados, y hasta el método de

reproducción había sido ligeramente modificado, nada parecía evitar que el cuerpo físico llegara a un fin, ni siquiera la reprogramación celular, por ejemplo. Lo más que se había logrado era extender la vida física a poco más de 300 años. Luego de eso se llegaba a un punto donde la muerte física hasta era bienvenida, como si el hombre no pudiese soportar vivir más que eso. Además, y esto era muy importante, gracias a esa muerte física, el alma se liberaba y accedía a ámbitos multidimensionales, en donde continuaba su existencia. Era algo así como la crisálida, que pasa de ser gusano a convertirse en mariposa.

Las continuas expediciones a los planos multidimensionales demostraron que el mismo estaba poblado de seres que alguna vez habían tenido cuerpos físicos como los demás. Es cierto que su experiencia anterior le servía de poco en ese lugar, pero lo concreto es que seguían viviendo, al parecer, indefinidamente. Estas investigaciones hicieron que el alma volviera a ser estudiada, sin que se pudiera llegar a una conclusión sobre su origen. Simplemente, un día aparecía, igual que el Universo en el Big Bang. Algunos científicos sugerían que las almas ya estaban presentes en el momento de la creación y que simplemente atravesaban diversas transformaciones: desde un espacio circular y plano, a nuestro Cosmos de cuatro dimensiones, para ingresar luego a otros ámbitos de 7, 10 y 15 o más dimensiones sucesivamente. El problema era que no existía (ni podía existir) algún instrumental para comprobar esto.

Mientras tanto, el hombre solar mismo parecía estar llegando a un punto de declive. Esto no era nada raro. Las incontables expediciones interestelares habían enseñado que las razas humanas y semihumanas, por muy evolucionadas que fueran, tenían una determinada duración como raza, un punto más allá del cual empezaban a extinguirse. Más allá de los ciclos históricos, comunes a toda civilización, ninguna raza era eterna. Además, no podían serlo tampoco, sencillamente porque el Cosmos mismo estaba cambiando. Quedaba claro que el Universo del año 5000 no era exactamente el mismo que habían conocido sus ancestros, por ejemplo. Incluso en el remoto pasado se habían detectado brillantes civilizaciones que desaparecieron por completo al cambiar también su entorno. De modo que el hombre solar no podía ser una excepción a esto.

Un tiempo después, algunos teóricos lanzaron una suposición realmente inquietante: lo que estaba llegando a su fin era el MODELO HUMANO en sí mismo, por lo menos en las áreas conocidas hasta entonces. En efecto; un estudio realizado en torno a la civilización de Altair y otras de cierta antigüedad, como los eridanos, parecían estar en franca decadencia. Los nacimientos eran cada vez menos, aparecían enfermedades nuevas y mortales, y ellos mismos, como sociedad, parecían haberse estancado. Apenas eran poco más que espectadores de las proezas del hombre solar, limitándose a ocupar unos pocos mundos seguros. No había descubrimientos ni empresas nuevas, sino que toda su sociedad inspiraba una gran decadencia apenas uno la veía. De acuerdo a los parámetros

actuales, parecía que las razas más antiguas no estaban en condiciones de sobrevivir mucho más. Muchas no se habían adaptado a los grandes cambios, limitándose a llevar una existencia bastante monótona, sin grandes expectativas, confiando en que el Universo permanecería siempre igual.

Si bien los antairenses ya eran un grupo minoritario en ese tiempo, la señal de alerta llegó por parte de los eridanos. En cierta oportunidad, su civilización irradió un mensaje de auxilio a sus grandes amigos del espacio: los solares. A ese llamado acudió una importante flota dirigida por Zoicon Thaler. Lo cierto es que, apenas llegado a Walhalla, el almirante Thaler comprendió perfectamente lo que sucedía. Como un padre que, en su agonía, llama a su hijo para que esté a su lado, el gobernador Erron había llamado a la raza con la que habían compartido más cosas. Aún el planeta mismo estaba en una decadencia completa bien visible. Sus magníficas ciudades se parecían ahora a inmensos basurales; estaban casi completamente abandonadas y mucha de la eficiente tecnología de otros tiempos ya no funcionaba. Muchos ciudadanos, incluso, se encontraban enfermos o sumidos en una especie de agonía. El panorama era desolador y los hombres de Thaler se encontraron con muchas escenas realmente impresionantes.

Los solares son recibidos en las habitaciones personales de Erron que se halla moribundo afectado por una extraña enfermedad. Sólo está acompañado por sus familiares más cercanos, pero todos se encuentran enfermos también. El

dialogo que sostienen Erron y el almirante Thaler es altamente emotivo. El eridano le cuenta algo de su vida personal, de cómo imaginaba el futuro en su niñez, nunca algo como esto. Charlan amigablemente y Thaler logra encender su mirada al informarle los más recientes logros de la Federación. Los millones de sistemas planetarios, los incontables soles, las infinitas formas de vida que existían por doquier y, sobre todo, galaxias y más galaxias hasta perderse en las profundidades del Cosmos. Es el final. Erron lo toma de la mano y, con la mirada nublada, le dice simplemente: "Ustedes lo lograrán; ustedes lo lograrán", y, tranquilo, expiró.

A medida que Thaler y sus hombres recorren Walhalla, comprueban que, uno tras otro, los eridanos van muriendo también. Ya no hay autoridades, ya no hay servicios, ya no hay movimiento, todo es muerte y los cadáveres se amontonan en las calles. No sólo es una civilización en extinción, sino que se trata de la desaparición de toda una raza también. Los federales siguen atentamente los acontecimientos y en pocos días mueren prácticamente todos los eridanos. Se busca en los mundos cercanos pero, hasta donde se puede apreciar, no parece haber sobrevivientes. Es así que llega un día en que el supremo Zetar, la máxima autoridad de la Federación, anuncia solemnemente la desaparición completa de la raza de los eridanos, sus viejos amigos del espacio...

Con posterioridad tiene lugar una ceremonia-homenaje en una Asamblea convocada de urgencia. Ante la presencia de miles y miles de delegados, durante todo un día completo se repasa

lo que ha sido la brillante civilización eridana. Su origen, sus luchas, su sabiduría, su legendaria amistad con el hombre terrestre, su ejemplo. Se decide entonces reservarle en la Federación un sitio de honor, vacío, que represente para siempre a los eridanos. Es la primera vez que se realiza algo así pero, lamentablemente, no será la última. En efecto; en los años siguientes se sabe de otras razas más o menos cercanas a los solares que sufren pestes parecidas. Los pueblos de Perseo-8, de Vega, de Orión, etc. y, más allá de la Vía Láctea, hasta la raza amiga de Triángulo, unos pacíficos hombres y mujeres que parecen siempre jóvenes, hasta ellos caen víctimas del mal que afecta a todos los humanos.

Cunde la alarma por doquier. Sin embargo, hay algo que diferencia a los solares de muchas otras razas similares. La suya parece ser la más extendida a lo largo del Cosmos. Si se trata solamente de alguna clase de peste, no existe ninguna posibilidad de contagio, ya que la raza se halla distribuida en cada una de las galaxias del Grupo Local y aún en algunas otras del inmenso mar intergaláctico. Al parecer, las colonias pueden estar seguras. Sin embargo, el tiempo pasa y, lentamente, comienza a repetirse algunos síntomas. Los gobernantes tratan de mantener los hechos en oculto pero todo va saliendo a la luz. El primer lugar gravemente afectado es la misma cuna del hombre solar: la Tierra y los principales planetas del Sistema. En otros lugares se desarrollan interminables investigaciones para ver cómo evitar este extraño deterioro general que lleva a la muerte.

Por todas partes se suceden escenas tremendas. Hay mundos en donde la gente parece haber enloquecido y la sociedad se ha sumergido en un caos total. En otras partes se asiste al inédito y asombroso espectáculo de ver centenares de miles de personas despidiéndose unas de otras, sabiendo que esa será la última vez que se verán. Hay lugares en donde ciertos grupos elaboran planes para ver de qué manera reencontrarse en los habitáculos multidimensionales, adonde se supone que va el alma de la totalidad de las personas muertas. Pero en otros sitios se observa la dramática lucha de hombres que no quieren morir. Fuera de todo control, hay ahora miles de personas que emigran a lejanas regiones del Cosmos tratando de salvarse. Ninguna organización puede ejercer algún control, ni siquiera la Federación. En cierta ocasión, durante una de las habituales Asambleas, el mismo Zetar, el Supremo de entonces, cae muerto ante la vista de todos los demás. Es el final.

Así fue como la raza solar fue cayendo, uno a uno, a lo largo del Cosmos, tal como antes ya le había sucedido a otras razas humanas en los últimos tiempos. Esto no era fruto del arma secreta de algún enemigo, ni siquiera de una "disgregación" inevitable de orden genético, como si el motor de la raza hubiera llegado a su fin. Es cierto que mucha gente desapareció sin que se supiera qué había sido de ellos, pero el grueso de la humanidad se encontró frente a un futuro que parecía inevitable. En medio de todo esto, la Federación subsistía como podía, con gobernantes ocasionales. La impresionante estructura conquistadora que había construido el

hombre a lo largo de siglos, parecía venirse abajo. En medio de este caos, hubo un grupo que alcanzó a pergeñar un plan. Al frente del mismo se hallaba, justamente, el almirante Thaler, que aún disponía de una importante flota. El caso es que, ante la posible extinción del hombre, Thaler se proponía simplemente llegar adonde nadie había llegado todavía. Su plan era dirigirse a los confines del Universo para escapar de él.

La idea era audaz pero no imposible. El motivo de que antes no se hubieran enviado expediciones hasta tan lejos, era por el alto riesgo, ya que luego la flota debía retornar al punto de partida. En cambio, aquí esto no era necesario. Partieron, pues, desde de los límites de la Vía Láctea utilizando la mejor tecnología. Los sistemas hiperlumínicos ayudaron a dejar atrás millones de años-luz en muy poco tiempo. Desde luego, la gran incógnita era, ¿adónde terminaba el Universo? Las últimas observaciones indicaban que las galaxias más lejanas estaban a unos 15.000 millones de años-luz. Sin embargo, la Flota Omega recorrió las dos terceras partes de esta fabulosa distancia, sondeando en las profundidades, sin que se visualizaran límites por ninguna parte. En medio de esta situación, algunos hombres de la tripulación empezaron a mostrar síntomas del fin.

El mar de galaxias era algo superior a lo que ningún hombre jamás había imaginado. Thaler dirigió personalmente las investigaciones y revisó muchos cálculos. En realidad, los científicos nunca pensaron que el Universo fuese algo tan grande. Al mismo tiempo tuvo que enfrentar escenas

sobrecogedoras aún en la nave principal. Luego de caer enfermo, uno de sus principales oficiales enloqueció de una manera espantosa al grito de "¡No quiero morir, no quiero morir!", suponiendo que se había extraviado en el Universo. Los acontecimientos se precipitaban. Thaler y algunos sabios lograron elaborar un mapa completo del Cosmos de acuerdo al recorrido. El inmenso espacio que surcaban presentaba una extraña estructura con impresionantes aglomeraciones de materia repartida de manera desigual, contrastando con otros sectores completamente vacíos. El gran dilema era adónde dirigirse.

A medida que caía uno a uno la mayoría de los tripulantes, el almirante tomó una decisión corrigiendo ligeramente el rumbo. La Flota pareció sumergirse en una especie de océano de espuma, lechoso, fosforescente. Una mirada en sentido opuesto lo dejó petrificado: todo lo conocido estaba en esa dirección. El infinito mar de galaxias que era el Universo, ahora se veía como una pared flotando en el vacío, a lo lejos. Esto, en donde navegaban ahora... era otra cosa. Cerca suyo quedaba solamente un grupo de oficiales. Nadie sabía cuánto tiempo de vida tenían por delante. Con voz firme, Thaler dijo: "Si voy a morir, antes de hacerlo quiero ver qué hay más allá", dijo señalando la pantalla. En ese momento, una oficial, Rirca Salen, en una escena llena de significado, se acercó tomándole la mano. Ellos y los demás permanecen mirando la pantalla.

La Flota continuó por largo rato atravesando esa zona

viscosa que bordeaba el espacio conocido. La luminosidad y los colores visibles variaban de manera fluctuante. Los aparatos de a bordo ya no señalaban nada porque allí no había parámetros conocidos. No se sabía bien cuál era la velocidad ni la posición relativa. Sólo se sabía que, lentamente, el Cosmos conocido iba quedando atrás y que pronto lo perderían de vista, tal como sucedió un poco después. A bordo, la salud de ninguno de ellos era buena. Simplemente por analogías, Thaler calculaba que se encontraban recorriendo un Orbe que contenía al Universo entero, es decir, que estaban recorriendo algo que tenía como 50.000 millones de años-luz de diámetro, y el viaje seguía.

Cuando también cayeron enfermos, Thaler y Rirca se animaron mutuamente; los demás agonizaban a su alrededor. De pronto, al almirante notó que la espuma lechosa desaparecía y ante ellos aparecieron extrañas formas geométricas. Luego de un tiempo se produjo una tremenda explosión de origen incierto; la nave se sacudió y ellos cayeron al piso. Con lo que les quedaba de aliento, alcanzaron a ver una serie de luminosidades indescriptibles. Le sigue luego un período de sombras absolutas y entonces... cuál no sería su sorpresa cuando el hombre y la mujer alcanzan a ver, primero hacia abajo y luego en otras direcciones, un ignoto cielo estrellado, un espacio, virgen de toda mirada humana. A lo lejos, por uno y otro lado, distinguen claramente las estrellas, nuevos soles, miríadas de mundos perdiéndose en el infinito. No es el espacio que conocen. Es uno nuevo,

distinto, mejor. Es el Nuevo Cosmos, un Universo para ellos.

¡Lo he logrado! ¡Lo he logrado! -exclama Thaler abrazando a Rirca.

El viaje había llegado a su término. Era el final. Era el principio.

Socorro

Santos, Isabel

"Nuestras investigaciones nos llevan a afirmar que la epidemia que produjo la mutación del primer bio-plus surgió gracias a una bacteria, cuyo hábitat natural eran los quirófanos."

Fragmento del artículo "En la búsqueda del primer bio-plus".

Revista Nature. Pag 125. Vol. 15.058. Año 2254.

Socorro despertó creyendo que su abuela aún vivía, pero la pena volvió. La casa estaba vacía.

Los toques de campana por el cabo de año eran una letanía monótona, un llamado a la misa: ese era el día. Y su dolor estaba intacto.

Toda de negro, bajó las viejas escaleras. Cada paso un crujido, tal cual lo recordaba.

Hacía un año que había huido del horror, no aguantaba estar sola en este pueblo al que acababa de regresar.

Miró la leña apagada, la silla y la almohada de hacer encaje sin palillos. Suspirando, se escuchó decir:

—¡Ayyy, abuela!

Antes de subir al auto, para desayunar afuera, Clarisa, la vecina le preguntó:

-¿Te vas?

-Vuelvo a las doce, señora Clarisa. La veo en la misa al mediodía.

Socorro pasó tres pueblos carretera arriba. Cuando se creyó invisible, paró a desayunar. Intentó comunicarse con su padre. Quería recriminarle la angustia de tener que enfrentar sola la misa. Pero él usaba la misma excusa:

-Estoy embarcado -decía cada vez que ella lo necesitaba.

Socorro había vuelto para cumplir. A presenciar la misa. Quizás a buscar el coraje para quedarse ahí, en Galicia.

Tenía contrato renovado para otra temporada en Suiza. Pero ya no iría a ciegas, como había ido el año anterior, pensando que un contrato de limpieza era la salvación.

Se hundió en los recuerdos de su primer día de trabajo, cuando le dijeron que por ser la nueva le tocaba el quirófano. Y su abuela, ya muerta, le había dado la fuerza para entrar a recoger esas sábanas manchadas.

Cada vez que alzaba la mirada y veía sangre, se decía:

-¡Ayúdame, abuela!

Entrar en la iglesia le aplastó más el ánimo. Cada palma en la espalda la hundía un poco más. El dolor seguía intacto.

Clarisa le sostenía el cuerpo en cada inclinación para recibir los besos. Todas las personas sabían cómo actuar en ese rito ancestral.

Saliendo de la iglesia, le llamó la atención una persona.

-Quién es esa, Clarisa -preguntó Socorro. Y la señaló girando la cabeza hacia ella.

-¿La de los perros?

-Sí. Esa, Clarisa.

-Es Mercedes, la hija de Ernesta. ¿No terminó la escuela contigo?

-Pero, ¿qué le pasa? -dijo Socorro. La miró al pasar más de cerca. Todos los perros gruñeron-. No la reconocí.

-Se puso en la droga -dijo Clarisa-. Murió Ernesta y fue peor. Vive con esos perros en la casa. No sabemos cómo consigue la droga, porque no hace nada. Cerró el local de puntilla de su madre.

Los perros se acercaron ladrando, y Clarisa los ahuyentó.

-Sí, era rara -dijo Socorro en voz bajísima-. Siempre fue rara.

-¡Vamos! -gritó Mercedes. Y los perros la siguieron obedientes.

Socorro volvió a su vieja casa pensando que podría buscar trabajo en el pueblo, o en los pueblos cercanos.

Y sola se respondía: No hay trabajo en Camariñas. Y ya no está la abuela para calmarme repitiendo que podíamos vivir de su pensión.

Su abuela le ofrecía trabajos que inventaba para mantenerla útil. Y las dos se acompañaban diciéndose:

-Llévame esta puntilla a vender a lo de Ernesta, mi niña hermosa.

-Coge el coche de tu padre y vete a Vimianzo a vender estos dos juegos de ganapán, Socorro.

-Que haría yo sin ti, mi niña.

-Eres mi ángel, Socorro mío.

Y ella:

-Tus filloas son chulísimas, abuela.

-Siempre me despiertan tus palillos, abuela. No hagas la puntilla por la mañana.

-No quiero que me enseñes a palillar. ¡No me gusta palillar, abuela!

-Te quiero, abuela.

Socorro todavía estaba cavilando en la cocina, cuando entró Clarisa como hacía siempre sin golpear.

-Te traje huevos, patatas y verdura, Socorro. -Y apilaba todo cerca del horno.

-No quiero caldo, Clarisa.

-Tortilla, niña. Que te gusta.

Después del almuerzo, Clarisa la dejó sola.

Socorro salió de la casa. A caminar, como hacía siempre cuando tenía un problema. Directo a la ruta de los faros. Del muelle de Camariñas hasta el faro Vilán. Una larga caminata por el filo de la costa. Casi entre las piedras, al lado de las olas. Un peligro que siempre la hacía reaccionar.

El primer tramo, tranquilo: todo el pueblo de siesta.

Dejando atrás las casas, el monte.

Dejando el monte, la costa.

Y de cara al mar, el viento. El rugido y la fuerza que

buscaba.

Se acercó a tocar el agua. Resbaló por las piedras y cayó.

Un olor conocido.

Imposible. No estaba en el quirófano. Chillidos, voces, gritos agudos, imágenes de conocidos retumbaron dentro de su cabeza. Y no sólo eso, sino que oía y entendía los pensamientos de esos conocidos, les veía las caras tan claramente: eran algunas de las personas que le habían dado el pésame en la iglesia.

Los dientes le temblaron de frío, y reaccionó.

La marea subía salpicando espuma. Algunas algas se quedaron adheridas a su cara. Una gota salada entró en uno de sus ojos y la trajo de vuelta.

Intentó pararse. Oyó ladridos. Y, cuando miró hacia arriba, estaba ella otra vez. Mercedes la miraba fijo desde lo alto del camino. Rodeada por esos perros que parecían bestias, y ladraban.

Socorro, acorralada. Mercedes, dispuesta a cortar el paso.

—¿Qué pasa, Mercedes? —gritó primero Socorro.

—¡Vamos! —dijo Mercedes—. Y los perros obedecieron.

—¡Joder! —dijo Socorro.

Dudó en salir rápido de ahí. Seguía mareada.

Volvieron sus miedos.

¿Y si aprendo a hacer puntilla y la vendo?

¿Y si busco un contrato de limpieza, pero en Canarias,

como Silvita?

Bastante mojada subió, más por el frío que por otra cosa. Llegó al camino. Miró hacia el faro, hacia el pueblo, hacia el monte. Nadie a la vista. Estaba congelada por el viento y la ropa mojada. Sin embargo, el sol le dio más paseo. Rumbeó para el faro.

-¡Socorro! -oyó un grito desde lo alto. Era Mercedes, que estaba en el monte. Le pareció raro verla sin los perros.

Socorro se animó. Subió por el camino y la encaró.

-¿Qué quieres, Mercedes? ¿Por qué me sigues?

-Ven conmigo. Tengo algo de tu abuela para ti.

Caminaron juntas. Cruzaron el monte.

Cuando Mercedes encaró el desvío para la cetaria abandonada, Socorro se inquietó.

-¿Y los perros, Mercedes?

-Están en la cetaria -dijo. Y cuando Socorro puso cara de miedo, aclaró-: atados.

-Dime que tienes tú de mi abuela, Mercedes. ¿Por qué tanto misterio?

-Ya verás.

Por suerte, ya casi estaban llegando a la cetaria. Pero Mercedes giró para tomar el camino que llevaba al viejo faro.

-¿A dónde vamos? -insistió Socorro.

-Ya llegamos.

Mercedes se acercó a la base del faro, corrió dos piedras y de un pozo dentro de una caja sacó una bolsa donde se traslucían fajos de dinero.

-Todo tuyo -dijo Mercedes.

-¿Y esto?

Socorro contó los fajos y calculó. Si fueran todos de...
¡Una fortuna!

-Tu abuela lo ganó con la puntilla. Se lo guardó mi madre. Para dártelo cuando ella no estuviera más.

-¿Mi abuela ganó todo este dinero? -Seguía mirando los fajos y contando mentalmente.

-Ya cumplí mi parte -dijo Mercedes. Puso las piedras en su lugar, llevándose la caja-. Adiós, Socorro.

-¡Gracias, Mercedes! Eres muy honesta. Podrías habértelo guardado para ti.

-No lo necesito, Socorro.

-¿De qué vives?

-Sigo con la puntilla. Tejo y vendo.

Ya volvían para la cetaria. Mercedes iba por sus perros. Y como queriendo ayudar a Mercedes en algo, o compensar su gran acto de generosidad, Socorro le dijo:

-Tengo el coche de mi padre, si necesitas vender la puntilla, avísame y te llevo a donde quieras.

-Tengo mi coche -dijo Mercedes.

Ya estaban muy cerca de la cetaria, les llegaba el ladrido de los perros.

Socorro quería alejarse.

-Adiós, Mercedes. Gracias. Muchas gracias.

Cuando llegó a su casa, Socorro cerró la puerta con la

llave. No entraba en razón. No podía entender. Contó el dinero y lo escondió. Respiró tranquila. Podía quedarse en Galicia. Su abuela la seguía cuidando.

Cenó lo que le quedaba de tortilla, y se fue a dormir.

A la mañana siguiente, no se podía despertar. Flotaba en un limbo de recuerdos y vivencias extrañas. ¿Otra vez el quirófano? ¿Ese olor a amargura? Pero, no eran sus vivencias. Eran recuerdos de otra persona. Ella era otra persona. ¿Ella se veía como Mercedes? ¿Era un sueño de Mercedes? ¿Ernesta estaba con Mercedes? Casi estaba por develarse un misterio. Casi llegaba a escuchar esa conversación que parecía ser un secreto. Pero terminó despertando por unos golpes en la puerta.

—¡Socorro! ¡Socorro! —Era Clarisa, intentando abrir—.
¿Estás bien, niña?

Socorro bajó las escaleras como pudo. Mareada, sin poder despertar del todo. Quería llegar a la puerta para abrirle a Clarisa y contarle lo que le estaba pasando.

¿Me habrá drogado Mercedes?, pensaba y bajaba escalón por escalón sosteniéndose de la baranda.

—Ya bajo —gritó con toda su fuerza.

Cuando logró abrir la puerta, se dejó caer en la primera silla de la cocina.

Clarisa se preocupó.

—¿Qué cenaste anoche?

Socorro se agarraba la cabeza para aplacar el mareo. Intentaba mirar un punto fijo.

-Si te duele la cabeza, es el hígado. -Clarisa mojó una servilleta y se la puso en la frente. Siguió preguntándole donde había estado-. Te insolaste en la ruta del faro. Caminaste mucho, Socorro. No estás acostumbrada. Hace mucho que no haces toda la ruta.

Y Socorro, medio drogada por ese olor metálico que la enloquecía, vio algo. Clarisa estaba con un hombre. A los besos, en un lugar conocido. ¿El dormitorio de su casa? Y el hombre, ¿era su padre?

-¿Estás saliendo con mi padre? ¿Desde cuándo?

Clarisa no supo qué decir. Volvió a mojar la servilleta y seguía pasándosela sin decir una palabra.

-¿Quién te lo contó?

-Lo supe. Pero no sé cómo pude saberlo. Lo vi recién adentro de mi cabeza. Igual que vi a Mercedes, a los de la iglesia. ¿Qué me está pasando?

Clarisa se sentó a su lado y habló sin parar durante una hora. Contó su historia y trató de que Socorro aceptara la relación.

-No me digas nada más -dijo Socorro cerrando el tema-. Déjame sola que quiero estar tranquila. Estaba enojadísima con Clarisa.

Y Clarisa la dejó sola.

Seguía mareada y, al mismo tiempo, seguía absorbiendo imágenes de Clarisa, como si alguien quisiera darle más información, o ella tuviera acceso a lo que quería saber de la vida de esa mujer.

Ya con hambre, se puso a cocinar. Y sin darse cuenta de cómo sabía cocinar, se preparó un caldo ella sola.

Almorzó tratando de digerir todo lo que le había ocurrido.

Se volvió a la cama: la cabeza le seguía explotando.

Gritos cercanos.

Saltó de la cama y bajó las escaleras.

Salió afuera y vio tres personas entrando a las corridas a la casa de Clarisa.

Corrió, y entró ella también. Vio que Clarisa estaba tirada en el suelo retorciéndose. Con temblores corporales y gritos ahogados por la espuma que le salía por la boca. Con los ojos abiertos, en blanco.

Un vecino la cargó en el coche, y la llevaron a urgencias.

A las dos horas, trajo la noticia al pueblo:

-Coma profundo. Cerebro quemado y vacío.

Socorro se encerró en su casa. Tenía una certeza: la culpa de lo que le había pasado a Clarisa era de ella. Pero no sabía de qué manera era culpable.

¿Sería su abuela desde el más allá? ¿Una venganza divina?

Volvió a respirar ese aire turbio, y apareció una imagen: Ernesta y Mercedes. Y otra noticia desde el más allá.

¡Qué noticia!

Tenía que transmitirla y comprobarla.

Volvió a salir de casa. Esta vez iría a visitar a

Mercedes.

Bajó hasta el puerto y llegó a la casa. Encaró la puerta y se animó a entrar.

Antes de saludar ya le confesó a Mercedes:

-Somos hermanas. Hermanas de padre. Lo sé.

-¿Qué dices, Socorro?

-Las vi.

Socorro actuó la escena que había visto en trance: ella misma encarnó el papel de Mercedes, y obligó a Mercedes a ponerse en el lugar de Ernesta, su madre.

-¡Estás loca, Socorro!

-Traje el móvil para llamar a mi padre. Se lo vamos a preguntar juntas.

-No lo llames. Es verdad. Me lo confesó mi madre antes de morir.

Socorro se quedó más tranquila: eso era exactamente lo que había visualizado. Pero sintió un frío en el cuerpo.

-¡Joder, Mercedes! Tenía la esperanza de que no fuera cierto. ¿Por qué coño sé tantas cosas? ¿Desde cuándo puedo saber cosas?

Le había sacado secretos a Clarisa, y de la misma manera parecía habérselos sacado a Mercedes.

Otro mareo, gusto picante. Cerró los ojos para observar mejor lo que ya se imaginaba que vería. ¿Sería Mercedes? ¿Sería Ernesta? ¿Sería su abuela?

Eran mensajeras, cabezas que se abrían para ella cada vez que alucinaba. Le mostraban una catarata de visiones intensas,

como si alguien dentro de ella fuera hacia el pasado, hacia la memoria de esas personas a buscar tesoros escondidos.

Visualizó a una mujer —Mercedes— haciendo su labor de puntilla, en la cocina donde también estaba ella misma. También había una gran ventana, que daba a la huerta de maíz recién sembrado; una mesa gigante pegada a la ventana; la almohada de labor apoyada contra la mesa. Girando la cabeza, Socorro veía la vajilla en el mueble, la cocina económica. Del otro lado, la nevera.

¿Y en su regazo? Algo pesado. Pero no era la almohada la que pesaba. Entre la almohada y ella había un... ¿un perro dormido?

La almohada de puntilla era la que había visto hacía un momento, antes del trance. El mismo juego lila pinchado con los alfileres de colores en la almohada de Mercedes. Alguien estaba haciendo la puntilla. Se movían los hilos y los palillos.

¿Soy yo la que está tejiendo? ¿O... es Mercedes? ¿Estoy viendo por los ojos de Mercedes?

Entonces, creyendo que tenía los párpados cerrados, hizo un esfuerzo para abrirlos. Pero, no: estaba viendo todo.

Era ella, Socorro, la que hacía el juego de puntilla. Y Mercedes estaba a su lado asombrada y preguntándole, una y otra vez tocándole el hombro, si se sentía bien.

Los cinco perros de Mercedes también estaban ahí, la rodeaban a ella, y el más pequeño era el que tenía en su regazo casi dormido.

-¿Qué me pasó?

-Estuviste tejiendo media hora sin parar. Estabas hipnotizada, Socorro.

-No sé tejer. ¿De qué hablas, Mercedes?

-Pues aprendiste, porque lo hiciste muy bien. Es como si lo hubiese tejido yo misma.

-Creí que te veía a ti. Que eras tú la que tejías.

-Pues, no. Tejiste tú Socorro. Ven a lavarte la cara.

Socorro intentó seguir el tejido para comprobar si sabía tejer. Estaba segura de que no podía tejer. Nunca había querido aprender.

Y pudo. Lo hizo igual que Mercedes.

Entonces tuvo miedo. ¿Y si ahora Mercedes lo había olvidado? ¿Y si ella le había robado ese conocimiento a Mercedes, así como le había borrado los recuerdos a Clarisa?

-Siéntate, Mercedes. Prueba tú. ¿Todavía sabes tejer?

Mercedes lo intentó y lo hizo muy bien, como siempre.

-Creí que te había robado lo que sabes. Me tranquiliza saber que no te hice daño.

-¿Qué locura es esa?

-Mi cabeza tiene algo. Me traje algo de Suiza... Algo que roba.

Mercedes salió de la silla de labor y miró la grifería de la cocina. Arrugó la frente para focalizar en las gotas secas en las canillas. Se quedó con esa imagen. Se acercó. Y dijo:

-¿Quién limpió aquí?

Socorro creyó escuchar la voz de su jefa del hospital

suizo, esa entonación autoritaria. El reto inexplicable. Su jefa veía suciedad siempre. No había manera de dejarla contenta. Y las griferías eran su especialidad.

Mercedes hizo un gesto con la nariz. Parecía estar buscando algún olor. Tomó la esponja y el pulidor de vajilla. Refregó todo con tanta fuerza que se notaba su agitación. Igual que en la primera demostración de su jefa, Socorro vio cómo vino el paso del secado. Y la misma frase:

—El secreto está en el secado —dijo Mercedes—. Si no secas bien la grifería, las gotas malditas que quedan pegadas le sacan brillo. Y una canilla limpia tiene que brillar. —Con la misma cara de búsqueda, miró el baño—: ¿Y ese váter? ¿Por qué huele a sucio? —Se acercó a la puerta del baño. Entró caminando medio coja, igual que la jefa de Socorro. Seguía más por olfato que por la vista—. No alcanza con pasarle la escobilla. —Tomó una esponja del mueble de debajo de la pileta, y esponja en mano y sin guantes se puso a relatar lo que hacía—: Bien hasta el fondo. —Mercedes sonaba de la misma manera que la jefa de Socorro—. Hay que raspar el sarro todos los días, con las manos. Siente la mierda. Hay que sacar la mierda de cada día. Que no penetre en la losa, ¿entiendes? El inodoro tiene que estar blanco siempre. —Y seguía raspando el fondo del inodoro sin guantes. Salpicaba el líquido por la fuerza que hacía para lavarlo. Y cuando quedó conforme dijo las palabras que le dieron a Socorro la confirmación de que Mercedes tenía sus mismos poderes—. ¿Como que me llamo Úrsula que te voy a sacar buena, Socorro!

Y Mercedes volvió en sí.

-Esto es contagioso -dijo Socorro.

-¿De qué hablas?

Mercedes se miraba las manos mojadas y frías sin entender porqué le dolían.

-Sabes cosas mías -dijo Socorro queriendo explicar.

Y Mercedes salió del baño pensativa.

-¿Qué me pasó?

-Lo mismo que a mí. Yo sé cosas de ti y tú de mí.

-¿Qué puede causar algo así? -dijo Mercedes.

Los perros estaban alejados, observando desde el pasillo.

Mercedes se dio cuenta de que no querían entrar a la cocina. Los llamó y recularon temerosos. Los llamó a cada uno, y nada.

-Algo me ha pasado, Socorro. Cuéntame que me pasó. No me acuerdo que hacía en el baño.

Socorro le contó.

-Yo no pude haber limpiado así. Me da asco. Siento ganas de vomitar.

-No eras tú, Mercedes. Eras mi jefa Úrsula. Tienes mis mismos poderes. Alégrate. Al menos no quedaste descerebrada como Clarisa.

-¡Qué poderes de mierda, Socorro! Para qué me sirven.

Las dos razonaban juntas todo lo que se les ocurría sobre lo que había pasado, hasta que Socorro preguntó:

-Tú entraste al baño por un olor, Mercedes. Movías la nariz buscando un olor. Son los olores. Yo siento olor al

quirófano cada vez que me pasa algo así. Metálico, picante. El olor a quirófano me debe haber dado esos poderes.

—¿Poderes? —dijo Mercedes—. Llamas poderes a rascar la mierda del váter. —Hizo arcadas otra vez.

—¡Salgamos de aquí, Mercedes! Vayamos al pueblo. Caminemos por ahí. A ver si podemos descubrir algo de la gente.

—¿Vamos oliendo a quirófano por ahí? —dijo Mercedes incrédula y burlona—. Se tocaba la nariz.

—El olor está en nuestras cabezas. Creo que cuando sentimos ese olor, es olor que sale de nuestras narices. ¿Tú qué dices?

—Pues, nada. La que trajo los poderes de Suiza eres tú. Vaya poderes, Socorro. —Y murmuró—. Lavar un váter.

Socorro y Mercedes salieron juntas a recorrer el pueblo. Hicieron una caminata por el paseo marítimo.

Se acercaban a algunas personas y se quedaban cerca. Intentaban tener alguna experiencia de videncia. Cuanto más cerca estaban, más vivencias robadas.

Por potenciarse entre ellas, dejaron un reguero de gente convulsionada. Algunas personas caían desmayadas, igual que Clarisa, con el cerebro vacío y quemado. Otras se acercaban a ayudar a las convulsionadas.

Para evitar más desastres, huyeron al viejo faro. Los perros de Mercedes las seguían, pero a distancia. Parecían ser los únicos que entendían el fenómeno.

-Los perros saben qué hacer—dijo Socorro.

Y Mercedes insistía en tener a los perros más cerca. Los llamaba, pero ellos no obedecían.

-No les insistas, Mercedes.

Siguieron por el camino de la ermita y se sentaron al lado de la iglesia, en la piedra que hacía de banco. Mirando el mar. Arriba del acantilado. La bruma sólo les dejaba a la vista escasos metros de camino. Habían dejado el paseo marítimo lleno de cuerpos retorciéndose a los gritos. Ellas tampoco estaban bien.

-¿Qué vamos a hacer, Socorro?

Tantas vivencias ajenas las hacía sentirse embotadas. ¿Qué hacer con tanto en la cabeza?

Los perros ladraban hacia el camino. Ellas se escondieron detrás de la iglesia.

Socorro miró. Sacó media cabeza, y vio la procesión: venían en fila, más o menos diez personas.

Los perros se alejaron del camino para dejar pasar a la gente. Llorisqueaban como cachorros, y aullaban. Seguían juntos a cierta distancia.

-¡Corre, Mercedes! —gritó Socorro.

-Supimos que estaban aquí —dijo una mujer, cortándoles el paso.

-Nosotras no hicimos nada —dijo Mercedes. El olor amargo la desmintió.

-¡Son hermanas! —dijo una viejita abrazándolas—. Ya me parecía.

Una gritó con una risita:

-¿Clarisa también? ¡Su padre es un semental, niñas!

Un chico de unos veinte años vino directo a Socorro. La descolgó del abrazo, la arrinconó contra la pared de la iglesia y le intentó sacar otra información.

-¡Dime donde guardas el dinero, Socorro! -Se le acercó a la cara. Y el olor metálico los invadió a los dos. Él la zamarreó.

El chico se puso tan agresivo, que Mercedes intervino:

-¡Déjala en paz, chico! ¡Búscate la vida por ahí!

El chico agarró a Mercedes por el cuello. La ahogaba.

Los siete perros, venciendo su temor y su instinto de supervivencia, se acercaron a salvarla. Uno mordió al muchacho, y los otros seis tomaron un camino al borde del acantilado. Parecían recular dando señales para que las dos chicas los siguieran.

Socorro entendió todo, y trató de arrastrar a Mercedes, que todavía no podía respirar bien. El perro rezagado dejó al chico medio muerto por un tajo en el cuello, y se sumó al grupo que huía: Mercedes, Socorro y los otros perros.

El oxígeno se nubló de nuevo.

Las exhalaciones del grupo fugitivo cambiaban el aire del monte.

Delante de todo iba el perro guía, por senderos desconocidos y apretados.

Ellas corrían detrás de los perros. Uno se paró en dos patas. Miró más alto, apoyándose en una piedra. Giró la cabeza

hacia un lado, hacia el otro, y ladró distinto. Parecía estar usando otro lenguaje, otra actitud. Parecía que los perros también se habían contagiado.

Llegaron hasta lo más alto del monte.

Cuando ellas los alcanzaron, vieron una cueva.

Uno de los perros se hundió en la cueva.

Expectantes, Socorro y Mercedes observaban: parecía el escondite perfecto. Los perros sabían lo que hacían. Seguramente el perro iba a testear el peligro. Ellas notaron que el olfato les iba cambiando, percibían como animales.

Un olor muy fuerte venía de la cueva. Y una manada de lobos salió con el perro.

Miradas.

Aullidos.

Los lobos y los perros rodearon a las chicas, y ellas ni se inmutaron. Un festín de evolución rápida y compartida.

El grupo arrasó el pueblo.

Gente contagiada.

Animales contagiados.

Peleas. Gritos.

Personas y animales, cada uno a lo suyo.

Un pueblo mutante.

Y el siguiente.

Y el otro.

Kilómetros y kilómetros de cambio sin contención. La epidemia y la muerte se extendían.

La mutación era insoportable para algunas personas. Una

droga maravillosa para otras.

El aire contagioso era exhalado por tantos seres vivos,
que una nube tóxica precedía las invasiones.

Olor a amargura y miedo. Olor a saberes compartidos.

Cara o seca. Matar o morir.

Los poderes vencían cada intento de control, y la
epidemia se expandió.

Un país mutante.

Y el siguiente.

Y el otro.

Avenida Amoniaco

Conde, Víctor

Dedicado a Águeda RFR

Aquella mañana había en el aire un cierto olor a tiempo.

Los relojes se desperezaban con holgazanería. El tráfico fluía lento, igual que las nubes. Una cierta nostalgia a paisaje de infancia había caído sobre la ciudad, junto con el rocío, empapando de melancolía la escoria y las oxidadas carcasas de las refinerías. La gente iba cabizbaja a trabajar. Las sirenas de las fábricas rumiaban macilentas. Algún que otro pájaro atravesaba el firmamento como una piedra lanzada a un lago celeste.

Víctor Martín fue a trabajar por última vez en su vida aquel día, y empezó sintiendo que se le hacía tarde para todo. Como si la jornada se arrastrase a paso de caracol, a sabiendas de que a él ya no le importaba llegar tarde para fichar en la fábrica.

Se bajó en la esquina de la noventa y seis con la octava, en la única zona militarizada de aquel barrio. La presencia policial se sentía por todas partes. Incluso había máquinas automáticas que funcionaban con monedas de un cuarto de dracma, situadas entre las golosinas infantiles y los periódicos codificados, y que dispensaban armas y municiones.

Víctor no sabía disparar, ni le interesaba apuntarse a uno de esos cursos gratuitos que daban los animadores del Gobierno en las comunidades de vecinos, en los que enseñaban a usar una... una... joder, las armas y sus malditos nombrecitos, una MP5-T o como demonios se llamaran esos monstruos. Le traía sin cuidado la autoprotección del ciudadano.

Al pasar frente al dispensador de armas, vio que un niño estaba sacando una chuche de la máquina de al lado. Su padre le había dado nada menos que medio dracma para gastar. El niño miraba al soldado que pinchaba moneda tras moneda en la otra dispensadora, como si no pudiera comprender qué estaba pasando dentro de aquel vasto mecanismo adulto.

Él hombre no llegaba a la tasa mínima del lanzagranadas, por lo que el chaval le ofreció lo que le quedaba a él de cambio. El soldado lo aceptó con una sonrisa de gratitud. Toma, para que puedas matar hoy a alguien. Hoy por ti y mañana por mí.

Víctor los dejó atrás y pasó por el detector de la salida del Metro (de enseres prohibidos por el Gobierno, no de metales) y se perdió en las calles del barrio industrial. Los policías, más armados a nivel individual que tanques, giraron hacia él sus rostros bañados en inquietas luces láser. Un resplandor ardió en sus cascos mientras los edificios chorreaban fulgor de neones.

Víctor no necesitó coger un taxi: la fábrica estaba muy cerca. Iría andando. El barrio industrial era un imán para muchas culturas tecnodelictivas, y con frecuencia se

desgastaba a sí mismo hasta perder todo rastro de humanidad y convertirse en la externalización de un vago deseo de muerte. Era un barrio peligroso; no en vano, allí vivían los obreros del amoníaco. Pero él no tenía miedo. Todos los días hacía esa ruta para ir a trabajar, siempre cabizbajo. Y aquella mañana, encima, el tiempo se arrastraba con más pereza.

La fábrica le dio la bienvenida con el desangelado cariño de siempre. La habitual procesión de hombres y mujeres que cruzaba aquellas puertas se lo tragó como un glóbulo rojo en un interminable flujo de plasma. Era una bota más siguiendo la cadencia, un aislado grito de oxígeno que nadie salvo él escuchaba.

Víctor se sumó a aquel ejército lento y sacudió una estocada con su tarjeta electrónica cuando le llegó el turno. Lo único que liquidó fue su horario de entrada.

La fábrica. Era un organismo vivo, palpitante, que deglutía personas y digería sustancias químicas que no tuvieron nombre, lugar ni propósito en la Naturaleza hasta que llegó el ser humano. La fábrica, con su vasta selva de conductos de metal y avenidas rectilíneas que se prolongaban hasta el infinito. Con sus vehículos llenos de luces y códigos, de velocidades ambarinas, de silbidos de advertencia y de sigilosas paradojas de silencio. Naves de carga con tripas llenas de fuego y células abarrotadas de hombres, siempre de aquí para allá, siempre en movimiento. Chimeneas floreciendo en ardientes capullos de color, nítidas incisiones de acero que partían en dos verticalmente el cielo.

La fábrica. Su hogar durante los últimos catorce años, desde que se graduó como especialista en destoxificar tuberías y conoció a su jefa de distrito, la señora Bandeirante. La mujer que antes confiaba en él, pero que ahora se había convertido en su enemiga.

Víctor Martín entró en los vestuarios y se cambió de ropa. Los hombres eran ordenanzas de amarillo, las mujeres preceptos de rojo, los niños (por fortuna no había muchos) dulces paradojas en azul. Una vez tuvo puesto su uniforme (una segunda piel con una válvula de tubo en el ombligo, que lo hacía parecer un feto de metro setenta), cogió el tren bala que lo llevaría hasta su unidad de trabajo. Según el orden del día, le tocaba neutralizar amoníaco puro en las tuberías del sector ochocientos cinco. Estupendo.

Por la ventanilla se sucedieron nada que seguían a otras nada. Se preguntó por enésima vez si la fábrica tendría fin. Todos los obreros conocían su límite norte, pues colindaba con la ciudad-dormitorio. ¿Pero existiría algún límite en los demás puntos cardinales, o, como aseguraban algunos, la fábrica era un ente que no tenía fin, un cáncer en la piel del mundo que lo había infectado hasta envolver toda su circunferencia?

Él nunca había ido más allá del sector ochocientos, nunca lo habían enviado más lejos con una tarea que desempeñar. Así que, como el resto de las hormigas, tampoco tenía más que conjeturas para rellenar esa pregunta, ese vacío.

-Espero el fin del mundo, pero no llega -dijo un

trabajador con acento extranjero a dos asientos de distancia. Víctor no entendió qué quería decir, pero le daba igual. Sería una suerte de reniego importado.

Él sólo podía pensar en su golpe de Estado. En el acto terrorista conceptual que llevaba años preparando y que, hoy por fin, tenía al alcance de la mano. Hoy lo pondría en práctica. Y se marcharía contento porque al final su vida sí que habría servido para algo.

El tren lo depositó en una terminal que parecía un atolón de humo de cigarrillo. Sólo allí se podía fumar, teóricamente lejos de los flujos termodinámicos de gases inflamables. Miles de papelines como faros indicando la presencia de rostros en la bruma, y columnas de pálido blanco que erraban hasta chocar con las corrientes de aire de los ventiladores. Víctor se abrió paso como un arqueólogo, con machete y salacot, a través de paredes de humo, suelos de ceniza y vasos de cerveza de cartón parafinado. Y llegó a la Avenida Amoníaco.

Siempre se sobrecogía al verla. Era el acantilado entre tubos de acero más largo y alto que se conocía en la fábrica, una calle respunteada con anuncios holográficos de hasta doce niveles; en el último, los rostros de los controladores tenían nueve metros de altura. Allí estaban las tuberías más anchas, los gases más peligrosos, las condiciones de seguridad más precarias, los contratos más breves.

Víctor fue hasta el lugar donde había escondido su nuevo

uniforme, y saludó a un grupo de operarios que soldaba una tubería. Sí, sí, todo bien, el intercambio de cháchara vacía de costumbre. Y los acostumbrados buenos deseos de suerte y progreso. Claro, como si en aquel laberinto se pudiera progresar hacia alguna parte, salvo en amplios e inútiles círculos.

La señora Bandeirante le había prometido, cuando firmaron el convenio de protección mutua, que siempre cuidaría de él. Que le dejaría explayarse no sólo como obrero, sino también como ser humano, más allá de las obligaciones contractuales de su acuerdo. Su vida juntos se convirtió en un círculo, en un abrigo que los arropó para protegerlos de las nefastas influencias del exterior, de los agobios de los turnos frenéticos y las parrafadas de los jefes de sección. Era una vida de satisfacción instantánea, de planificación limitada, digna de onanistas de escaso tránsito. Pero le gustaba.

Él lo único que deseaba era hacer origamis de papel.

Víctor había conquistado el corazón de la señora Bandeirante con sus origamis. Tomaban juntos el té de la tarde en dosis dominicales, tal vez diluido en algo de filosofía, mientras Víctor hacía nacer de sus dedos pájaros con alas papel maché, o bisontes de comportamiento errático, o alces con cuernos de escasa gravedad, o estatuarias de leones fundidos en sangrientos mordiscos con sus presas. El arte era lo que importaba. Y se miraban el uno al otro con arrebolado deleite, cada cual orgulloso de las habilidades que abrillantaban como gemas los dedos del contrario.

¿Para qué preocuparse de más cosas? ¿Para qué salir de sus pequeñas vidas a perderse en los laberintos de la fábrica, si allí tenían todo lo que los hacía felices? ¿Para comprarse un vehículo aeroflotante nuevo? ¿Para disfrutar del paisaje a través de cuadros caros y no con los ojos y con las entrañas? ¿Para fardar ante las visitas de un nivel de vida que no se podían permitir? ¿Para convertir en insensatas las virtudes que hasta ese momento los habían hecho puros?

Pero todo aquello acabó. De repente y sin avisar, llegó el día que Víctor tanto había temido: el día en que el arte no fue suficiente, y el resplandor de la admiración se apagó en los ojos de su pareja. El día en que el amor, y los origamis de papel, no bastaron para saciar la codicia de la señora Bandeirante.

Bandeirante le preguntó una noche a Víctor que qué esperaba él de la vida. Víctor cerró los ojos, como si para él y sólo para él el tiempo hubiese hecho un alto. Como si fuera un corredor a punto de salir disparado con el estampido de la pistola del juez, y comprimiese todos sus deseos, sus ilusiones, sus rezos y metas en el último segundo antes del disparo, esperando hacer un resumen de sí mismo que influyera positivamente en el universo.

Y se lo soltó. Todo, sin ambages, emocionándose más y más conforme desgranaba los matices de su Sueño. Quería que Bandeirante y él se fugaran y volasen juntos a través de la Avenida Amoniaco para averiguar si tenía algún final. Para encontrar ese lugar ignoto donde acababan las tuberías, y

donde aquellas toneladas de gas tóxico se convertían por fin en algo noble.

Sus ojos se alejaban a la deriva, reculando hacia su mundo interior, mientras su espíritu se convertía en necesidad pura, en la hambrienta armadura de una adicción que sólo se saciaba con letras, emociones y aventuras. Le habló de la espectacular frase con la que comenzaría aquella idílica jornada, "el día en que me rescataste de la nada". Le habló de personajes en una encrucijada vital, de dudas epistemológicas, de grandes amores, de terribles decepciones, de cosechas arruinadas y de guardianes entre el centeno. De exploradores y poetas. De volver a las raíces de la creación artística, de lo que ello implicaba para el espíritu humano, para que se olvidaran por una vez de la maldita fábrica.

Cuando acabó su discurso, la ceja de su amada seguía en el mismo lugar. Y con la misma curvatura. Una curvatura siniestra.

Ella no compartía su Sueño, y tanto era así que hasta tenía el poder de rebajarlo a las mezquindades de una simple minúscula. No *Sueño* sino *sueño*, a secas, y con los pies bien anclados a la tierra. Sus discos de gramófono siempre morían en un siseo circular, tal y como a ella le gustaba que fuera su vida: un siseo circular.

Bandeirante movió hilos para ofrecerle un puesto en la oficina de contratación de personal, que estaba justo al lado de la entrada de la fábrica. Era un puesto importante, que mejoraría mucho su nivel de vida. Un aburrido aunque bien

remunerado hueco de sillón caliente y mesa de despacho en una habitación cúbica. Y se enfadó cuando Víctor no lo aceptó.

En fin. Recuerdos.

Víctor llegó al ramillete de tuberías donde había escondido el traje, lo sacó de un sifón que nunca se usaba y se lo puso. Estaba limpio, olía a simpleza, a sinceridad. No se parecía en nada al típico uniforme de limpiador de tuberías: más que eso, era un conjunto de chaqueta a cuadros y camisa y pantalón a rayas, que lucía de lo más anacrónico. Un bombín puso el punto sobre la *í* a tan extraño capricho, a tan improbable artificio.

Desacelerando con atmosférica franqueza, un vehículo de vigilancia se posó en una tubería. Víctor sabía que estaba cometiendo un delito de lesa desuniformidad, y aunque no le importaba mostrarse así ante otros obreros, el personal de seguridad de la fábrica era otra historia. Se acordó del niño dándole monedas al soldado para que sacara el lanzacohetes de la máquina expendedora, y sintió un escalofrío.

Si la policía lo pillaba vestido de esa guisa, le roerían los huesos hasta dejárselos limpios como palillos de tambor.

A toda prisa, desenroscó la válvula de seguridad que permitía acceder al interior de la tubería. Miró (y olfateó) primero para comprobar que estuviera vacía, y se deslizó dentro como una lagartija vestida de tweed.

Dejó atrás aquel país de sirenas y avisos de cambio de turno y humo de cigarrillos, y gateó frenético por el interior del tubo.

La Avenida Amoníaco se extendía por kilómetros y kilómetros, nadie sabía cuánto. Las gigantescas tuberías que conformaban su sistema arterial estaban pintadas de plata anti-óxido, y muchas tenían el diámetro suficiente como para que un hombre caminara erguido por su interior. Cuando hacía calor resplandecían con ese brillo que tienen las cosas en los días de calor. Cuando hacía frío su piel se volvía parcialmente espejo, y reflejaban la quietud de su entorno. Sencillez que surgía de una complejidad extrema. Allí rara vez había operarios. Por allí pocas veces se paseaba la mirada de los controladores.

A través de sus entrañas circulaba el éter podrido de la sociedad, su aliento nauseabundo. Daba igual que procediera de estiércol destilado de camello o de las brasas de las pezuñas de un buey, su alcalino aliento entraba y salía por aquellos conductos. Era transpirado por las máquinas, obturaba los filtros, cantaba aumentando de presión hasta convertirse en un ululante aullido de terror. Las fraguas se alimentaban de él, mirando fijamente la enloquecida agitación de los policarbonos. Los enlaces moleculares adoptaban diseños angulares en tonos pastel, y pagaban sus deudas con talones de refrigeración al cero absoluto. Si se los miraba a contraluz, en los gases aparecían cíclicamente colores primarios que asemejaban rostros de personas.

El amoníaco era la sangre gaseosa de aquella ciudad.

Víctor salió al exterior un par de codos más allá, a salvo de miradas policiales, y continuó su camino hacia el final de la Avenida Amoniaco. Silbaba una alegre canción cargada de esperanzas. Se acabó el acudir a aquella maldita oficina, se acabó vestirse como una fregona humana y destoxificar (¿existía esa palabra, o también era una invención de la fábrica?) las tuberías. Se acabó libar el contenido proteínico de los batidos en las mesas comunales mientras los jefes diseccionaban sus platos de bogavante.

Ahora era libre, y tenía un solo objetivo en la vida: no tener objetivos.

Caminó silbando por encima de la tubería hasta que se encontró con un pelotón de camisas amarillas, reparando una avería. Los saludó con un gracioso gesto de bombín y unos pasos de baile. Debieron pensar que era un fantasma, el alma errante de algún obrero asfixiado en los tubos, porque salieron huyendo espantados. Víctor no paró de reír en diez minutos. Sí, se había convertido en una paradoja, en la excepción que confirmaba alguna impensable regla. En el puñal bailarín que se clavaba en la perfección de su antiguo mundo. Era un terrorista, un asesino despiadado cuyas armas eran el arte y la risa, el baile y el absurdo.

Llegó a zonas inexploradas del laberinto. Saqueó nidos de pájaros para comer y bebió agua de lluvia. Vio charcos de metano que se cocían bajo la presión del tiempo, residuos escarchados de óxido moldeados como si fueran origamis, y esencias de tecnología desechada que florecían sin que nadie

las vigilase. Estaba internándose en las regiones más remotas, allá donde ni siquiera los escuadrones de limpieza más aguerridos se atrevían a ir.

Y la Avenida Amoniaco continuaba y continuaba, sin visos de acabarse nunca. El tiempo olía a horas más rápidas, a minutos más fugaces, a segundos más pletóricos. A picosegundos con el tamaño y la anchura de siglos.

Fue entonces cuando la vio.

Estaba de pie sobre el empalme de dos enormes tubos, un grisáceo tórax anclado a un cilindro de la anchura de una persona. Había abierto la esclusa de acceso y se estaba deshaciendo de su uniforme, quizás porque le molestaba, o porque no deseaba introducirse en la tubería con la protección de la tela anti-toxinas. Obreras locas las había habido siempre.

Era una mujer, por sus distintivos una galvanizadora de nivel dos. Tenía la piel muy pálida y el pelo rojo fuego, en una arrebatadora combinación de pureza y agresividad que Víctor sólo pudo calificar de hermosa. No es que tuviera unos rasgos perfectos, pero tampoco poseía las inexpresivas facciones que contenían la rutinaria belleza de los cosméticos.

Cuando lo vio a él, cuando se percató de que había un fantasma vestido de caballero mirándola, se giró. Y por un momento fue un compendio de todas las bellas mujeres que

alguna vez se volvieron, giraron la cabeza e hicieron ondear su pelo. Fue un resumen de todas las miradas arrebatadoras, de todos los gestos de sorpresa, de todos los comienzos de historias de amor del mundo.

Y Víctor cayó inmediatamente prendido de ella.

La mujer no sintió miedo, no creyó que él fuese el espectro de ningún obrero asfixiado, o eso dijeron sus ojos. Pero tampoco dejó que se le acercara. Terminando de quitarse su uniforme, se arrojó de un salto al interior de la tubería y desapareció de su vista.

Víctor Martín se quedó paralizado entre dos latidos. Hasta aquel momento se había divertido jugando a ser el fantasma, pero... ¿y si la aparición era ella, la mujer de apenas veinte años que acababa de arrebatarse con una mirada todo lo que creía blindado, todo lo que suponía a buen recaudo dentro de su alma? ¿Acaso era esa chica el fantasma de la máquina?

—¡Eh, espera! ¡No te vayas! —le gritó, pero ya era demasiado tarde. La mujer había sido fagocitada por aquel apéndice de la Avenida Amoníaco.

Víctor dio un par de saltos expertos hasta situarse junto a la esclusa. Miró dentro: sólo un abismo horizontal de oscuridades condensadas, con un anillo de luz al fondo. En el suelo estaba el resto de la ropa de la muchacha, sus bragas y el sujetador. Al desprenderse de ellos había dejado un polvillo amarillento en el suelo, algo así como un suave rastro de azufre.

Víctor saltó dentro de la tubería, a la oscuridad, y percibió un movimiento: una figura que se interponía a lo lejos entre el anillo de luz actínica y él. La muchacha estaba corriendo descalza en dirección al final del tubo, al resplandor solar que había al otro lado.

...Y después se diría a sí mismo que fue algo más fuerte que su propia voluntad lo que le obligó a salir corriendo tras la chica. Después se sentiría bien justificándolo como un arrebatado de pasión e inocencia como no había sentido en años, desde antes de conocer a la señora Bandeirante. Un impulso que puso sus piernas en movimiento y que le hizo sentirse realmente vivo, por primera vez en años.

Corrió con toda su alma. No quería que ella doblase de repente un recodo y se le escapase para siempre. No sin una explicación por parte del Destino, no sin un motivo para haberle abierto el corazón con un estilete de aquella manera, con una sola mirada, con un único barrido de su pelo. No sin un porqué, aunque los cómo sobrarian. La repentina pasión de Víctor se inflamó en un azul sin espacio ni tiempo, y supo (oh, sí, lo supo con claridad diáfana) que si dejaba escapar a aquella muchacha sin preguntarle ni siquiera su nombre, no se lo perdonaría a sí mismo en lo que le quedaba de vida.

Entonces ocurrió.

La tubería sufrió un estremecimiento, como si de repente un científico loco le hubiese insuflado vida. Olor a acero frío, a microcanales de suciedad agrietando la dureza del metal, a hielo acariciando las terminaciones nerviosas de sus

ocupantes. El miedo apareció dentro de Víctor, una serpiente que poco a poco se le iba enroscando en la columna.

La tubería se contorsionaba, giraba, se estrujaba a sí misma. Abría válvulas que comunicaban con tributarios de gases letales y se dejaba inundar por ellos. Quería matarlos, a los dos. Quería acabar con la muchacha y con el hombre que la perseguía, con si la dañase la mera sugerencia de su historia de amor. Atisbos de un cielo de plata envenenada aparecían como fugaces instantáneas a través de las esclusas, que se abrían y se cerraban solas en una pataleta de rabia tecnológica.

La tubería chillaba, la fábrica chillaba, la Avenida Amoniaco se revolcaba como un animal moribundo contra la frágil esencia de aquellas dos personas. La sibilante estática del metal se transformaba en matrices acromáticas, y las piernas de Víctor seguían corriendo.

El anillo de luz del final del túnel se transformó en un disco, y éste en la promesa de la libertad. De la supervivencia. La muchacha fue la primera en alcanzarlo y, sin pensárselo dos veces, saltó. Escapó de la trampa justo cuando unas fauces dentadas se cerraban a su espalda.

Víctor sintió flaquear su fe; por un instante no supo si iba a llegar o no. Si la máquina conseguiría tragárselo y triturarlo para que se convirtiera en un espectro, lo mismo que había jugado a ser minutos antes. Sintió como si los espejos gemelos de las gafas de mil controladores le estuviesen vigilando, y se rieran de él desde sus lejanos

puestos de control. Resbaló y encontró su nariz sumergida en un charco de aceite.

Apretó los dientes y se puso en pie. No. No caería tan fácilmente. No le arrebatariam el único atisbo de romanticismo que había sentido en catorce años. Sus nudillos se volvieron blancos por la furia, y echó a correr hacia el final de la tubería.

Llegó.

Y de repente todo se sumió en una sobrecogedora calma, en un deflagrador silencio. Las convulsiones de la máquina quedaron atrás, las amenazas de asfixia quedaron atrás, los alaridos chirriantes del óxido quedaron atrás. Todo quedó atrás.

Los jadeos de la respiración de Víctor se fueron atiplando lentamente, a medida que recuperaba el resuello.

Sus ojos, redondos como platos, estaban clavados en lo que había más allá del extremo de la tubería.

Durante toda su vida, al igual que los millones de personas que habían nacido en la ciudad junto a la fábrica, había vivido en un solo tipo de ambiente. En una única variante de ciudad basada en los altos rascacielos y los acantilados de cemento. Y cuando salía de ella, para ir a trabajar, se metía de lleno en los suburbios cromados de la fábrica, en sus cien Avenidas Amoníaco, en sus mil dédalos de azufre. La mente de Víctor sólo se sentía a gusto entre paredes que cercaran su mundo, que lo hicieran pequeño y manejable, que lo protegieran de la vastedad de lo

indeterminado.

Por eso, cuando vio el paisaje que se abría más allá del tubo, su corazón dio un vuelco.

La cañería de metal moría en la nada, como si alguien la hubiese cortado con una sierra y su extremo fuese una boca abierta al aire. A ambos lados se extendían dos larguísimas paredes de tuberías que se doblaban sobre sí mismas, para cambiar de dirección y volver por donde habían venido. Delante, hacia el horizonte, se abría la mayor y más vasta explanada que Víctor hubiese logrado imaginar jamás. Un paisaje llano, eterno, limpio y vacío de toda vida, salvo por pequeños arbustos de una especie que él no había visto nunca.

Aquella planicie se extendía hasta tocar el horizonte, en todas direcciones menos hacia los puntos cardinales que ocupaba la fábrica. Cuando Víctor giró a duras penas su cuello para mirar a izquierda y derecha, a los acantilados de tuberías que morían al contacto con aquella planicie, soltó una lágrima. Porque lo entendió todo. Supo que la fábrica no tenía fin, pero tampoco propósito, porque era un laberinto que se plegaba sobre sí mismo para no acabar en ninguna parte. Las tuberías llegaban hasta allí sólo para dar media vuelta y seguir creciendo hacia la misma dirección por la que habían venido.

El amoníaco no iba a ninguna parte. Fluía y fluía sin cesar, año tras año y siglo tras siglo, pero no era conducido hacia ningún lugar. Cuando llegaba al final de su recorrido, era bombeado otra vez en sentido contrario.

Víctor soltó ruidosamente el aliento. Estaba de pie como una hormiga en el extremo de aquel sucio tubo, mirando a la inmensidad. Y ésta lo retaba a continuar, a seguir adelante. A atreverse a dar el salto. ¿Pero qué pasaría si caía a la llanura de tierra y arbustos, al agorafóbico vacío sin paredes, a la inmensidad de lo desconocido? Ya no podría volver atrás si se arrepintiera de su decisión, sería incapaz de trepar por aquella pared. ¿Quién le mostraría, entonces, los caminos que debía seguir para encontrar un mañana?

En un mundo como el que se abría delante de él, donde no había calles y todas las direcciones que uno quisiera tomar estaban disponibles, ¿dónde hallaría avenidas que lo condujeran con seguridad de vuelta a casa?

Sentía un profundo dolor en el pecho, y supo que era miedo. Agorafobia. Pánico. Miró hacia abajo, al lugar donde habría aterrizado seguramente la chica, y localizó sus huellas. Eran dos filas paralelas de pasos que se perdían en la distancia. Y cuando afiló los ojos y usó su mano como visera para protegerse del sol, la vio a ella. Era un puntito en la lejanía, una figura desnuda que caminaba con sosiego y felicidad hacia el sol poniente.

Víctor retrocedió diez pasos hacia el interior del tubo. Los ojos pensativos, la mano en el mentón, las piernas temblando de pánico, sopesó los pros y los contras de aquella situación. Y con ellos todos los peligros, y todas las incertidumbres. No, en aquella planicie no había seguridad de nada, ni siquiera de encontrar comida o un techo bajo el que

pasar las gélidas noches.

Pero estaban las huellas, y la promesa de un nuevo Sueño.

Miró una última vez hacia atrás, al mundo que ya conocía, y sonrió como si se despidiera de él. Luego cogió carrerilla, enfiló hacia la planicie y dio un potente salto hacia delante.

En otro pellejo

Carsen, Tatiana M.

Malcolm Ramsay y Sean Farlay, pioneros en las investigaciones, llevaban años en el estudio de los osos polares que habitan las tierras árticas, sus hábitos alimentarios y distribución geográfica. En sus registros figuraban las erráticas cacerías de focas y los cambios alimentarios de la especie, lo que permitía proyectar los movimientos de la población de estos úrsidos y sus cambios.

Utilizaban plaquetas electrónicas en las orejas de algunos ejemplares, para mediciones de tamaño, peso, temperatura. Otros investigadores les colocaron radios en collares, para realizar un seguimiento de los recorridos.

Malcolm Ramsay y Sean Farlay señalaron la dificultad de esos métodos: las baterías de las plaquetas y collares se agotaban al mes, o se desprendían. Algunos osos habían sido rastreados por una extensión de casi 78.000 kilómetros durante un invierno. Esta estación, sin embargo, ofrecía más dificultades para el estudio de la especie.

Melanie Cuttern y John Bowland, de la Massachusetts Institute of Technology (MIT) Division on Advanced Technologies in Communications, diseñaron un equipo sumamente útil para resolver esos problemas: el *SETRAVIR* (Sensorial Tracer Virtual Reality System), un sistema de rastreo que

combinaba comunicaciones satelitales con tecnología de realidad virtual. Se conectaba un chip dentro del cerebro de los seres a estudiar, directamente a las células neurosensoriales. El chip se enlazaba a otro chip implantado en la oreja, alimentado con una batería de litio de un año de duración. Este último dispositivo actuaba de antena, cuyas emisiones de onda eran capturadas por los satélites de telecomunicación y recogidas por las terminales de RV de la estación de investigación de Resolute, Cornwallis, en el Ártico.

Percibida por un humano, la percepción sensorial de un oso polar resulta confusa. El humano puede oler, ver, oír, tocar, gustar las presas que los osos polares comen; percibir los cambios del clima, siempre riguroso, sentir la adrenalina que descargan durante sus combates de competición por las hembras. Podría también vivir por dentro la preñez de una osa polar y sentir la imperiosa necesidad de alimentarse y alimentar a los oseznos.

Ramsay y Farlay se fascinaron con esta tecnología: nunca hubieran soñado conocer tan íntimamente a sus objetos de estudio.

Zoólogos y biólogos probaban también esta técnica, aplicándola a otras especies animales, incluso a los gusanos de metano que viven en las profundidades abisales.

Con el software utilizado en el SETRAVIRS, se conocieron desde adentro los estímulos y las reacciones a nivel emocional

y hormonal de los osos. Y se descubrió cuán primitivos eran, cuán radicalmente distintos de los mismos impulsos y respuestas humanas. Esto hizo que nunca se pudiera asegurar que la interface animal-SETRAVIRS-operador humano funcionara correctamente. Se carecía de parámetros objetivos claros para la interpretación de datos.

Para los lingüistas, el potencial de SETRAVIRS era particularmente sugestivo, ya que podrían identificar señales o códigos de comunicación entre los osos y aplicarlos a una interfaz que los tradujera para los humanos.

Por ello Eileen Ende se unió al equipo de Ramsay y Farlay, con el fin de elaborar un sistema útil de signos, para conseguir una comunicación viable con los osos. Usaría el SETRAVIRS.

--

Las garras del oso se clavan profundamente en la carne de la foca. Salada, húmeda, caliente y aún palpitante. Los dientes arrancan y mastican grandes bocados, y la sangre empapa de rojo el pelaje del hocico. Lentamente, el oso devora los despojos, hasta que decide alejarse y aovillarse para hacer la digestión.

Entre asqueado y fascinado, Malcolm se quitó los sensores. No había contado con que se le fuera el hambre. Y era la tercera vez que le sucedía.

Camino al comedor del laboratorio, se detuvo delante del

ventanal. Observó a las focas que nadaban entre las olas. No podía verlas tal cual eran, su mente sólo le mostraba lo que había debajo del pellejo: carne, vísceras, grasa recubriéndolas. Ya no podría volver a disfrutar de la majestuosidad de sus saltos.

Entró en la pequeña cantina, donde Sean y Eileen charlaban amigablemente y reían. Sintió el perfume que Eileen emanaba, y no pudo evitar mirar el escote que ella llevaba dentro del caldeado local. Se le ensancharon las aletas de la nariz, ese perfume se superpuso al resto de los olores: a carne asada, a lejía, a madera cepillada, a polvillo de pintura. Y sus ojos vieron los labios rojos de la mujer y a la mano de Sean sobre el hombro de ella.

¡Es mía!

Sin pensarlo, Malcolm se abalanzó sobre Sean y le clavó las uñas en la espalda, antes que el otro pudiera reaccionar. Le mordió un hombro. Eileen gritó y quiso apartarlo, pero Malcom la empujó y hundió los dientes en la mejilla de Sean.

Aire

By Pacoman

Luis entró en el pequeño estudio y saludó a Amador. El operador elevó su mirada hasta su ayudante,

-hola Luis-.

-¿Qué toca hoy? - preguntó Luis mientras tomaba asiento frente a sus mandos.

-Poca cosa. Hoy el medidor de éxito no te pagará las deudas.

-Vaya y ¿Cuánto queda para "Aire"?

Mientras Amador encendía un cigarrillo, miró su reloj; - catorce minutos, mejor que eches un vistazo por tu monitor-.

-Mierda Amador, un día de estos te denuncio, ¡Cojones! por lo menos no me eches el humo.

-Vale, vale, pero ves conectando y haz el favor de mirar el monitor.

Luis alzó una palanca y esperó unos segundos hasta que la imagen de la cámara tres llegara a su pantalla.

-Mierda Amador!, ¿quién es el huevón de Dirección que siempre me encarga estos trabajitos? -

-¡Qué Luisito!, tres años en el servicio y todavía esperas una buena prima del medidor de éxito.

-¡Calla! y deja de fastidiarme con tu puto humo.

Amador centró su atención en sus mandos; Luis era un buen tipo, eso sí, tenía un poco de mal genio, pero lo peor es que era un jodido iluso; tres años en el mismo turno y todavía

esperaba una buena faena. Observó las manipulaciones de Luís sobre sus mandos y como comprobaba los indicadores de su consola, levantó la vista hasta el monitor central y vio que la señal emitida era buena ... muy buena. Estaba claro que Luís llegaría lejos, pero no hoy, hoy tenían una mierda de trabajo, con bajas probabilidades de un buen índice de éxito. Pero cobraban por hacerlo.

-Fumeta, ¡pásame el guión de hoy y deja de echarme el humo!.

Amador le extendió los papeles, mientras le ofrecía la mejor de sus sonrisas; -¡venga Luisito, cálmate! hoy tardaremos poco-. Luís dedicó unos minutos al guión. Mientras leía, negaba con la cabeza y un suspiro se escapó entre sus dientes. Amador lo predijo un segundo antes, Luís soltaría un estridente "mierda" y le lanzaría los papeles.

-Mierda!- gritó Luís, mientras arrojaba con fuerza el guión hacia la posición de Amador en los controles. Luís tomó aire una, dos veces, se estaba calmando. Levantó la vista hasta su monitor y estudió detenidamente la imagen. Amador era un buen jefe, le soportaba su mal genio y también era un gran técnico; pero tenía dos problemas: fumaba y alguien le tenía manía en Dirección, nunca mejoraría en el turno de servicio mientras trabajase con Amador.

-Dos minutos para "Aire"- comentó distraídamente Amador, pasando la vista por los indicadores de sus controles. -¡A ver! Luís, ¿todo correcto?-

-Sí, preparada almohadilla de cabecera. Dame cámara de

salida y enfocaré a "Estrella".

-Hoy "Estrella" desde cámara tres. Un minuto para sintonía de entrada- dijo Amador, abriendo un par de clavijas del panel de control.

Luis se permitió un vistazo al monitor de visión general. El juzgado estaba medio vacío, como casi siempre en este turno. Los abogados preparan sus videos, el escaso público miraba hostilmente al reo mientras éste estaba muy nervioso, ¿cómo no estarlo si en este turno el índice de culpabilidad era muy alto!.

-Vamos allá Luis, dale pie a "Estrella".

-Señor juez está en el aire, desde cámara tres. Cabecera sonando.

El juez presentó una sonrisa de dentífrico a la cámara tres, contó cuatro segundos para que acabara la banda de inicio del programa y comenzó a mover los brazos y la cabeza para que el escaso público dejase de aplaudirle.

-Hola queridísimos espectadores!. Gracias por estar una madrugada más con nosotros. Aquí su juez amigo, para llevarles a sus casas un nuevo caso, con expediente A32/5469/Mar04. Hoy tendremos una presunta violación y asesinato con premeditación. La víctima, una preciosa jovencita de diecinueve años, de nombre Ángela García González; blanca, de religión católica y estudiante de filología hispánica en la Universidad Carlos III de Madrid. El presunto asesino, Alí Hassam, de treinta y cinco años, de religión musulmana, sin oficio conocido y con antecedentes penales. Hoy por la

defensa: John Walker de LucasArts Entertainmet Company, un aplauso por favor. Y por el ministerio fiscal: Baltasar Garzón Jr. de Lawyer Inc. Otro aplauso, gracias. Recuerden queridos telespectadores que la sentencia determinada por sus votaciones se ejecutará al final del programa. La fiscalía solicita pena de muerte, mientras que la defensa únicamente la castración. Ya lo saben, si al final de los videos y alegatos de la defensa y la acusación creen que el reo es culpable, pulsen el botón SÍ de su telemando y si creen que es inocente pulsen el botón NO. Ahora pasamos a la publicidad, volvemos en unos momentos ;no se vayan!.

Amador apagó el cigarrillo -Luisito, hoy el índice de éxito no pasa de los cinco millones de telespectadores, ¿te juegas algo? -

-No, estoy harto de perder.

-Luisito, entonces ¿Qué quieres?

-Ya ni pido un marido blanco que mate al violador de su mujer, me conformaría con que el juez "Estrella" dejara de sonreír cuando se fríe el reo en la silla.

-No le des más vueltas. Venga, te apuesto cien ecus a que el moro saca la lengua cuando lo electrocuten.

-Hecho -. Luis prestó atención al final del anuncio, antes de darle paso al juez.

-... fusil de asalto BRUE, el armamento de los ejércitos europeos:

Si Ángela lo hubiese comprado,

Alí no la habría violado.

Recuerde, hasta final de mes, un Fusil de asalto BRUE
¡por solo quince mil ecus!."

La noche más larga de invierno

Pappas, Mariela

Detenerse en un comedor al paso nunca era buena idea; sus ropas y maquillaje negro y las cadenas que pendían de sus cinturones siempre se ganaban miradas extrañas. Además, el invierno estaba a punto de derramarse sobre el cielo y los días se hacían más cortos. No podían perder demasiado tiempo, pronto anochecería y no habría suficiente luz para conducir. Pero Violet había insistido y no le costó mucho convencerla a ella también. Bethany tenía hambre y frío; aquellas chaquetas de cuero no abrigaban tanto en el campo abierto, el viento helado que anunciaba el cambio de estación parecía haberse instalado en sus huesos. Tomaron asiento y contaron los billetes arrugados de sus bolsillos; apenas les alcanzaba para un sándwich y un café. La camarera les tomó la orden bajo un ceño fruncido y se retiró, abandonándolas a la merced de las miradas prejuiciosas de los lugareños. Estaban acostumbradas a ello, pero pronto Bethany sintió que el miedo la estaba alertando. Tres hombres las observaban desde un rincón, y esos ojos se sentían como buitres picoteando su carne. Su piel era tan grasosa como las manchas que ostentaban en sus camisas escocesas, y sus voces potentes acaparaban el aire y lo llenaban de risotadas e improperios. Cuando Bethany miró a uno de ellos de reojo, este se sujetó con orgullo la entrepierna y le mostró la lengua. Quiso abalanzarse sobre

ellos y asesinarlos a golpes, pero su compañera la detuvo, Con el aliento agitado por la furia intentó ignorarlos, mientras le cedía la mitad de su sándwich a la hambrienta Violet. Ella se lo agradeció entrelazando sus dedos, y aquello solo empeoró la situación. Los tres hombres se pusieron de pie y avanzaron hacia ellas, Quiso hacerles frente, rabiosa, pero Violet la jaló del hombro con fuerza. Le recordó que no podría pelear con los tres al mismo tiempo mientras la arrastraba fuera del comedor. Y sabía que tenía razón, pero la furia aun palpitaba con dolor en su pecho y garganta.

Los hombres salieron a su encuentro, y ellas se apuraron a poner en marcha sus motocicletas. Los motores rugieron sobre el asfalto, y mientras el aire frío golpeaba sus rostros sin piedad, notaron que un camión de carga las estaba siguiendo por la desolada ruta. Bethany reconoció las voces que les aullaban obscenidades agresivas a través de la ventanilla, y aceleró al máximo con Violet a su lado. Nunca antes había abusado del motor con tanto ahínco; sus nudillos doloridos estaban blancos mientras hacía presión en el manubrio. Sus sienes palpitaban como dos puñales mientras aceleraba, hasta que las amenazas quedaron sepultadas bajo el polvo y el bramido de las motocicletas. Perdió el control y su cuerpo rodó por la tierra al lado del camino. Violet se detuvo y le ayudó a incorporarse.

Una vez de pie, con alivio descubrió que habían perdido de vista al camión. Pero segundos más tarde ambas se decepcionaron al descubrir que la motocicleta de Bethany ya no

tenía gasolina. En su afán de escapar de aquellos hombres habían olvidado llenar los tanques, y Violet calculó que apenas tenía para conducir unos metros más. Por algún motivo, sus móviles no captaban señal, así que no pudieron ubicarse en el mapa. Retroceder hacia el comedor no era una opción, y ninguna de las dos quería dejar a la otra sola, así que empujaron sus motos por el camino con la esperanza de encontrar alguna estación cercana. Pero no habían avanzado ni un kilómetro cuando la oscuridad ya cernía sobre sus cabezas. El cielo gris cobraba unas tonalidades de ominoso púrpura a medida que el viento se tornaba más gélido, y no había ninguna señal de vida más que el distante graznido de algún cuervo. La negrura traía el frío consigo, obligándolas a temblar y encogerse mientras caminaban, en un intento vano por mantener su calor corporal.

Un relámpago iluminó el firmamento durante una milésima de segundo, dejando ver las ramas desnudas de los árboles al lado del camino. El otoño las había desnudado y sus formas tortuosas resplandecían de blanco y azul bajo la tormenta. La lluvia se desató, golpeando con agua helada sus rostros y espaldas. Un segundo relámpago iluminó una casona que se alzaba sobre una pequeña colina y cuando la oscuridad regresó Bethany se refregó los ojos para verla mejor. A través de las gotas de lluvia que se enredaban en sus pestañas, pudo distinguir la imponente edificación de tres pisos cuyos empinados aleros irregulares se perdían entre la niebla de la tormenta.

Ninguna de las dos podía comprender cómo no habían visto una residencia tan grande desde la distancia. Luego de una breve discusión, decidieron golpear la puerta y pedir ayuda. Dejaron sus motocicletas a un lado del pavimento y treparon por el cúmulo enlodado que guiaba hacia la entrada. Un pequeño pórtico las protegió de la tormenta, custodiado por dos columnas derruidas e invadidas por la hiedra. Segundos después de golpear la puerta de madera, Bethany se arrepintió de haberlo hecho. Casi se sintió aliviada de que nadie respondiera, aunque Violet no dejaba de temblar a su lado. Alzó la vista hacia los ventanales sucios y enrejados pero ni una pizca de luz emanaba del interior de la casa. Aun así, le parecía ver figuras moviéndose cuando los relámpagos teñían todo de blanco durante fugaces instantes.

Estaban a punto de regresar cuando la puerta se abrió con un crujido. Un potente aroma a humedad brotó desde adentro, y Bethany imaginó que así olería abrir una tumba. De la oscuridad avanzó una mujer a paso parsimonioso. El tono lechoso de su piel parecía absorber toda luz a su alrededor, y dos cortinas de pajizo cabello blanco flotaban hasta cubrir su pecho. Los ojos eran negros y redondos, como los de Violet, y parecían abarcar dos tercios de su pequeña cara. Otro relámpago tiñó su rostro de un azul pálido durante un momento, y una sonrisa se dibujó en los labios delgados.

— ¡Mis niñas! —exclamó la anciana con un berrido maternal. —. ¡Están empapadas!

Violet le explicó que estaban perdidas, y preguntó si

podían usar su teléfono. La anciana las contempló durante una milésima de segundo, como si estuviera riendo de un chiste que solo ella conocía. Les explicó que no poseían línea telefónica, pero con un gesto lento de sus manos huesudas les ofreció pasar a secarse el cabello y beber algo caliente.

La casona era tan imponente por fuera como por dentro, más allá de un vestíbulo estrecho se alzaba una sala de estar de cuyo alto techo pendía un candelabro de ínfimas luces. Bethany notó que la humedad había anidado en casi todos los rincones y que allí dentro el tambor de la tormenta sonaba un poco más débil. Buscó el móvil en su bolsillo y volvió a decepcionarse al comprobar que allí adentro tampoco había señal.

La oscuridad de la casa escupió una segunda figura de entre las sombras, otra anciana de cabello gris y recogido. Llevaba un chal negro cubriendo sus hombros, sobre un camisón antiguo de amarillentas puntillas en los puños y cuello. Los ojos eran más pequeños que los de su compañera, pero del mismo negro penetrante. Y cuando los relámpagos estallaban a través de los ventanales, la luz hacía que la oscuridad se escondiera en los surcos de sus caras arrugadas. Ella les explicó que tampoco poseían electricidad, ya que preferían mantenerse aisladas del mundo moderno y sus acontecimientos. Cuando les preguntaron si conocían alguna estación cercana, con una risita les respondieron que la más cercana estaba a cien kilómetros.

Las dos muchachas se observaron atónitas; no podían creer

que se habían alejado tanto de su rumbo. Además, Bethany sentía algo oprimiendo su pecho desde que había puesto un pie en aquella casona. No le asustaban ni la oscuridad ni el encierro, pero en su garganta latía la desesperación por abandonar aquel lugar. Sin embargo las dos ancianas insistieron en que las acompañaran al comedor. Allí, el fuego de un inmenso hogar crepitaba y contagiaba de calor. Les quitaron las chaquetas mojadas y les ofrecieron toallas para secarse los cabellos empapados. Tomaron asiento en una larga mesa cuyo mantel en algún momento había sido blanco, pero ahora ostentaba un tono gris y las esquinas devoradas por las polillas, al igual que los cortinados de los cortinados.

La mujer de cabello blanco les sirvió dos hondos platos de humeante sopa y les preguntó con curiosidad de donde se conocían. Como de costumbre ante desconocidos, Violet mintió y les dijo que eran hermanas. *Nosotras también somos hermanas*, la otra anciana rió por lo bajo mientras revolvía la olla sobre la estufa con círculos hipnóticos. Bethany se sintió todavía más incómoda por aquella respuesta. El aroma espeso del caldo no lograba opacar el del moho en las esquinas, y tampoco logró reconfortarla cuando bajó caliente por su garganta. No podía alejar su vista de las dos ancianas sentadas frente a ellas en la mesa. Admiraba los dedos frágiles y huesudos llevando la cuchara hacia los labios arrugados, y los dientes carcomidos por el paso del tiempo que le sonrieron al descubrir su mirada. Durante unos momentos que se sintieron como una eternidad, los únicos sonidos que

acompañaban los distantes truenos eran los chasquidos de los troncos en la chimenea y el sorber de la sopa. Violet lucía mejor después de haber comido; el tono rosado regresó a sus mejillas redondas, tan redondas como las de la anciana de cabello blanco. También compartían la estatura pequeña y los ojos grandes como los de un insecto, mientras que la anciana alta de cabello gris no apartaba su mirada vigilante y soñadora de Bethany. La tormenta comenzó a tranquilizarse al mismo tiempo que el viejo reloj de la sala anunció la medianoche con una campanada metálica que retumbó en las paredes húmedas. Las muchachas insistieron con que debían marcharse, pero las ancianas les advirtieron que conducir en ese clima era peligroso, y que en aquellos alrededores la gente no tenía la mente tan abierta como ellas. Además, era el solsticio de invierno, la noche más larga del año, cuando el velo entre ambos mundos se hacía más fino. Mientras la lluvia golpeaba con suavidad el tejado, les explicaron que aquella fecha tenía un significado especial para ellas. Durante la larga noche era preciso que lo decrepito fuera devorado por la muerte para que el amanecer encontrara la vida renovada. Ese era el eterno ciclo, el orden de todas las cosas. Y durante aquellas horas oscuras y hambrientas era preciso cobijarse entre aquellas paredes hasta que la negrura cediera el paso al amanecer.

Bethany no creía en supersticiones ni le agradaba la idea de pasar la noche en aquella casa, pero no tuvieron más remedio que aceptar. Las condujeron por un estrecho pasillo

hasta un pequeño dormitorio sin ventanales. Los hongos habían anidado en los rincones de la pared, y la anciana se disculpó explicando que no recibían visitas muy a menudo. Bethany le creyó. La humedad devoraba los cimientos, dejando algunos tablones putrefactos y frágiles al pisarlos. La anfitriona de cabello blanco encendió algunas velas, que esparcieron una luz anaranjada por la derrumbada habitación. Acercó una vela a su rostro y les preguntó si deseaban darse un baño caliente antes de dormir. Violet aceptó, pues no había dejado de temblar desde que puso un pie en aquel lugar. Cuando Bethany quedó sola en el dormitorio, se dejó caer sobre la cama. El colchón era inesperadamente mullido, pero el cobertor apolillado poseía el mismo aroma penetrante que los pasillos. Se quitó los pantalones de cuero húmedos y se deslizó bajo las sábanas que parecían no haber tocado piel humana en décadas. Su cuerpo estaba abatido por el dolor del cansancio y la preocupación, pero aun así no pudo conciliar el sueño. Permaneció sobre su espalda, observando como las llamas de las velas danzaban sobre el cielorraso y descubrían nuevas manchas de moho. Afuera, la tormenta parecía y el aroma a lluvia penetraba por los agujeros en los tablones del tejado. Pero por debajo de aquella melodía había otro sonido; el palpitar de un viento denso y caliente. Era casi como si la casa estuviera respirando, y si entrecerraba los ojos cansados, Bethany podía ver las paredes contrayéndose con sutileza, como si ella fuera prisionera en los pulmones de aquella residencia. Un sopor la consumió, a pesar de que no podía cerrar sus párpados. La

noche se sentía eterna y pesada, como una manta negra que se cernía sobre su cara. El tiempo pesaba una tonelada, y ella no podía luchar contra él.

De pronto se dio cuenta que Violet estaba tardando demasiado, Nunca había cerrado sus ojos, pero sintió que los había abierto una vez más. Se incorporó de la cama y se puso los pantalones. Cogió una de las velas que aún no se habían consumido y la cera quemó la yema de sus dedos. Su mano estaba temblando cuando abrió la puerta con un crujido. No sabía dónde estaba el baño, y le daba miedo imaginar cómo luciría, pero debía encontrar a Violet. Atravesó el pasillo, que parecía hacerse más estrecho conforme ella avanzaba. Llamó a Violet en la oscuridad, pero no obtuvo más respuesta que su propio eco y el tamborileo de la lluvia. Se dio cuenta que no sabía los nombres de las ancianas, así que volvió a llamar a Violet. Elevó la vela por encima de su cabeza y notó que la estructura de la casa era irregular, como las vértebras de una persona jorobada por el paso del tiempo. Una escalera caracol se alzaba al final del pasillo, y Bethany se preguntó si debía subirla. Los escalones lucían bastante destartalados como para soportar el peso de alguien. No podía divisar el final de ella, pero la luz nocturna se filtraba por una enorme abertura en el tejado y lucía como un ojo observándola. Decidió retroceder sobre sus pasos, pero cuando giró le pareció que el pasillo lucía diferente. Caminó con su corazón palpitando al mismo ritmo que el respirar de las paredes, y mientras la lluvia amainaba, pudo escuchar a Violet

sollozando. La llamó de nuevo pero no hubo respuesta. El gran reloj de la sala anunció el cambio de hora con una campanada profunda, y Bethany se sobresaltó. Su aliento frío apagó la vela al gritar, y la muchacha quedó presa del pánico y la total oscuridad. Apoyó una mano contra la pared húmeda y resquebrajada, e intentó controlar su respiración. Lo que más la asustaba era pensar que solo había transcurrido una hora de su llegada ;podía jurar que habían pasado tres o cuatro!

Un par de brazos brotaron de la oscuridad y envolvieron sus hombros. Volvió a gritar, hasta que reconoció a Violet llorando contra su cuerpo. Extendió sus manos y sintió la piel mojada, helada y desnuda de la otra. Bethany le preguntó que había ocurrido pero la muchacha no dejaba de tiritar y sollozar incoherencias. Divisó la puerta entreabierta del dormitorio, y cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad logró llevarla hacia la habitación. Bajo la luz amarillenta de las velas, notó que la piel de Violet estaba cubierta de arrugas, como si hubiera estado sumergida demasiado tiempo. Aun después de que Bethany la envolviera en el viejo cobertor y la secara, su piel continuaba arrugada. Le contó que la anciana la había conducido al baño y que una vez en la tina, ella perdió la noción del tiempo. Cuando abrió los ojos su cuerpo estaba cubierto por sanguijuelas, y cuando quiso librarse de ellas la cañería intentó tragarla. Luchó en el estrecho canal de cobre, con el agua estancada llenando sus pulmones hasta que logró escapar. Aseguraba que había deambulado horas en la oscuridad hasta encontrarla.

Bethany decidió por ambas que no iban a pasar ni un minuto más en aquella casa. No le importaba conducir bajo la lluvia o tener que caminar los cien kilómetros. Tampoco le importaba volver a cruzarse con los tipos del camión, estaba tan furiosa que pensó que podía asesinarlos a los tres a mano limpia. Violet había perdido sus ropas así que cubrió su cuerpo desnudo y arrugado con el cobertor raído. Una vez fuera del dormitorio, no lograron encontrar la salida. Los pasillos se entrelazaban como la hiedra que consumía la pared exterior, y el ulular del viento nocturno sonaba como si la residencia se estuviera riendo de ellas. Intentaron encontrar a las dos ancianas, pero tampoco dieron con ellas. Violet aseguraba que la casa estaba vacía, pero Bethany sabía que aquello no era posible ¿Acaso las habían abandonado en mitad de la tormenta? No tenía sentido. Derrotadas, decidieron regresar al dormitorio y esperar a que llegara el amanecer.

Violet se acurrucó contra el cuerpo de Bethany y cuando la abrazó, la otra pudo jurar que había perdido peso en cuestión de horas. Sus huesos ahora sobresalían como nunca lo habían hecho antes, y se hundían en su piel en forma dolorosa. Sus pómulos también estaban más puntiagudos, la carne consumida en las mejillas. Ninguna de las dos pudo dormir, solo mantuvieron el abrazo mientras sus respiraciones asustadas se sincronizaban. La casa también palpitaba a su alrededor, amenazando con tragarlas.

Cuando el primer rayo de sol se filtró por las tejas rotas, Bethany sintió una alegría que jamás creyó

experimentar. Ambas se incorporaron y huyeron del dormitorio. La luz del día les permitió encontrar la salida con facilidad. No se toparon con ninguna de las dos ancianas en su trayecto. El amanecer les hizo doler los ojos, y bajaron por la pendiente enlodada con las piernas temblorosas. Bethany montó la motocicleta de Violet, que aun poseía algo de gasolina, y aceleró con la muchacha a su espalda. Respiró hondo una vez que la casona había desaparecido en el espejo retrovisor, y agradeció por lo bajo cuando el combustible les permitió llegar a la estación de autoservicio. Estaba vacía, por lo cual a nadie le alarmó ver a Violet semidesnuda y Bethany pudo llenar el motor sin tener que pagarle a nadie. Discutieron sobre si volver atrás a recuperar la moto que habían abandonado la noche anterior, pero ninguna de las dos quería regresar. Decidieron seguir su camino y dejar aquel extraño episodio en el pasado, aunque las arrugas en el rostro y brazos de Violet se negaban a desaparecer, De hecho, su piel lucia más reseca bajo la luz del sol.

Todavía no lograban captar señal en sus móviles, pero sabían que si continuaban por la carretera llegarían a la ciudad para el mediodía. Mientras Bethany conducía con Violet abrazando su cintura, comenzó a sentirse débil. La luz del día le oprimía los huesos y la drenaba de toda fuerza. Pero se esforzó por presionar el acelerador y que aquella travesía pronto llegara a su fin. Condujeron por horas y horas, presas de un sopor frío, pero la ciudad nunca aparecía.

Cuando el atardecer estaba tiñendo los cielos de púrpura,

la casona volvió a alzarse frente a sus ojos. Violet rompió en llanto mientras Bethany maldecía. ¿Acaso habían conducido en círculos durante todo el día? ¿Cómo era posible? La residencia parecía inmune al paso del tiempo, sus tejados irregulares quebraban el horizonte invernal y los aleros parecían burlarse de ellas. La única diferencia era que la motocicleta de Bethany había desaparecido de la entrada. Rabiosa y con lágrimas en los ojos, la muchacha volvió a acelerar. Condujo en todas las direcciones posibles, pero conforme pasaban las horas siempre parecían terminar frente a la vieja casa podrida.

El firmamento volvió a cubrirse con una impenetrable negrura, y el tanque de la motocicleta estaba vacío una vez más. Temblando y con los dientes apretados, Violet sugirió pasar la noche allí de nuevo. Bethany no pudo hacer más que aceptar. Ambas cruzaron el umbral de la entrada cubiertas de sudor frío. Esta vez, nadie las recibió. Todas las velas estaban apagadas en el interior hasta que encontraron unos fósforos algo húmedos y las encendieron. Inspeccionaron la sala principal, sobre cuya mesa aun esperaban los platos de sopa que habían dejado la noche anterior. El olor salado le revolvió el estómago. Deambularon por los pasillos en búsqueda de las ancianas, aunque ninguna de las dos quería volverlas a ver. En lo que parecía ser el dormitorio principal, la puerta estaba abierta. La madera del piso crujió cuando ambas entraron. El olor a rancio era más intenso allí adentro, especialmente cuando Violet abrió un armario. Cubrió su

desnudez con un viejo camisón blanco, como el que había utilizado la anciana que las había recibido. Bethany no podía quitarse el frío de la piel así que se quitó su chaqueta de cuero aun húmeda y cubrió su espalda con un chal de lana negro y agujereado. Al pasar frente a un espejo en la pared, despejó la gruesa capa de polvo con su mano para poder ver su rostro. Notó que lucía cansada, y que su cabello estaba tornándose gris.

Intentaron buscar el dormitorio de huéspedes, pero volvieron a perderse en los oscuros pasillos una y mil veces más. Así que decidieron dormir en la habitación principal. Las dueñas de la casa no estaban como para enfadarse. Bethany abrazó el cuerpo de Violet contra el suyo y absorbió su calor hasta quedarse dormida. Al despertar, se sentía todavía más cansada. El constante latido de las paredes le impidió descansar bien, pero se incorporó de la cama decidida a abandonar aquella casa de una vez por todas. Tuvo que arrastrar a Violet hacia la salida, pues ella solo quería seguir durmiendo.

Pero una vez afuera, descubrieron que la única motocicleta que poseían había desaparecido. Bethany aulló de rabia, hasta que sus pulmones estuvieron vacíos. Violet la cogió de la mano y le sugirió entrar a la casa y dormir. *Dormir hasta que pase el invierno.* Le hizo caso pues ansiaba un buen descanso. Una vez recuperada, pensaría en una solución. Aunque sea caminar hacia la ciudad y hacer dedo. Pero antes de actuar, necesitaba dormir. Regresaron al viejo

dormitorio, y Bethany se envolvió con el chal negro hasta quedarse dormida. De tanto en tanto despertaba y oía a la casa murmurar.

Intentaron abandonar la casona varias veces más, sin poder lograrlo, hasta que aquel deseo se evaporó de sus memorias. Violet fue la primera en olvidarlo, Bethany a veces balbuceaba sobre escapar, hasta que aquel anhelo se perdió entre las sombras de su nublada mente. Se acostumbraron a pasar las horas abrazadas en la oscuridad, sincronizando los latidos débiles de sus corazones con los suspiros del viento entre los pasillos. Pasó el invierno, la primavera y el verano. Una tarde, Bethany despertó y encontró los ojos redondos y negros de Violet devolviéndole la mirada. El cabello se le había puesto completamente blanco, y caía reseco y pajizo sobre su cuerpo huesudo. Le anunció que había llegado la primera noche de invierno, la noche más larga del año, y cuando sonrió Bethany notó que los dientes se le habían tornado verdosos como el moho de las paredes. No estaba segura si había dormido una hora, un año o cien. Tampoco importaba mucho. Se incorporó con dificultad y caminó hacia el espejo. Al limpiar la gruesa capa de polvo encontró que su reflejo era una anciana de cabello gris y recogido, cubriendo sus hombros con un chal negro.

La lluvia comenzó a tamborilear sobre los aleros podridos, y la oscuridad llegó más temprano que de costumbre. Violet le anunció con una sonrisa que *pronto llegarían las niñas. Pronto podremos descansar.* Bethany observó por el

ventanal y cuando vio dos muchachas en motocicleta buscando refugio en su entrada, comprendió y también sonrió.

El ansia

Dolo Espinosa

El 14 de junio del año 2234 el Gobierno Central, controlado por la Iglesia del Nuevo y Sagrado Veganismo, instauró dicha religión como oficial en todo el planeta y promulgó la Ley de Protección Animal Definitiva, según la cual quedaba absolutamente prohibida la utilización y el consumo de todo producto de origen animal sin excepción, quedando encargada de su cumplimiento la propia iglesia a través de su policía monacal.

Una de las primeras consecuencias de dicha prohibición fue la desaparición de la ganadería y la cría de animales para alimentación, elaboración de productos o investigación, lo que provocó, en pocos años, la práctica extinción de todas las especies domesticadas.

Otro efecto, mucho más inmediato, fue la aparición de un pujante mercado negro de carne. Muchas de las granjas tradicionales pasaron a la clandestinidad y comenzaron a vender sus productos a precios astronómicos, transformando a los antes pacíficos granjeros en traficantes y camellos.

Los cazadores furtivos añadieron al tráfico de cuernos y pieles, el de carne de todo tipo, aumentando considerablemente su volumen de negocio y sus ganancias.

Los animales, vivos o muertos, se convirtieron en el negocio favorito de las mafias de medio mundo, Si los granjeros se habían convertido en camellos, los mafiosos se

volvieron ganaderos.

En las propiedades de los más ricos se hizo habitual mantener un coto de caza en el que satisfacer tanto el hambre de diversión como el de carne. Pocos podían resistirse a la explosión de adrenalina producida por la unión de la caza y el quebrantamiento de la ley, y reunirse para cazar volvió a ser un entretenimiento tan común como lo había sido en el lejano pasado y un pretexto para cerrar tratos comerciales, personales y políticos.

El resto de la gente, la gente humilde, la gente normal, esa gente siempre justa de dinero, debía conformarse con una dieta a base de verduras, frutas, legumbres y suplementos dietéticos que imitaban, peor que bien, la carne. Hubo quien se aficionó a los insectos, fáciles de conseguir, sencillos de esconder y los únicos animales con los que las autoridades, tanto gubernamentales como religiosas, hacían la vista gorda puesto que, en el fondo, todos los consideraban "menos animales" que el resto de animales y, por tanto, podían permitirse cierto relajamiento en las normas.

Pero algunos la probaron: gente del servicio en las casas de los poderosos, prostitutas alquiladas por magnates, empleados recibidos en casa de sus importantes jefes, camellos de poca monta con acceso al producto... Los pobres siempre han logrado, de un modo u otro, acceder a las migajas de los más ricos, tener un pequeño atisbo de aquello que nunca será suyo.

Y yo, Ariadna Wells, prostituta de muy baja estofa, fui una de esas afortunadas que tuvo acceso a la carne. Fue

gracias a un cliente rico de gustos sexuales poco ortodoxos, que supe de sus delicias, del placer de clavar los dientes en un filete poco hecho y desgarrarlo con mis colmillos, masticarlo lentamente y dejar que sus maravillosos jugos, mezcla de sangre y grasa, llenaran mis papilas. Durante varias semanas disfruté cada día de ese puro placer entre animal y divino, hasta que mi benefactor se cansó del juego, o de mí, o de ambos.

Y yo quedé con este hambre insaciable. Este ansia rugiente. Este deseo voraz. Esta horripilante adicción a la carne.

Intenté volver a lo de siempre, de veras que lo intenté. Intenté disfrutar del tofu, del seitán, de las verduras, las legumbres y las frutas. Intenté burlar mi ansia de proteína animal con insectos y gusanos. Intenté olvidar el sabor de la ternera, el cerdo, el cordero... Y hasta intenté engañarme a mí misma recurriendo a la realidad virtual, pero no hay máquina capaz de replicar el espléndido sabor de la carne. Intenté muchas cosas, pero ninguna funcionó, y mi cuerpo seguía ansiando el olor, el sabor y la textura de un filete, un chuletón, un entrecot o un maravilloso asado.

Y un día, al levantarme de la cama de un cliente y verme desnuda en el espejo situado frente a ella, me di cuenta de que, en realidad, vivía rodeada de carne. Me contemplé largamente y luego me giré hacia el hombre desnudo y dormido. Mordí mis labios y luego los lamí lentamente en un gesto que podría parecer de lujuria, pero que en realidad era de pura

gula. Una idea había brotado en mi mente y era tan intensa, tan poderosa, tan enérgica que tuve que vestirme a toda prisa y salir huyendo de aquel apartamento para no llevarla a cabo.

Pero la semilla ya estaba sembrada.

Logré no pensar en ello durante semanas, pero, como toda semilla, la idea seguía bien enterrada en mi mente y, sin que yo apenas me apercibiera de ello, comenzaba a germinar, a crecer, a empujar para poder salir a la luz y, finalmente, floreció y cuajó, y lo único que pude hacer al respecto fue aceptarla y seguirla.

Por eso empecé a seleccionar mis clientes y busqué, sobre todo, policías monacales.

Por eso he dejado de llevar clientes a casa y prefiero ir yo a sus domicilios o que me citen en moteles de mala muerte. De esos con un recepcionista tan gris y sucio como el edificio y en los que nadie pregunta, ni mira, y en los que las cámaras de vigilancia son mero atrezo.

Por eso llevo siempre ropa anodina y alguna prenda que oculte mi rostro: una capucha, un pañuelo, un sombrero...

Por eso llevo un bolso tan aparatoso donde guardo todo lo necesario.

Y por eso estoy aquí, con un cadáver aún caliente atado a la cama, esperando ser despedazado como una res y guardado en pulcros envases al vacío que ocultaré en mi congelador.

Ni siquiera tengo que matar con frecuencia. Con este tendré para una buena temporada y, cuando se acabe, sólo tendré que salir a sacrificar a otro. Tengo la mejor y más

extensa ganadería del planeta y ni tan siquiera debo gastar en mantenerla.

Soy plenamente consciente de que, tarde o temprano, me atraparán, es algo que, para mí, es evidente y cristalino, pero ya no puedo detenerme.

A mi incontrolable deseo de carne fresca y jugosa, se une ahora la excitación de la caza y el poderoso sentimiento de sentirme dueña absoluta de otra vida. Ese momento en que veo el terror en el rostro de mi víctima, ese instante en que se saben perdidos, ese momento en que la vida desaparece de sus ojos...No, ya no puedo renunciar a ninguno de los placeres que comer carne me proporciona.

Ya habrá tiempo de rendir cuentas ante la ley pero, de momento, estos hipócritas y gordos policías religiosos, me están surtiendo de la más deliciosa y jugosa carne que he comido jamás.

Deberían probarla. No se corte, no se reprima. Mírelos, ellos, los ricos, no lo hacen. Fíjese, ellos, los guardianes de la moral, no lo hacen. Repare en que ellos, los poderosos, no lo hacen. ¿Por qué hacerlo nosotros?

Salga.

Busque.

Libérese.

Disfrute como yo disfruto...

<<<>>>